
Grupo Editorial
Portal
La hija
VIRGEN de mi
mejor amigo
AMORES PROHIBIDOS
JÉSSICA MACEDO

JÉSSICA MACEDO

La hija VIRGEN de mi mejor amigo

AMORES PROHIBIDOS

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2025 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra - física o electrónica - sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y castigado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada y contraportada

Jéssica Macedo

Preparación de textos

Aline Damaceno

Consulte

Ana Roen

Traductor

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen realmente o existieron en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

A mi querida lectora Rosi, cuyo parecido con Rosi en el libro es solo de nombre, jajaja.

Resumen

Resumen
Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

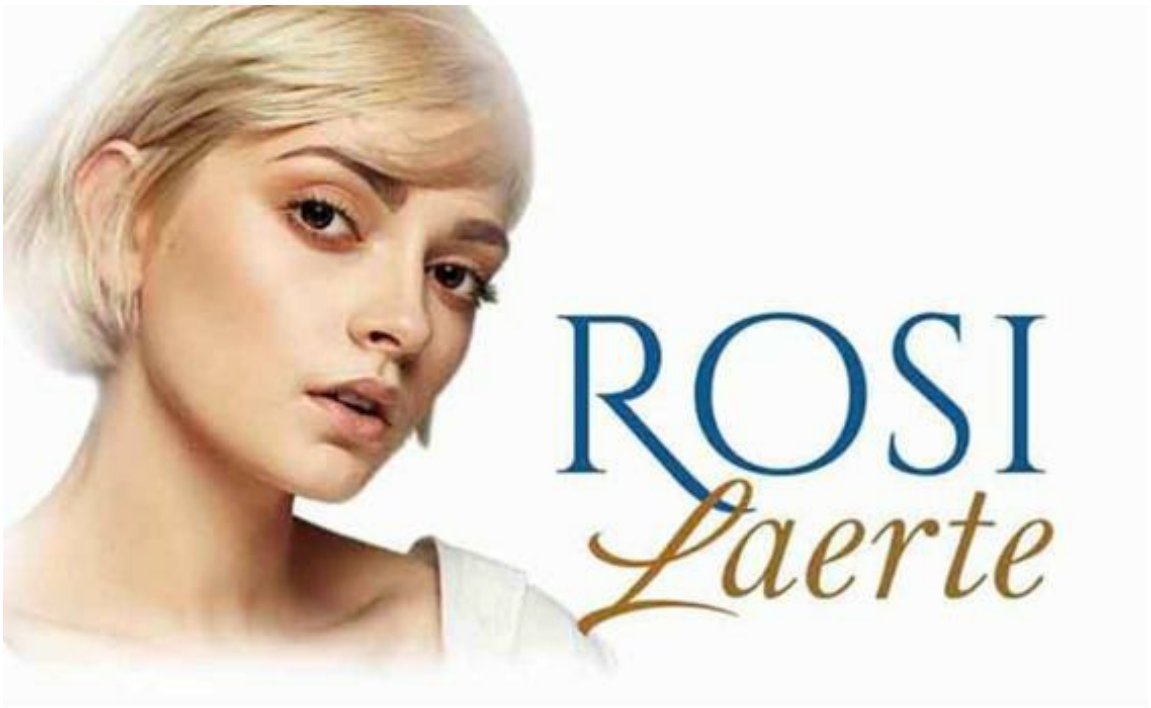
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Epílogo
Bonus
Acerca del autor
Lea también:
Redes sociales (del editor)

Sinopsis

Gutemberg Toledo, más conocido como Guto, siempre se destacó por su talento con los números. Convirtió un pequeño mercado familiar en una cadena de supermercados con presencia en todo el país. Astuto, determinado y un empresario excepcional, consiguió todo lo que se propuso, excepto lo que más anhelaba: una familia. Tras su divorcio, ese sueño parecía más lejano que nunca.

Sin vínculos familiares fuertes, lo más valioso que tiene es la amistad de décadas con su socio. Lo que nunca imaginó fue que la hija de su mejor amigo, dieciocho años menor, sintiera algo por él, un amor prohibido.

Guto hará todo lo posible por resistirse a la tentación. Entre todas las mujeres del mundo, Rosi debería ser intocable; estaba prohibida para él. Sin embargo, a veces es difícil escapar de las trampas del deseo.


ROSI
Laerte

Prólogo

Dos años antes...

A pesar de haber sido siempre muy popular, nunca fui de organizar fiestas enormes. Después de toda la pompa de mi fiesta de quince años, preferí algo más familiar al cumplir dieciséis. Mis padres y amigos se reunieron alrededor de la piscina de mi casa para hacer una parrillada. Tengo que admitir que las fiestas en traje de baño, en lugar de vestidos elegantes, tenían su ventaja. Jamás habría podido admirar el abdomen de Guto si él estuviera usando un traje.

Me recosté de lado, acercándome al borde de la reposera de madera donde estaba, para poder observarlo mejor. Guto se quitó la camiseta sin mangas y quedó solo con su bermuda. A medida que movía los brazos, se le marcaban los músculos del abdomen. Podría fregar mi ropa interior en esa "tabla de lavar". Se lanzó a la piscina con un movimiento tan grácil que casi no salpicó agua. Suspiré, sintiendo cómo mi corazón se calmaba mientras esperaba que emergiera del agua. Cuando lo hizo, sacudió su cabello corto y negro, y no pude evitar quedarme mirándolo.

Estaba tan absorta observándolo que no vi de dónde vino la ola que me golpeó. Salté de la reposera, sacudiendo las manos para quitarme el agua del rostro.

—¡Despierta, bella durmiente! —gritó Daniel, desde la piscina. Me di cuenta de que había saltado al agua a propósito para lanzarme ese tsunami justo cuando más distraída estaba.

—¡Hijo de pu...!

—Cuidado con lo que vas a decir. —Mi amigo levantó las manos y me salpicó más agua, impidiendo que terminara de insultarlo.

Me quité el pareo y entré a la piscina, bajando lentamente los escalones mientras mi cuerpo se acostumbraba a la temperatura del agua.

—Sabes que si entras de golpe, te acostumbras más rápido, ¿verdad?

Giré la cabeza, y mis mejillas se sonrojaron al notar que Guto me hablaba mientras extendía su mano hacia mí.

—Sí, lo sé, pero igual me da un poco de miedo.

—Ven, no tienes que tener miedo. —Movió la mano, animándome a tomarla.

—Gracias. —Entrecrucé mis dedos con los suyos, y Guto me jaló de un tirón hacia la piscina.

Me sumergió hasta los hombros, cuidando de no mojarme la cabeza para que no me ahogara.

—¿Mejor ahora?

Asentí, y él sonrió, mostrando sus dientes impecablemente blancos, enmarcados por su barba de pocos días.

—Gracias.

—No hay de qué. —Encogió los hombros—. Sabes que siempre estoy aquí para ayudarte. ¡Dieciséis años, Rosi! El tiempo pasa tan rápido; parece que fue ayer cuando empezaste a caminar y corrías por toda la casa volviéndonos locos.

—Sí... —Mi sonrisa se desdibujó, convirtiéndose en una mueca incómoda cuando me recordó que me había visto nacer y crecer.

—Guto, quiero irme. —Una mujer apareció en el borde de la piscina, con una expresión seria.

—¿Ahora, Live?

—Sí, por favor.

—Está bien. —Subió por la escalera y se colocó junto a su esposa, quien le entregó una toalla seca—. Cuídate, Rosi. Feliz cumpleaños.

—Gracias. —Le hice un gesto con la mano y lo observé desaparecer de mi vista.

—Debería haberte regalado un babero en lugar de un pijama.

Giré la cabeza y vi que mi mejor amigo estaba a mi lado, atento a cada una de mis reacciones ante la presencia de Guto.

—Creo que ya estamos nadando en tu baba.

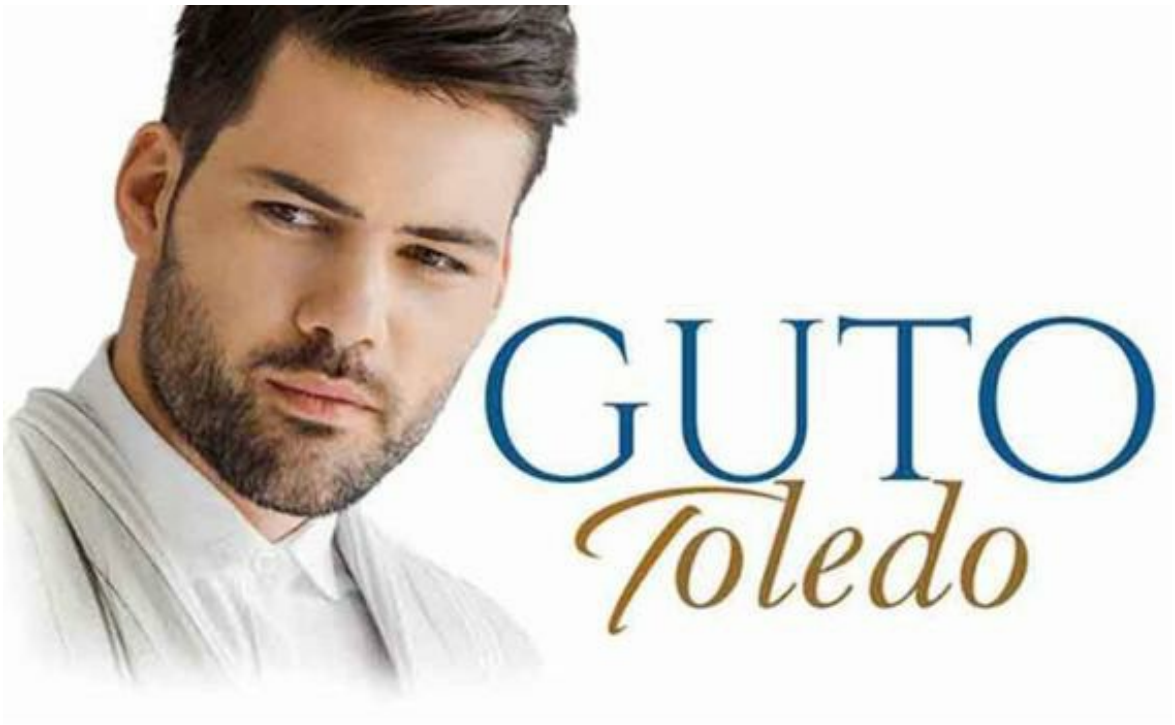
—¡Vete al diablo! —Cruzando los brazos, le lancé una mirada de pocos amigos. Podría tener el cabello rubio y rizado, además de una expresión angelical, pero no había nada de santo en él.

—Es un hombre guapísimo, pero ¿quieres que te enumere la interminable lista de razones por las que jamás podrás tener algo con él? Está casado, es el mejor amigo de tu papá, tiene más del doble de tu edad...

—¡Ya, ya! —Le lancé agua fría a la cara, desquitándome por lo que había hecho conmigo —. Tú tienes un amor platónico por Chris Evans, déjame soñar con el mejor amigo de mi papá.

—Sabes que no es lo mismo. —Daniel se encogió de hombros.

—Ninguno de los dos es un modelo de hombre que podamos tener —le dije, y en el fondo, sabía que era verdad. Mayor, casado y mejor amigo de mi papá desde antes de que yo naciera, Gutemberg Toledo era un hombre que jamás podría ser mío.


GUTO
Toledo

Capítulo 1

Hoy en día...

—¡Tienes que quitártelo! —Elevé el tono de voz y sujeté a Olivia por la muñeca, obligándola a mirarme.

—¡No lo voy a hacer! —Ella retiró el brazo, librándose de mi agarre, mientras las lágrimas corrían por su rostro, pesadas e implacables.

Verla llorar de esa manera me rompía el corazón, pero ya no podíamos seguir postergando esa conversación. El tiempo corría y pronto sería demasiado tarde.

—Tienes que quitártelo; no podemos seguir así.

—No voy a hacerlo. Sabes cuánto significa esto para mí. —Retrocedió unos pasos tambaleándose, hasta que la pared del pasillo frente a nuestra habitación detuvo su avance.

—¿Y mi opinión no cuenta?

—Está dentro de mí, soy yo quien decide si lo mantengo o no.

—¡Soy tu marido, carajo! —Mordí la lengua para contener el grito, pero era demasiado tarde. Toda mi furia ya había salido a flote. Sentí el sabor de la sangre inundar mi boca, pero no era más amarga que la tristeza.

—Entonces, deberías entenderme y respetar mi decisión.

Caí de rodillas. Me sentía derrotado; mi corazón estaba hecho pedazos, y ya no podía contener las ganas de llorar y gritar.

—Por nuestro matrimonio, por favor. —Rodeé su cintura con mis brazos, apoyando la cabeza en su vientre. Era humillante, pero estaba desesperado.

—No voy a quitarme el DIU, Guto. —Me empujó por los hombros y caí de espaldas contra la pared del pasillo.

—Yo quiero ser padre, Olivia.

—Pues yo no quiero ser madre. —Levantó la cabeza y me miró con un aire de desdén.

—Cuando nos casamos, tú querías; cinco años después, aquí estamos, teniendo esta discusión. —Me levanté, limpiándome las lágrimas con el dorso de la mano.

—Pues sí, mis prioridades cambiaron. No quiero que mi cuerpo se deforme, ni estoy dispuesta a perder años valiosos de mi vida cuidando a un niño.

—¿No entiendes que no vas a perder nada?

—¡El que no entiende aquí eres tú! Si no puedes aceptar lo que quiero, quizás nosotros dos ya no funcionamos juntos.

—¿Qué estás diciendo? —Mi garganta se cerró, y sentí que me ahogaba, aunque no había nada físico rodeando mi cuello.

—Quiero el divorcio.

—Podríamos formar una familia juntos, Olivia.

—No creo que necesitemos hijos para estar completos. Esta no es la primera vez que discutimos esto, y estoy cansada. No quiero hijos, y no vas a convencerme peleando conmigo. Estoy harta, no quiero seguir con esto.

Mi corazón estaba destrozado, y mis ojos ardían. La tristeza y la rabia oscurecían todo, pero trataba de encontrar alguna lógica bajo el dolor. Odiaba pensar en un divorcio, pero tal vez era lo mejor. Llevábamos más de un año peleando, como si nuestro amor se hubiera evaporado, o quizá nunca hubiese existido.

—¿Estás segura de que quieres el divorcio? —La miré con firmeza, manteniendo una postura erguida.

—Sí.

—De acuerdo. —Metí las manos en los bolsillos y levanté la cabeza. Aunque me sintiera derrotado, tenía que admitir que Olivia y yo queríamos cosas diferentes para el futuro. Dolía, dolía muchísimo, pero había aprendido en los negocios que si ambas partes no trabajaban juntas

en la misma dirección, no importaba cuánto esfuerzo pusiera uno, nunca funcionaría.

Regresé a nuestra habitación, fui al closet, tomé una maleta pequeña y empecé a meter ropa dentro.

—¿A dónde vas?

—Me voy. Creo que ya no tiene sentido que sigamos bajo el mismo techo. Mañana contactaré a los abogados para que preparen los papeles del divorcio.

—¿Así de rápido? —Abrió los ojos, sorprendida por mis palabras.

—Estoy cansado de luchar contra la corriente, Olivia. Cuando intercambiamos votos en el altar, juré que estaríamos juntos el resto de mi vida, pero es evidente que tenemos objetivos distintos. Algo que no supe ver hace cinco años cuando te pedí que te casaras conmigo.

—Está bien.

—Al menos en algo estamos de acuerdo. Eso ya es un avance. —Metí algunas prendas más en la maleta y la cerré.

—¿Y el resto de tus cosas? —Señaló el closet.

—Las buscaré después. —Agarré la maleta, bajé las escaleras y fui hasta el garaje, donde estaba estacionado mi auto.

Abrí el maletero y arrojé la maleta dentro. Me senté al volante, encendí la radio y puse la música a todo volumen, una canción de rock con una base tan fuerte que me hacía doler la cabeza, pero necesitaba distraerme de todos los pensamientos que me atormentaban. Había decidido que terminar un matrimonio de cinco años era lo mejor, pero los cambios no llegaban sin sufrimiento.


ROSI
Laerte

Capítulo 2

—¡Esto es tan injusto! —Cruzando los brazos, dejé caer mi espalda contra el respaldo del asiento del copiloto en el auto de Daniel—. Es la primera vez que vamos solos a una discoteca, y ya arruinaste nuestro plan antes de que siquiera comenzara. —Hice un puchero, como si fuera una niña enfadada.

—Es justamente porque es la primera vez que no puedo dejar que te excedas. ¿Qué tal si te mareas? ¿Cómo voy a explicarle a tu papá, el señor Ricardo, que su hija se desmayó y tuve que llevarla al hospital?

—Déjate de idioteces. —Me giré hacia él y coloqué una mano en la cintura para observarlo mejor mientras encendía el auto—. Sabes que no soy de beber tanto. Además, ni siquiera tengo licencia de conducir, así que tú serías quien manejaría. No habría ningún problema si me tomara unos tragos.

—¿Ves? Ahí está el problema. Si ya tuvieras licencia, yo podría divertirme un poco más y alternaríamos al volante.

—Si ese fuera el problema, podríamos haber dejado tu auto en mi casa e irnos en un servicio de transporte, así ambos podríamos beber. Pero esto no tiene nada que ver conmigo, lo sé; te pusiste rarísimo cuando esa mujer entró a la discoteca. ¿Quién era? No sabía que ahora tenías romances heterosexuales con mujeres mayores.

—¿La viste? —Daniel abrió los ojos como platos y puso las manos sobre el tablero del auto al detenerse en un semáforo.

Asentí con la cabeza, esperando que continuara hablando.

—Pensé que había sido cosa de mi imaginación. Una alucinación o algo así.

—¿Quién era? —Me incliné hacia él, sin intentar ocultar mi curiosidad. Daniel y yo éramos mejores amigos y nos contábamos todo, al menos en teoría.

—Era una de las clientas del salón de mi mamá.

—¿Y qué hay con eso? —Me encogí de hombros, sin entender su reacción.

—Sabes cómo es la gente de los salones de belleza, súper chismosa. Me preocupaba que viera algo y terminara contándole a mi mamá.

—¿Contarle qué?

Él frunció el ceño, y lo entendí. La familia de Dani no sabía que prefería salir con chicos; de hecho, yo era la única persona a la que le había confesado que era gay. A veces pensaba que necesitaba enfrentarse a su familia, decirles lo que realmente le gustaba, y que eso no cambiaba quién era, pero Dani seguía sin reunir el valor para admitirlo.

No podía juzgarlo; no todos los padres eran tan comprensivos como los míos. Ellos siempre habían sido muy abiertos conmigo, hablábamos de todo, o casi todo, porque nunca le confesé a mi papá el enamoramiento secreto que sentía por su mejor amigo.

—¿Vas a entrar? —Desabroché el cinturón cuando Daniel estacionó frente a mi casa, ubicada en un exclusivo condominio cerrado.

—Hoy no, querida. ¿Nos vemos mañana en la universidad?

—Si tengo tiempo para pasar por el edificio de Derecho. —Me encogí de hombros, y él hizo un puchero.

—Claro que tendrás tiempo. —Abrió la puerta y la cerró antes de arrancar.

Daniel y yo habíamos pasado el difícil examen de admisión de la UNICAMP. Él estudiaba Derecho y yo Publicidad; apenas estábamos en la primera semana de clases, y no podía contener mi emoción. Finalmente, en la universidad, ya no era la niña que todos insistían en ver en mí.

Ajusté la correa de mi bolso y crucé el portón, caminando hacia la enorme puerta de la sala, que estaba rodeada por un hermoso y muy bien cuidado jardín. Ese jardín era la mayor pasión de mi mamá, y sentía que dedicaba cada segundo de su tiempo libre a mantenerlo.

Silbando, arrojé las llaves dentro de mi bolso al entrar en la sala y cerré la puerta detrás de mí. Estaba a punto de subir las escaleras para ir a mi cuarto cuando escuché una voz que hizo que mi corazón se detuviera.

—Ah, hermano, ya me rendí. —La voz de Guto era firme, pero parecía cargada de tristeza

—. Estoy cansado de luchar para terminar hundiéndome.

—¿Cómo es eso? —Mi papá también sonaba tenso. El tono de ambos me preocupó.

Papá y Guto tenían negocios juntos, una gran cadena de supermercados con sucursales en todo el país. La tensión entre ellos me hizo pensar que los negocios podrían estar en peligro. No entendía nada sobre cómo funcionaban los supermercados, solo sabía que todo nuestro nivel de vida dependía de ellos, y la idea de una posible quiebra me tensaba, aunque, por fortuna, estudiaba en una universidad pública.

Silenciosamente, me acerqué y me apoyé en el marco de la puerta de la sala de visitas, en un ángulo donde no podían verme. La expresión de mi papá era seria, pero no del tipo *tenemos un problema*, sino simplemente atenta. Guto, por su parte, parecía desolado.

—¿Han hablado ustedes dos?

—Hace más de un año que trato de hablar con ella, pero siempre terminamos peleando. La única vez que estuvimos de acuerdo en algo fue hoy, sobre el divorcio. La verdad, Ricardo, es que ambos queremos cosas distintas y ninguno está dispuesto a ceder.

—¿Ya no la amas?

—Honestamente, no lo sé. Pero saber que ya no tendré que discutir con ella me alivia.

—Entonces, ¿vas a divorciarte?

—Sí. Ya no puedo más con esto. No estamos en la misma sintonía, y no podemos seguir juntos.

—Sabes que soy tu amigo y estoy aquí para apoyarte en lo que necesites. —Mi papá extendió la mano y le dio una palmada en el hombro a Guto, quien esbozó una leve sonrisa, agradecido por el gesto.

—Muchas gracias, Ricardo.

—No hay de qué. ¿Te quedarás en casa hasta que el divorcio se concrete?

—No. Agarré algunas cosas y las eché en una maleta que está en el auto. Iba a buscar un hotel para quedarme unos días hasta que definamos nuestra situación. Cuando salía del

condominio, pasé por aquí y sentí que necesitaba un amigo. Perdón por aparecer tan tarde, en pleno jueves.

—Tranquilo, los amigos estamos para eso. —Mi papá sonrió, y Guto le devolvió el gesto.

—Gracias. Es bueno saber que puedo contar contigo en un momento tan difícil.

—No tienes por qué agradecer. —Mi papá se levantó y le dio un fuerte abrazo a Guto—. Saca tus cosas y deja el auto en mi cochera. Puedes quedarte en uno de los cuartos de huéspedes el tiempo que necesites.

—No hace falta, de verdad.

—Somos amigos desde niños. Mi casa siempre estará abierta para ti.

—Gracias, hermano. De verdad, gracias.

Observé cómo se abrazaban, inclinándome para buscar el mejor ángulo sin delatar mi presencia.

—¿Espiando a tu papá? ¡Qué mala costumbre, Rosimeire!

Salté del susto, llevando las manos al pecho, intentando calmar mi acelerado corazón.

—¿Mamá? —Forcé una sonrisa, y ella negó con la cabeza—. Es que vi a Guto aquí tan tarde y me dio curiosidad.

—Está pasando por problemas personales y está muy afectado. No deberías espiarlo.

—Perdón, mamá. No pude evitarlo.

Cruzó los brazos, mirándome con una expresión severa.

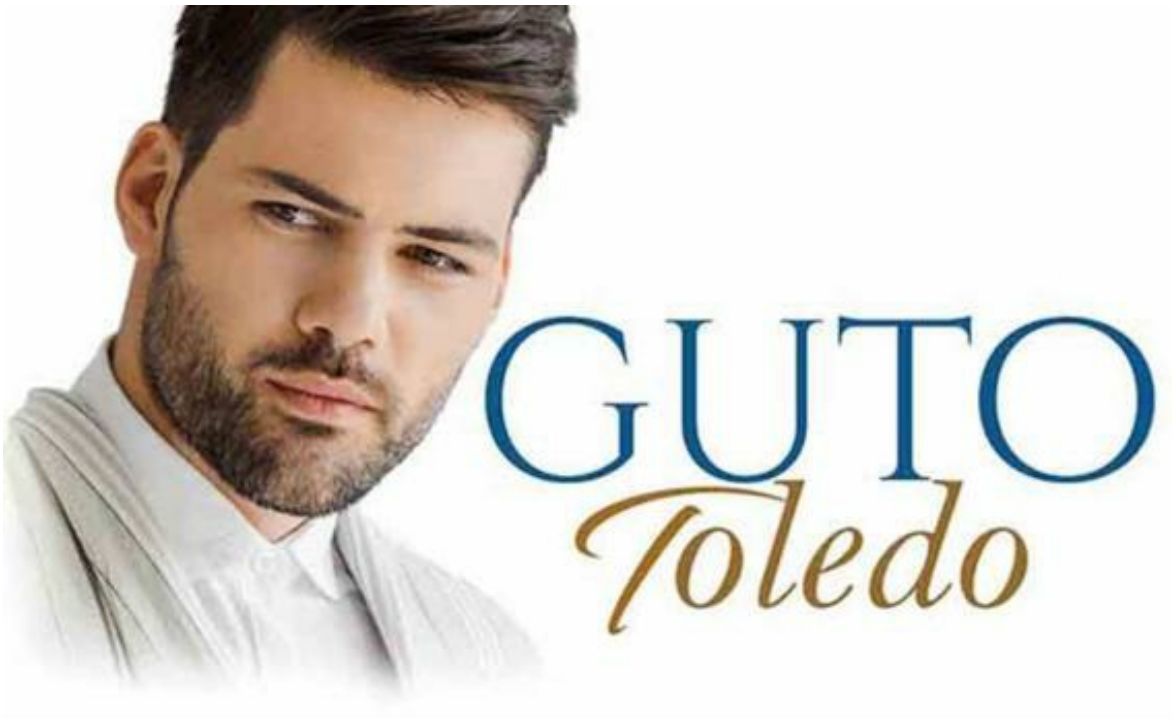
—Voy a mi cuarto.

—¡Más te vale!

—Buenas noches. —Le di un beso en la mejilla y subí las escaleras.

La tentación de regresar y seguir escuchando era enorme, pero me contuve para no recibir

otro regaño de mi madre o, peor, que Guto se enterara de que lo había estado espiando. Sin embargo, no pude dormir pensando en lo que había escuchado. Si lo entendí bien, Guto se divorciaría; su matrimonio había terminado. Esta noticia debería alegrarme, pero el hecho de que fuera un hombre casado era solo una de las infinitas razones por las que jamás sería para mí.


GUTO
Toledo

Capítulo 3

Me desperté con la alarma de mi celular sonando y, buscando debajo de la almohada, encontré el aparato para apagarla. Miré la pantalla y vi que marcaban las seis de la mañana. Respiré hondo y lo dejé en el mueble junto a la cama. Me senté y observé el techo. El tono pastel de las paredes y el blanco del techo contrastaban mucho con el rojo y gris que Olivia había elegido para decorar nuestra habitación. Pero ese no era el cuarto que compartí durante cinco años con mi esposa; era un cuarto de huéspedes en la casa de mi mejor amigo.

Ricardo y yo vivíamos en el mismo condominio cerrado y, por primera vez, me pregunté si esa cercanía era tan buena idea, porque, en el fondo, sabía que Olivia querría quedarse con la casa. Yo no estaba dispuesto a pelear por eso, así que se la daría.

Me levanté de la cama y agarré ropa limpia, un cepillo de dientes, una máquina de afeitar y crema. Estaba extremadamente molesto, pero tenía que trabajar. Tenía una reunión importante con posibles proveedores de queso para mis supermercados y, además, debía discutir con Ricardo la implementación de nuestra marca propia.

Ricardo y yo habíamos nacido en un barrio pobre de Campinas. Él era cuatro años mayor que yo, pero jugábamos juntos a la pelota en la calle. Eran otros tiempos. Tal vez me equivocaba, pero sentía que las calles en mi infancia parecían más seguras.

Los padres de Ricardo tenían una tienda que apenas sobrevivía, ni siquiera generaba lo suficiente para pagar las cuentas. Yo siempre fui muy bueno con la administración y lograba hacer rendir como nunca el poco dinero que tenía con mis amigos. Ellos necesitaban a alguien que trabajara en la caja por las noches y yo, un empleo. Así fue como el chico curioso terminó asumiendo la administración del lugar, sacándolos de los números rojos en poco tiempo. Cuando decidieron retirarse y le dejaron el negocio a Ricardo, mi amigo me propuso una sociedad. Veinte años después, teníamos una cadena nacional de supermercados y ya no teníamos que contar monedas para llenar el tanque del coche.

Ricardo y Margarida salían juntos desde la escuela y se casaron cuando ella quedó embarazada de Rosimeire. Por mi parte, conocí a Olivia en una feria de negocios; ella representaba a una empresa de lácteos que no solo me convenció de comercializar sus productos,

sino también de ponerle un anillo en el dedo. De ser un chico pobre que apenas tenía para comer, pasé a ser un empresario millonario, casado y feliz. O, al menos, eso pensaba... En el fondo, había elegido a Olivia por la posibilidad de tener una familia. No me gustaba admitirlo, ni siquiera a mí mismo, pero sentía cierta envidia de la vida de Ricardo. Podría ser mejor con los números, pero él siempre fue el más sociable. Cerraba acuerdos que yo, solo, quizás jamás habría logrado. La gente amaba estar cerca de él; tenía un aura acogedora. Era admirable su felicidad. Tenía una esposa que estaba con él desde los tiempos más difíciles y una familia. Quizás, ese tipo de felicidad no era para mí. Tal vez mi destino era quedarme detrás de una computadora y junto a una calculadora, asegurándome de que el dinero se multiplicara.

Agarré mis cosas y busqué un baño, descubriendo que el cuarto de huéspedes no tenía uno. Salí al pasillo en busca del baño compartido.

Estaba distraído y no me di cuenta de que algo, o alguien, chocó contra mi pecho hasta que miré hacia abajo.

—Hola, Rosi. Perdón, no te vi.

—Hola, Guto. —Levantó la cabeza y me miró. Sus ojos marrones se entrecerraron y acomodó un mechón de cabello corto detrás de la oreja—. ¿Estás durmiendo aquí?

—Sí. Me quedaré un tiempo hasta resolver unos asuntos.

—Ah. —Desvió la mirada. Noté que estaba muy incómoda, pero no sabía por qué.

La observé mejor. La niña que vi nacer cuando yo tenía dieciocho años y que sostuve en mis brazos ya no era una niña. Cumplió dieciocho la semana pasada, lo celebró en una discoteca con amigos y ya había comenzado la universidad. El tiempo pasaba y, de alguna manera, sentía que me estaba quedando atrás.

—¿Preparándote para la escuela? —Intenté iniciar una conversación para disipar la tensión que se había formado entre nosotros.

—Para la universidad… —Torció los labios, como si no le gustara que mencionara la escuela.

—Claro. ¿Qué carrera estás estudiando?

—Publicidad.

—Ah, eso es.

—¿Quieres usar el baño? —Se hizo a un lado y señaló la puerta al final del pasillo.

—Sí, gracias.

—Creo que tendrás que esperar. Mi hermano está ahí. Un tubo se rompió en su baño y el plomero vendrá hoy.

—Ah, está bien. Espero. —Abracé mi ropa mientras miraba la puerta cerrada. Había compartido el baño con tres hermanos y mis padres antes; podría hacerlo otra vez por una semana o un poco más, hasta decidir dónde vivir.

—Puedes usar el mío —sugirió Rosi, haciendo que volviera a mirarla.

—¿No lo vas a usar?

—Ya me arreglé. —Encogió los hombros.

—¿Crees que tu hermano tarde mucho?

—Puede que no, pero no te garantizo que el baño sea habitable cuando termine. —Hizo una mueca y me reí.

—Bueno, si puedo usar el tuyo, te lo agradezco.

—Mi cuarto es ese. —Señaló una puerta a mi izquierda.

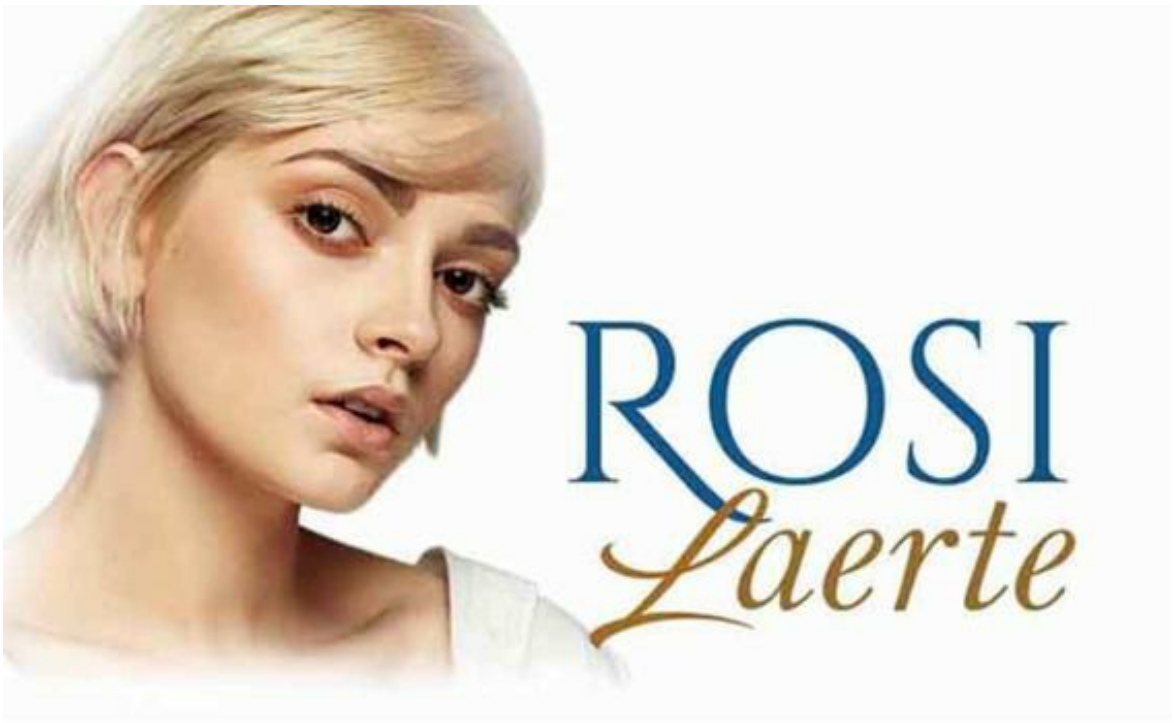
—Gracias, Rosi. —Pasé junto a ella y entré a su habitación.

Era extraño estar allí después de tantos años. En lugar de juguetes, había libros ocupando toda una pared. La casa de muñecas ahora era un escritorio con una laptop. Toda la decoración mostraba que ya no era una niña.

Entré al baño, dejé mis cosas en un rincón de la encimera y me quité la ropa. Al abrir la ducha, vi una tanga negra colgada. La tomé para dejarla afuera, pero mi mente se llenó de imágenes de Rosi usándola. Me forcé a apartar esos pensamientos, y el agua fría me ayudó.

Rosi era solo una niña, la hija de mi mejor amigo. No podía permitirme pensar en algo así.

Salí del baño lo más rápido que pude. Mi vida ya era lo suficientemente complicada como para añadir más problemas.


ROSI
Laerte

Capítulo 4

Intenté actuar con normalidad mientras procesaba el hecho de que Guto estaba viviendo bajo el mismo techo que yo. Era como un sueño, pero al mismo tiempo me hacía congelarme, porque no sabía qué hacer. Él estaba en pleno divorcio y estaba a mi alcance. ¿Era acaso una señal de que tener a ese hombre no era tan imposible?

—Deja de estar ahí, embobada, y sal de mi camino.

Me giré y vi a mi hermano acercándose. Apreté los dientes, pero él no pareció intimidarse con mi expresión. Simplemente pasó junto a mí y siguió su camino hacia el comedor, donde Janaína estaba sirviendo el desayuno.

—Adolescente insoportable. —Le saqué la lengua.

—Te crees mucho ahora que entraste a la universidad. —Se encogió de hombros antes de desaparecer por la puerta del comedor.

Seguí por el mismo camino hasta llegar a la mesa, donde mis padres ya estaban sentados. Me acerqué a ellos, les di un beso en la mejilla a cada uno y luego me senté frente a un delicioso pastel de zanahoria con cobertura de chocolate. Mi dieta no estaría nada contenta, pero no iba a resistirme a comer un pedacito.

—Hija, no tardes en comer. Te voy a dejar en la universidad antes de ir al consultorio. —Mi madre limpió su boca con una servilleta y la dejó en el plato delante de ella.

—¡Está bien! —Agarré una tostada y estiré el brazo para tomar el frasco de mermelada de fresa que estaba frente a mi hermano.

—Papá...

—¿Qué pasa? —Levantó la vista de su plato de huevos revueltos y me miró.

—Estaba pensando en ese coche que dijiste que me darías si pasaba el examen de ingreso a la universidad. No es que no me guste que mamá me lleve, pero sería bueno tener un poco de autonomía, y así ella no se retrasaría para ir a trabajar todos los días.

—¿Cómo quieres un coche si ni siquiera tienes licencia de conducir, Rosimeire? —Frunció el ceño y me miró de reojo.

—Ay, papá, eso es fácil de resolver. —Sonreí mientras mordía la tostada.

—Entonces resuelve ese detalle y después pensamos en la posibilidad de que tengas o no un coche.

—¡Pero papá…! —Hice un puchero.

—Sin peros, jovencita. Saca la licencia primero, Rosimeire. Sin ella no puedes manejar de todos modos.

—¿Licencia? —Guto apareció en el comedor para desayunar, y mi corazón dejó de latir por un segundo. Casi se me había olvidado que él estaba por aquí.

—Sí. —Mi papá se giró hacia su amigo en el momento en que Guto tomó una silla y se sentó a mi lado—. Rosi quiere un coche, pero todavía no saca la licencia. Le daré el coche cuando apruebe en la autoescuela.

—No es tan difícil. —Me miró con una sonrisa, y noté que se había afeitado, lo que lo hacía parecer varios años más joven. Podría confundirse fácilmente con uno de mis compañeros de clase.

Todavía sentía que su presencia allí era un sueño del que podría despertar en cualquier momento.

—¿Puedes acompañarme a una autoescuela luego?

—¿Yo? —Guto abrió los ojos, sorprendido por mi petición.

—Hija, Gutemberg está ocupado. No tiene tiempo para andar como tu chofer —me reprendió mi madre.

—No hay problema, Margarida. No me cuesta nada llevar a Rosi a una autoescuela. Es lo mínimo que puedo hacer por permitirme quedarme aquí unos días.

—No te sientas obligado, amigo mío —dijo mi padre.

—No te preocupes por eso. —Guto mantuvo su sonrisa. Ni parecía el mismo hombre

destrozado de la noche anterior; era el Guto alegre de siempre—. El lunes estoy más libre por la tarde. ¿Te parece bien o tienes clases?

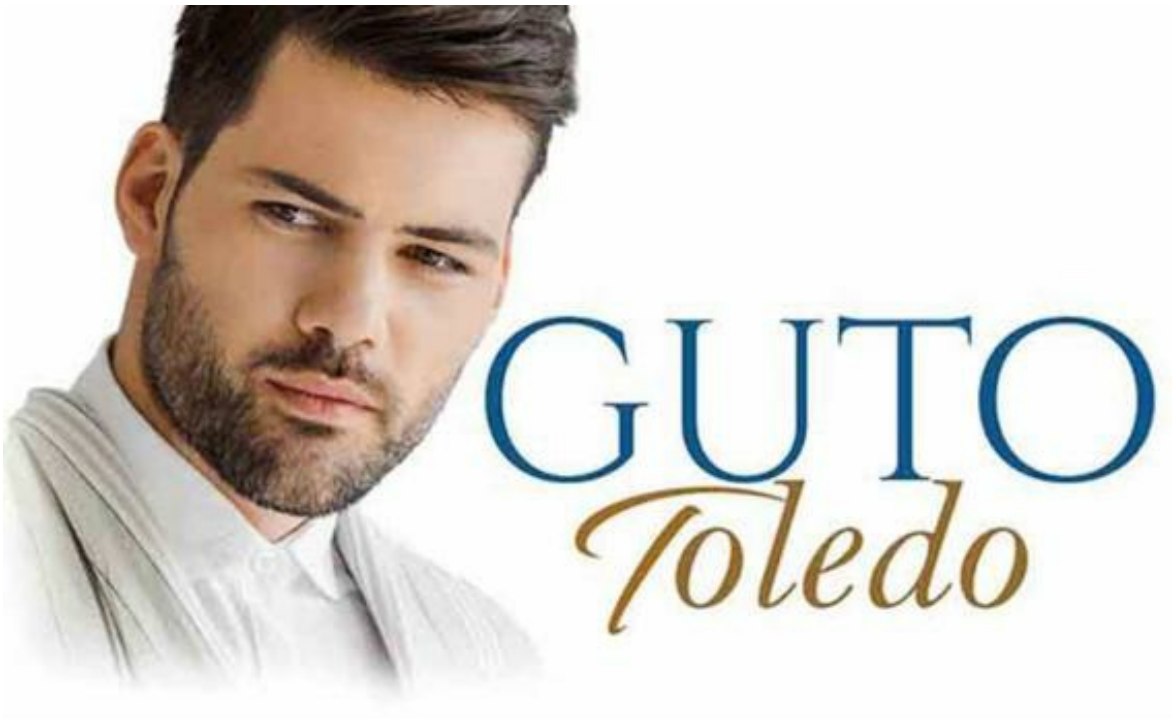
—Me parece perfecto. —Disimulé el caos que tenía por dentro y traté de mantener una expresión neutral mientras desayunaba.

—¡Genial! —Metió un pan de queso en la boca y se levantó—. Vamos a la oficina, Ricardo.

—Hasta más tarde, amor. —Mi papá se levantó y le dio un beso rápido a mi mamá—. Pórtense bien, niños, y que tengan un buen día —dijo, refiriéndose a mí y a mi hermano, antes de seguir a Guto.

Poco después, me levanté y fui con mi mamá al auto. Noté que ni el coche de mi papá ni el de Guto estaban ya en la cochera.

Podría sonar como una locura, pero dentro de mí se había encendido una chispa de esperanza.


GUTO
Toledo

Capítulo 5

Salí del elevador y me separé de Ricardo; cada uno tomó rumbo hacia su respectiva oficina.

—Leda. —Me incliné sobre el escritorio de madera donde estaba mi secretaria, una mujer de mediana edad y cabello corto, llamando su atención hacia mí—. Quiero los balances de todas las sucursales en mi escritorio antes del mediodía.

—¿De todas? —preguntó, abriendo los ojos con sorpresa.

—De todas, desde las capitales hasta el interior.

—Voy a encargarme de eso.

—Perfecto. —Sonreí mientras me alejaba del escritorio.

—¿Necesita algo más, señor?

—Por ahora, eso es todo. —Me di la vuelta y cerré la puerta detrás de mí, apoyándome en ella por un momento.

Inspiré y exhalé profundamente mientras me quitaba el saco del traje y lo colgaba en el respaldo de mi silla. Quería sumergirme en el trabajo, perderme entre números, optimizar ganancias, ganar más dinero. Pero había aceptado el divorcio y sabía que debía ponerle fin a esa situación. No tenía sentido intentar salvar algo que ya estaba hundido.

Saqué el celular del bolsillo y marqué el número de mi abogado. Aunque se encargaba de asuntos empresariales, debía conocer a alguien especializado en divorcios.

—¿Hola, Thiago?

—¡Hola, Gutemberg! ¿Cómo estás? Justo estaba pensando en ti esta mañana. Creo que terminaré de redactar los contratos que me pediste antes de que termine el día.

—Eso es excelente, pero no te llamo por eso.

—¿Entonces?

—Necesito que me recomiendes un abogado que maneje divorcios. —Me dejé caer en el respaldo de la silla, soltando un largo suspiro. Lo había dicho: mi matrimonio había terminado.

—¿Tú y Olivia...?

—Se acabó.

—Lo siento mucho.

—Yo también, pero creo que será lo mejor para ambos.

—Si es así, espero que lleguen días mejores. Hablaré con un amigo que se encarga de divorcios y le pediré que te llame. Una pregunta, ¿cuál es el régimen de bienes de su matrimonio?

—Separación total de bienes, como me recomendaste en su momento.

—Excelente. Eso facilita mucho las cosas; ella podría querer parte de la empresa.

—Espero que no, pero pienso dejarle la casa y una suma de dinero.

—Danilo te llamará y podrán reunirse para pensar en un buen acuerdo. Mientras más amigable sea el divorcio, mejor para ambos.

—Por favor, que lo haga lo antes posible.

—Claro. ¿Todo bien por lo demás?

—Sí. Estoy quedándome en casa de Ricardo por un tiempo; creo que me hará bien.

—Eso suena bien. Llamaré a Danilo, y luego me cuentas cómo van las cosas.

—Muchas gracias, Thiago.

—De nada. Hasta luego.

El abogado colgó, y me quedé mirando el teléfono durante largos minutos antes de dejarlo sobre la mesa.

Escuché un golpe en la puerta y levanté la cabeza.

—Adelante.

—Señor... —Leda, mi secretaria, entró a mi oficina.

—¿Sí? —Chasqueé los dedos.

—Le envié lo que me pidió a su correo electrónico.

—Gracias. —Encendí la computadora.

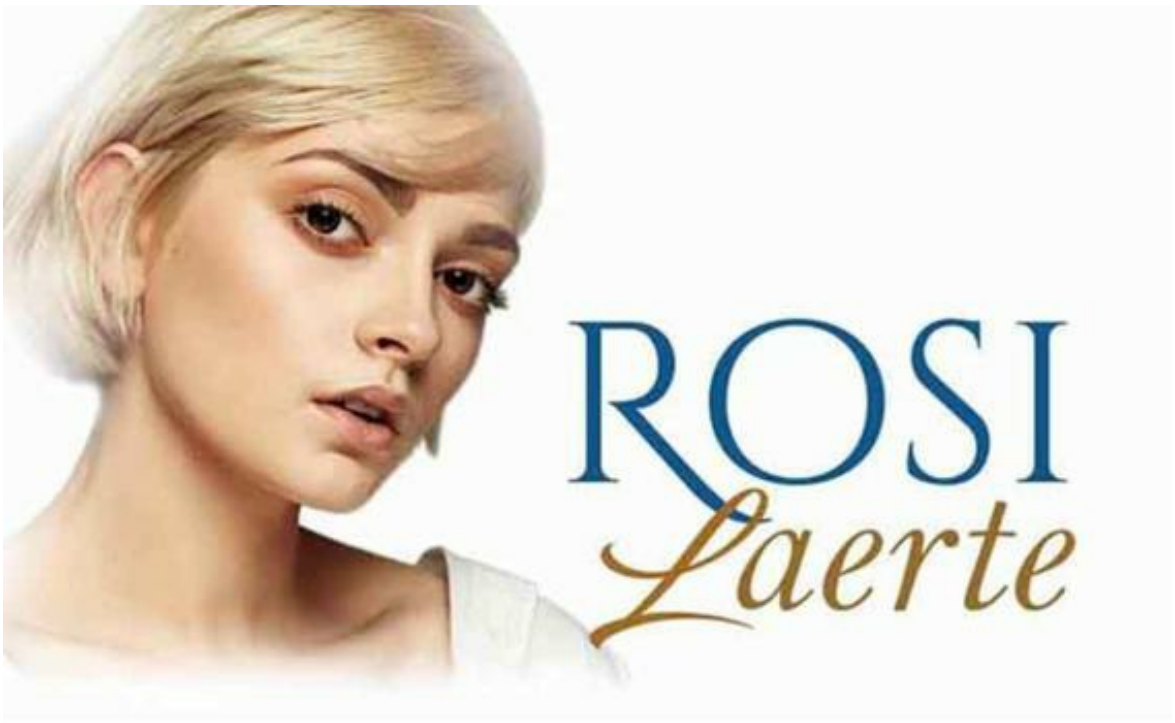
—Antonio Montreal llamó. No dejó mensaje, pero pidió que le devuelva la llamada lo antes posible. Creo que es sobre la propuesta para crear la marca propia de productos que llevará el nombre de los supermercados.

—Ah, sí. Dile a Ricardo que se encargue de hablar con él. Él es mejor manejando esas cosas. —Esbocé una sonrisa forzada. Yo no era una persona muy comunicativa y, en medio del divorcio, prefería mantenerme en mi burbuja tanto como pudiera.

—Hablaré con el señor Ricardo.

—Gracias. —Asentí, y ella salió, cerrando la puerta detrás de sí.

Abrí el navegador en mi computadora y, antes de darme cuenta, estaba buscando departamentos para alquilar o comprar. Si pensaba dejarle la casa a Olivia, necesitaba encontrar un lugar para vivir, lejos de ella y también lejos de mi mejor amigo. No me gustaba la idea. Habíamos vivido cerca desde que nací, pero seguiríamos viéndonos todos los días en la empresa.


ROSI
Laerte

Capítulo 6

—¿Quieres un pedazo? —Dani se sentó a mi lado en la banca debajo de un árbol, donde yo estaba mirando fijamente hacia el frente y a ningún lugar en particular.

—¿Qué? —Parpadeé varias veces hasta enfocar el rostro de mi mejor amigo, con sus rizos cayendo sobre la frente.

—¿Estás en la Tierra o en Narnia?

—Podría haber ido a la Dimensión Mágica y vuelto.

—Lees demasiado, amiga. Necesitas un poco de realidad de vez en cuando.

—Mi ida mental no tiene nada que ver con los libros, ya quisiera. —Apoyé mi mentón en las palmas de mis manos y los codos sobre mis muslos. Con el cuerpo inclinado hacia adelante, volví a observar a los estudiantes que iban de un lado a otro en el campus, camino a los edificios donde tendrían sus clases.

—¿Entonces qué pasó, guapa? —Me tomó el mentón y me obligó a mirarlo.

Giré el cuerpo y apoyé la cabeza en su hombro. Daniel era mi mejor amigo desde siempre. Nos conocimos en la escuela y nunca nos separamos; si había alguien que podía ayudarme con la inquietud que sentía en el pecho, era él.

—Guto está viviendo en mi casa.

—¡¿Qué?! ¿Cómo? ¿Por qué? —Lanzó una ráfaga de preguntas hacia mí.

Parpadeé un par de veces, mareada, y le arrebaté la barra de chocolate que tenía en la mano y que me había ofrecido al acercarse. Masticando un trozo, me atreví a responder.

—Se está divorciando. Su matrimonio se acabó, Dani. —No debería haber sonreído ni mostrado tanta alegría, pero mis labios se estiraron de lado a lado.

—No tienes nada que ver con eso, ¿verdad? —Frunció el ceño, mirándome con juicio.

—¡Oye! Pensé que eras mi amigo.

—Lo soy, por eso creo que no tienes perfil de rompehogares.

—¡Qué feo lo que dices! —Apreté los dientes—. Claro que no tengo nada que ver con eso. —Me eché un mechón de mi cabello rubio y corto hacia atrás—. No sé cuál fue la razón del divorcio, pero te aseguro que no fui yo.

—¿Y cómo terminó en tu casa?

—Mi papá lo invitó. Dijo que podía quedarse todo el tiempo que necesitara. En una mansión como la nuestra, espacio no falta.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Dani, curioso.

—No lo sé. ¿Crees que debería hacer algo?

—¿Quieres hacer algo?

—No estás ayudando, ¿sabes?

—¿Qué esperas que te diga? ¿Que vayas, te quites la ropa, te le lances y tengan una noche salvaje con tu papá durmiendo en el cuarto de al lado? Amiga, sabes que te amo, pero no quiero ser culpable de tus líos después.

—Mi papá siempre ha sido relajado. Nunca le molestó que tú y yo durmiéramos juntos.

—Puede que nunca le hayamos dicho que soy gay, pero creo que sospecha que yo jamás te quitaría la virginidad.

Tragué saliva.

—¿Será?

Daniel solo asintió con la cabeza.

—Puede ser. —Encogí los hombros y volví a perderme en mis pensamientos. Algo dentro de mí me decía que tener a Guto tan cerca era una oportunidad que no debía dejar pasar, pero no sabía qué hacer.

—¡Vaya! Necesitas retocar esas raíces. —Daniel tiró de mi cabello y yo lo empujé de vuelta, haciendo que mi cabeza se moviera como un columpio.

—¡Basta! Deja mi cabello. Lo retocaré después.

—¿Quieres que te lleve a casa?

—Sí quiero. —Saqué mi celular y revisé la hora; no quería esperar a que mi mamá atendiera a su último cliente en la clínica donde trabajaba como psicóloga antes de venir por mí. Anhelaba tener mi propio auto y ganar mi autonomía.

Acompañé a Daniel hasta el estacionamiento frente al edificio de Derecho, donde había dejado su auto. Perdida en mis pensamientos, no hablé mucho durante el camino de regreso.

Saqué mi celular de la bolsa y le envié un mensaje a Deborah, una amiga que hice en la última feria del libro en São Paulo. Habíamos comenzado a hablar en la fila de autógrafos de una autora que ambas amábamos, intercambiamos números y desde entonces conversábamos con frecuencia. Lamentaba que se mudara de São Paulo, pues sería más difícil visitarla al sur que en la capital.

Escribí el mensaje y lo envié.

Hola, amiga, ¿cómo estás? ¿Ya viajaste?

Tardó en responder y supuse que estaba ocupada.

Hola, Rosi. Estoy bien, ¿y tú?

Bien también :D

Ah, ya llegué. Estoy desempacando.

¡Qué bien! Espero que sea agradable estar cerca de tu papá.

Sabía que su padre era un político conocido en el interior. Ella no hablaba mucho de él, y yo prefería que compartiera más detalles cuando se sintiera cómoda.

Sí.

Deh, necesito un consejo.

¿Consejo?

¿Recuerdas al chico que me gusta desde la adolescencia?

¿Aquel guapo cuyo perfil me mostraste en Instagram?

¡Ese mismo!

¿No estaba casado? Rosi, no te metas en problemas.

¡Calma! Aún no te dije de qué necesito consejo. No me juzgues.

Solo te recuerdo que estaba casado.

A eso voy. Ya no está casado, Deh.

Escuché parte de una conversación entre él y mi papá. Se fue de casa y va a pedir el divorcio. Su matrimonio terminó. Y antes de que preguntes: no, no tengo nada que ver con eso.

Está bien... ¿Qué consejo necesitas?

¿Crees que debería intentar algo con él?

¿Intentar? ¿Quieres decir lanzarte sobre él?

Algo así. Pero debo pensar en algo mejor. Seguro aún me ve como la niña, hija del mejor amigo.

¿Mejor amigo de tu papá? ¡¿Qué?! No, Rosi. ¿Cuántos años tiene?

Creo que 36.

Y tú tienes 18, ¿verdad?

Sí.

Podría ser tu padre.

Pero no lo es.

Es demasiado mayor para ti. Además, ¿crees que tu papá aceptará algo entre ustedes? Son amigos, podría sentirse traicionado.

Mi papá siempre fue relajado con mis novios.

Con chicos de tu edad.

Y…

Rosi, tengo que seguir organizando cosas por la mudanza. Hablamos después. Piensa bien y no hagas algo de lo que te arrepientas.

Besos.

—Llegamos —anunció Dani, y noté que ya estábamos frente a mi casa.

Desabroché el cinturón y guardé mi celular en la mochila.

—Gracias por traerme.

—¿Gata? —me llamó antes de que saliera del auto.

—¿Qué pasa? —Detuve mi mano en la manija y giré la cabeza para mirarlo.

—¿Decidiste qué vas a hacer?

—¿Sobre qué? —Fruncí el ceño, haciéndome la desentendida.

Daniel bufó, revirando los ojos con evidente disgusto.

—La blusa que usarás mañana. —Sonrió, sarcástico.

—Aún no sé, pero, Dani, siempre quise a ese hombre.

—Sea lo que sea que hagas, ten cuidado. —Me guiñó un ojo mientras colocaba su mano

sobre la mía para abrir la puerta—. Ahora, vete.

—Grosero. —Apreté los dientes, y él rió—. ¿Vienes mañana a maratonear esa serie?

—Solo si hay palomitas con mucha mantequilla, porque esas sosas nadie las merece.

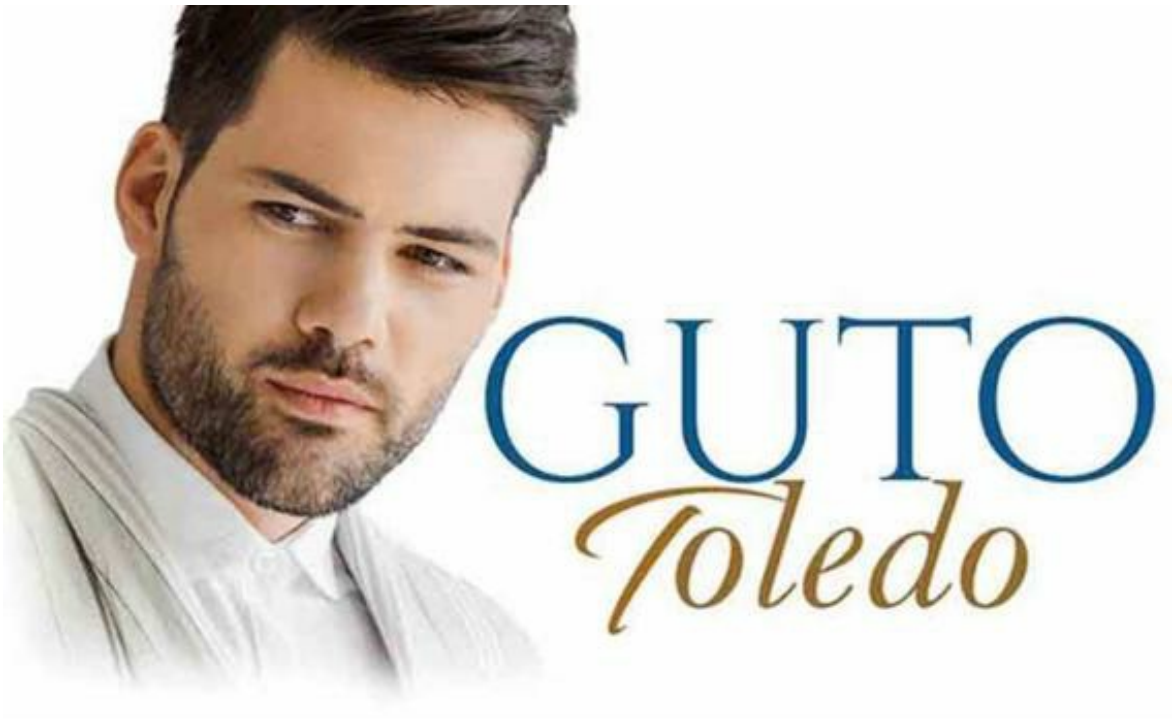
—Entonces trae las palomitas como te gusten. —Encogí los hombros.

—Eres una pésima anfitriona, Rosimeire Laerte.

—Ya eres de casa, pero para que veas que soy buena, compraré un montón de gomitas ácidas.

—Iré, pero solo por las gomitas. —Arrancó el auto mientras yo caminaba hacia la entrada de mi casa, riendo.

Sabía que era una mala idea, tal como Dani y Deborah decían, pero las ganas de lanzarme a los brazos de Guto, ahora que era un hombre libre, se habían triplicado. Sería difícil controlarme con él viviendo en la misma casa que yo.


GUTO
Toledo

Capítulo 7

Abrí la puerta y dejé que el abogado pasara primero. Tan pronto como Danilo entró en mi oficina, cerré la puerta con llave para evitar interrupciones y señalé un sofá, indicándole que se sentara allí.

—Agradezco que hayas venido hoy.

—Sabes lo importante que eres como cliente para nuestra firma de abogados. Te atenderíamos incluso un fin de semana.

—De cualquier forma, gracias. —Me senté en la butaca frente al sofá.

—Thiago me adelantó algo sobre tu divorcio.

—Sí. —Bajé la cabeza, mirando el suelo de porcelanato gris bajo mis pies. Pensar en el divorcio me dolía, especialmente porque siempre creí que el matrimonio era algo que debía honrarse toda la vida. Sin embargo, no quería seguir en una constante pelea con Olivia sobre un futuro que no viviríamos juntos. Si ella no deseaba formar una familia, sería casi imposible llegar a un acuerdo.

—Me gustaría saber si tú y tu esposa ya han hablado sobre la separación, si están seguros de que eso es lo que realmente quieren. Muchas parejas discuten y, en el calor del momento, consideran el divorcio, pero luego terminan arrepintiéndose.

—Imagino que sí, y sé que un divorcio es un tema delicado. La verdad, no quería ni siquiera pensar en separarme. Fui criado con la idea de que el matrimonio es para toda la vida, que cuando eligiera a una mujer, debía amarla y respetarla hasta mi último día. Pensé que sería así con Olivia, quería que lo fuera, pero mis padres también me enseñaron que el matrimonio es para formar una familia. Tengo tres hermanos y crecí rodeado de primos, en un entorno familiar grande. Pero Olivia no quiere hijos, no importa cuánto le diga o cuánto se lo pida; siempre es inflexible.

—¿Pero la amas? —Danilo me miró fijamente mientras hacía una pregunta que me incomodó.

Tragué saliva varias veces, aunque no pude quitarme la sensación de algo atorado en mi

garganta.

—Danilo, honestamente, no sé si alguna vez la amé. Ese amor que describen en los comerciales de televisión, el que te deja sin aliento y hace que tu corazón deje de latir... no estoy seguro de haberlo sentido por ella. Olivia es una mujer hermosa, tiene una sonrisa encantadora y una manera de ser cautivadora. Cuando me acerqué a ella, vivimos grandes momentos juntos, pero no sé si la atracción sexual puede describirse como ese tipo de amor. Sin embargo, el principal motivo para casarme con ella fue la posibilidad de formar una familia. Quiero hijos, al menos uno. Cuando ella me dijo que no quería tenerlos, me sentí, de alguna forma, engañado. Sé que suena horrible, pero ya no siento que sea la persona adecuada.

—Lo entiendo. Es realmente difícil mantener un matrimonio cuando la pareja no comparte los mismos objetivos.

—No quiero parecer el villano en esta historia, pero ni Olivia ni yo estamos dispuestos a ceder en lo que queremos. Seguir en una relación así sería terrible. La última pelea fue la gota que derramó el vaso para mí.

—Prepararé los papeles del divorcio. Si logran llegar a un acuerdo amistoso, podremos resolver todo en unos días.

—Muchas gracias. —Me levanté y le extendí la mano.

—Es un placer estar a tu servicio, Gutemberg, incluso en temas tan delicados como este. —Danilo estrechó mi mano y salió por la misma puerta por donde había entrado.

Poco después de que el abogado desapareciera, mi mejor amigo se coló en mi oficina.

—Entonces, ¿es oficial? ¿Te vas a divorciar de Olivia? —Cruzó los brazos y me analizó con la mirada.

Asentí con la cabeza. Sabía que tendría que responder esa pregunta varias veces a las personas más cercanas hasta que el divorcio se hiciera realidad.

—Hoy parece menos terrible que ayer. Sé que piensas como yo lo hacía antes, que el matrimonio es para siempre, pero la verdad es que creo que me apresuré y elegí a la esposa equivocada. Me dejé llevar por mi deseo de tener una familia y no tomé en cuenta lo que quería la mujer con quien me estaba comprometiendo.

—¿Desde cuándo somos nosotros quienes elegimos? —Ricardo se rió, recordando cómo había sido su relación con Margarida. Ella siempre había estado enamorada de él, desde que éramos niños, y logró hacerse notar hasta que terminaron juntos.

—Creo que no tuve paciencia y me precipité.

—Es posible. ¿Quién sabe? Tal vez ahora esperes a ser elegido.

—Trabajaré en mi paciencia. —Suspiré.

—¿Nos vamos? Hoy es viernes, podríamos hacer una parrillada, como en los viejos tiempos.

—Vas a perder conmigo en el poker otra vez.

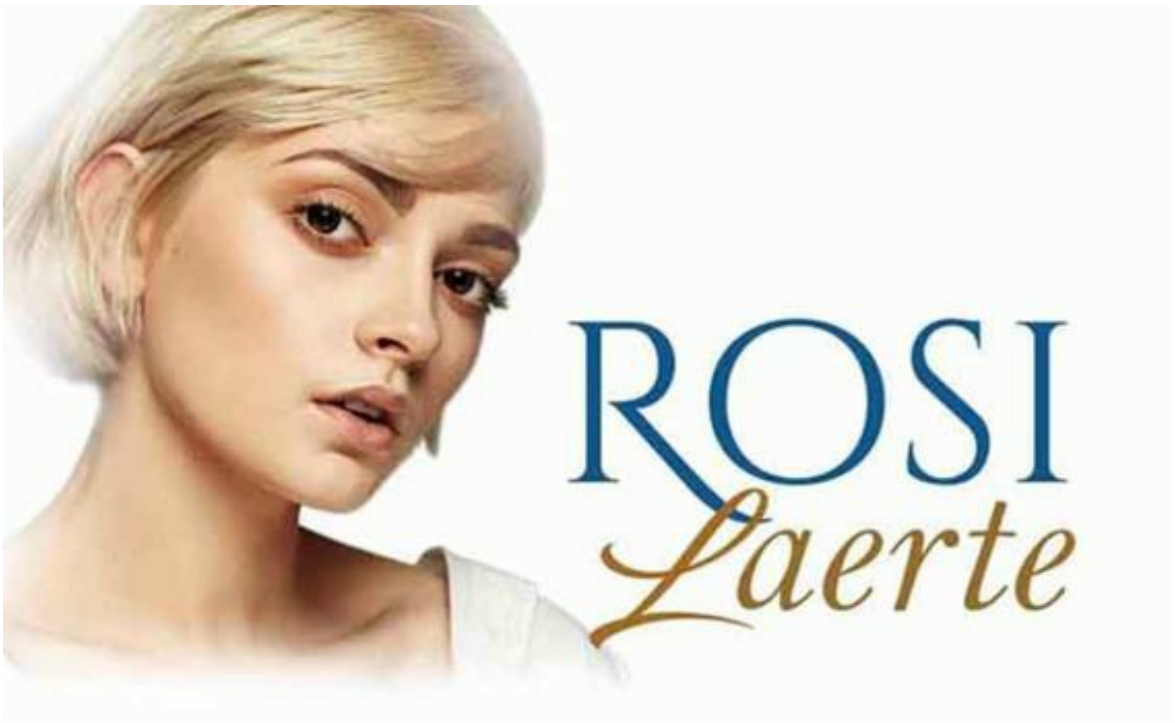
—¿Perder? —Ricardo entrecerró los ojos, como si lo hubiera ofendido a propósito. Lo había hecho—. Hasta donde recuerdo, el que siempre pierde eres tú.

—Déjame terminar un correo que estoy escribiendo para Lena y nos vamos.

—Perfecto. Voy a apagar mi computadora y nos encontramos en el estacionamiento en veinte minutos.

—Hecho.

Cuando Ricardo salió de mi oficina, me quedé pensando en lo que había dicho. *No somos nosotros quienes elegimos...* Cuando le propuse matrimonio a Olivia, creí que ella también me había elegido. Sin embargo, al darme cuenta de lo diferentes que eran nuestros deseos, era evidente que no estaba entre sus prioridades. No importaba. Aún no era demasiado tarde para que cada uno tuviera el futuro que realmente deseaba.


ROSI
Laerte

Capítulo 8

Durante la tarde, me quedé en mi habitación leyendo algunos textos que el profesor de la universidad había dejado como tarea, mientras escuchaba un podcast sobre lectura que Deborah me había recomendado. No era mucho de escuchar estas cosas; cuando estaba en la preparatoria, prefería salir y reunirme con mis amigos. Pero parecía que la vida de Deborah había sido diferente, y había encontrado otras formas de pasar el tiempo.

Cuando me aburrí de las cosas de la universidad, recordé un libro nuevo que había salido en formato digital. Fui a buscar mi Kindle para leerlo. Deborah y yo éramos fanáticas de esa autora y, después, podríamos comentar el libro juntas. Mientras me sumergía en las actividades que formaban parte de mi rutina, me olvidé por completo de Guto y del hecho de que estaba viviendo bajo el mismo techo que yo.

—¡Rosi!

Me sobresalté al ver a mi hermano aparecer en la puerta de mi habitación. Levanté la mirada del Kindle para mirarlo con una expresión poco amigable; estaba en medio de una escena bastante intensa y, definitivamente, no quería ver a mi hermano en ese momento.

—¿Qué quieres, mocoso?

—Papá y Guto llegaron, y dijeron que van a hacer una parrillada.

—¿Y qué? —Volví a mirar el Kindle, dispuesta a terminar la escena y fingir que mi hermano no estaba parado en mi puerta, observando el interior de mi cuarto.

—Eres muy aburrida, ¿sabes?

Encogí los hombros, sin prestarle mucha atención.

—¿Eso era todo?

Rodrigo asintió con la cabeza.

—Ya te avisé, si quieres, bajas.

—Gracias.

Se dio la vuelta y se fue.

Cuando mi hermano desapareció, el nombre de Guto resonó en mi mente, y recordé de golpe que estaba viviendo con nosotros por un tiempo. Además, su esposa no estaría con él, ya que se estaba divorciando. Pronto sería un hombre libre.

Libre... La palabra resonó en mi cabeza y aceleró el ritmo de mi corazón. El hombre al que había amado desde niña estaba soltero y disponible para comenzar una nueva relación. *¿Conmigo? Me encantaría...*

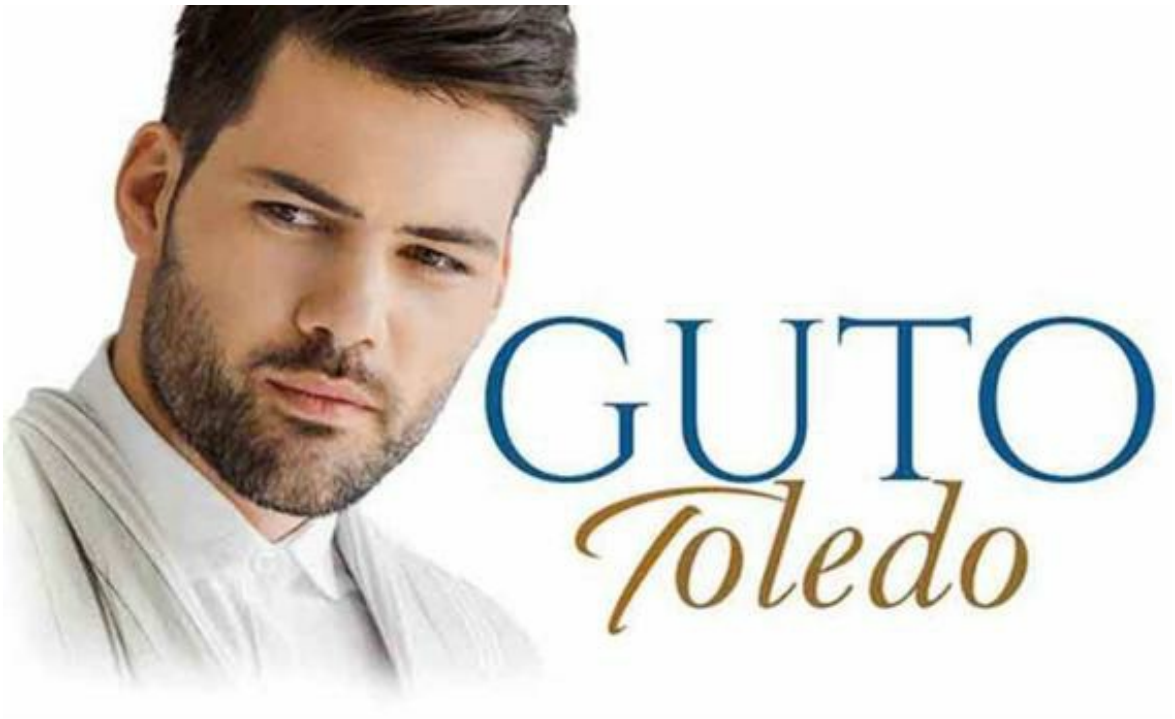
Gutemberg era un hombre muy atractivo y, además, tenía mucho dinero, compartido con mi papá. No iba a pasar mucho tiempo antes de que una fila de mujeres se formara para intentar conquistarlo. Pero yo tenía que lograr que me notara primero. Guto tenía que darse cuenta de que ya no era una niña, que había crecido, me había convertido en una mujer, y estaba completamente enamorada de él.

Guardé el Kindle, decidida a dejar la lectura para después, y me dirigí al baño. Necesitaba ducharme y arreglarme para esa parrillada. Vi mi ropa interior en el lavamanos y me pregunté si la había dejado allí. Siempre olvidaba alguna prenda en la llave de la ducha después de bañarme.

Sonreí al recordar que Guto había usado mi baño más temprano, antes de salir a trabajar. Probablemente, él había quitado mi ropa interior del registro. Sentí una mezcla de vergüenza y curiosidad al pensar en lo que podría haber pasado por su mente. Por suerte, era una de mis tangas más bonitas.

Me miré el cabello en el espejo y me di cuenta de que Daniel tenía razón: necesitaba retocar las raíces. Había nacido con el cabello castaño claro, pero me gustaba mucho ser rubia. Desde que cumplí quince años y mi mamá me permitió teñirme, había adoptado ese color.

Tomé un bikini, el más pequeño que encontré, y me arreglé de la manera más llamativa posible. Quería que me notaran en la piscina mientras Guto y mi papá hacían la parrillada.


GUTO
Toledo

Capítulo 9

Ricardo sabía cómo levantarme el ánimo, más que yo mismo. Era impresionante cómo alguien podía conocerme tan bien. Éramos más cercanos y confiables que con cualquiera de mis hermanos, y me costaba pensar en mi vida sin mi mejor amigo, porque sabía que, sin importar lo que pasara, siempre lo tendría a mi lado.

Tomé un trozo de *picanha* y lo tiré en un bol, echándole un puñado de sal gruesa por encima. En momentos como ese, me acordaba de que no importaba cuánto dinero hubiésemos ganado, dentro de nosotros seguía estando la humildad de quienes nacieron en los suburbios.

—Eres demasiado flojo. El carbón ya se está apagando en la parrilla y todavía no terminas de preparar la carne.

—Si estás quejándote, mejor hazlo tú. —Miré a mi mejor amigo.

—Entonces, ¡sal de ahí! —Me empujó a un lado y tiré el trozo de *picanha* de vuelta al bol —. Tu rollo es solo la matemática, ¡Guto! Parece que ya no sabes hacer nada más.

—No vengas con eso. —Miré de reojo mientras me lavaba las manos en el fregadero de la enorme área de la mansión de Ricardo—. Si me dejaras terminar…

—Si te dejara terminar, no comeríamos carne hoy. —Terminó de preparar la carne y la puso en la parrilla.

Abrí la nevera, que estaba al otro lado del fregadero, y saqué una cerveza para mí y otra para mi mejor amigo. Él abrió la tapa y brindamos, chocando los cuellos de las botellas.

—Traje unas tostadas con paté de pollo para comer, porque parece que esta parrillada no va a salir hoy. —Margarida apareció, trayendo una cesta con pan y un tarro de vidrio con el paté.

—La culpa es de Guto. —Ricardo se sacó de encima la responsabilidad.

—No me importa de quién sea la culpa. Desde lejos, los veía hablar mucho, pero la parrillada, nada.

—¿Te molesta la conversación? —Ricardo tomó las cosas de las manos de su esposa y las puso en la mesada de granito del fregadero—. Puedo hablar menos. —Le dio una mirada traviesa

y la empujó contra la puerta de la nevera.

—Ricardo, ¡están los niños! —Ella intentó protestar, pero él la calló con un beso.

—No nos están mirando y yo tampoco. —Me aparté cuando noté que el ambiente entre ellos se había calentado.

Muchos decían que el fuego, todo ese calor que sentíamos al principio, se apagaba con el matrimonio. Podría ser que eso pasara con algunas parejas, pero Ricardo y Margarida llevaban veinte años juntos y yo veía el mismo brillo en sus ojos que tenían cuando éramos más jóvenes.

Pensando en mi propio matrimonio fallido, Olivia y yo llevábamos mucho menos tiempo juntos y no compartíamos una relación como esa. Reflexionar sobre eso solo me hizo estar más seguro de que el divorcio era el mejor camino.

—Hola. —Escuché una voz suave decir en un tono bajo y me giré.

Rosimeire estaba de pie a mi lado, iluminada por las luces de los postes en el área de la piscina. Me recordó cuando ella tenía el cabello castaño claro y Margarida se lo arreglaba en dos trenzas. Ese peinado, que la hacía parecer una niña, ya no estaba, había dado paso a un corte estilo Chanel, teñida de rubio. Estaba bonita, pero me sorprendía de una manera que no sabía explicar.

—Vamos a nadar. —Se quitó la toalla que la envolvía y fue imposible evitar que mis ojos recorrieran su cuerpo.

Mordí el labio para no tragar en seco. Estaba usando un bikini pequeño que mostraba mucho y escondía poco. La parte de arriba era como una cortina y apenas cubría el pezón de sus senos, que no recordaba tan grandes. La parte de abajo se metía en su culo y dejaba todo al descubierto. Verla vestida así me inquietó y no entendía por qué. Tal vez era un instinto paternal que no conocía por no tener hijos.

—¿Ese bikini no es un poco pequeño, Rosemeire?

—¿Tú crees? —Pasó las manos por sus senos, contorneando el tejido con la punta de los dedos.

Fue inevitable que mi atención se centrara allí. Sus tetas eran firmes y los pezones se pusieron duros con el toque de sus dedos. Tragaba saliva con fuerza.

—Creo. —Desvié la mirada hacia la tumbona del otro lado de la piscina.

—Sí, es viejo y yo crecí.

Sí, creció... pensé, guardando eso solo para mí. Una niña no tiene tetas del tamaño de una naranja.

—¿No tienes otros?

—Sí, pero ¿y qué? Aquí no hay nadie más. —Se encogió de hombros, como si no le importara el efecto que ese bikini diminuto pudiera causar en mí.

—¡Tío Guto! ¿Ya hay carne? —Rodrigo se paró frente a mí y agradecí mentalmente que el chico interrumpiera todo ese momento incómodo. Rosi aún era una niña, no debería ponérmela dura.

—¿Vamos a ver? —Puse una mano sobre su hombro y lo llevé hacia la parrilla.

En cuanto nos acercamos, Ricardo y Margarida apartaron el beso y mi amigo se fue hacia la parrilla, como si nada pasara. Ya debía estar acostumbrado a fingir frente a los niños que no tenía las manos en ciertos lugares del cuerpo de su madre.

—Papá, ¿ya está la carne? —Rodrigo se paró al lado de él.

—No aún, hijo. Tu tío flojo ni sabe preparar carne bien. —Ricardo me miró con cara burlona y yo sonreí forzadamente.

—¡Oh, sí, seguro…! —Hice pucheros, como si estuviera molesto.

Escuché un ruido de algo cayendo al agua y me giré en el momento en que Rosimeire emergió de la piscina. Mojada, con el cabello pegado en su nuca, el bikini pareció aún más pequeño y sentí que vería sus tetas en cualquier momento. Me apresuré a mirar la parrilla. Ya tenía demasiados problemas en la cabeza, no podía mirar a la hija de mi mejor amigo como lo estaba haciendo. Ella podría haber crecido y ya no ser la niña con la que estaba acostumbrado, pero yo tenía el doble de su edad. Podría ser mi hija.

—¿Guto?

Me vi obligado a girarme nuevamente cuando me llamó. Afortunadamente, Rosi estaba

apoyada en el borde de la piscina en un ángulo que solo me permitía ver su rostro, hombros y brazos.

—Hola, Rosi. —Le sonreí.

—¿No quieres entrar?

—¿A la piscina, ahora?

—Sí, ven. —Me tiró algunas gotas de agua.

—Ya es de noche.

—El agua está calientita. Te lo juro.

—Tío Guto tiene miedo al agua fría. —Rodrigo se rió al pasar cerca de mí. Me di cuenta de que intentaba burlarse con una broma infantil, pero no sabía que no era del agua de lo que intentaba escapar.

—No tengo miedo al agua fría, Rodrigo.

—¡Sí! ¡Tío Guto es bien miedoso!

Me reí del chico mientras se quitaba la camiseta y entraba al agua junto con su hermana. En otros tiempos, habría ido a la habitación, me habría puesto unos shorts y habría entrado con ellos a la piscina, pero mi sentido común me decía que no debía hacerlo.

—¡La carne está lista! —anunció Ricardo y me acerqué a él.

—Casi se quema, ¿eh? —Bromeé al ver que una orillita estaba un poco más quemada que el resto.

—Mejor casi que se queme, que quemarse de verdad. —Su tono burlón dejó claro que no le molestaban mis indirectas.

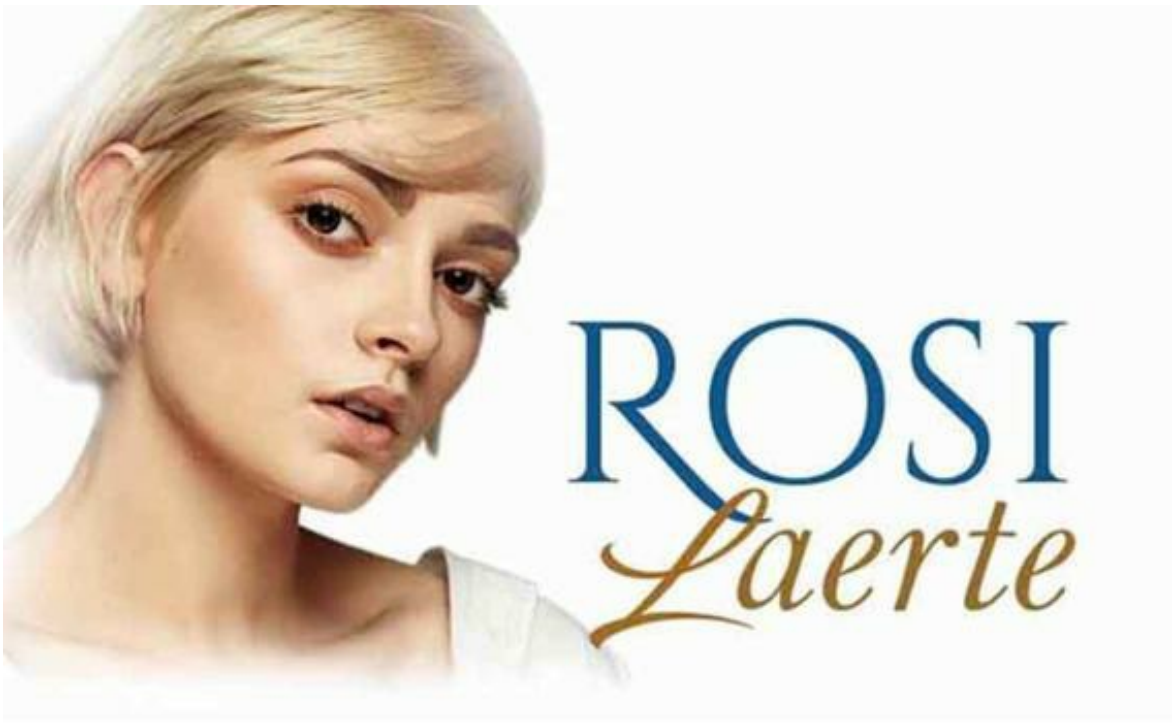
Tomé algunos trozos de carne y me los metí en la boca. Cometí el error de volver a mirar hacia la piscina en el momento en que Rosi decidió salir. Sacudió la cabeza como un perro que quiere quitarse el agua y tuve la sensación de que el bikini había encogido aún más con el contacto con el agua. Todo lo que intentaba hacer era pensar que necesitaba un bikini más grande.

—¿No vas a entrar? —Caminó hacia mí, dejando huellas mojadas en el piso.

—No. —Me apresuré a tomar la toalla que había dejado sobre una reposera y se la entregué—. Aquí, sécate o podrías resfriarte.

—Gracias. —Se envolvió con la toalla y yo deseaba que se mantuviera cubierta el máximo tiempo posible—. ¡Quiero carne! —Pasó a mi lado y se acercó a su padre, que la sirvió.

Mientras los veía rodeados por su esposa e hijos, me preguntaba si algún día sería capaz de tener una familia como la de él.


ROSI
Laerte

Capítulo 10

Guto había notado el bikini diminuto, tal vez no tanto como me habría gustado, pero lo suficiente como para decir que era pequeño. Ya no era la niña a la que él había cuidado, me había convertido en una mujer, y me esforzaría para que él aceptara eso.

Después de la parrillada, regresé a mi cuarto y me metí al baño. No había pasado nada, pero tampoco podía esperar que sucediera con mi padre cerca. Sin embargo, por más extraño que fuera, moría de ganas de que me agarrara y me quitara la braguita del bikini.

Tuve uno que otro novio en mi vida, besé algunas bocas, pero no pude olvidar mi amor por el mejor amigo de mi padre. Su boda, cuando yo tenía trece años, fue la mayor frustración de mi adolescencia. Hasta ese momento, mientras él seguía siendo un soltero empedernido, cultivaba la tonta esperanza de que, en secreto, tal vez él estuviera esperando por mí. Sin embargo, saber del divorcio había reavivado una llama dentro de mí; era una ingenua que creía en la posibilidad de que Gutemberg y yo pudiéramos estar juntos. Si existía un destino que predestinaba al hombre correcto para nosotras, ese era el signo que necesitaba. Me di cuenta de que el amor, que solo había sido platónico durante años, podría acercarse a la realidad. Pero tenía que hacer que Guto también lo notara.

Cerré el grifo de la ducha y tomé una toalla del soporte en la pared para enrollarme en ella antes de salir de la nube caliente de vapor del baño. Me sequé y me puse solo un conjunto de bragas y sostén, como solía dormir. Ni mis padres ni mi hermano tenían la costumbre de entrar a mi cuarto por la noche, lo que me daba algo de privacidad.

Mis padres siempre habían sido muy tranquilos con mi espacio. Mi madre era abierta conmigo y hablábamos de todo, o casi todo... ya que nunca tuve el valor de decirle que estaba completamente enamorada de Guto. Sabían que no servía de nada controlarme demasiado, pues los padres de mi madre siempre fueron muy religiosos y estrictos con las reglas, y eso no impidió que ella quedara embarazada de mí a los diecisiete. La echaron de casa y se fue a vivir con mi padre. Años después, mis abuelos intentaron acercarse, pero ella no parecía dispuesta a perdonarlos.

A los dieciocho, aún era virgen, porque el único hombre con el que había dormido era mi mejor amigo, que tenía tanto interés en chicos como yo. Los orgasmos que tuve fueron autoinfligidos mientras trataba de conocer mi propio cuerpo. No es que fuera una chica fea y no

hubiera tenido oportunidades, simplemente no quería a ninguno de los chicos con los que me involucré.

Dani siempre decía que mi amor platónico por Guto nunca pasaría de ahí, pero, en el fondo, muy en el fondo, aún tenía esperanzas. Él se estaba divorciando y yo ahora era mayor de edad. Podría tachar dos obstáculos de la lista kilométrica, y eso aumentaba mis posibilidades.

***

No sé cuándo me quedé dormida, pero desperté con el celular sobre mi pecho y toda torcida en la cama. Después me dolía la espalda y no sabía por qué.

Escuché un golpe en la puerta y me di cuenta de que eso había sido lo que me despertó. Tomé el celular y vi que el reloj marcaba las ocho de la mañana de un sábado.

—¡Caramba, mamá, déjame dormir un poco más! ¡Es sábado! —murmuré lo suficientemente bajo como para que quien estuviera al otro lado de la puerta no me oyera.

—¿Rosi? —La voz era grave y firme, inconfundible, y cambiaba por completo el funcionamiento de mi organismo, dejando mis piernas flojas y mi corazón acelerado—. ¿Rosi?

No dudé ni un segundo en levantarme de la cama y correr para abrir la puerta. Incluso el sueño que aún sentía se disipó mientras recorría la distancia entre mi cama y la manija.

—¡Hola, Guto, buenos días! —Una sonrisa de oreja a oreja se formó en mis labios.

—Rosi. —Me miró y se dio la vuelta de inmediato.

Me quedé sin entender su reacción hasta darme cuenta de que solo llevaba una tanga y sostén. Mis padres y mi hermano estaban acostumbrados a verme así, pero para él era la primera vez.

—No sabía que estabas cambiándote —dijo, todavía de espaldas, avergonzado.

—No, estaba dormida. Me desperté cuando me llamaste.

—Ah, sí, claro. —Ni siquiera se molestó en esconder la vergüenza en su tono de voz—. Hoy es sábado y me acordé de que habíamos quedado en llevarte a una autoescuela. Hay una cerca que abre los sábados por la mañana, pero si prefieres ir el lunes por la tarde, como

habíamos planeado...

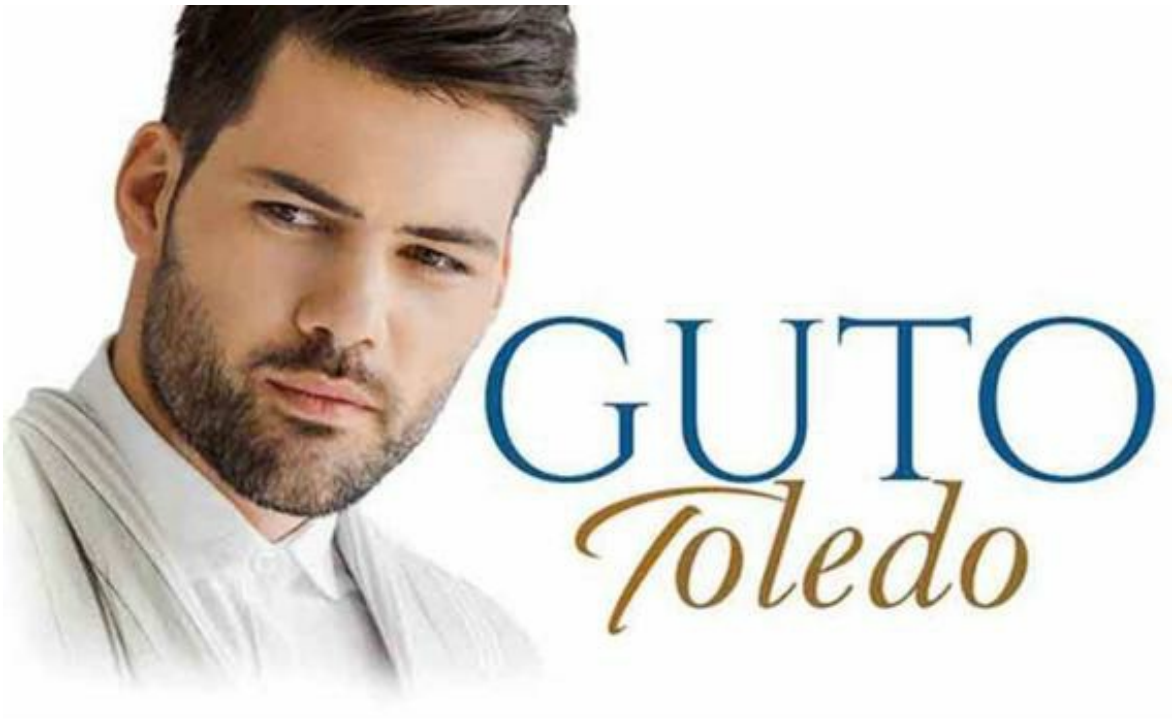
—¡No! Podemos ir hoy, me encantaría.

—Entonces, ponte ropa decente para que podamos ir.

—¡Está bien! —Cerré la puerta algo molesta. Ni mi padre me hacía comentarios sobre mi ropa, ¿qué derecho tenía él para hacerlo? Se suponía que debía gustarle verme así, no hacer el papel de gruñón.

Caminé hacia el interior del cuarto y me dirigí a mi clóset. Solo por fastidiar, elegí un vestido corto que no me permitía usar sostén, ya que la espalda quedaba descubierta y el busto era parte del mismo vestido. Cambié mi tanguita por una aún más pequeña, con tiras finas que sabía que marcarían el vestido, pero quería que él notara lo diminuta que era.

Fui al baño, me lavé los dientes y me peiné. Salí del cuarto dispuesta a que se fijara en mí.


GUTO
Toledo

Capítulo 11

Estaba sentado en la cocina, tomando mi café, servido por una empleada, solo. Ricardo y su esposa todavía dormían, y me preguntaba si no había llamado a Rosi demasiado temprano. La autoescuela estaba abierta hasta el mediodía; podría haber esperado a que ella despertara sola.

La verdad era que no había logrado dormir. Ya llevaba dos noches sin pegar un ojo, desde que decidí el divorcio. Sin embargo, tenía que recordarme a mí mismo que los demás no tenían nada que ver con eso, y que un sábado todo el mundo esperaba poder dormir sin el compromiso de despertarse temprano.

Soplaba la espuma blanca del café caliente mientras golpeaba el pie en el lateral del banco alto, que estaba junto a la barra de la cocina.

—Ah, te encontré —dijo Rosi, haciendo que la buscara por la habitación hasta encontrarla apoyada en el marco de la puerta.

En cuanto la vi, tragué el café sin precaución y me quemé la garganta, lo que provocó que comenzara a toser incontrolablemente.

—¿Estás bien? —Se acercó.

—Sí, estoy bien. —Dejé la taza con café caliente sobre la barra mientras me masajeaba la garganta, con la esperanza de que dejara de arder.

Llevaba un vestido rojo de encaje que se ajustaba a las curvas de su cuerpo, destacando sus pechos y su culo paradito. No sabía qué era peor, ese vestido o el diminuto bikini de la noche anterior. Tenía la sensación de que lo hacía adrede, no había otra explicación.

—¿Esa es la ropa decente que tienes? —Fruncí el ceño.

—¿Este vestido no está bonito? —Pasó sus manos por los costados, atrayendo mi atención hacia sus curvas.

Me mordí la lengua, sintiendo el sabor a sangre mezclado con el ardor de haberme quemado la garganta con el café caliente. El dolor me impidió excitarme, y eso me hizo sentir menos culpable. *¿Por qué me haces esto, niña?*

—Vuelve a ponerte una camiseta y unos jeans. —Mi tono de voz fue mucho más brusco de lo que hubiera querido.

—¿Por qué? —Hizo puchero, contrariada.

—Vas a una autoescuela, no a un baile universitario.

Bufó, pero su expresión de ira no me afectó. Prefería que estuviera enojada conmigo que con esa ropa.

—Me gusta el vestido.

—Póntelo con algo decente, Rosi.

—Ni mi papá me dice qué ponerme o no. —Cruzó los brazos, irritada.

—Entonces pídele a él que te lleve, pero apuesto a que él estará de acuerdo conmigo. —Me levanté del banco decidido a salir de la cocina y dejarla allí, pero Rosi me sujetó el brazo, obligándome a detenerme.

El calor de sus dedos contra mi muñeca penetró en mi piel como un veneno sutil y paralizante, dejándome hormigueando. Odié el efecto que su toque causó en mí, especialmente por cómo reaccioné. Por un momento, olvidé que era la hija de mi mejor amigo y solo pensé en lo sensual que se veía en ese vestido rojo ajustado. Mi boca volvió a salivar y humedecí mis labios. Me imaginé tocando los suyos y, en ese momento, como si me hubiera caído un rayo, retiré mi muñeca. No podía, bajo ninguna circunstancia, permitirme pensar algo así.

—¡Ay! —Retrocedió sorprendida por mi reacción brusca.

—¿Qué quieres, niña? —Apreté los dientes, mi confusión se había transformado en una rabia sutil, porque odiaba cuando las cosas se me escapaban de las manos.

—Ir a la autoescuela. —Me miró fijamente, confundida por mi reacción.

—Entonces, ponte unos pantalones de jean.

—¡Está bien! —Salió de la cocina dando pasos pesados, y yo regresé al banco alto completamente confundido.

No debía haber levantado la voz con ella, pero no pude controlarme. Rosi me estaba

trastornando, o quizás ya estaba afectado por el divorcio y veía cosas donde no las había.

—¿Así mejor? —Se detuvo frente a mí, usando un pantalón de jean oscuro y una camiseta holgada.

—Perfecto —Sonreí—. Perdón.

—¿Por qué?

—Por haber gritado. Me preocupo mucho por ti. Es como si fueras una hija para mí.

—No eres mi padre, Guto —dijo con rudeza, como si mis palabras la hubieran molestado mucho.

No entendí su reacción. Solo quería que supiera que me importaba mucho.

—¿Vamos a la autoescuela?

Rosi asintió y caminamos en silencio hasta el garaje, donde mi coche estaba estacionado. Saqué la llave del bolsillo, desbloqueé el vehículo y Rosi entró por la puerta del copiloto. Condujimos hasta la autoescuela, y Rosi estuvo callada todo el camino; parecía molesta por algo que había dicho y eso me incomodaba.

Cuando llegamos a la autoescuela, no tuvimos tiempo de hablar más. Fuimos atendidos rápidamente por una chica en la recepción, que tomó los datos de Rosi, y cuando terminó, pagué por las clases del curso teórico. Pronto, tendría su propio coche y la independencia de ir y venir. Definitivamente, ya no era una niñita.

—Rosi —la llamé cuando regresamos a mi coche.

—¿Qué pasa? —Con la cabeza apoyada en la ventana, no parecía dispuesta a mirarme a los ojos.

—Cuando dije que eres como una hija para mí, es porque estoy muy orgulloso de ti. Si algún día tengo una hija, si es que tengo, quiero que sea como tú.

—¿No entiendes que no quiero que me veas de esa forma? —Se frotó los ojos y tuve la sensación de que estaba intentando evitar las lágrimas. Me sentí horrible por estarla lastimando sin saber por qué.

—¿Entonces, cómo quieres que te vea?

—Ah, déjalo. —Suspiró—. Solo llévame a casa.

—Rosi, habla conmigo. —Solté el cinturón y me acerqué a ella.

Rosi giró el rostro y nuestras narices casi se tocaron. Mis ojos se fijaron en los de ella, de un marrón profundo. No pude desviar la mirada de inmediato, mi respiración se mezcló con la suya y mi corazón comenzó a latir más rápido. Sus labios rojos me llamaban. Enfrentando un divorcio, con el corazón roto y necesitado de afecto, lo único que quería era un beso, pero esa era la última mujer en el mundo que debería considerar besar. Rosi ya no era una niñita, pero seguía siendo la hija de mi mejor amigo. El hecho de que fuera mayor de edad no eliminaba los innumerables obstáculos.

No soy un hombre religioso, aunque mis padres me criaron para serlo. Siempre me ha gustado la ciencia y creo en los hechos, pero con mis labios a centímetros de los de Rosi, entendí lo que significa tentación y pecado: cuando deseas con fuerza hacer algo, pero sabes que es terriblemente incorrecto.

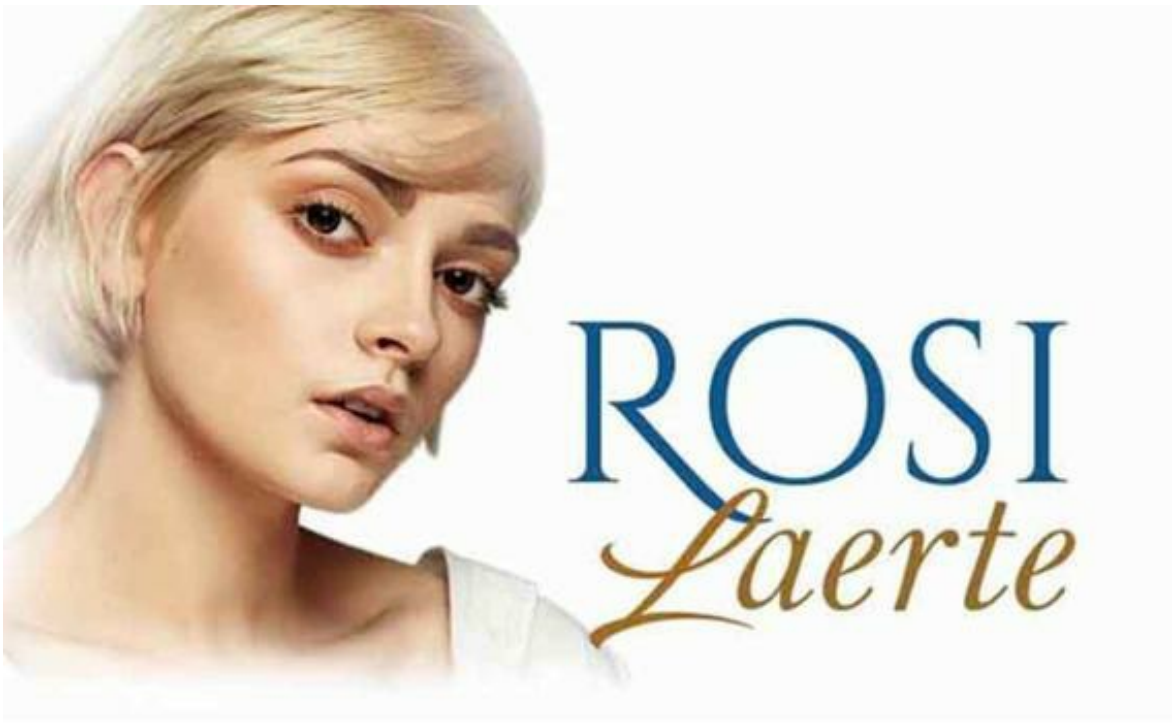
—Regresemos ya mismo. —Me liberé de la fuerza magnética que me atraía hacia ella y me puse nuevamente el cinturón, atándome al asiento del conductor.

¡Sé racional, Gutemberg! ¡Deja de hacer estupideces! Ya metiste la pata con una mujer antes y terminaste en un divorcio. No puedes arriesgarte a perder a tu mejor amigo por un impulso.

Antes de siquiera pensar en besar a la hija de Ricardo, debía recordarme que él era lo más importante en mi vida y la mejor relación que había logrado.

Rosi tiró de su cinturón y se quedó mirando hacia afuera del coche mientras yo manejaba de vuelta al condominio donde vivíamos.

Amaba la presencia de Ricardo, nadie en el mundo me hacía sentir tan bien como él, pero empecé a darme cuenta de que seguir viviendo con él podría poner en peligro nuestra amistad.


ROSI
Laerte

Capítulo 12

Apretaba los botones del control remoto de la televisión sin prestar atención a ninguno de los canales. El movimiento automático disimulaba el hecho de que estaba perdida en mis pensamientos. Estaba atrapada entre la realidad y el sueño. Al mismo tiempo que sentía que por poco Guto no me besaba más temprano, estaba segura de que era solo otro de los muchos delirios que ya había tenido con él.

Eres como una hija para mí... Su voz resonó en mi mente, y apreté el control con fuerza entre mis dedos, presionando varios botones a la vez.

—¡Hija de puta! —murmuré, bajito, omitiendo la palabrota que quería gritar a los cuatro vientos.

No quería que él me viera como una hija, sino como su futura esposa. No alguien que él pusiera en la cama solo para dormir y contarle un cuento, sino alguien a quien llevaría a la cama y con quien tendría sexo la noche entera.

—Estoy entrando... Espero que no estés desnuda, porque no quiero ver tus tetas.

Giré la cabeza y vi a Dani irrumpir en mi cuarto sin ninguna ceremonia y cerrar la puerta detrás de él. Ni me moví del sofá, seguí ahí tirada, apretando botones al azar en el control.

—¿Qué te pasa, amiga? —Se sentó a mi lado y me jaló la cabeza hacia su regazo.

—Hoy salí con Guto.

—¿Saliste con Guto?! Cuéntame esa historia como es. —Me empujó de los hombros para que me levantara.

—No tiene nada que ver con lo que estás pensando.

—No pensé nada. —Se hizo el desentendido.

—Me llevó a la autoescuela. Empiezo las clases el lunes.

—Ahora hasta yo quiero a ese tipo. Podré beber y dejar que tú conduzcas.

Fruncí el ceño y él se rió.

—¿Y por qué estás triste? ¿No quieres manejar y él te obligó? Eso me sorprende, porque nunca fuiste de esas chicas que dejan que decidan por ti. Me pides consejos, pero siempre haces todo lo contrario.

—¿Puedes creer que tuvo el descaro de decir que soy como una hija para él y que si tiene una hija, quiere que sea como yo?

—Si tiene una hija contigo, las probabilidades de que sea como él quiere suben bastante. —Se rió con desprecio, y casi tengo ganas de estamparle la cabeza contra la pared.

Lo miré mal, pero no dije nada. Dani sabía lo mucho que amaba a Guto y lo que soñaba con estar con él, pero se burlaba de mí casi siempre. Salir con el mejor amigo de mi papá, el doble de mayor que yo, parecía tan imposible como querer a un actor de Hollywood que ni siquiera sabía quién era yo.

—¿Vamos o no a ver la serie? —Daniel tomó el control de la televisión de debajo de mí y seleccionó el servicio de streaming.

—Voy a buscar las palomitas de maíz. —Salté del sofá y me dirigí al pasillo.

—Trae refresco también —me dijo Daniel, cuando ya casi no lo escuchaba.

Bajé las escaleras hacia la cocina, pero antes de llegar, pasé por la sala donde mi papá y Guto estaban viendo un partido de fútbol. Estaban tan concentrados, observando cada jugada y entusiasmados con los movimientos de los jugadores del São Paulo.

—¡Ah, por el amor de Dios, juez de mierda! —resopló mi papá, llevándose las manos a la cabeza—. ¿Viste, Guto? El tipo entró con todo, casi le rompe la pierna a nuestro delantero, y el árbitro ni siquiera sanciona falta para tarjeta. ¿Dónde está el VAR cuando se necesita? Seguro que es corintiano.

—Qué hijo de puta —bufó Guto, dejando caer su espalda sobre el respaldo del sofá—. Nadie merece un partido robado así.

Dejé de prestarles atención y seguí a la cocina. Fui hasta la despensa, abrí uno de los grandes cajones del armario en busca de una bolsa de palomitas con sabor a mantequilla de cine. Tomé un par y las puse a estallar mientras derretía más mantequilla en la sartén. Estaría nadando

en grasa, pero Daniel no podría quejarse.

Eché todo en un tazón y tomé un refresco con dos vasos. Equilibrando todo, regresé por el pasillo hacia mi cuarto. Al mirar a través del tazón de palomitas que llevaba en un brazo, vi que el partido estaba en el entretiempo. Mi papá y Guto seguían discutiendo sobre la imparcialidad del árbitro, pero me vieron pasar.

—¿Está Daniel ahí? —preguntó mi papá al notar que llevaba dos vasos.

Asentí. No era ninguna sorpresa para mi papá; Dani y yo éramos inseparables desde que tenía ocho años, cuando empezamos a estudiar juntos en la misma escuela.

—Ni vi cuándo llegó —comentó. Bueno, por la forma en que estaba tan metido en el juego, no era de extrañar que no hubiera visto nada más allá de los tipos con camisetas del São Paulo y del Corinthians persiguiendo la pelota.

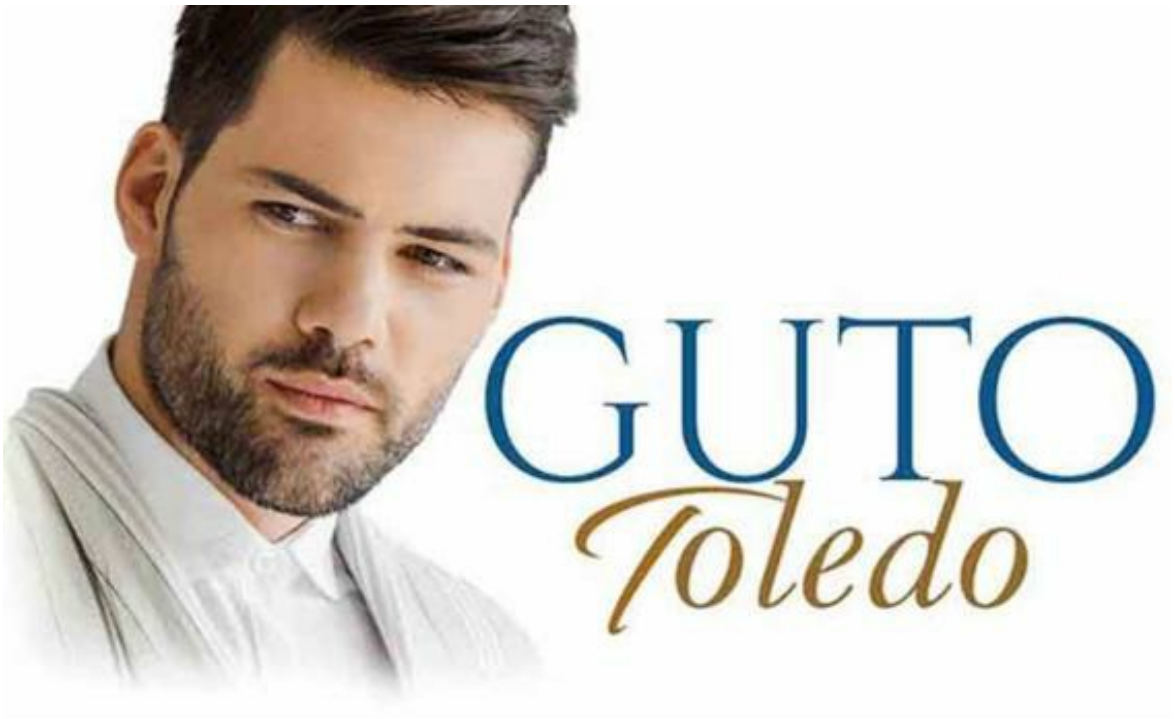
—Está en mi cuarto.

—¿Van a ver una película?

—Una serie. Ayer estrenaron una sobre un mago medieval que caza monstruos. Estábamos con muchas ganas de verla.

—Qué bien. —Sonrió y asintió.

Me di cuenta de que Guto solo nos estaba observando, pero no se molestó en decir nada. El ambiente entre nosotros seguía raro desde lo que había pasado en su coche después de la autoescuela. Sin embargo, yo aún no había renunciado a él. Había esperado dieciocho años por una oportunidad con ese hombre, y podría esperar un poco más.


GUTO
Toledo

Capítulo 13

Tomé un sorbo de mi cerveza mientras observaba de reojo a Rosimeire subir equilibrando un balde de palomitas de maíz, refresco y vasos hacia el segundo piso de la casa. Cuando Ricardo preguntó por su amigo, me acordé de Daniel. Era un chico de la misma edad que Rosi, de estatura media, con el cabello rizado y rubio, y los ojos verdes. Ellos andaban juntos de un lado a otro desde hacía años, incluso llegué a pensar que eran o serían novios. Nunca me había detenido a pensarlo, pero en ese momento me sentí curioso, o al menos algo incómodo. No era mi problema, y si Ricardo no veía nada raro en la cercanía de ellos, no me correspondía a mí hacerlo.

—¿Son novios? —le pregunté a Ricardo, dejando escapar mi duda sin pensar, aunque estaba seguro de que me arrepentiría en pocos minutos.

—Ni idea, ¿sabes? Estas relaciones modernas de los jóvenes me tienen confundido, pero él es un buen chico. Intento no ser un padre insoportable. Ya sabes lo que pasó con Margarida, ¿no? Prefiero que ella haga las cosas bajo mi techo que ande por ahí sola y sin apoyo.

—Ah, ¿él duerme aquí?

—Sí, duerme aquí todo el tiempo. Prefiero que estén aquí que Rosi yendo a su casa, pero es un buen chico, lo conozco desde pequeño. Es hijo de Thiago, ese abogado de la firma que trabaja con nosotros. El chico también está estudiando Derecho y probablemente seguirá los pasos de su padre.

—De verdad, parece un buen muchacho. —Me acomodé de nuevo en el sofá al lado de mi mejor amigo cuando comenzó el segundo tiempo del partido.

Lo único que tenía que hacer era esperar que Rosi se enfocara en el chico y dejara de intentar seducirme. Eso era lo mejor para los dos.

—Ah, se me olvidó contarte sobre la conversación que tuve con Antonio ayer.

—¿El presidente de AMontreal, de Jargão do Sul? —Fruncí el ceño, tratando de recordar quién era ese hombre. Había tantos nombres que a veces me confundía; era bueno con los números, pero no tanto con los nombres y las caras.

—Ese mismo, le llaman Bulldog.

—Me imagino cómo será el tipo. —Reí.

—Es algo rudo, pero me parece buena persona. Hablan bien de él en el gremio y en AMontreal. Se esfuerza por hacer que el lugar sea muy familiar, y eso es justo lo que queremos para la marca de los productos de Supermercados Laerte, con ese eslogan: de familia para familia.

—Sabes que confío al cien por ciento en tu juicio. Creo que si cerramos este trato será muy lucrativo para nosotros. Esta semana estuve analizando el rendimiento de las marcas propias de otros supermercados y las perspectivas son muy buenas. Si conseguimos un producto de calidad, podríamos reducir costos con distribuidores y otros intermediarios, asegurando un precio más bajo para nuestros consumidores finales.

—¡Ay, no! —Margarida apareció en la sala con un balde de palomitas similar al de su hija y se sentó entre nosotros—. Dejen los negocios para la oficina. Cuando lleguen ahí, pueden seguir hablando de eso. Es fin de semana y los dos merecen un descanso. —Extendió el balde de palomitas para que Ricardo y yo tomáramos algunas.

Acepté, metiendo algunas en la boca, y me quedé en silencio mientras masticaba.

—Eso es, bien chicos... —Rió mientras pasaba las piernas al regazo de su marido, quien le puso una mano en el muslo.

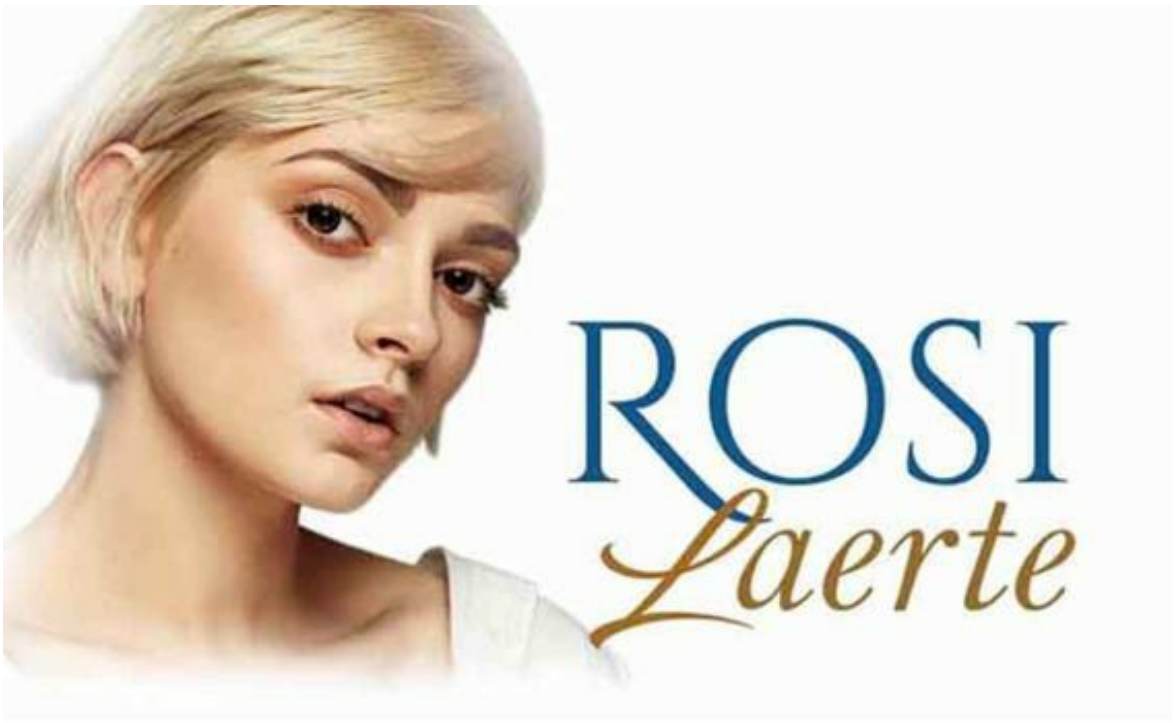
—El dinero para tus salidas al centro comercial tiene que salir de algún lado, mi amor.

—Ah, de mi trabajo, querido. Yo no trabajo los fines de semana y ustedes también pueden descansar. Olviden que son socios y quédense como los mejores amigos. —Me miró fijamente con una expresión seria y autoritaria—. ¿Me escuchaste bien, Gutemberg?

—Sí, señora.

—¡Perfecto! —Acarició mi rostro y le dio un pequeño beso a su marido.

Margarida era una mujer radiante, que alegraba a todos a su alrededor, y me consideraba un tipo con suerte por tenerla como amiga. Ella y Ricardo eran felices, y eran la prueba viviente de que el amor realmente podía existir.


ROSI
Laerte

Capítulo 14

Acomodé mi cabeza en el hombro de Daniel mientras veíamos la serie y comíamos las palomitas casi de manera automática. Por un momento, junto a mi mejor amigo y siguiendo nuestra rutina de pasar los fines de semana juntos viendo series, me olvidé de la presencia de Guto en mi casa y de su divorcio. Al menos por un rato...

—Rosi —dijo mi mamá, desde la puerta de mi cuarto.

—Hola, Doña Margarida —Daniel le sonrió.

—¡Hola, Dani! —Mi mamá devolvió la sonrisa con alegría—. ¿Cómo estás? ¿Y tus padres?

—Todos bien.

—¡Qué bueno! Vengan a cenar. La mesa ya está puesta.

—Está bien, mamá. —Tomé la mano de Daniel y bajamos juntos a la sala de estar.

Cualquier distracción que me había hecho dejar de pensar en Gutemberg quedó atrás cuando lo vi junto a mi papá. Los dos seguían conversando sobre el partido de fútbol, pero se detuvieron cuando me vieron entrar acompañada de Daniel.

—Hola, don Ricardo. Gutemberg... —Dani los saludó antes de tomar una silla y sentarse a la mesa.

—¿Todo bien, muchacho? —preguntó mi papá.

—Sí, ¿y usted?

—Bien también.

—¿Qué hay para cenar hoy, mamá? —Rodrigo entró saltando y atrajo la atención de todos. Por primera vez me sentí agradecida por la actitud alborotada de mi hermano, porque hizo que dejara de mirar a Guto.

—Yakisoba.

—¡Qué bien! —Se sentó y fue directo a servirse—. Papá, la próxima semana habrá una excursión al MASP, ¿puedo ir? Va a estar genial.

—Claro, hijo —respondió mi papá sin pensarlo demasiado.

Nos reunimos alrededor de la mesa y la cena transcurrió con tranquilidad, aunque no pude dejar de mirar a Guto. Cada vez que él se daba cuenta de que lo estaba mirando, giraba la cara hacia otro lado. Recordé cuando él dijo que yo era como una hija para él. Había pocas cosas en el mundo que él podría decir que me harían sentir más incómoda.

Daniel siempre decía que no teníamos nada que ver, que lo mejor era que dejara de preocuparme. A veces sentía que debía aceptar eso, pero cuando intentaba alejarme de la esperanza, la historia cambiaba, porque en el fondo, bien en el fondo, creía que aún tenía alguna oportunidad. Su divorcio después de mi cumpleaños número 18 era una señal.

Después de la cena, Daniel y yo volvimos a mi cuarto y seguimos viendo la serie. Encontré mi celular tirado sobre la cama y vi que tenía varias notificaciones de mi amiga Deborah. Cuando ella vivía en São Paulo, era más fácil que nos viéramos, aunque solo podía salir para ir a la librería. Su papá parecía el hombre más insoportable de la tierra; nunca la dejaba hacer nada, ni recibir amigos.

¿Ya comenzaste a leer esa serie de vampiros?

¡Cómo me calienta, Rosi!

Quiero que un tipo de esos me muerda.

Jajaja, te dije que te iba a gustar.

Estoy terminando el segundo, pero aún quiero arrastrar la cara de ese vampiro por el asfalto. No te voy a contar mucho para no dar spoiler, pero estoy muerta de rabia con él.

Yo aún estoy con el primero, pero creo que tiene sus razones para actuar así. Siempre se enfocó en proteger a la hermandad, pasó siglos siendo así.

¡Ay no! Él tiene que cuidar a la mujer que está embarazada de él. Me da asco.

#ListoLoDije.

Jajaja.

¿Y qué decidiste sobre el amigo de tu papá?

Lo quiero, pero aún no sé qué hacer.

Ten cuidado.

No es la primera persona que me lo dice.

Cuidarse es importante.

—¡Deja ese celular! Ni parece que estoy aquí. —Daniel me quitó el celular de las manos y yo gruñí.

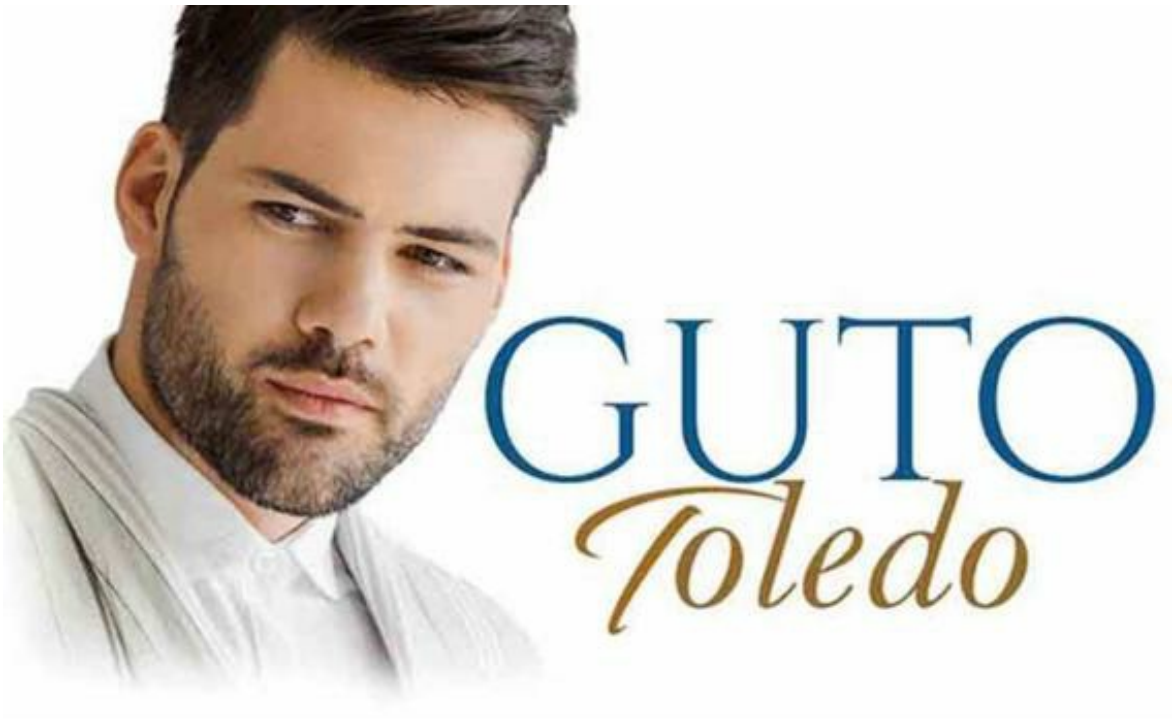
—Déjame distraerme un poco. —Hice un puchero.

—Es que me dan celos, maldita —dijo, con tono burlón, y me reí.

—Sabes que te amo. —Salté al regazo de él y lo abracé hasta casi asfixiarlo.

—Es bueno saberlo.

Justo cuando estaba bromeando con Daniel, Guto apareció en el pasillo y pasó por la puerta de mi cuarto, viéndome en el regazo de mi mejor amigo. No sabía qué parte de nuestra conversación había escuchado, pero no se quedó mucho rato mirándome.


GUTO
Toledo

Capítulo 15

La voz de Rosi declarando su amor a un chico de su edad resonó en mi mente mientras iba camino al cuarto. Era mucho mejor así, para todos.

Sentí un nudo incómodo, pero no le di importancia, tenía otros problemas que resolver y debía estar feliz por el noviazgo de Rosi. El chico, siendo hijo de Thiago, debía ser una buena persona.

Entré al cuarto de huéspedes, donde estaba viviendo, y tomé mis cosas para ducharme. Afortunadamente, el baño del cuarto de Rodrigo había sido reparado y podía usarlo sin problema.

Dejé la crema de afeitar, el desodorante y la ropa limpia sobre la repisa del lavamanos antes de desvestirme y meterme a la ducha.

La presencia de Ricardo y su familia me hacía sentir bien y me ayudaba a olvidar ese vacío en el pecho. Sin embargo, cuando quedaba solo con mis pensamientos, me recordaba que tenía 36 años y aún estaba lejos de tener una familia. Tendría que empezar de nuevo después del divorcio, y salir a disfrutar o coquetear se hacía mucho más difícil cuando tu mejor amigo estaba muy bien casado.

Cerré el grifo y salí de la ducha, tomé la toalla de la repisa y comencé a secarme el cabello. El lunes debía poner en orden mi vida. No podía seguir viviendo con Ricardo para siempre, necesitaba una nueva casa y un nuevo comienzo.

Salí del baño justo cuando Rosi salía de su cuarto. Nos cruzamos en el pasillo y fue inevitable no mirarnos. Ella estaba con un camisón diminuto y odié lo mucho que su cuerpo llamó mi atención. Era errado, muy errado, mirar a esa chica con un pensamiento lujurioso. Rosi era la hija de mi mejor amigo y debía cuidarla y protegerla. Desvié la mirada hacia una lámpara en el pasillo detrás de ella. No creía en el pecado hasta que sentí los deseos que esa chica despertaba en mí.

—Hola, Guto.

—Hola. —Sentí un sabor amargo en la boca al mirar, sin querer, el escote de su camisón.

Me aseguré de que no estaba vestida así para llamar mi atención. Era una locura siquiera pensar en eso. Rosi estaba con su novio en el cuarto y era obvio que ya habían tenido sexo o lo harían esa noche.

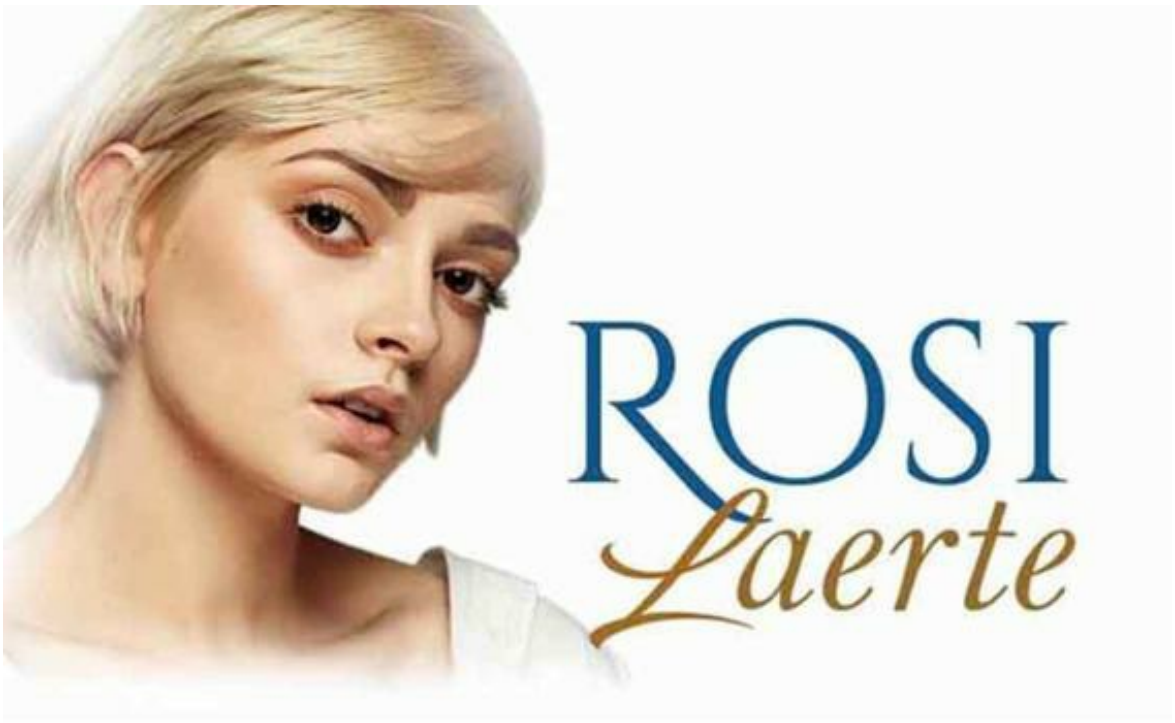
—Voy por agua. —Señaló las escaleras.

—Claro. —Parpadeé, completamente aturdido al darme cuenta de que estaba mirando su escote. No debía hacerlo, pero lo estaba.

Me aparté un paso y Rosi dio la vuelta, bajando las escaleras. Tan pronto como desapareció de vista, me apresuré a ir al cuarto de huéspedes donde estaba durmiendo. Cerré la puerta con llave y me apoyé en ella, respirando agitadamente. Parecía que cuanto más me decía que no debía mirarla con lujuria, más mis ojos deseaban recorrer su cuerpo.

Bajé la cabeza, inspiré, exhalé, e inspiré nuevamente. Quería controlar los latidos frenéticos de mi corazón. El lunes tendría que buscar urgentemente un lugar para vivir. Nunca me había sentido tan mal por mirar a una mujer de esa manera. Solo de pensar en la reacción de mi mejor amigo al descubrir que había reparado en las hermosas tetas de su hija, me daban ganas de darme un golpe.

Era la frustración y el divorcio jugando con mi cabeza. Necesitaba pasar por este momento y seguir con mi vida lo más rápido posible, antes de cometer un error mucho mayor que casarme con la mujer equivocada.


ROSI
Laerte

Capítulo 16

Volví a mi cuarto después de haber salido por agua y encontré a Daniel mirándome con una expresión llena de juicio, lo que me hizo estremecer.

—¿Qué pasa?

—¿Te encontraste con él?

—¿Con quién? —Hice como si no supiera de qué hablaba y Daniel torció los labios, frunciendo el ceño.

—¿Con quién? Ah, queridita, ¿crees que soy idiota? No habrías salido del cuarto con esa camisola provocativa si no fuera para llamar la atención de Gutemberg. ¿O hay alguien más aquí en la casa a quien quisieras que te viera así? Porque no me digas que es solo un camisón. Nadie usa una camisola pequeña de satén y encaje si no quiere ser notada.

—Me encontré con él. —Miré al suelo, sintiendo mis mejillas arder.

—¿Y...?

—Y nada. —Solté un suspiro—. No dijo nada ni hizo nada. —Dejé mi cuerpo caer sobre la cama junto a mi mejor amigo.

—¿Qué esperabas que hiciera? ¿Que te levantara en brazos, te llevara al cuarto de huéspedes y te diera una noche de sexo salvaje? —Se acostó de lado para observarme mejor y, con el ceño fruncido, esperó mi respuesta.

—No lo sé —admití, dándome cuenta de que las palabras de mi mejor amigo tenían razón —, pero quiero que haga algo.

—No quiero ser el pesimista, pero voy a decirte algo en lo que deberías pensar. El tipo tiene la vida resuelta, casi cuarenta años, ha pasado por un montón de cosas, y está divorciándose de su esposa. Tal vez no tenga el menor interés en ti y tú estás haciendo todo esto por nada.

Tragué saliva y apreté los dientes. No me gustó lo que dijo Daniel porque, de alguna manera, me dolía mucho pensar que Guto nunca fijaría los ojos en mí, aunque esa fuera la idea más lógica. Él tenía el doble de mi edad y era el mejor amigo de mi padre, pero algo dentro de mí

no aceptaba rendirme sin pelear.

—Soy una mujer interesante y haré que él lo note.

—O pasarás la vergüenza de tu vida intentando.

Lo empujé por los hombros, molesta, y Daniel frunció el ceño.

—Vamos a dormir. Mañana, sigues con tu dilema o decides olvidarte de todo esto y dejas en paz al pobre tipo.

—¡Está bien! —Me acomodé en la cama y me subí el acolchado a los hombros.

Daniel se acomodó al otro lado de la cama y yo cerré los ojos. Traté de dormir, lo juro, pero no pude. Las ganas de ir al cuarto de Guto eran grandes, aunque sabía que mis padres se volverían locos si me encontraban allí. Bueno, la idea no estaba completamente descartada.

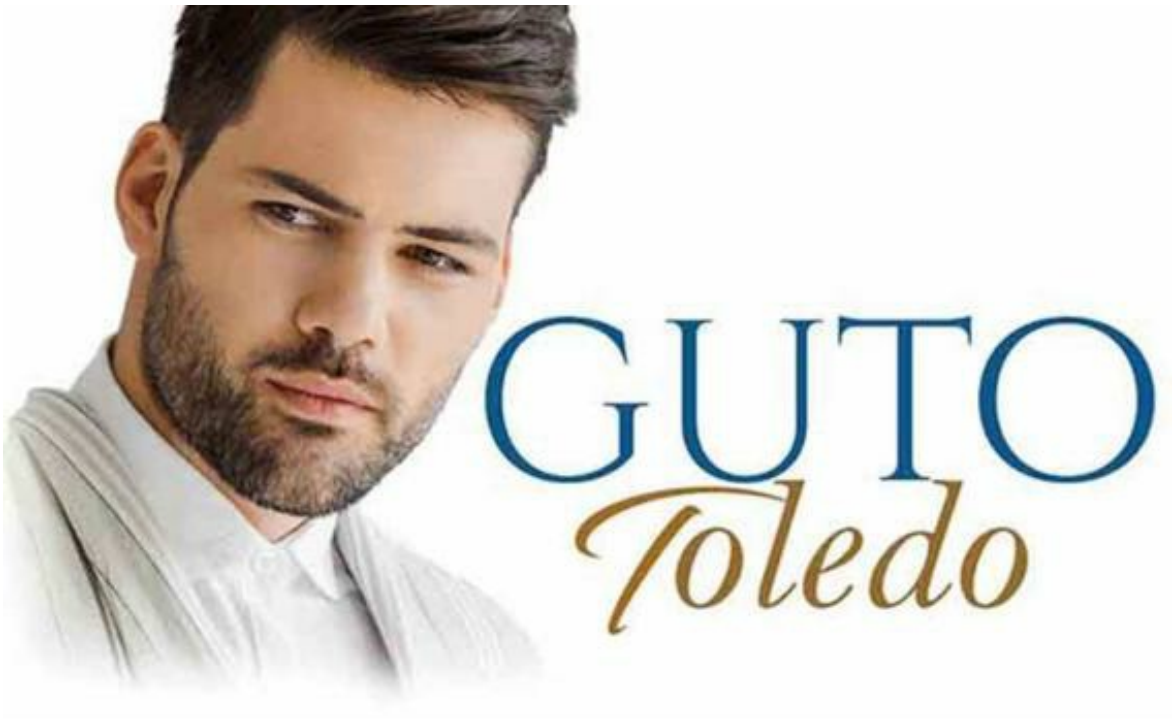
***

Daniel se fue el domingo por la mañana, bien temprano. Dijo que necesitaba estudiar una materia y leer algunos textos que los profesores de la universidad le habían dado. Al final, me dejó sola con mis pensamientos y sueños platónicos.

Por la mañana, después de haber desayunado en familia, me puse a leer mis propios textos. Por más que quisiera estar cerca de Guto, no podía dejar de lado mis compromisos con la universidad.

Mientras leía un texto sobre teoría del color, no podía dejar de pensar en qué haría para llamar la atención de Guto. Porque, por más que hubiera obstáculos, sentía que él me deseaba, solo que no se atrevía a decírmelo.

Salí sigilosamente de mi cuarto y me dirigí al baño común. Usé un destornillador para forzar la llave del agua, haciendo que comenzara a gotear. Volví al pasillo, asegurándome de que nadie me hubiera visto, y regresé a mis aburridos textos universitarios.


GUTO
Toledo

Capítulo 17

Me acomodé en el respaldo de la silla y sonreí al mirar a Ricardo y su hijo Rodrigo, que me observaban con una expresión seria.

—¡No puedo creer que ganó otra vez, papá! —El niño dejó las cartas sobre la mesa, claramente molesto.

—Con un poco de suerte y estrategia, no es tan difícil —dije, encogiéndome de hombros.

—¿Qué estrategia? ¡Ya me cansé! —Se levantó de la mesa y se fue caminando rápido. Era solo un niño, pero ya tenía el aire de dureza de su padre.

—Vaya, ya tiró la toalla. —Me reí.

—Sigues siendo un desastre en los juegos, Guto —dijo mi mejor amigo, mientras guardaba las cartas. Me di cuenta de que nuestra tarde de domingo jugando cartas se había ido a la mierda.

—¿Para ser buena onda tengo que dejar que ganen?

—Es mejor que no ganes siempre.

—Deberías enseñarle a tu hijo mejores estrategias, en lugar de estar quejándote de que no puedo ganar.

—Eres un pesado. —Hizo una mueca y, cuando me di cuenta, ambos estábamos riendo.

—Soy un pesado, pero sé que soy tu mejor amigo.

—Si tú lo dices... —dijo, encogiéndose de hombros.

Lo miré mientras nos divertíamos y pensé en lo importante que era para mí lo que teníamos. Más allá de cualquier impulso sexual, necesitaba pensar en lo valiosa que era mi relación con mi mejor amigo.

—Ah, ustedes son un amor —dijo Margarida, apoyándose en la silla detrás de su esposo —. Amor, el baño de visitas está con una gotera. Cerré la llave de paso. Mañana llamaré a un

plomero para que venga a ver qué pasó.

—¿En serio? —Ricardo puso los ojos en blanco—. Esta casa costó millones y aún parece tener los mismos problemas que la casita de mierda en la que vivíamos cuando éramos niños.

—Cariño, las construcciones dan problemas, y esta casa es enorme.

—Está bien. Mañana vas a llamar al tipo para que lo repare, ¿verdad?

Ella asintió.

—¡Perfecto! Gracias. —Él pasó la mano por su rostro y la atrajo para un beso cariñoso.

—¿Qué están haciendo? —Ella se acercó y se sentó al lado de su esposo.

—Estábamos jugando a la *Escoba*, pero no tiene gracia jugar contra Guto, porque siempre gana. Rodrigo ya se enojó y se fue.

—¿Siempre gana, eh? —Me miró con aire desafiante y chasqueó los dedos, como preparándose para darme una paliza.

—Reparte las cartas, amor. Quiero ver cuánto tiempo el "engomado" de tu mejor amigo puede seguir invicto.

—Por eso amo a mi mujer —Ricardo rió mientras volvía a repartir las cartas.

Estaba ansioso por jugar con Margarida y ver si realmente tenía una oponente a mi altura.

Jugamos hasta la noche. Ella era mucho mejor que su esposo y su hijo. Fue divertido ver la cara de Ricardo cuando su mujer me ganó varias veces.

—Parece que tenemos una vencedora aquí —dijo él, levantando su mano, todo orgulloso.

—Sí, debo admitir que es muy buena.

—¿Muy buena? ¡Soy una genia! —afirmó, con énfasis, y todos volvimos a reír.

Ricardo y yo podíamos haber hecho mucho dinero con los supermercados, pero sin duda, lo mejor de nuestra relación eran momentos como ese.

—Ahora tengo que ver qué vamos a cenar. Las empleadas tienen el día libre los domingos, así que tengo que ir a la cocina —dijo ella mientras se levantaba, empujando la silla hacia atrás.

—No —Ricardo la detuvo poniendo la mano sobre su muslo y la hizo volver a sentarse—. No tienes que ir a la cocina. Guto va a pagar la pizza.

—Claro. —Saqué el celular de mi bolsillo—. Es lo menos que puedo hacer. ¿Prefieren calabresa o margarita?

—A mí me gusta la de pollo con catupiry —Rosi apareció, apoyándose en el marco de la puerta, y mis ojos se dirigieron hacia ella.

Mi sonrisa se desvaneció y sentí un nudo en la garganta que me dificultó respirar. Hice todo lo posible por disimularlo, pero no sé si lo logré tan bien como quería.

—¿Qué pasa, Guto? Parece que viste un fantasma, hermano —Ricardo me llamó, y pestañeé varias veces para concentrarme en él.

—Solo recordé algo del trabajo, pero lo hablamos mañana.

—Buen muchacho. —Margarida extendió la mano y me dio unos golpecitos en el hombro —. Ahora, pide la pizza de una vez, que quiero comer hoy.

—Claro. Voy a pedir una calabresa, una de pollo y una margarita, ¿está bien?

Margarida asintió con la cabeza y terminé el pedido en la aplicación.

Mi mirada me traicionó y volvió a dirigirse a Rosi, que seguía parada en la puerta de la sala donde estábamos. Sentí que, cuanto más intentaba resistir, más estaba perdiendo. No entendía por qué esa chica me afectaba tanto y, cuanto más pensaba en ello, más me daba cuenta de lo equivocado que era. No era cualquier chica con la mitad de mi edad, era la hija de mi mejor amigo. Aún así, la camiseta ajustada y los shorts que dejaban parte de su culito asomando al aire despertaban algo en mí que no debería reaccionar y me hacían sentir como un depravado.

—¡Guto!

—¡Hola! —Me tomó un momento darme cuenta de que Margarida me estaba llamando.

—¿Cuánto tiempo tardará la pizza en llegar?

—Una hora.

—Creo que voy a tomar un baño antes entonces.

—Yo también —Ricardo le lanzó un guiño mientras sonreía con malicia, y las mejillas de Margarida se sonrojaron. Sin duda, sería mucho más que solo un baño—. Cuida a los niños —me dijo a mí—. Puede que nos demoremos.

—Pueden irse tranquilos.

Salieron de la sala entre risas y caricias, y yo me quedé mirando las cartas del juego esparcidas sobre la mesa de madera clara.

—¿Mis padres se fueron a tener sexo y te dejaron de niñero? —Rosi tomó la silla que antes estaba ocupada por su padre y se sentó frente a mí.

—Como si tú necesitaras niñero. —La miré, pero me mordí la lengua, arrepentido de lo que acababa de decir.

Su sonrisa se amplió y la forma en que sus ojos me miraron me puso incómodo. En ese momento entendí perfectamente lo que significa estar entre la espada y la pared. *¡Carajo, qué hermosa es!*

Es la hija de tu mejor amigo... Es solo una niña... ¡No puedes! Pensaba esas frases como un mantra para no olvidarme de que, entre todas las mujeres solteras que conocía, ella era la más prohibida de todas.

—¿Juegas conmigo? —dijo, mientras pasaba las manos por las mías, llamando mi atención, y un escalofrío recorrió mi cuerpo; fue como si me golpeara un viento helado.

Ya estás jugando conmigo, ¿verdad, niña? Esa fue una pregunta que solo hice mentalmente mientras mis ojos se clavaban en el marrón de los suyos.

—Claro. —Tomé el mazo y me deshice de sus manos—. ¿A qué quieres jugar? —La pregunta fue inocente, pero en cuanto la hice, me di cuenta de que su respuesta podría dejarme completamente avergonzado, y no sabía cómo escapar de esa situación sin causar algún conflicto.

—¿Qué te parece el burro? —Tomó el mazo de mis manos, lo barajó, lo cortó y me dio

cuatro cartas.

—Está bien.

—¡Oh, burro, quiero jugar! —Rodrigo apareció en la sala y me sentí aliviado de que la situación no se hubiera descontrolado y no le diéramos pie para que el niño notara el extraño ambiente entre él y su hermana.

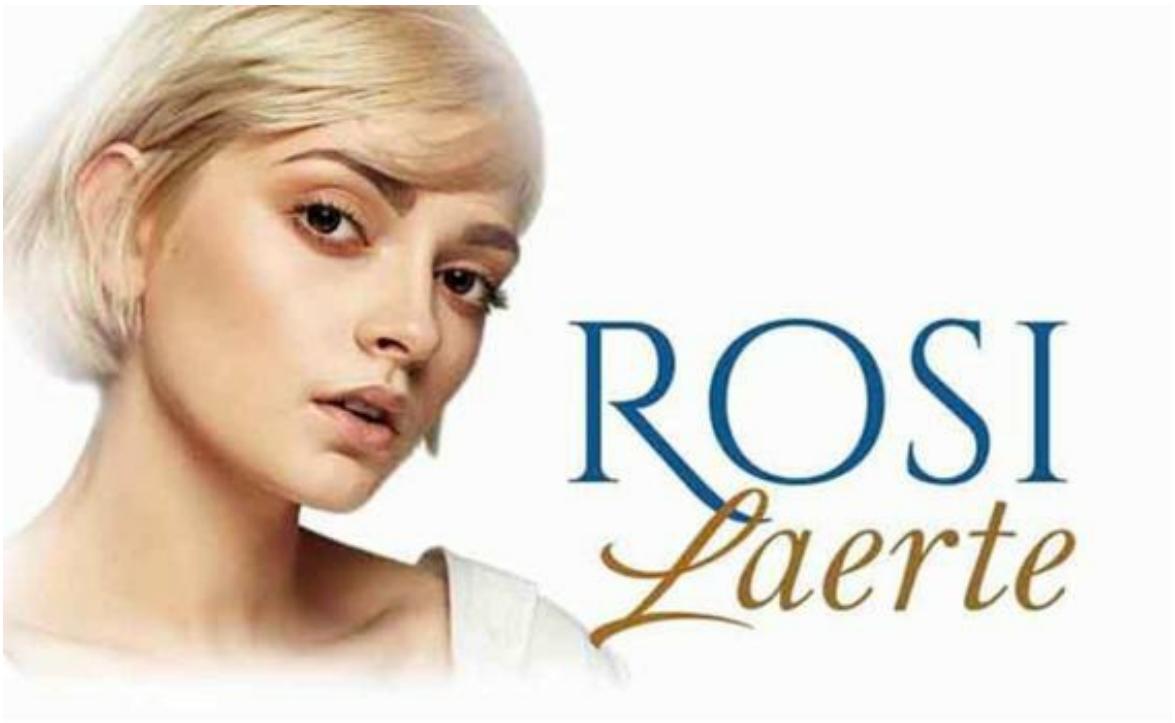
—¡Entonces siéntate ahí, mocoso! —Le señalé una silla junto a su hermana.

Me sentí agradecido de que él estuviera cerca. La presencia de Rodrigo evitaba que la situación se saliera de control. Confieso que me sentía como un idiota, porque no tenía idea de cómo me comportaría estando solo con Rosi. Se supone que yo debería ser quien la protegiera, en quien su padre confiaría con los ojos cerrados, pero ni yo confiaba en mí mismo.

—¡Dame cartas también, Rosi! —exigió Rodrigo, actuando como mi ancla en ese momento tan complicado.

Mientras jugábamos, me concentré en mantener mi atención en el niño y recordarme a mí mismo que ellos eran niños, los hijos de mi mejor amigo.

La pizza llegó poco antes de que Ricardo y Margarida regresaran del baño. Fui a buscarla en la entrada de la casa mientras Rosi preparaba la mesa para comer. Si lograba mantener el control cerca de ella, todo estaría bien.


ROSI
Laerte

Capítulo 18

Daniel decía que las posibilidades de que Guto sintiera algo por mí eran nulas. Él era un hombre mayor, que estaba en una etapa de la vida muy diferente a la mía. Sin embargo, después de aquella noche de domingo, observando cómo él se esforzaba por no mirarme directamente a los ojos o por no mirar mi cuerpo, me di cuenta de que estaba luchando contra algo que podría convertirse en combustible. Solo necesitaba encender una chispa para que todo estallara en llamas.

Yo todavía era virgen y si había alguien con quien quería perder ese estatus, era con Guto.

Cuando mis padres subieron a dormir, Guto se acercó a mi hermano, que estaba tirado en el sofá de la sala.

—Rodrigo, ¿puedo usar tu baño para ducharme? —preguntó.

—¡Pues sí, tío! Pero acabo de cagar en el baño. Creo que si esperas unos diez minutos, ya se puede entrar sin problema.

Guto hizo una mueca al imaginar el olor que mi hermano podría haber dejado en su baño. Rodrigo siempre había sido un poco cochino, y menos mal que él tenía su propio baño en su cuarto.

Puse la mano sobre mi boca para contener la risa.

—¿Por qué no usas el de Rosi? Siempre huele a perfume.

Gracias, hermanito, pensé para mí misma. Rodrigo no solía ayudarme mucho, pero en ese momento lo había hecho de maravilla y había contribuido mucho a mis planes.

—Puedes usarlo, Guto —le dije de manera natural, sin dejar que se notara la celebración en mi tono.

—Gracias. —Me miró, todo incómodo. Como afortunadamente la idea había venido de mi hermano, no podía rechazarla sin decir el porqué—. Voy a buscar mis cosas entonces.

—Tómate tu tiempo. La puerta está abierta.

Él pasó junto a nosotros y subió al segundo piso de la casa.

Estaba a punto de seguirlo, cuando mi hermano se paró frente a mí.

—¿Tío Guto estaba raro hoy, no?

—¿Raro? —Puse una mano en la cadera y me hice la desentendida—. Ni me di cuenta.

—Debe ser porque él y tía Olivia terminaron, ¿no? Qué mal.

—Sí, qué mal —respondí, girándolo y empujándolo por los hombros hacia las escaleras—. Es hora de que te duermas. Mañana tienes clase.

—Quiero ver un poco más de tele. —Hizo un puchero y se resistió a que lo empujara escaleras arriba.

—Mañana.

—Pero la película que están dando ahora no va a estar mañana.

—Mañana la buscas en algún sitio de streaming.

—Está bien. —Cedió, dejando de cruzar los brazos—. Odio cuando te pones como mamá.

—Ella ya te dijo que te fueras a dormir, lo sé. ¿Quieres que la llame?

—¡No! No hace falta, ya está dormida. Yo también me voy a dormir —dijo, y cuando llegamos al segundo piso, entró a su cuarto y cerró la puerta en mi cara.

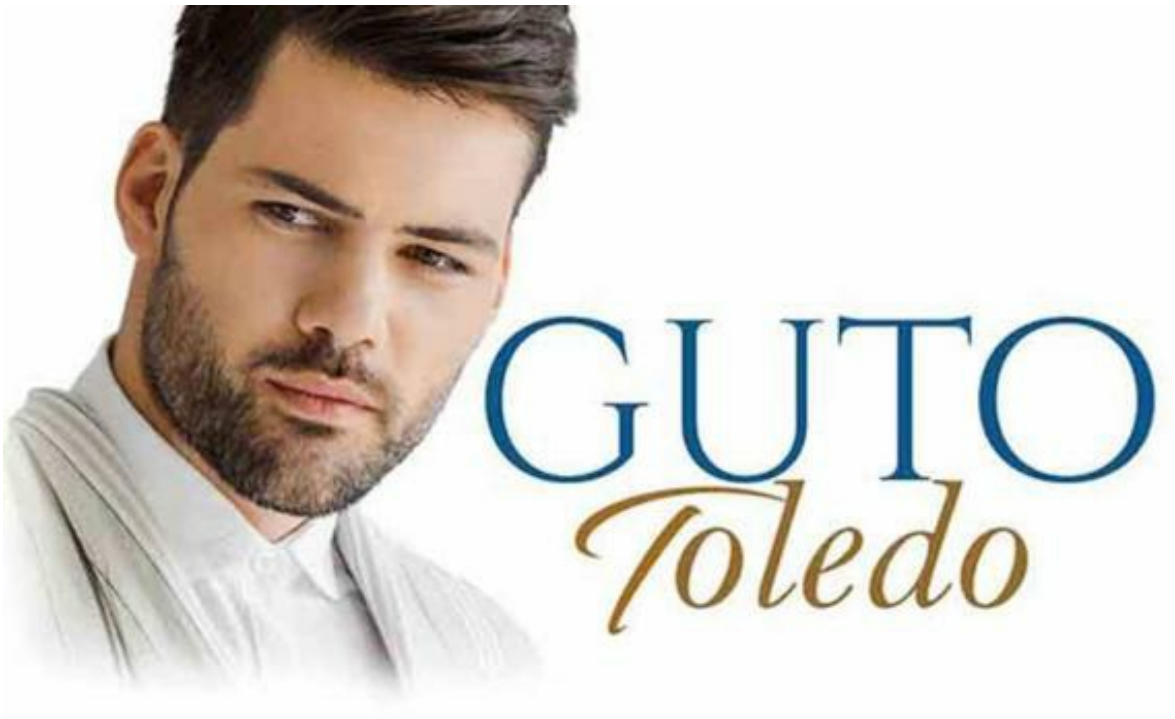
Entré a mi cuarto, escuchando el sonido del agua del baño. Mi corazón latió fuerte en el pecho y me imaginé a Guto desnudo, con el agua cayendo sobre su cuerpo. Lo había visto en bañador varias veces, pero estaba segura de que las otras partes de su cuerpo no me iban a decepcionar.

Cerré la puerta de mi cuarto y, por un momento, pensé en si podría entrar bajo la ducha con él. Mis padres estaban en su cuarto y difícilmente saldrían de allí, lo mismo con mi hermano, pero imaginé que eso lo asustaría y si no quería que el hombre saliera corriendo, tendría que actuar con más delicadeza.

Me quité la ropa, quedándome solo con una pequeña tanguita. Me miré en el espejo de

cuerpo entero y noté la transparencia de la prenda que cubría mi sexo. Esperaba que eso fuera suficiente para llamar su atención.

El sonido del agua cesó y contuve la respiración. Me di vuelta y me puse a "buscar" en un cajón de la cómoda, para que no quedara tan obvio que era una trampa para él.


GUTO
Toledo

Capítulo 19

Salí de la ducha y agarré una toalla limpia para secarme. Por suerte, esta vez no había bragas diminutas colgando del baño. Solo esperaba que, al final, todo saliera bien y no me disgustara por nada.

Me puse mis calzoncillos negros y unos pantalones cortos holgados para dormir. También me llevé una camiseta; me gustaba ir sin ella, pero no estaba en mi casa y debía respetar el entorno; me la quitaría cuando estuviera en la habitación de invitados.

Recogí mis cosas y salí del cuarto de baño. Nada más abrir la puerta, me sobresalté. Rosi estaba de espaldas, inclinada sobre un cajón de la cómoda. Solo llevaba una tanga y sostenía una toalla delante, cubriéndose parcialmente los pechos. Me acordé de aquellas modelos sexys de las revistas que veía cuando era adolescente y mi verga se apretó contra la tela, estirando los calzoncillos.

El culo de Rosi no era demasiado grande, pero sí redondo y hermoso. Solo un pequeño hilo de bragas bajaba entre sus nalgas y cubría su arrugado agujero. Pensé que eso era lo peor, pero cuando Rosi se giró hacia mí, me invadió una calentura que no sentía con muchas mujeres de mi edad.

Mis labios se humedecieron mientras mi boca se llenaba de agua. La parte delantera de sus bragas era aún peor para mi sentido común y mi autocontrol. Era transparente y me dejaba ver su vulva. Yo estaba sudando y apenas había salido de la ducha.

—Ah, ya has salido. Ahora puedo ducharme —dijo, como si no viera nada malo en que la viera prácticamente desnuda.

—¿No deberías haber esperado a que me fuera para quitarte la ropa?

—Como si fuera la primera vez que me ves desnuda. —Retiró la toalla y vi sus pezones marrones y erectos y sus pechos redondos, lo bastante grandes como para agarrarlos con las manos.

—Eras un bebé en ese entonces. —Giré la cara y miré el suelo de porcelana blanca bajo mis pies.

—Sí, hace tiempo. —Pasó junto a mí y entró en el baño, pero no cerró la puerta. Tal vez por insinuación, o por mera costumbre, ya que era el baño de su habitación y la puerta del dormitorio estaba cerrada.

Debería haberme ido inmediatamente, salir corriendo antes incluso de que se quitara la toalla, pero me quedé y supe que me odiaría por eso el resto de mi vida.

Por el rabillo del ojo, la vi quitarse las bragas, abrir la cabina de ducha y meterse en la ducha. El agua corría por su cuerpo desnudo y femenino; ya no quedaba nada de la niña que había llevado en brazos.

Mierda, ¿qué estoy haciendo? Me di cuenta de lo fuera de mí que estaba y de que solo pensaba con la cabeza gacha. Prácticamente salí corriendo de su habitación y me encerré en el cuarto de invitados.

Jadeando, di un puñetazo a la pared, sintiendo como mis huesos sufrían el impacto y se quejaban, provocándome dolor. Estaba enojado conmigo mismo, cabreado por estar excitado e incluso cabreado por estar paralizado por la calentura. No debería haberme quedado a verla completamente desnuda. Intenté con todas mis fuerzas apartar de mi mente las imágenes de sus tetas y su vulva, pero no pude. Cuanto más lo intentaba, mayor era el efecto contrario.

Golpeé la pared una y otra vez, hasta que mi sangre se mezcló con la pintura blanca y la masilla.

—¡Maldita sea! —grité. Estaba enfadado conmigo mismo y no necesitaba despertar al resto de la gente de la casa.

Nunca me había sentido tan enfadado con mi verga y con el hecho de que se moviera involuntariamente. Desear a Rosi, sentir unas ganas locas de ir a su habitación y acostarla en la cama para meterle la verga hasta quedar exhaustos era la sensación más depravada que había experimentado nunca. Me sentía como un animal, enfermo.

Estaba muy mal, demasiado mal.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y seguí golpeando la pared, ya que no podía golpearme a mí mismo, porque me lo merecía. El dorso de los dedos ya estaba hinchado, despellejado, pequeños cortes en la piel manchaban la pared de sangre, pero no dejé de autoinfligirme dolor hasta que los pechos de Rosi desaparecieron de mi mente.

Lloré como un niño mientras pensaba en lo malo y depravado que era todo aquello. Con los dedos rotos, volví a la cama y me acosté, poniéndome la almohada sobre la cara para que amortiguaran mi grito.

De todas las chicas del mundo, ¿por qué tenía tantas ganas de cogerme a la hija de mi mejor amigo?

Estar entre el deseo y la razón fue una de las peores sensaciones que he sentido nunca.

***

Oí que llamaban a la puerta y me levanté, pero antes de que pudiera salir de la cama, vi entrar a Rosi a través de la penumbra de la oscura habitación. Solo pude distinguir siluetas, pero me bastó para estar seguro de que era ella; y lo que era peor, estaba desnuda, tal como la había visto en la ducha.

—Guto... —Su voz era melodiosa y aterciopelada mientras caminaba hacia mí.

Mi corazón dejó de latir, se me secó la garganta y me aferré a la sábana que tenía debajo. Esperé a que la cama crujiera bajo el peso de su rodilla, pero no ocurrió nada. Como una grácil gacela, Rosi se subió la cama y me montó.

—Quiero estar contigo, Guto.

—No podemos. —La agarré por los hombros, pero eso no bastó para que Rosi apartara sus manos, que estaban abriendo el velcro de mis calzoncillos.

—¿Por qué no? Te deseo y sé que tú también me deseas...

—Soy mucho más grande que tú y soy el mejor amigo de tu padre.

—No me importa.

Maldita sea la determinación que había heredado de su madre.

Rosi sacó mi verga de los calzoncillos y bajó la cabeza, rodeando mi verga con su boca. Agarré su corta melena rubia, tirando de ella hacia arriba y dándole libertad para moverse a lo largo de mi miembro extremadamente duro. Sus labios eran tan suaves como imaginaba. Me la chupó con delicadeza y no pude contenerme, disfrutando dentro de su boca. Pero antes de acabar,

la agarré por la cintura y la acosté en el centro de la cama. Le separé las piernas y, sin ceremonias, la penetré de un fuerte empujón que la hizo gemir.

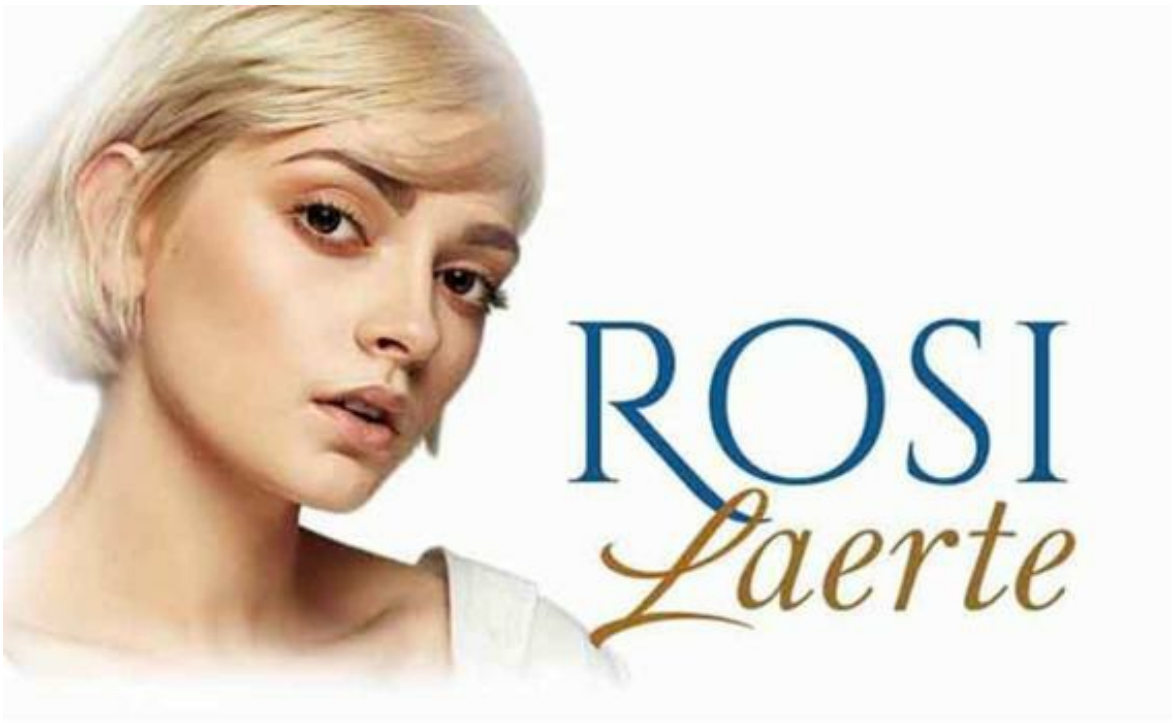
Con cada penetración, sentía que perdía un poco la cordura, pero era delicioso.

¿Fueron siempre tan irresistibles las tentaciones?

De repente, abrí los ojos y me di cuenta de que estaba solo en la habitación. Había sido un sueño y, afortunadamente, no había perdido el control ni me había acostado con Rosi, al menos de momento. No sabía cuánto tiempo iba a poder mantener la cordura ante toda aquella situación.

Me toqué la verga bajo los calzoncillos y la sentí palpitar. Puede que el sexo fuera un sueño, pero el deseo era muy real y estaba ahí, volviéndome loco. Eché las piernas a un lado y me senté en el borde de la cama. Sujetándome la verga con una mano, me bajé los calzoncillos con la otra.

Volví a cerrar los ojos y dejé que se formaran las imágenes que tanto deseaba. Imaginé su boca, sus labios y su lengua moviéndose sobre mi verga mientras se arrodillaba entre mis piernas. Pensé en cómo sujetaría su corta melena rubia mientras me chupaba con su boca húmeda y su aliento caliente. Llegué al clímax imaginando eyacular en la boca de Rosi. Si existía el infierno, aquella paja sin duda habría comprado mi billete.


ROSI
Laerte

Capítulo 20

Una parte de mí esperaba tener una visita nocturna de Guto. La otra, la racional, me recordó las palabras de mi mejor amigo y el hecho de que mi padre estaba durmiendo en la habitación de al lado.

Aunque la noche no fue como la había imaginado, me levanté emocionada, me cepillé los dientes y esperé que Guto entrara en mi cuarto, pero no lo hizo. Era probable que hubiera tenido que soportar el mal olor del baño de mi hermano, o incluso haberse bañado con agua fría en el baño de la cocina. Yo había sido demasiado atrevida al presentarme desnuda frente a él y esa fue una de las consecuencias, aunque ni de lejos la que más esperaba, pero aún así, era una posibilidad.

Aunque mi plan parecía haber fracasado, no me sentía derrotada. Amaba a ese hombre desde que conocí la palabra "amor". Solo lo dejaría cuando quedara claro que ya no tenía ninguna oportunidad.

Me desperté más temprano de lo normal, porque iría a la autoescuela antes de la clase en la universidad. Me arreglé, me puse un pantalón ajustado al recordar el ataque de celos de Guto la última vez, pero traté de verme lo más bonita y sensual posible con unos jeans apretados y una blusa con escote.

Salí de mi cuarto buscando a Guto y toqué la puerta de la habitación de invitados que él estaba usando. Nadie respondió, así que empujé la puerta para ver si seguía dormido. Vi que la cama estaba hecha y di una vuelta por la casa buscándolo.

Lo encontré sentado cerca de la piscina, mirando el agua quieta con una expresión distraída. Estaba ajustándose los botones de la camisa y parecía tan perdido en sus pensamientos que no notó que me acercaba.

—¡Buenos días! —dije.

—¡Rosi! —saltó hacia un lado como si lo hubiera asustado.

—Hola. ¿Viniste a tirarte a la piscina?

—A veces, el agua fría hace bien para los pensamientos.

—Yo sigo prefiriendo la caliente.

No hizo ningún comentario sobre lo que le había dicho, siguió mirando al vacío, y me pregunté si el hecho de haberme mostrado desnuda frente a él la noche anterior había influido en su reacción.

—Tengo mi primera clase en la autoescuela en un rato y quería que me llevaras.

—¿Tu papá no puede hacerlo? O, no sé, ¿puedes pedir un conductor de aplicación?

Me atraganté con su respuesta. Guto siempre había sido muy cariñoso conmigo, pero en ese momento, parecía un bloque de hielo. Si verme desnuda no le había importado, ¿por qué estaba actuando así?

—Podría pedirle a alguien, pero quiero que seas tú quien me lleve. —Cruce los brazos frente al cuerpo, avergonzada.

—¿Por qué yo? —Me miró fijamente.

—Porque tú me llevaste cuando fui a cerrar las clases y me gustaría contar con tu apoyo en mi primer día. Sabes lo importante que es esto para mí, Guto.

—Tengo que estar en la oficina en un rato.

—No te vas a retrasar, lo juro. Y mi papá aún no se ha despertado.

Me miró durante unos segundos, luego asintió con la cabeza y sonreí.

—Está bien.

—¡Muchas gracias!

—¿Ya estás lista para ir?

—Sí. Solo voy a agarrar mi bolso con las cosas de la universidad y te encuentro en la cochera, ¿está bien?

—Bien.

Corrí a buscar mi bolso y me retoqué el labial rojo para resaltar mis labios. Cuando llegué

a la cochera, Guto ya estaba dentro del coche, inclinado sobre la radio buscando una canción en su lista de reproducción.

Abrí la puerta del copiloto y me senté a su lado. Cuando Guto se acomodó, su rostro pasó a milímetros del mío y contuve la respiración; mi corazón latió con fuerza. Por la forma en que él se encogió rápidamente en el asiento, me di cuenta de que nuestra cercanía también lo afectaba. No estaba delirando, ese hombre me deseaba, solo faltaba encontrar la chispa correcta.

—Rosi, esto no puede pasar… —dijo con dificultad, como si algo presionara sus pulmones, y su voz sonó baja, casi inaudible por la música que sonaba en la radio.

—¿Qué no puede pasar? —Me hice la desentendida al apagar la radio para escucharlo claramente.

—Nosotros... —Su voz grave me erizó toda.

—¿Por qué no? —Coloqué mi mano sobre la suya, que sujetaba el volante—. ¿Qué es esto? —Tomé su mano al notar que estaba herida.

—Culpa. —Guto retiró la mano y observó las heridas—. Parece que no me he arrepentido lo suficiente.

—¿Por mi culpa? —Sentí un nudo en el estómago. El deseo se convirtió en una angustia terrible.

—No debería sentir deseo por ti. Esto está mal, Rosi. Eres la hija de mi mejor amigo.

—No es como si tuviéramos algún lazo de sangre. —Lo miré fijamente. Ese era el primer momento en que estaba lo suficientemente cerca para decirle a Guto lo que sentía por él—. Te deseo, siempre te he deseado. —Admitirlo fue más fácil de lo que imaginaba.

—Eres solo una niña. —Intentó desviar la mirada, pero no lo dejé, sujetando su rostro con una mano.

—¿Te parezco una niña? —Hinché el pecho, llamando su atención hacia mis tetas.

Vi un destello de fuego y deseo en los ojos de Guto y supe que la chispa que tanto quería provocar, finalmente había sucedido.

Con las chispas, venían los incendios.

Guto se inclinó sobre mí y me atrajo hacia su regazo. Finalmente, dejó que sucediera. Rodeé su cuello con mis manos y él me acomodó sobre su cadera. Cuando sus labios finalmente se encontraron con los míos, hubo una mezcla intensa y electrizante de hambre y deseo. La vergüenza se dejó de lado y él se liberó de las cadenas que lo impedían tocarme. Fue mucho mejor de lo que había imaginado.

La lengua de Guto invadió mi boca y la mía fue a encontrarse con la suya. Un bulto comenzó a formarse en su pantalón de vestir y me froté contra él, moviéndome hasta que mi vulva comenzara a latir, pidiendo lo que su ropa interior escondía. Había besado a algunos chicos en mi vida, pero nada se comparaba a ese momento. La pasión que sentía por Guto y las ganas de estar con él hacían ese momento aún más intenso.

Lamió y mordió mis labios antes de bajar con la boca por mi cuello. Cerré los ojos, presionando mis pupilas con fuerza al entregarme al torbellino de escalofríos y estremecimientos causados por la humedad y el calor de su lengua, de su boca, que dejaba un rastro de besos y mordidas. Guto pasó los dientes por mi garganta, haciéndome jadear, mientras deslizaba la tira de mi blusa y mi sujetador hacia un lado, dejando mi hombro expuesto. Pronto sus besos llegaron allí y desee que mi vida se redujera a ese momento, a estar en los brazos de Gutemberg Toledo.

Tiró más de la prenda hasta que mi seno izquierdo salió del sujetador. No imaginaba perder mi virginidad dentro de un coche, pero no me importaba, porque no quería que parara. La textura húmeda y aterciopelada de su lengua trazó el contorno de mi seno hasta que sus labios envolvieron mi pezón. Cerré aún más los ojos, sin querer perder ninguna de las sensaciones de placer y excitación que recorrían mi cuerpo.

Con una mano, Guto mantenía mi blusa abajo, mientras con la otra presionaba mi cintura y me apretaba contra su erección en los pantalones. Moví las caderas más intensamente contra él, pidiendo que me hiciera suya. Podría ser virgen, pero conocía muy bien ese deseo. Muchas veces me había tocado pensando en cómo sería tener sus manos en mi cuerpo.

De repente, Guto se detuvo y soltó un gruñido bajo. Estaba molesto y no entendí por qué; no podía ser que solo yo estuviera disfrutando de eso. Ajustó mi blusa y me apartó de su regazo, devolviéndome al asiento del copiloto.

—Es mejor que pidas un conductor en alguna aplicación. No puedo llevarte. —Estaba jadeando, su verga aún erecta, pero no entendía por qué había parado.

—Puedo faltar hoy. —Le metí la mano por debajo del pantalón, pero antes de que pudiera tocar su verga bien dura, Guto me apartó.

—¿No entiendes que no podemos hacer esto, Rosi?! —Vi sus ojos llenos de lágrimas y su rostro excitado dio paso a una expresión de desolación y culpa.

—Yo quiero.

—Lo que queramos no importa. —Sujetó el volante, presionándolo con fuerza entre sus dedos.

—Ya tengo dieciocho años. Lo que queremos sí importa.

—No cuando el mejor amigo de tu papá soy yo.

—Él lo entenderá...

—Me mataría. Con toda la razón del mundo. —Negó con la cabeza.

—Siempre te amé, Guto. No hay nada de malo en que tú también me quieras, al contrario. Me hace feliz saberlo.

—Soy un hombre experimentado y tú eres solo una niña.

—Soy una buena aprendiz.

—Ya… Ve a tu clase. —Distorsionó completamente lo que yo intentaba decir con esa frase.

—Guto...

—Ve a la autoescuela, Rosi, y olvida lo que pasó aquí.

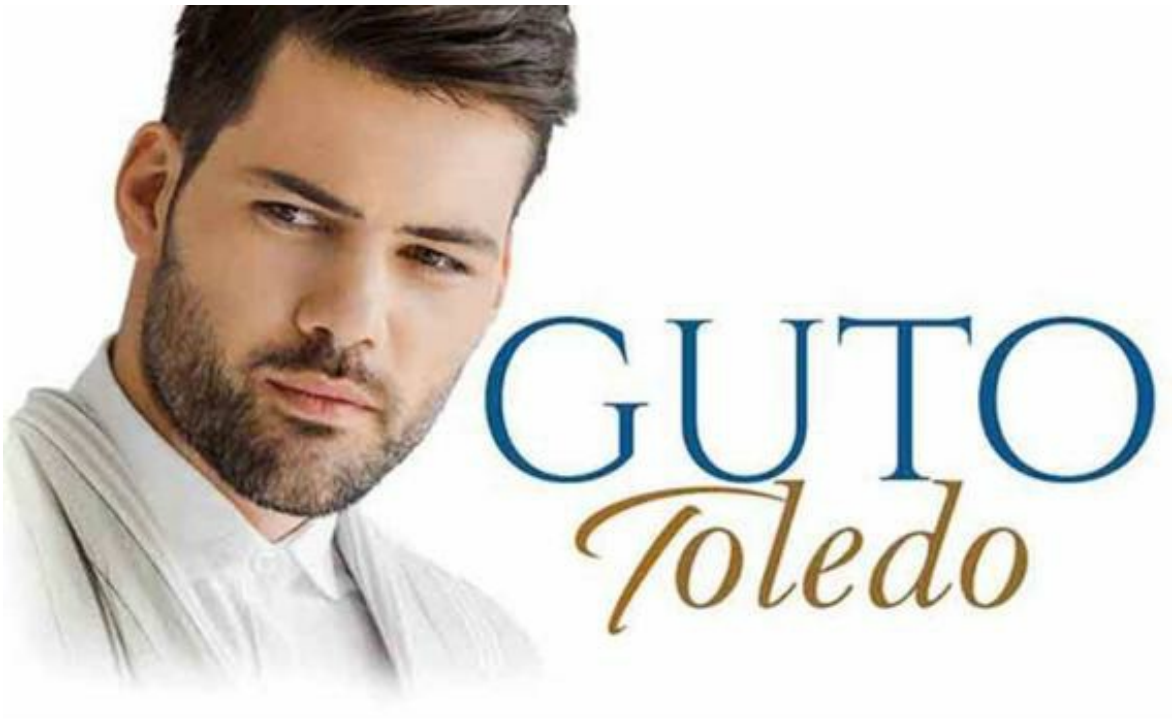
—Guto...

—Por favor, Rosi, ve a tu clase.

—Está bien. —Bajé del coche a regañadientes y pedí un conductor de aplicación para ir a la autoescuela.

Cuando el coche estacionó frente a mi casa, miré a Guto aún dentro del suyo y suspiré antes de irme.

Al acercarme más, me di cuenta de que lo había alejado más. Amaba a ese hombre y, por el deseo con el que me besó, supe que el sentimiento era mutuo. ¿Por qué no podríamos estar simplemente juntos?


GUTO
Toledo

Capítulo 21

—¡Carajo! —grité al golpear el panel de mi coche.

Pensé que podría resistir; fui lo suficientemente tonto para creer que la situación no se saldría de control, pero aquí estaba, con la verga dura y el sabor de ella en la boca. Había besado a Rosi como nunca había besado a Olivia y, por poco, no la cogí en el garaje, arriesgándome a ser pillado por mi mejor amigo.

¿Por qué el pecado sabía tan bien?

Un destello de sobriedad me hizo recordar la imagen de mi mejor amigo. Si no fuera por eso, habría probado cada parte del cuerpo de Rosi sin ningún pudor. Aún la deseaba, quería más de lo que me atrevía a admitir, por eso necesitaba alejarme. No podía pasar ni un día más bajo el techo de mi mejor amigo deseando llevarme a su hija a la cama. Salí del coche y me dirigí al cuarto de huéspedes, tirando mis cosas en la maleta a toda prisa, lo más rápido posible, para poder irme de allí.

—¡Buenos días, Guto! —me saludó Ricardo con una sonrisa cuando salí al pasillo.

Después de lo que acababa de pasar entre Rosi y yo, apenas tenía valor para mirarle a los ojos a mi mejor amigo.

—Buenos días, hermano. —Sonreí forzadamente, sin saber qué hacer.

Le había contado todo a Ricardo, toda mi vida, pero no sabía cómo reaccionar ante esa situación. Si yo fuera padre, no querría que un tipo, ni siquiera un desconocido, me hablara sobre sus deseos sexuales y besos con mi hija.

—¿Adónde vas con esa maleta?

—Ah, mi maleta... —Me sentí aún más incómodo cuando notó que había empacado mis cosas. Además, escondí la mano para que no viera las heridas.

—¿Qué vas a hacer con la maleta?

¿Qué podía decirle? Nunca le había mentido a Ricardo en mi vida, pero ¿qué opción tenía? Decir que la hija de él era mi mayor tentación no era la mejor alternativa.

—Encontré un lugar para quedarme. Un apartamento, mucho más pequeño que las casas que compramos aquí, pero lo suficiente para mí, por ahora.

—¿Desde cuándo? No me dijiste nada.

—Perdón, estaba buscando en internet. —Mi garganta se secaba con cada mentira que salía de mi boca. Pronto empezaría a toser y arruinaría toda esa historia.

—Tú sabrás. —Ricardo se encogió de hombros—. Sabes que siempre eres bienvenido aquí.

—Gracias, hermano. —Mi boca se retorció y el peso en mi pecho aumentó. ¿Cómo tenía el valor de hablarle así después de lo que había pasado en mi coche hace unos minutos? Un hermano no besaba a la hija del otro.

—Estoy para lo que necesites. —Ricardo me abrazó y mi culpa se hizo aún más grande.

—Gracias, de verdad. Ahora me voy. ¿Nos vemos en la oficina?

—Sí, hasta más tarde.

Arrastré la maleta hasta mi coche y la tiré en el maletero. Tan pronto como me quedé solo nuevamente en el coche, lloré. Lloré de rabia, lloré de frustración, lloré, sobre todo, porque en el fondo, muy en el fondo, debajo de toda la culpa y el arrepentimiento, en una parte de mí donde no había ni correcto ni incorrecto, estaba claro: quería a Rosi.

Pero, independientemente de cómo me sintiera, existían el bien y el mal, y desear a Rosi estaba mal. De todos los enredos amorosos que podría haber tenido, ese era el más prohibido.

Arranqué el coche y conduje a la oficina. Necesitaba sumergirme en el trabajo, olvidar mi deseo prohibido y encontrar un lugar donde vivir.

Dejé el coche en el estacionamiento y subí al décimo piso del edificio donde estaba la administración de nuestra red nacional de supermercados.

Pensé que en mi oficina encontraría paz, pero tan pronto como abrí la pesada puerta de madera, me encontré con alguien que no quería ver sentada en mi silla, girando como si la sala fuera suya.

—Buenos días, querido.

—Olivia, ¿qué haces aquí?

—Vine a hablar contigo. Supuse que no vendrías a verme, así que pensé que sería más adecuado venir hasta aquí, donde seguro te encontraría. Bueno, acerté, porque aquí estás.

—Claro que estoy. Este es mi lugar de trabajo. —Cruce los brazos, mostrando que no estaba receptivo—. Pero aún no me dices qué haces aquí.

—Fuiste muy rápido, ¿eh? —Abrió su bolso, sacó una carpeta de papel y la puso sobre mi mesa.

—¿Qué es esto?

—Los papeles del divorcio. Tu abogado fue rápido. Admito que no esperaba recibirlos un lunes a las seis de la mañana.

—Tú pediste el divorcio. Aquí está. Deberías estar feliz con la proactividad de mi abogado.

—Pensé que primero hablaríamos antes de decidirlo definitivamente.

—¿Hablar? —Rodé los ojos, inconforme con lo que decía—. No sé si lo recuerdas, pero todo lo que conseguimos el último año fue gritarnos uno al otro.

—Porque eres inflexible. Solo ves tu lado, como si fuera tu útero el que tendría que cargar un niño por nueve meses.

—Lo entiendo, no quieres hijos. Ya hablamos de eso. Firma los papeles y sigue tu vida como quieras. Será lo mejor para los dos.

—Vaya, parece que un fin de semana lejos de mí te dejó decidido. Pensé que volverías corriendo, pidiendo perdón.

—Pensaste mal, Olivia.

—¿Y qué pasó? ¿Ya tienes otra mujer?

—No hay ninguna otra —respondí firme. En parte era verdad, porque la mujer que robaba

mi sueño no podría ser mía.

—Para ofrecerme este acuerdo, realmente quieres deshacerte de mí. —Hojeó los papeles del divorcio.

—Cinco millones más la casa, que vale unos diez. Creo que es un buen acuerdo.

—Tienes mucho más de cinco millones en tus cuentas.

—Eso no importa. Si no lo recuerdas, nos casamos con separación de bienes. El dinero es mío, lo gané yo. Creo que cinco millones son suficientes para que vivas cómoda sin preocuparte por trabajar.

—¡Ah, claro! Siempre has sido muy generoso —dijo, con tono irónico.

No respondí a su ataque. No era el momento de empeorar ese clima horrible. Esperaba que firmara los papeles sin más discusión.

—¿Es eso lo que realmente quieres? —Su expresión cambió, adoptando un aire más triste.

Eso debería haberme molestado, pero, por primera vez, no me afectó. De todo lo que estaba pasando en mis días, el divorcio era lo único que sentía que era lo correcto.

—Sí, es lo que quiero. No quiero que arrastremos esto por meses o años en un divorcio litigioso. Firma los papeles y sabes que estaré aquí si me necesitas.

—Lamento que hayamos terminado así. —Sacó un bolígrafo del soporte de mi mesa y firmó los papeles.

—Gracias. —Extendí la mano esperando que me los entregara.

—Aún quiero ser tu amiga. —Abrazó las hojas contra su pecho mientras me miraba fijamente.

—Podemos seguir siendo amigos. —Insistí con un gesto para que me entregara los papeles.

Olivia suspiró y me pasó los papeles.

—Entonces esto es todo. —Se levantó de mi silla—. Sabes cuál es mi cuenta bancaria, y

esperaré que tu abogado me entregue los papeles transfiriendo la casa a mi nombre.

—Él se encargará de todo esta semana.

—Perfecto. —Pasó junto a mí y me dio un beso rápido, al que no respondí—. Quizás no funcionamos como marido y mujer, pero si aún me quieres como amante, podemos vernos. Me encanta tenerte en mi cama.

La dejé salir sin comentar nada sobre continuar o no con los encuentros sexuales después del fin de nuestro matrimonio. Esa era otra área de mi vida muy complicada.

Tan pronto como Olivia cerró la puerta de mi oficina al salir, tomé el teléfono sobre mi mesa y llamé a Danilo, diciéndole que le enviaría un cadete con los papeles firmados por mi exesposa.

Al colgar, grité por Lena y mi secretaria apareció en el despacho pocos segundos después.

—¿Necesita algo, señor?

—Sí. Quiero que encuentres lo más rápido posible un apartamento amueblado para alquilar, preferiblemente cerca de aquí. Será bueno estar cerca del trabajo.

—¿Entonces usted y la señora Olivia realmente se van a divorciar?

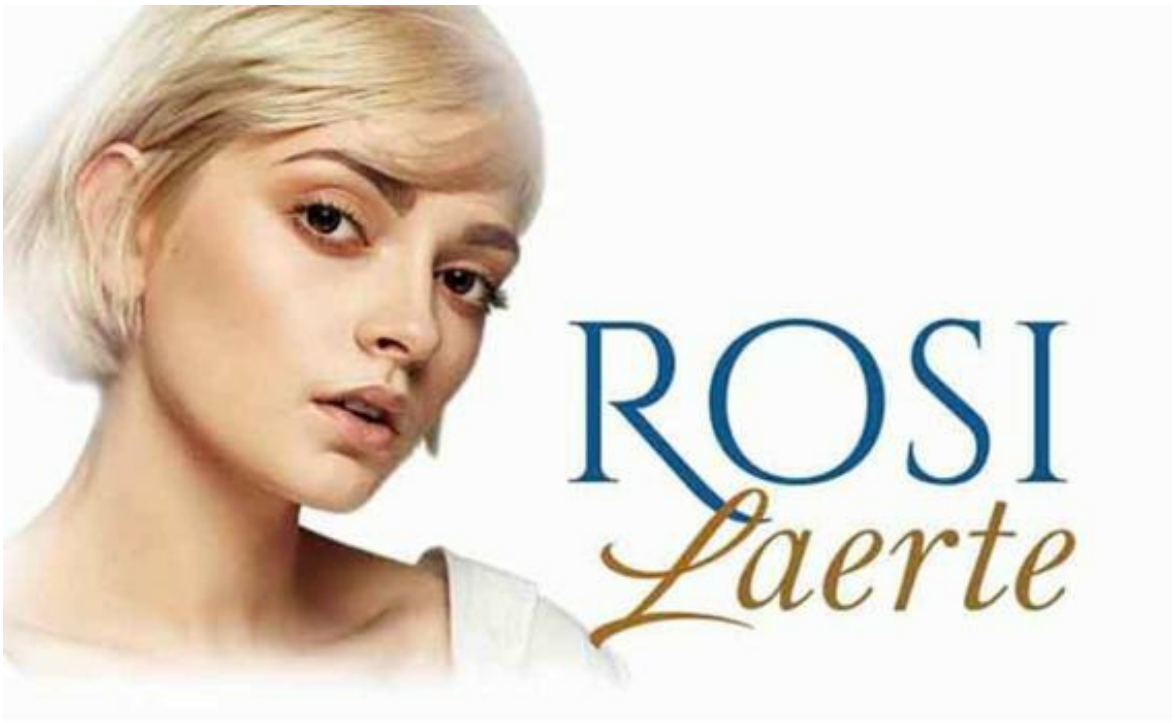
En otro momento habría considerado su pregunta invasiva, pero, en ese instante, tenía cosas mucho más importantes en qué pensar que en una secretaria curiosa. Pasé mis manos por mi cabello, empujándolo hacia atrás, y respiré profundo antes de volver a mirarla.

—Ya nos divorciamos. —Le entregué la carpeta con los papeles del divorcio—. Pídele a uno de los cadetes los entregue en el despacho de Danilo, por favor.

—Sí, señor.

—Gracias.

Ella salió de mi oficina y yo me dirigí hacia la pantalla del ordenador. Trabajar era lo mejor que podía hacer por mí mismo. Sumergirme en informes, hojas de cálculo y números me ayudaba a olvidar, aunque fuera por un momento, lo que había pasado con Rosi en mi coche poco antes.


ROSI
Laerte

Capítulo 22

No presté mucha atención en la clase de legislación de la autoescuela; luego tendría que leer ese librito que me habían dado el día de la matrícula. Afortunadamente, aún faltaban varios días para el examen. Había algo mucho más importante que estaba absorbiendo toda mi atención.

—¡Besé a Guto! —celebré, dando un gritito y un saltito de emoción.

Algunas chicas que pasaban cerca de mí, por el camino que llevaba al edificio de la Facultad de Comunicación, se sobresaltaron con mi grito inesperado y me miraron mal. No me importó; había miles de personas en esa universidad, la posibilidad de toparme con ellas de nuevo era mínima. ¿Y qué si pensaban que estaba loca? Estaba feliz, no iba a dejar que una mirada fea arruinara mi día.

Guto y yo nos habíamos besado en su coche. *¡Y qué beso!* Mis piernas temblaron solo de pensar en el fuego que ese abrazo había encendido en mí. Es cierto que la situación no terminó como me hubiera gustado, pero era un primer paso. Hace un año, sentir los labios de Guto era una imposibilidad, pero todo había cambiado.

Subí en el ascensor hasta la sala donde tendría mi primera clase y me senté al fondo. Iba a dispersarme como en la autoescuela, y no quería que la profesora se molestara conmigo. Saqué mi cuaderno y empecé a hacer algunos dibujos, garabateando sin sentido mientras recordaba el sabor de sus labios en los míos, sus manos recorriéndome el cuerpo, y su boca en mis pechos...

Quería más de él, mucho más...

Estaba tan ansiosa por que el día terminara. Apenas podía esperar para volver a casa y verlo. Quería que el beso se repitiera y anhelaba que fuera más allá. Mi amor platónico finalmente ya no era tan platónico.

Mientras la profesora hablaba sobre colores-luz y explicaba cómo el blanco se formaba con las luces roja, azul y amarilla, saqué mi celular del bolso y le mandé un mensaje a mi amiga Deborah; estaba tan emocionada por contarle algo que había sido, como mínimo, mágico.

Pasó. En su coche. Todavía estoy ardiendo.

Pasó tanto tiempo sin que recibiera respuesta, que ya no sabía si me iba a contestar. Era

probable que en la ciudad pequeña donde ella se había mudado, el celular no funcionara bien.

¿Pasó qué?

¡Un beso! ¡Guto y yo nos besamos, y fue mucho más que solo un beso! La forma en que me agarró y me tocó fue... ¡Guau! Ese hombre es increíble, Deh. Besarlo fue mucho mejor de lo que había soñado.

¡Vaya! ¡Guau! Pensé que esto no iba a pasar.

Yo también lo pensé, pero pasó, y estoy flotando.

Entonces, ¿él también quiere?

Bueno... ahí ya es otra historia. ☹

¿Qué hiciste, Rosi? ¿Te lo agarraste? Qué feo.

No lo "agarré", pero creo que descubrí lo que lo está frenando.

¿Qué?

La amistad con mi papá. Él piensa que mi papá no va a aceptar bien lo nuestro.

Eso es obvio. ¿No crees que tu papá se va a desmayar cuando se entere de que quieres salir con el mejor amigo de él?

Mi papá es tranquilo. Dani duerme en mi cuarto conmigo y nunca ha dicho nada.

Daniel es gay, y no es el mejor amigo de él...

—Rosi.

—¿Hmm? —Parpadeé y me di cuenta de que Daniel estaba parado junto a mí.

Miré alrededor y vi que todos mis compañeros ya se habían ido, incluida la profesora. La clase había terminado y me dejaron sola, conversando con mi amiga por mensaje.

—¿Con quién estabas chateando? —Dani extendió la mano para ayudarme a levantarme.

—Con Deborah. Ya llegó a la ciudad a la que se mudó.

—¿Está bien? —Daniel metió las manos en los bolsillos mientras caminábamos hacia el comedor, donde íbamos a hacer un descanso.

—Creo que sí. No le pregunté. Ya sabes cómo es, bastante solitaria. Aunque es muy diferente a mí, me cae bien. Extraño cuando vivía en São Paulo y podía ir a verla.

—Ah, a mí también me gustaba ir. —Me guiñó el ojo y recordé la historia de Daniel con el amigo de Deborah.

—Después hablamos de ella. Tengo que contarte algo que pasó esta mañana. —Lo tomé por los hombros y lo arrastré hacia un pasillo lateral, frente a unas salas vacías.

—¿Te despertaste sin despertador? Sería una sorpresa si lo hubieras logrado. —Se burló y yo hice un puchero.

—No tiene nada que ver con eso. —Empujé sus hombros.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Guto y yo nos besamos.

—¿Estás hablando en serio? —Daniel se quedó boquiabierto—. ¿No fue uno de esos sueños que confundes con la realidad?

—No fue un sueño. Guto y yo nos besamos. Fue en su coche, y fue muy real.

—Lo lograste. —Se rió—. ¿Él simplemente te besó? ¿Ahora van a salir?

—Ojalá fuera tan fácil. —Bajé la cabeza, sintiéndome un poco triste al recordar lo que Guto me había dicho después del beso.

—¿Qué dijo? —preguntó Dani al notar que algo no andaba bien.

—Que no debería sentir deseo por mí. Dijo que estaba mal, y está muy preocupado por lo que mi papá pensará de todo esto.

—Al menos uno de los dos es sensato.

—¡Dani! —gruñí, mostrando los dientes—. Tú eres mi mejor amigo, deberías estar de mi lado.

—Soy tu mejor amigo, por eso mismo siento la obligación de abrirte los ojos. Rosi, el tipo tiene el doble de tu edad y es el mejor amigo de tu papá. ¿Te das cuenta de lo insano que es eso?

—Antes no decías eso. —Crucé los brazos, inflando el pecho, molesta.

—Porque pensaba que era obvio. Amiga, es como gustar de Chris Evans. Todos se derriten por él. Tiene la misma edad que Guto, un pelo y una cara hermosos, cualquiera caería, pero eso es solo fantasía, porque él está en Hollywood y nosotros aquí.

—¿A quién le importa la diferencia de edad? —Me encogí de hombros.

—A todos les importará.

—¿Estás diciendo que debo rendirme con el hombre que amo solo porque la gente va a pensar que no debería estar con él? —Lo miré fijamente—. Si es así, deberías conseguirte una novia y hacer de cuenta que eres hetero, solo porque es lo que tus padres esperan de ti.

Daniel tragó saliva, y vi la ira en sus ojos brillar intensamente por mi comentario.

—Lo siento. —Giré el rostro, sintiéndome mal por lo que le había dicho sin pensar—. No por estar frustrada tengo derecho a ofenderte.

Dani respiró profundo y me sonrió levemente, abrazándome.

—Tienes razón. Parece una locura, pero tienes razón. Mis padres se volverían locos si supieran la verdad. Pero no quiero una relación hetero solo porque ellos piensan que es lo correcto. Tú amas a Guto, siempre lo has amado. Creo que tu situación es tan complicada como la mía.

—No quiero tener que conformarme con otro tipo, con un premio de consolación, solo porque todos me dicen que no puedo estar con quien realmente quiero.

—Lo entiendo, pero ¿y Guto? ¿Él te quiere?

—Él está luchando contra eso porque piensa que está mal, solo porque la gente dice que lo está. No sé dónde, porque no hay ninguna ley que prohíba que un tipo de treinta y seis salga con una chica de dieciocho. Pero hoy, cuando me besó, supe que él me quería.

—Bueno, amiga, te deseo lo mejor.

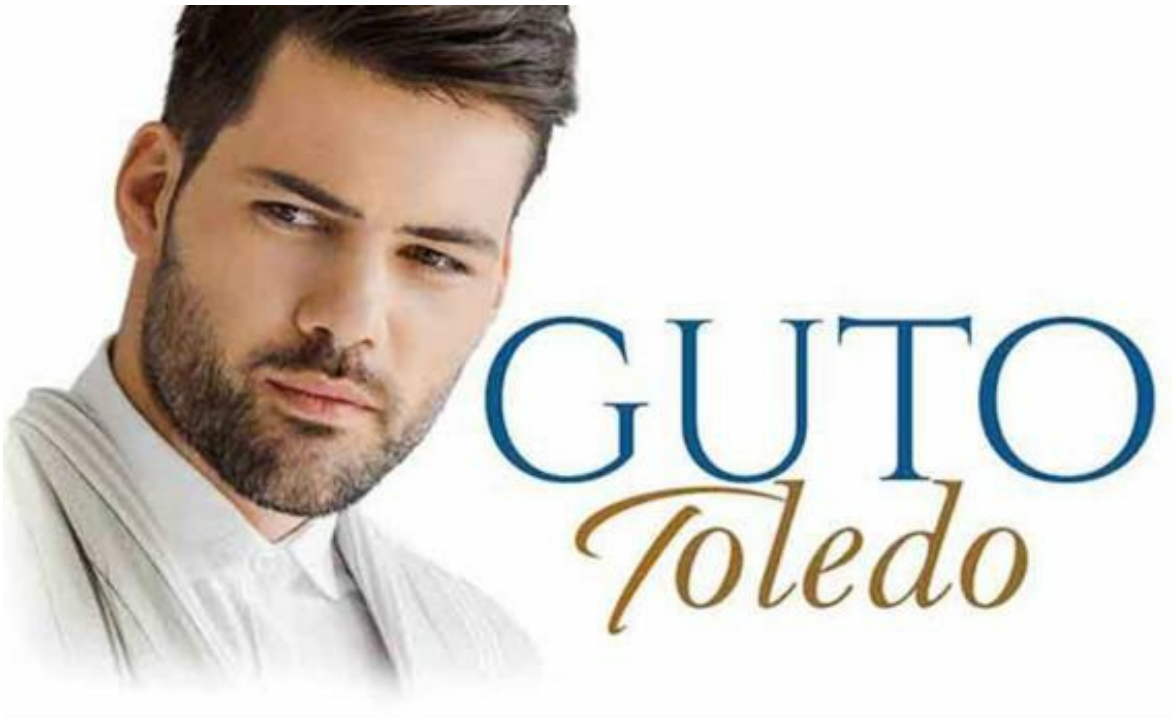
—Gracias. —Una lágrima se deslizó por mi ojo y la limpié con el dorso de la mano.

—Vamos a comer algo, que tengo hambre.

—Sí, tenemos que ir antes de que empiece la siguiente clase.

—Como si fueras a prestarle atención.

—Siempre fui una excelente alumna. —Me encogí de hombros y él se rió, como si no me creyera, pero en el fondo sabía que solo se estaba burlando.


GUTO
Toledo

Capítulo 23

No pude conseguir un departamento para mudarme a última hora, y eso no fue una sorpresa, por más que hubiera tenido esperanzas. Sin embargo, tendría que encontrar una solución para antes de que terminara la semana, porque Ricardo se volvería loco si se enteraba de que estaba viviendo en un hotel. Lamentablemente, no podía explicarle los motivos a mi mejor amigo sin arriesgar nuestra amistad. La ventaja de tener dinero era que podía agilizar las cosas, así que no tendría que mentirle a mi amigo sobre encontrar un departamento por mucho tiempo.

Cuando salí de la oficina aquella tarde, una lluvia ligera caía suavemente y se deslizaba por los vidrios de mi coche. Era como si ni el clima estuviera en su mejor momento. Solo en el coche, detenido en el tráfico camino al hotel donde pasaría la noche, no me quedaba más que tratar de evitar mis pensamientos. Subí el volumen de la música, puse una canción de rock pesado que resonaba en mi cabeza, pero no fue suficiente para alejar mis pensamientos, ya que la letra de la canción Forbidden Love de The Darkness hablaba sobre un amor prohibido. Nada podría ser más adecuado para el momento que estaba viviendo.

♬ Nuestro amor es prohibido
Eso solo me hace quererte más
Mantengo todo en secreto
Mi suegro me trataría como a un criminal
Pero no creo poder quedarme sentado y ver
Desde lejos
Algo tan hermoso como tú ♬

Era incorrecto y prohibido desear a Rosi, pero cuanto más me decía a mí mismo que no podía, que no debía, más la deseaba. Agradecía tener un momento de lucidez, porque de lo contrario, hubiera tenido sexo con ella en la cochera de Ricardo, en el lugar donde mi mejor amigo podría vernos, y la situación hubiera sido aún peor.

Si pudiera borrar esas imágenes de mi mente y la inquietud en mi corazón, lo haría sin pensarlo dos veces. Era un hombre maduro, con la vida hecha, ya había luchado y logrado mis propias cosas y mi propia fortuna, le había dado a mis padres una vida que no habrían podido tener por sí mismos. No debería tener que esconder mis sentimientos, no debería estar muerto de miedo por el padre de la chica de la que me enamoraba. Rosi me hacía sentir como si fuera un adolescente, alguien con miedo a ser juzgado, alguien lleno de inseguridades.

Rosi podía ser una mujer ahora, pero no era la mujer para mí. Cualquier sentimiento que tuviera por ella era incorrecto y prohibido. Debería usar todas mis fuerzas y energías para mantenerlo oculto en el rincón más oscuro de mí. Ricardo no sabría cuánto deseaba a su hija y yo nunca más tocaría a Rosi.

Inventaría excusas y me alejaría lo más posible de ella. Sería doloroso, estaba seguro de eso, pero era mejor lidiar con el dolor de esconder mis sentimientos que perder a mi mejor amigo. Ser padre era uno de mis mayores sueños y podría dedicarme a ello, adoptar un niño y convertirlo en mi prioridad, sin preocuparme por las complicaciones que una mujer podría traer a mi vida.

Estacioné en la entrada cubierta del hotel y entregué la llave al valet antes de dar la vuelta al coche y recoger mi maleta. Desvié mi camino para evitar un charco y me dirigí a la recepción, donde me apoyé en el mostrador, cerca de una mujer que estaba distraída con su celular.

—Buenas noches. Mi nombre es Gutemberg Toledo. Mi secretaria hizo una reserva para mí para una suite.

Ella levantó la vista del celular y buscó mi rostro, y tan pronto como me vio, una sonrisa apareció en sus labios y se pasó la mano por el cabello. Sin embargo, su sonrisa desapareció cuando vio la marca que el sol había dejado en el lugar donde solía llevar mi anillo de casado. No me molesté en explicarle que era un hombre divorciado.

—¿Gutemberg Toledo? —Miró la pantalla de la computadora.

—Sí.

—Te quedarás en el mil tres. —Tomó una tarjeta de la parte inferior del mostrador—. Solo marca el número cero en el teléfono de tu habitación si necesitas algo de la recepción. —Me guiñó un ojo y me di cuenta de que ya no le importaba si estaba casado o no.

—Gracias. —Tomé la tarjeta y me dirigí al ascensor, arrastrando mi maleta.

Cuando entré en la habitación, algo me emocionó: recordé que tendría de nuevo un baño solo para mí, sin preocuparme por el olor que Rodrigo dejaba en el aire al usar el inodoro o de encontrar a Rosi desnuda.

Rosi...

Juraba que estaba intentando mantener su nombre y su imagen fuera de mi mente. Sin embargo, me sentía como un adicto. De vez en cuando, caía en una trampa, pensaba en algo tonto que me hacía recordarla y eso provocaba una recaída.

Ella era prohibida para mí, pero a veces parecía difícil recordarlo. Desabroché mi chaqueta y la dejé sobre un sillón cerca de la cama, hice lo mismo con mi camisa, antes de quitarme los zapatos, el pantalón y la ropa interior. Necesitaba un baño relajante, después del frío que había soportado por la mañana.

Abrí la puerta del baño, luego el acrílico de la cabina y el grifo de la ducha. Incliné la cabeza para que el agua cayera sobre mi nuca y se deslizara por mi cuerpo. Dejé que el agua lavara mis frustraciones, mis tristezas y, sobre todo, mi calentura.

Decían que no se podía mandar en el corazón, que a veces su elección era la más improbable, pero el mío no podía elegir a esa chica. Tenía que elegir a otra, porque Rosi no era para mí.

—No es para mí —murmuré, golpeando la pared de azulejos, recordando que mis dedos aún estaban adoloridos.

Cerré los ojos y mi boca se llenó de saliva con la imagen de las tetas firmes y redondas que Rosi tenía. Lamí los labios al recordar el sabor de tener una de ellas en mi boca. Mi erección se endureció solo con la imagen mental de ella moviéndose sobre mí.

Qué difícil era luchar contra ese deseo. Estaba fallando miserablemente. Ninguna mujer, sin importar su edad, había despertado algo así en mí antes. Me sentía como un niño caprichoso, cuando los padres decían que no debía hacer algo, que no podía hacerlo, pero el niño lo hacía de todos modos.

Quería arrancar esa tentación de mí. ¿Por qué era tan difícil?

Te deseo, Guto... La voz dulce de Rosi resonó en mi mente, complicando aún más mi situación.

—¿Por qué, Rosi? Con tantos hombres de tu edad, ¿por qué me eliges a mí?

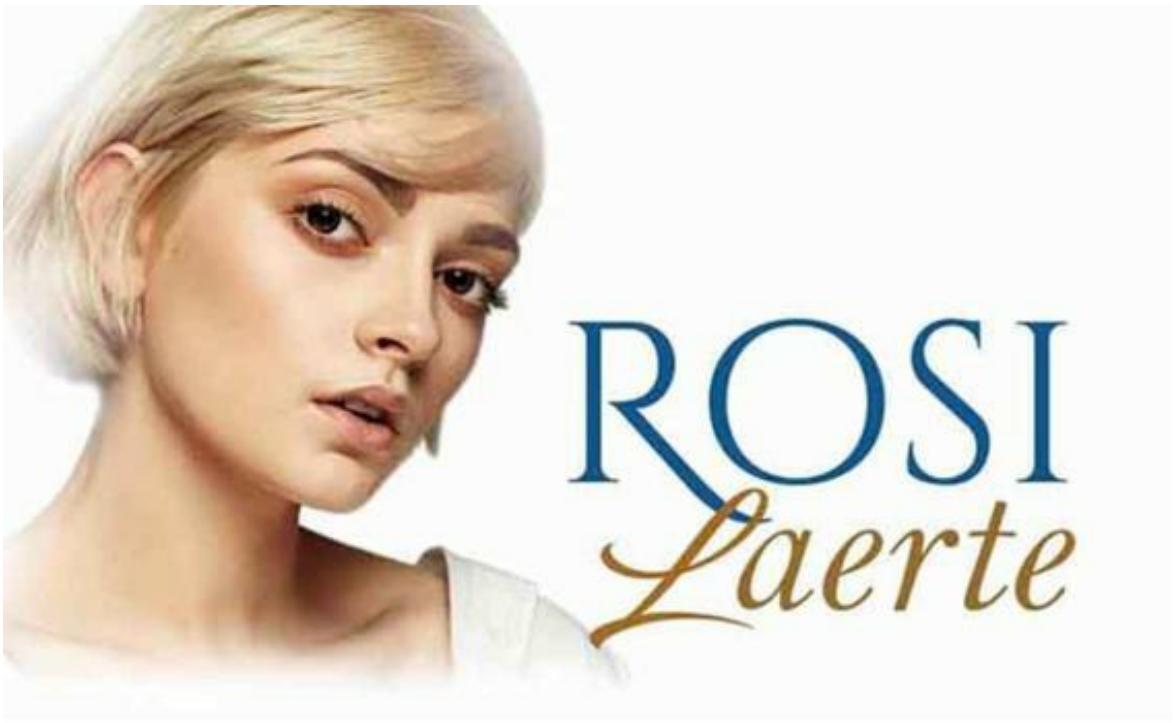
Había algo más que estaba olvidando. Rosi ya tenía novio. Un chico de su edad que Ricardo apoyaba. No debía involucrarme entre ellos, por el bien de todos.

Giré la cabeza y dejé que el agua se deslizara por mi nuca, aliviando la tensión sobre mis hombros.

Dejé que mis pensamientos vagaran y, una vez más, se dirigieron hacia la imagen de su cuerpo desnudo mientras entraba al baño a tomar una ducha. Pensé que si fuera otra chica, si no tuviéramos todos los lazos que teníamos, hubiera entrado con ella, presionándola contra el vidrio mientras frotaba mi verga entre sus piernas. La hubiera hecho ponerse en cuatro para mí y follado sin pensarlo dos veces. Hubiera recorrido mis manos por las curvas de su hermoso cuerpo y la hubiera hecho gemir sin parar.

Cuando me di cuenta, tenía los ojos cerrados y la mano sobre mi verga. En mi mente, se la metía a Rosi y ella recostaba la cabeza sobre mi hombro, gimiendo suavemente mientras comenzaba a moverme dentro de ella. Debería ser cálida y apretada... su suave culito frotándose contra mí lo haría todo aún más delicioso. Corrí, pensando en cuánto desearía estar dentro de ella.

Al menos aún era dueño de mis propios pensamientos. Mientras me tuviera que conformar con tener sexo con Rosi solo en mis pensamientos, todo estaría bien, o eso era lo que pensaba.


ROSI
Laerte

Capítulo 24

—Papá, ¿dónde está Guto? —No sabía si era adecuado hacer esa pregunta, pero cuando vi a mi padre llegar solo y sentarse en la sala como siempre para ver el periódico, me dio curiosidad. Estábamos en el comedor, ya habían pasado horas y no había señales de él. Como siempre llegaba con mi padre, debía haber alguna razón para que aún no estuviera allí.

—Guto consiguió un departamento para él. —Mi padre clavó el tenedor en una rodaja de salchicha que estaba en su plato y la comió.

—¡Ah!

No tenía pruebas de eso, pero la sensación que me dio fue que él estaba huyendo de mí. Seguramente, le importaba más lo que pensaban los demás y mi padre que lo que sentíamos el uno por el otro.

Guto me deseaba, pero parecía que eso no era suficiente.

Me concentré en la cena, o al menos intenté, empujando un brócoli de un lado a otro en el plato, sin la menor gana de comerlo. Me dolía pensar en la posibilidad de que tal vez nunca estuviéramos juntos.

Después de comer con mucho esfuerzo, aparté la silla, fui a la cocina a lavar los platos y subí a mi cuarto. Tenía unos textos de la universidad para leer y un trabajo para hacer.

Tenía que recordarme que pasaron años sin que Guto y yo tuviéramos ningún tipo de interacción física; no podía esperar que de la noche a la mañana nos convirtieran en amantes.

Tal vez Dani, diciendo que no iba a suceder, solo estaba tratando de protegerme de una mayor frustración. Romperme el corazón no era fácil.

Entré en mi cuarto, cerré la puerta y me dejé llevar por un libro antes de sumergirme en los tediosos textos de la universidad. Era una recomendación de Deborah, que, aunque era virgen como yo, adoraba los libros eróticos. A veces me preguntaba si en la vida real tendría toda esa magia de los libros. Bueno, en el coche con Guto fue aún más ardiente que cualquier libro que leí por sugerencia de ella.

Llegué a una escena en la que la protagonista estaba en el coche del chico y el beso se había transformado rápidamente en sexo oral. La forma en que ella se introducía la verga de él en su boca me dejó salivando, y me pregunté si Guto y yo habríamos llegado a ese punto si él no hubiera interrumpido nuestro momento.

Mi madre entró en mi cuarto sin tocar y cerré rápidamente el Kindle. No es que a ella le molestara que leyera o dejara de leer escenas de sexo, pero aún así me sentía avergonzada.

—Hola, mamá.

—Hola, Rosi. —Cerró la puerta y fruncí el ceño.

Hace tiempo que mi madre no entraba a mi cuarto de esa forma. Cuando era adolescente, solía ser para regañarme lejos de papá y mi hermano.

Se sentó en mi cama y golpeó el colchón al lado de ella para que me sentara ahí. Al hacerlo, me dejó claro que quería hablar conmigo. Si era para regañarme o darme un consejo, lo sabría pronto.

Me senté cerca de ella y mi madre se giró para mirarme.

—¿Qué pasó? —Mordí mi labio.

—Tú y Guto.

—¿Qué pasa con eso? —Intenté no mostrar nada, pero en el fondo me preguntaba si Guto le había contado a mi madre lo que había pasado entre nosotros.

—Él se fue por tu culpa, ¿verdad?

—¿Por qué dices eso, mamá?

Siempre fue buena sacándome información, incluso cuando no quería hablar, pero no podía dejar que eso pasara esta vez.

—¿Rosemeire? —Entrecerró los ojos.

—¿Qué pasa, mamá?

—¿Qué hiciste?

—No hice nada.

—¿Lo juras?

Tragué saliva, ese era un golpe bajo.

Cuando era niña, mamá siempre me decía que si juraba en vano, algo terrible le pasaría a ella. Desde ese momento, nunca más juré sobre algo que no estuviera completamente segura.

Negué con la cabeza.

—Quiero saber qué pasó, hija. No me digas que no pasó nada. Conozco bien a Gutemberg, y él se ponía muy raro cerca de ti. Parecía hacer todo lo posible por evitarte.

Miré al suelo, fijándome en las uñas de mis pies. Comprendí lo difícil que le era a Dani contarle a su familia que era gay. El miedo al juicio era muy grande, pero mi madre siempre fue muy insistente, y no tendría paz hasta que sacara la verdad de mí.

—Rosimeire...

—Basta, mamá.

—Aún no me has respondido. —Tomó mi rostro por el mentón y me obligó a mirarla.

—No tengo nada que responderte, mamá.

—¿De verdad crees que tu madre, que te cargó nueve meses en su vientre, no sabe cuando hay algo pasando? ¿Él hizo algo contigo, querida?

—¿Qué? ¡No! —respondí rápido, para que mi madre no se formara una mala imagen de Guto, pero terminé hablando demasiado rápido—. Bueno, no hizo nada que yo no quisiera.

—¿Qué significa eso, Rosimeire? —Cerró el rostro, poniéndose muy seria, como un perro a punto de atacarme.

Me mordí la lengua al darme cuenta de que me había entregado sin querer.

—No es nada.

—¿Me vas a contar o prefieres que llame a tu padre para tener una charla familiar?

—Por favor, mamá, no lo involucres.

—Entonces, habla. —Cruzó los brazos.

Contuve el aliento, cerrando los ojos. Era mi turno de salir del armario, al menos para mi madre.

—Amo a Guto, mamá.

—¿Cómo? ¡¿Qué?! —gritó, y agité las manos para que hablara más bajo. No quería que mi confesión se convirtiera en un gran escándalo.

—Es lo que escuchaste, mamá. —Volví a mirar al suelo. Mi madre siempre había sido mi refugio, pero no sabía cómo reaccionaría. Incluso mis mejores amigos pensaban que debía olvidarme de él.

—No tiene sentido... —Movió la cabeza, confundida.

—¿Las cosas del corazón deben tener sentido, mamá?

Noté que la dejé sin palabras, pero ella siguió mirándome, pensando qué decir a continuación.

—Guto es mayor que yo, hija.

—Papá también lo es.

—Pero la diferencia de edad entre tu padre y yo es de cinco años, no de dieciocho.

—¿Y qué? —Me encogí de hombros.

—Y que tú eres una niña y él un hombre hecho.

—Por eso no quería contarlo. —Me levanté de la cama, pero mi madre me agarró de la muñeca y me obligó a sentarme nuevamente.

—¿Qué pasó hoy? —Insistió mi madre.

No quería contárselo, pero sentí que debía, y sabía que no tendría paz hasta que me lo sacara.

—Él iba a llevarme a la autoescuela, pero terminamos besándonos en su coche. Me dijo que no debíamos haber hecho eso y me mandó pedir un conductor de app.

Mi madre negó con la cabeza mientras se masajeaba las sienes.

—Ahora entiendo por qué se fue casi huyendo esta mañana, ni siquiera se molestó en despedirse de mí.

—Sí... —murmuré, sin saber qué más decir. Definitivamente, no estaba contenta de que se hubiera ido.

—Querida, Guto no es el hombre para ti. —Me acarició el hombro, dándome una expresión de consuelo. Su mirada era suave, pero sus palabras me dolieron.

—¿No crees que soy yo quien debe decidir eso, mamá? Tus padres también pensaban que papá no era el hombre adecuado para ti y te echaron de casa cuando no quisiste abortarme. Si no hubieras seguido tu corazón, yo no estaría aquí. —Mis ojos se llenaron de lágrimas y mi madre también lloró.

Me abrazó fuerte y me atrajo hacia su regazo. Había tocado un tema muy sensible. Cuando mis padres empezaron a salir, mi papá no tenía nada y la familia de mi madre pensaba que no tendrían futuro. Las cosas empeoraron cuando ella quedó embarazada de mí. Años después, cuando papá ya era rico, la familia de mi madre intentó acercarse, pero ya no había espacio para ellos en nuestras vidas.

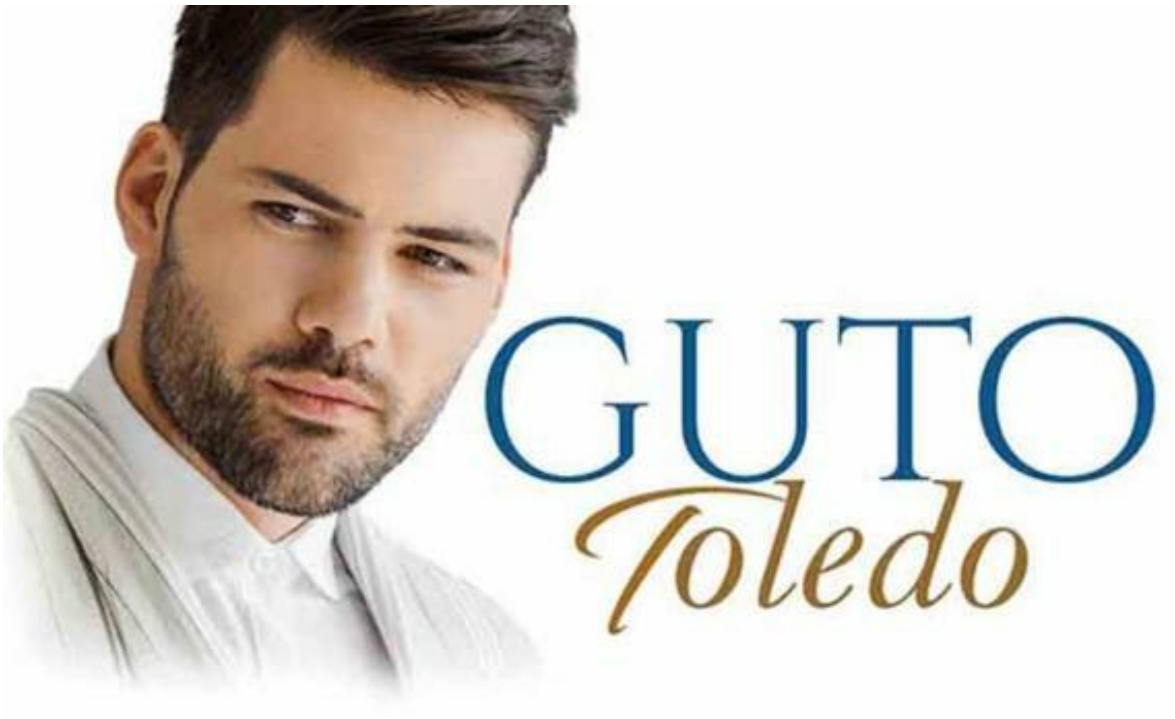
—Voy a apoyarte en la decisión que tomes siguiendo tu corazón. —Me dio un beso en la frente y pasó sus manos por mis ojos, secando las lágrimas que quedaban. —Pero, querida, eso no significa que las cosas serán fáciles. Luchar contra lo que piensan que debemos ser o hacer siempre es mucho más difícil.

—Pero tú lo lograste.

—Sí, lo logré.

—Espero lograrlo también. —Tiré hacia atrás los mechones de mi cabello que caían sobre mi rostro.

Nos quedamos abrazadas un momento y me hizo feliz saber que tendría su apoyo. Fue difícil decirlo, pero en el fondo, sabía que era lo mejor.


GUTO
Toledo

Capítulo 25

Pasé la semana sumergido en el trabajo, los números y en lo que mejor sabía hacer: ganar dinero. Sin el contacto constante con Rosi, estaba logrando volver a mi normalidad. Para el jueves, dejé de tener sueños eróticos con ella y de tener que aliviármelos de inmediato. Sin embargo, aunque el deseo sexual ya no estuviera tan fuerte por la falta de contacto con su cuerpo, la disminución no resolvió mucho, porque me di cuenta de que era algo más que solo sexo.

Quería estar cerca de ella, escuchar su voz, o incluso solo observar su sonrisa. El deseo crecía exponencialmente cada día que pasaba sin verla. Ese debía ser el sentimiento que llamaban añoranza.

—Señor —dijo Lena, entrando en mi oficina—. ¿Está cansado?

—He tenido algunas noches mal dormidas.

—¿Algo en lo que pueda ayudarlo?

—No, pero agradezco tu amabilidad.

—¿Es por el divorcio?

Ah, el divorcio... Estuve casado con Olivia durante cinco años, pero en la última semana no pensé ni en ella ni en los momentos que compartimos. Tal vez debería sentir tristeza, lamentar el fin de mi matrimonio, pero sentía una extraña sensación de alivio. Era horrible pensar así, pero parecía que había superado un obstáculo en mi vida. Estaba libre, pero ¿libre para qué?

Para Rosi...

Me reí, pero en el fondo estaba riendo de tristeza por siquiera pensar en esa posibilidad. No servía de nada estar libre para Rosi, porque ella nunca podría ser mía, ni aunque nunca me hubiera casado. Tal vez, si tuviera diez años menos y Ricardo no fuera mi mejor amigo, pero esos eran dos factores que no podía cambiar.

—Señor... —Lena me llamó y me di cuenta de que me había perdido en mis pensamientos otra vez.

—Sí, el divorcio siempre es complicado.

—¿Está arrepentido? Olivia es tan bonita y amable.

—¿Arrepentido? —Levanté una ceja—. No, Lena, no estoy arrepentido del divorcio; fue una de las decisiones más sensatas que tomé en los últimos días. Olivia puede ser una excelente mujer, pero nunca fue la correcta para mí.

—Todavía es reciente. Tal vez se arrepienta.

—Estoy seguro de que no lo haré, pero sé que no entraste aquí para hablar de mi divorcio. ¿Qué pasa?

—El agente inmobiliario está afuera. Vino para acompañarlo en la visita a algunos edificios.

—Ah, sí. —Bajé la pantalla de la computadora, tomé mi cartera, el celular y las llaves del coche. Me pregunté por qué Lena no me había dicho directamente que el tipo estaba esperando, en lugar de desviar el tema hacia algo de lo que no quería hablar—. Saldré con él, pero regreso más tarde. Si Ricardo pregunta adónde fui, dile que salí a encontrarme con un posible inversionista.

Ella movió los ojos, probablemente sorprendida por haberle pedido que mintiera a mi mejor amigo, pero no cuestionó. No quería que Ricardo supiera que pasé los últimos días en un hotel, o terminaría insistiendo en que me quedara en su casa.

De las pocas cosas que estaba seguro, una era que haría una estupidez si seguía tan cerca de Rosi. Mucho semen había bajado por el desagüe del baño del hotel mientras pensaba en ella.

Salí de mi oficina y encontré al agente inmobiliario sentado en un sofá frente al escritorio de Lena. Era allí donde la gente esperaba para hablar conmigo. Muchos que conocieron a Ricardo y a mí cuando aún éramos unos chicos con sandalias rotas jamás habrían imaginado que alcanzaríamos esa posición algún día.

—Buenos días, señor Toledo. —El agente extendió la mano para saludarme y la estreché.

—Buenos días.

—He separado algunos apartamentos en la zona que creo que le gustarán. Hay algunos en

venta y otros en alquiler.

—¿Podemos ir? —Señalé hacia el elevador.

—Claro. —Me siguió y presioné el botón para bajar al nivel de la planta baja.

No quería quedarme conversando en la entrada de mi oficina por el riesgo de que mi mejor amigo interceptara nuestra conversación y descubriera que aún estaba buscando un lugar donde quedarme.

—Solo quiero un alquiler. Un lugar provisional.

—¿Planea comprar algo definitivo pronto?

—Me gustaba la casa que dejé para mi exesposa, pero ahora no sé lo que quiero; planeo darme un tiempo para pensar antes de decidir qué rumbo tomar en mi vida.

—Entiendo, por eso lo de la renta.

Asentí.

Ambos caminamos hasta donde su coche estaba estacionado en una plaza de la calle y acepté el aventón para que me llevara a la primera dirección, que estaba a unas pocas cuadras.

El exterior del edificio era moderno y lo miré detenidamente antes de bajar del coche. Por su altura, debía tener unos veinte o treinta pisos. Solía preferir ambientes más tranquilos y familiares, pero podría comprar una casa después, en otro condominio cerrado. Tal vez, incluso en el mismo, una vez que superara la impulsividad de besar y coger con Rosi.

Pasamos por la recepción y tomamos uno de los ascensores.

—Puede ver la calidad de los acabados. —Apuntó al suelo y vi que era de granito oscuro.

—¿Este es un edificio comercial con algunos apartamentos residenciales?

—No. Es completamente residencial. Tiene pisos y apartamentos de dos habitaciones que suelen alquilar empresarios como usted para estancias cortas o reuniones.

—¿Reuniones? —Fruncí el ceño y él rió.

Por la expresión del agente, supe que no sería una sorpresa si algunos de los inquilinos de ese edificio usaban los apartamentos como moteles privados. Sin embargo, no me correspondía juzgar a nadie por lo que hiciera en su cama allí. Solo necesitaba un lugar donde quedarme por un tiempo, hasta que decidiera qué hacer con mi vida.

Subimos al ascensor y el agente me llevó hasta el piso veinticuatro. Salimos a un pasillo muy bonito. El piso era el mismo granito oscuro de la entrada y las paredes tenían un diseño 3D con rectángulos blancos. La iluminación empotrada en el techo creaba un efecto hermoso. Era un edificio de lujo.

Caminamos hasta una puerta con el número 2405 y el agente la abrió con una llave que llevaba consigo.

—Este es un flat. También tengo un apartamento de dos habitaciones al final del pasillo, pero como dijo que está buscando un lugar solo por un tiempo, creo que este es el más adecuado.

Entré al apartamento con él y encendió la luz para que pudiera ver mejor el lugar. Aunque solo tenía una habitación, la sala era bastante espaciosa. Contaba con un sofá grande gris, una mesa de vidrio en el centro y una enorme televisión. Incluso había una estantería llena de libros, lo que me hizo recordar la que había visto en la habitación de Rosi.

Suspiré y sacudí la cabeza. No sería fácil dejar de pensar en ella si a cada momento veía algo que me la recordaba.

La sala estaba separada de la cocina por una media pared estilo americano. Fui solo hasta la cocina, abrí la nevera de dos puertas con un dispensador en una de ellas, muy parecida a la que tenía en la casa que dejé para Olivia. Pensar en eso me recordó que debía recoger mis cosas, como ropa, libros, zapatos y otras cosas que todavía estaban allí.

—El cuarto está aquí.

Cerré la puerta de la nevera y seguí su indicación. Pasé por un pequeño pasillo que llevaba a una habitación con una enorme cama y un armario espacioso, y vi una puerta abierta que daba al baño.

—¿No tiene un baño de invitados?

—No, solo este. Es un espacio pensado para una persona sola.

—Entiendo.

Solo... La palabra resonó en mi mente y se clavó en mi pecho, como una estaca afilada. Quería tanto una familia, pero al final me había divorciado y ahora me mudaba a un lugar con espacio solo para mí.

—¿Qué le parece? —El agente se detuvo frente a mí, sonriendo, con la emoción de quien espera cerrar un trato.

—Me gusta. Me gusta mucho. ¿Cuándo puedo mudarme?

—Voy a agilizar los trámites para que pueda mudarse mañana.

—¿Podría ser más rápido, para que pueda mudarme hoy al final del día? No quiero pasar otra noche en un hotel. Ya estoy extrañando mi propio espacio.

—Entiendo, señor. Haré lo posible.

—Gracias.

Volvimos por el mismo camino y me llevó de vuelta al edificio donde trabajaba. Pero antes de regresar a mi oficina, tomé mi celular y llamé a Olivia. Contestó después de algunos tonos y me senté en uno de los sillones de la recepción para hablar con ella.

—¡Guto!

—Hola, Olivia, ¿cómo estás? —pregunté por mera cortesía.

—Podría estar mejor.

—Qué pena que no estés bien.

—¡Vaya! Solías ser más cariñoso conmigo.

—Sigo siendo el mismo.

—Si tú lo dices...

—Mira, Olivia. No te llamé para discutir. El divorcio fue precisamente para que esto terminara.

—Entonces, ¿para qué me llamaste? —Mantuvo el tono áspero, pero lo ignoré. Ella había dicho que quería que siguiera siendo su amiga, pero sabía que eso era difícil de lograr.

—Hay muchas cosas que dejé en la casa. ¿Puedo pasar más tarde a recogerlas?

—¿Hoy? —Su tono cambió de distante a sorprendido.

—Si no puedes, podemos organizar otro día de la semana.

—¡No! Hoy está bien. ¿A qué hora te espero?

—Pasaré después del trabajo. Deben ser como las siete.

—¡Perfecto! Te esperaré.

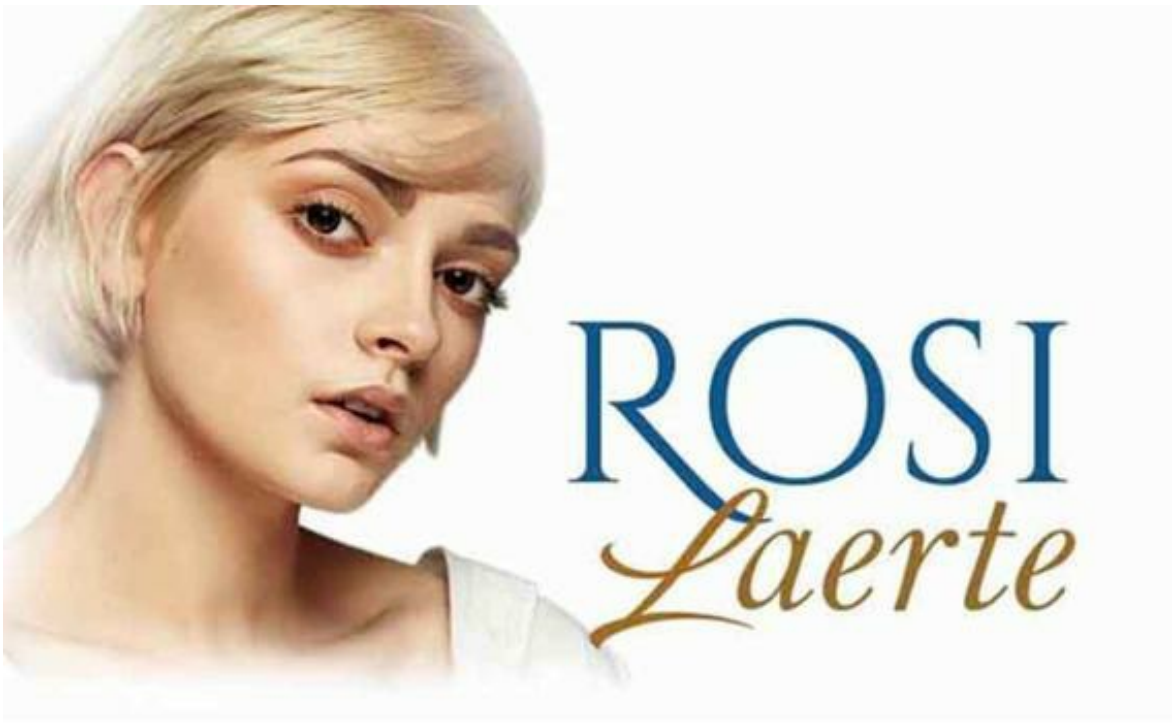
—Si pudieras empezar a empacar mis cosas, te lo agradecería mucho.

—Está bien.

—Gracias, Olivia.

—De nada.

Colgué y guardé mi teléfono. Iría a recoger mis cosas de la casa, que ahora era de Olivia, y comenzaría una nueva etapa en mi vida.


ROSI
Laerte

Capítulo 26

Pensaba que contarle a mi mamá lo que sentía por Guto y nuestra situación haría las cosas más fáciles. En una realidad utópica, ella se lo contaría a mi papá, él le diría a su amigo que aprobaba nuestra relación, y seríamos felices para siempre. Pero eso no sucedería ni en mis sueños.

Ya llevaba una semana sin ver a Guto. Quería preguntarle a mi papá cómo estaba, ya que lo veía todos los días en el trabajo, pero temía que eso pudiera provocar alguna reacción negativa.

Estaba arrepentida por la forma en que actué con él. Me precipité demasiado y terminé alejándolo. Tal vez, si no hubiera sido tan obvia, él todavía estaría hospedado en mi casa.

Mi celular vibró sobre el escritorio, y levanté la vista de un texto de la universidad para ver quién había enviado un mensaje. Sonreí al darme cuenta de que era mi amiga Deborah. Odiaba que su papá fuera tan insoportable como para llevarla a una ciudad perdida en el mapa, en el fin del mundo. Sin embargo, parecía estar ganando un poco más de autonomía que la que tenía en São Paulo, y eso era bueno para ella.

Ese es el Bulldog.

Debajo del mensaje había una foto de un hombre. Era alto, con cabello castaño y musculoso. Por las facciones de su rostro, imaginé que tendría la edad de Guto o algo parecido. Deborah estaba quejándose de la actitud del hombre y de la rivalidad que tenía con su papá, pero me daba la impresión de que “lo que se desprecia, se desea”.

¿Es casado?

¡Rosi!

Si no lo es, eso facilita las cosas.

Eres única. Es demasiado viejo para mí.

No soy como tú, que te gustan los hombres mucho mayores.

Tampoco es como si me gustaran todos, ¿ok?

Me gusta uno en específico. Solo Guto.

Aunque... si llegara a interesarme, no funcionaría.

¿Por qué no?

Mi papá nunca lo aprobaría.

Entonces, bienvenida al club.

¿Por qué dices eso? Pensé que tu papá era buena onda.

Oh, mi papá es buena onda, sí.

Pero parece que no lo suficiente como para una relación entre Guto y yo.

¿Ya se lo dijiste?

¡Claro que no!

Entonces, ¿cómo sabes que no lo aprobaría?

Porque es lo que todos dicen.

Entiendo. Qué mal.

Ni me lo digas. Pensé que Guto y yo finalmente tendríamos algo después de lo que pasó en el coche, pero se fue.

Jajaja, ¿huyó de ti?

Sigue riéndote. Me gustaría verte en mi lugar.

Menos mal que no soy yo.

¡Ah, olvídalo! Cambiemos de tema.

¿Terminaste de leer esa serie?

Voy a empezar la de los hijos hoy.

Estoy ansiosa por ver cómo reaccionará el papá de ella con el novio.

Se vuelve loco, jajaja.

¿Ya la leíste?

Voy por el capítulo diez.

Espérame que te alcanzo.

Sigue adelante. Estoy leyendo unos textos de la universidad ahora.

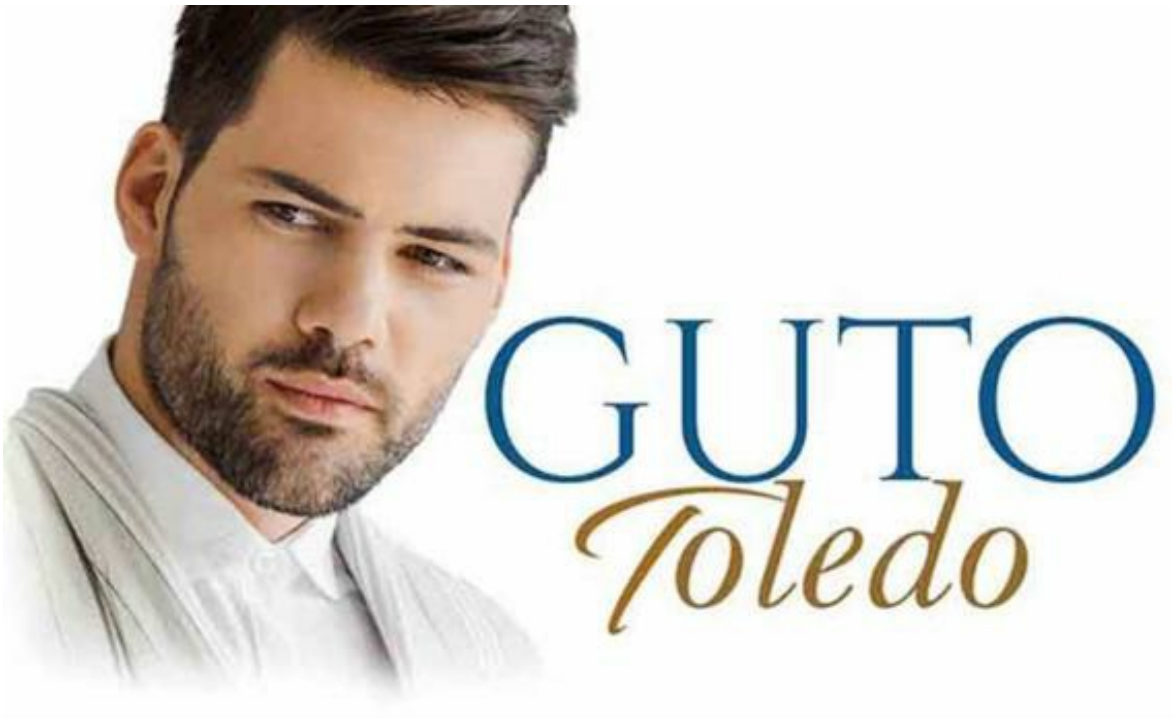
Te escribo después con lo que opino.

Genial, ¡besos!

Volví mi atención a los textos de la universidad, hojeándolos sin ningún interés. Era difícil mantener mis pensamientos lejos de Guto y de lo que podría estar haciendo en ese momento.

¿Será que no le había gustado el beso tanto como a mí? Solté un bufido, exhalando con fuerza. No era posible que un mismo momento pudiera significar algo tan distinto para dos personas. La forma en que me había besado, recorriendo mi cuerpo con sus manos y su boca, daba la impresión de que lo disfrutaba mucho. Pero, ¿y si Dani y los demás tenían razón? ¿Guto no era el hombre para mí?

Odiaba vivir este dilema. Era tan injusto querer tanto a una persona y no poder simplemente estar con ella.


GUTO
Toledo

Capítulo 27

Escuché un golpe en la puerta y levanté la cabeza de la pantalla de la computadora. Ricardo entró unos segundos después, con la sonrisa más grande del mundo en los labios, y se detuvo frente a mi escritorio, apoyando las manos en él.

—Ya está todo resuelto con Bulldog y AMontreal. Este contrato será un gran paso para nuestra red.

—Estoy seguro de que sí —respondí, mirando el cuadro del atardecer que colgaba en una de las paredes detrás de mi mejor amigo.

—¿Qué pasa? Pareces distraído. —Inclinó la cabeza hacia mí, entrecerrando los ojos como si intentara analizarme mejor.

—He estado pensando demasiado estos días. Más de lo que debería.

—¿Por el divorcio?

Asentí, y él me dio una palmada en el hombro.

—Voy a mi antigua casa a buscar algunas cosas que dejé ahí. Tendré que encontrarme con Olivia.

—¿Eso es lo que te tiene tan inquieto?

—Sí. —Esbocé una sonrisa forzada. Mentirle a mi mejor amigo se estaba volviendo una tarea cada vez más frecuente. No me gustaba pensarlo; me incomodaba demasiado.

Si Ricardo supiera cuántas noches había pasado en vela los últimos días pensando en su hija, dudaba mucho que siguiera mirándome con esa sonrisa y esa expresión tan amable.

—Margarida va a preparar un guiso para la cena y quería saber si te gustaría venir a casa más tarde. ¿Crees que te tardarás mucho con Olivia?

—Creo que sí —respondí demasiado rápido y con tanta firmeza que mi amigo retrocedió sorprendido—. Sí, creo que sí. —Intenté corregirme con un tono más relajado, y Ricardo dejó de mirarme con los ojos abiertos de par en par—. Tengo muchas cosas allá. Juntar todo y empacarlo

llevará bastante tiempo.

—Entiendo. Qué lástima. Pero podemos dejarlo para otro día.

—Sí, otro día será perfecto.

—¿Te estás adaptando a vivir en un apartamento?

—Es mucho mejor de lo que imaginaba —mentí, esforzándome para que no lo notara.

—Sabes que mi casa siempre tendrá las puertas abiertas para ti.

—Lo sé, y te lo agradezco muchísimo.

—Para eso están los amigos. —Me dio unas palmadas en el hombro—. Sé que, si yo estuviera en tu lugar, harías lo mismo por mí.

—Puedes apostarlo.

Recordé a Rosi, todo lo que sentía por ella y lo que había pasado dentro de mi coche en el garaje de Ricardo. Estaba seguro de que él no me diría eso si supiera la verdad. Pero, ¿qué podía hacer? ¿Contarle y destruir una amistad de décadas? Lo mejor que podía hacer era mantenerme lejos de Rosi. Lejos de la tentación, la urgencia de pecar desaparecería. Aunque quería mucho a Margarida y a Rodrigo, evitaría la casa de mi mejor amigo por un tiempo. Así, la situación con Rosi no me volvería loco.

—Bueno, entonces nos vemos mañana. —Ricardo me sonrió—. Buena suerte con Olivia. Si sigues tu corazón, todo saldrá bien. —Hizo un gesto con la mano y salió de mi oficina.

Estaba seguro de que, si Ricardo conociera la verdad de mi corazón, no me diría que lo siguiera. Seguir mi corazón significaba buscar a Rosi, y eso era algo que no podía permitirme hacer.

Cuando terminó mi jornada, envié los últimos correos y reportes, tomé mi billetera y las llaves del coche, que guardaba en el primer cajón del escritorio, y salí rumbo a la casa de Olivia. Estando divorciados y siendo la casa suya, no tenía sentido dejar cosas mías ahí. Solo abriría espacio para discusiones que ya no deberían existir.

Bajé en el elevador hasta el estacionamiento, subí al coche y encendí la música.

Escuchando golpes de rock que resonaban en mi alma, salí hacia la calle y conduje hasta la casa donde había vivido los últimos siete años. Haberla comprado fue un gran logro en mi vida; pasar de ser un chico que vivía en una casa pequeña y mal terminada a un hombre dueño de una mansión. Había progresado mucho, alcanzando una posición en la que pocos creyeron, ni siquiera mis padres.

Al pensar en ellos, recordé que ni siquiera les había hablado del divorcio, pero eso sería un tema para otro día. No tenía paciencia para escuchar a mi madre defender a Olivia y decir lo buena mujer que era para mí. Esa era una decisión que solo yo podía tomar.

Conduje casi en piloto automático y, cuando me di cuenta, ya estaba pasando por la entrada del fraccionamiento donde estaba la casa. Avancé por unas calles más, accioné el control y entré al garaje. Al parecer, Olivia aún no había cancelado mis accesos.

Guardé la llave del coche en el bolsillo y fui hacia la sala, esperando ver todas mis cosas empacadas en unas cajas para llevármelas de inmediato. Pero no estaban ahí. Olivia, probablemente, ni siquiera se había molestado en pedirle a una de las empleadas que juntara mis cosas.

—¿Olivia? —llamé desde la sala, recordando que la casa ya no era mía.

—Guto, estoy en la habitación. ¿Puedes venir?

—Voy. —Subí las escaleras siguiendo el sonido de su voz y me detuve en la puerta de lo que antes era nuestro cuarto.

La habitación estaba en silencio, y si no hubiera escuchado su voz hace unos minutos, habría pensado que no estaba ahí. Empujé la puerta y entré con pasos lentos, aunque sabía que me había invitado a pasar.

—¿Olivia?

—Estoy aquí.

Giré la cabeza y la vi sentada en la cama, usando una fina bata de seda. Su cabello oscuro caía suelto alrededor del rostro, enmarcándolo. ¿Qué les pasaba a las mujeres que siempre querían usar ropa tan provocativa frente a mí? *O no usar nada...* Recordé a Rosi desnuda frente a mí, y esa imagen me perturbó. Debería borrarla de mi mente, necesitaba hacerlo, pero

simplemente no podía.

—Perdón. No sabía que ya te ibas a dormir. Si prefieres, puedo volver otro día.

—No, Guto. —Se acercó a mí y se detuvo frente a mí.

Como era habitual, llevaba la bata sin sostén, y sus pezones se marcaban contra la fina tela roja.

—No quiero molestarte.

—Tú nunca me molestas. —Tomó mis manos y las colocó alrededor de su cintura—. Pensé que te gustaría recordar los buenos momentos. A veces la cama se siente tan vacía sin ti.

—¡Olivia! —Abrí los ojos, sorprendido. No esperaba venir a buscar mis cosas y recibir una invitación para tener sexo con mi exesposa—. Estamos divorciados, ya no hacemos esto, ¿lo olvidaste? —Retiré mis manos y me aparté de ella. No era el momento de complicar más las cosas de lo que ya estaban.

—¿Quieres decir que un papel hace que me encuentres menos atractiva?

—Eso no fue lo que dije.

—Entonces ven. —Intentó jalarme de nuevo hacia la cama, pero me mantuve firme. La magia que veía en ella se había desvanecido hacía mucho tiempo. Solo había prolongado tanto nuestra relación porque estábamos casados.

—¡No, Olivia! No vine hasta aquí para que tengamos sexo.

—¿Entonces quiere decir que apenas nos separamos y ya estás cogiendo con otra? —Cerró los dientes y frunció los labios, molesta por algo que solo existía en su cabeza. O quizás era yo el equivocado y mi deseo por Rosi era demasiado evidente.

—No estoy acostándome con nadie, Olivia.

—Entonces, ¿por qué rechazas coger conmigo?

—Porque ya no somos pareja.

—Porque te obsesionaste con que necesitábamos un hijo. Me parece muy noble de tu

parte, hombres como tú que creen que deben tener un hijo y hasta eligen el momento en que quieren hacerlo, pero todo el mundo sabe que la crianza y las responsabilidades terminan recayendo en la madre.

—Si yo fuera padre... bueno, si alguna vez llego a ser padre, seré un buen padre.

—Egoísta de mierda —gritó, pero la ignoré mientras me dirigía al armario para recoger mis cosas—. ¡Te estoy hablando, Gutemberg! —Apareció en la puerta, bufando como un toro.

—No tengo nada más que discutir contigo, Olivia. —Agarré mis camisas y las arrojé dentro de una maleta, con todo y ganchos.

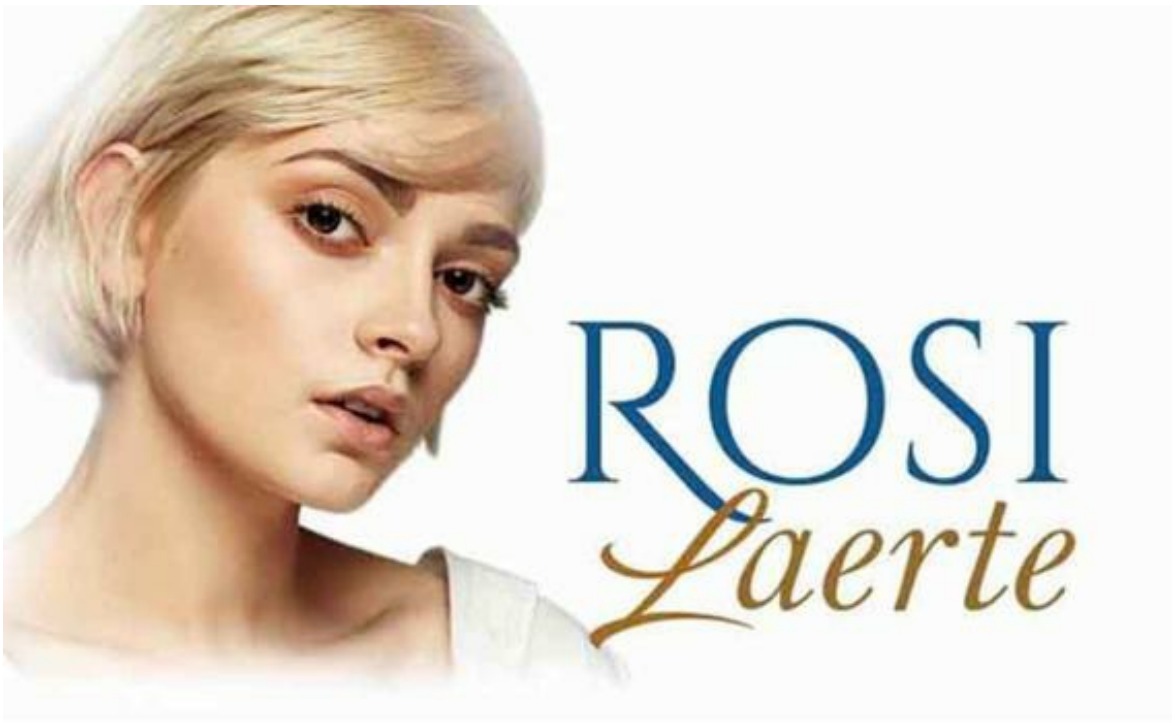
—Si crees que simplemente me vas a borrar de tu vida como si nunca hubiera existido, estás muy equivocado.

La dejé gritando mientras seguía recogiendo mis cosas: los calcetines, los zapatos y todo lo que recordaba dónde estaba. Sabía que inevitablemente terminaría olvidando algo y tendría que darlo por perdido.

—Dudo mucho que encuentres a esa esposa perfecta que tanto quieres —dijo con tono de maldición, pero fingí no escucharla. En el fondo, ni siquiera quería considerar que pudiera tener razón.

Terminé de juntar todo en tres enormes maletas que llené con ropa, zapatos y otros objetos personales, como relojes. Las acomodé lo mejor posible para poder arrastrarlas y salí del cuarto mientras Olivia seguía quejándose.

Volver a encontrarme con ella había sido mucho peor de lo que había imaginado.


ROSI
Laerte

Capítulo 28

Tiré la tapa del labial y fruncí los labios frente al espejo antes de deslizarlo suavemente sobre ellos, dejándolos de un rojo intenso. Observé mi reflejo detenidamente. Mi cabello estaba peinado de lado, con una pequeña trenza incrustada. El estilista que había venido a arreglarme a mí y a mi madre hizo un trabajo impecable.

Esa noche era muy importante para mi padre. Finalmente, se lanzaría la marca propia de la cadena de supermercados Laerte. Sin embargo, no era eso lo que hacía que mis piernas temblaran y mis manos sudaran frío.

Después de casi dos semanas sin vernos, con excusas y más excusas para no venir a mi casa, Guto y yo nos encontraríamos cara a cara. Era el evento más importante en años, y él no podía simplemente desaparecer.

Mi estómago daba vueltas. Estaba loca por verlo, pero sabía que no podía lanzarme a sus brazos como deseaba. Era un evento público, con prensa incluida. No era el lugar adecuado, y seguramente no estaríamos a solas. Aun así, en el fondo, me alegraba saber que al menos podría mirarlo a los ojos otra vez.

Todo el progreso que había logrado podría terminar volviendo al punto de partida. Lo único que podía hacer era enfrentarlo como una chica enamorada, soñando con un hombre que nunca podría tener.

Mi celular vibró sobre la cama; era un mensaje de mi amiga. Le había contado sobre la fiesta y lo ansiosa que estaba, con una mezcla de emoción y miedo.

¡Buena fiesta!

¡Gracias!

Arrojé el celular en mi bolso de mano y me puse las sandalias justo cuando mi padre pasó por el pasillo llamándonos para salir.

La fiesta sería en el supermercado que había pertenecido a mis abuelos, los padres de mi papá, en un barrio del suburbio donde todo había comenzado.

El pequeño mercado de don Laerte había crecido hasta alcanzar dimensiones que mi abuelo probablemente nunca habría imaginado. Era justo que celebráramos este gran paso en el lugar donde había iniciado todo.

—Estás hermosa, hija —dijo mi papá, con ternura, y yo le devolví una sonrisa.

—Gracias.

Suspiré mientras él sostenía mi cintura. Esperaba que el otro socio también notara mi presencia.

Nos dirigimos al auto de mi papá. Me senté detrás de él, mientras mi hermano se acomodaba a mi lado, jugando con un videojuego portátil.

—¿Tus padres vendrán a la fiesta, amor? —Mi madre inclinó la cabeza hacia un lado mientras se abrochaba el cinturón, buscando los ojos de mi padre.

—Mi padre dijo que vendría, pero ya sabes cómo es. Desde que compraron esa casa de campo, no salen de ahí por nada.

—¡Ah, será genial ver al abuelo! —Rodrigo saltó un poco en el asiento, demostrando que, aunque parecía distraído, estaba escuchando la conversación.

—Podríamos planear un domingo para ir a la casa de campo y pasar el día con ellos. ¿Qué opinas, mi amor? —sugirió mi padre mirando a mi madre antes de encender el auto.

—Me parece una excelente idea.

—Yo también lo creo. Les preguntaré qué semana les parece mejor.

—Perfecto.

Mi papá manejó por casi media hora hasta que llegamos al supermercado. Dio la vuelta y estacionó en la zona de carga y descarga, donde había un camión con el logo de la cadena. Bajamos del auto y caminamos hacia la entrada.

Eran más de las ocho de la noche, y el mercado ya estaba cerrado al público. Dentro, solo estaban los invitados al evento solemne. En la entrada, en un área amplia, habían dispuesto mesas para el cóctel y un espacio con sillas frente a un pequeño púlpito donde mi padre y Guto

darían algunos discursos sobre la nueva marca de productos.

Seguí a mis padres hacia un pequeño grupo de personas. No pasó mucho tiempo antes de que lo viera. Guto estaba hablando con otro hombre, pero no le presté atención. Mi mirada se centró en el motivo de mis sueños desde que era capaz de fantasear con un hombre.

Noté cómo tensó su postura, cambiando el peso de una pierna a otra, pero no apartó los ojos de mí. Estaba guapísimo, más de lo habitual, enfundado en un traje negro perfectamente ajustado, como si estuviera vestido para un gran baile. Sus ojos castaños recorrieron mi figura, y su media sonrisa me hizo saber que le había gustado lo que vio.

—Hola, Rosi.

—Hola, Guto.

Ese breve intercambio de palabras me dejó sin aliento, que solo recuperé cuando mi padre se acercó a Guto y al otro hombre. La atención de él dejó de estar en mí.

Ojalá no me afectara tanto. Me resultaba difícil controlarme; no sabía qué hacer y, obviamente, metía la pata. Aun así, el deseo de lanzarme a sus brazos seguía siendo muy fuerte. *¿Era mucho pedir que las cosas fueran más fáciles?*

—Antonio, esta es mi esposa Margarida, y estos son mis hijos Rosemeire y Rodrigo.

El hombre se giró hacia mí y me miró fijamente. No pude evitar abrir los ojos de par en par y quedarme boquiabierta de la sorpresa. No era cualquier hombre, sino el tipo de Deborah. A menos que fueran gemelos.

—¿Bulldog? —murmuré. Quería que fuera solo para mí, pero mi voz sonó lo suficientemente fuerte como para que él me escuchara.

—¿Nos conocemos de algún lugar? —Me lanzó una mirada maliciosa que me hizo sonrojar. Sentí que me desnudaba con los ojos.

Frente a un hombre así, no me sorprendía que incluso la santurrona de Deborah se quedara sin aliento.

—Debe haber escuchado a Ricardo o a mí mencionar tu apodo de perro —intervino Guto, visiblemente incómodo por la forma en que el hombre me miraba.

—¡Eso es! —me apresuré a concordar. No podía decirle que lo conocía por una foto que mi amiga me había enviado. Sonaría extraño y podría meter a Deborah en problemas, algo que no quería.

—Entiendo. —No apartó los ojos de mí, y eso me hizo sonrojar aún más.

—Ven conmigo, Bulldog —Guto lo agarró del brazo—. Quiero mostrarte unas cosas sobre los productos al fondo.

—De acuerdo. —El hombre se dejó llevar, y tan pronto como desaparecieron de mi vista, saqué mi celular y le escribí a mi amiga.

¡Dios me libre! Pero qué calentura que tengo, jajaja.

¿Qué? ¿Estás loca, Rosi? ¿No deberías estar en la fiesta?

Sí estoy, pero no tienes idea de quién está aquí y me miró de una forma que hizo que me flaquearan las piernas.

¿Quién?

Tu Bulldog.

Es más guapo en persona que en la foto que me enviaste.

Así que era con el supermercado de tu papá con el que la cooperativa estaba cerrando trato. ¡Qué coincidencia!

¡Así es! Pero volviendo al Bulldog…

¿Vas a lanzarte o está libre?

¡Rosi! ¿No estabas enamorada de Guto?

Amo a Guto, pero mientras el hombre correcto no decide estar conmigo, ¿por qué no divertirme con los incorrectos?

¡Vaya! Este incorrecto…

Rosimeire, ¡ni lo pienses!

¿Es tuyo?

Dime que es tuyo y celebraré que por fin te estés animando.

Lo dices, pero eres tan virgen como yo. Solo prométeme que con él no.

Tranquila, no me meto con los hombres de mis amigas.

Gracias.

Voy a cuidarlo por ti.

Buena fiesta, Rosi.

—Hola, Rosi. —Escuché la voz de mi mejor amigo y lo vi acercándose hacia mí. Guardé mi celular en la bolsa y me estiré para abrazarlo.

—Hola, Dani. —Sonreí, y él me dio un beso en la mejilla.

—Mmm, ¡te ves guapa!

—¡Gracias!

—Hola, Margarita y Rodrigo. —Saludó a mi mamá y a mi hermano, quienes le devolvieron el saludo.

—¡Ven! —Lo tomé del brazo y lo arrastré conmigo entre las góndolas hasta encontrar a Guto y a Bulldog mirando una estantería con productos de la cooperativa que llevaban el logo del supermercado.

—¿Ahora te vas a poner a espiarlo? Qué feo, Rosimeire.

—No quiero que veas a Guto, es al otro chico.

—¿En serio? ¿Dejaste al tío uno para fijarte en el tío dos? —Dani se humedeció los labios mientras seguía mirando a Bulldog.

—No es para mí.

—¡Ah! —Sonrió aún más—. Se parece a un leñador de una de las películas que estaba

viendo.

—¿Qué película? —Fruncí el ceño, pero me arrepentí enseguida de haber preguntado.

—Una porno gay.

Hice una mueca, y él se echó a reír.

—¡No es para ti, Daniel!

—¿Ah, no? —Puso cara de decepción.

—Es el chico de Deborah.

—¿Deborah, tu amiga? —Abrió los ojos, sorprendido—. ¿No se había ido a Jargón de no sé dónde?

—Jargón del Sur.

—¡Eso mismo!

—Parece que la empresa con la que mi papá y Guto hicieron negocios es de allá. Qué pequeño es el mundo.

—¿Son novios?

—No sé. Ella no dijo nada, ni admitió que le gustaba, pero me pidió que no me acercara a él.

—Troncudo, brazos fuertes, justo como me gustan… —Daniel se mordió el labio mientras recorría al tipo con la mirada. Casi me dio vergüenza por Bulldog—. Amiga, discúlpame, pero este me gusta más que Guto.

—¡Cállate! —Lo empujé, y Dani terminó chocando contra una de las góndolas. El ruido hizo que Guto y Bulldog se voltearan hacia nosotros, notando nuestra presencia.

—¡Hola! —Saludé con una sonrisa forzada.

—La hija de Ricardo y su novio —dijo Guto, dirigiéndose a Bulldog.

¿Novio? ¿De dónde había sacado eso?

—¡No! ¿Nosotros dos? —Dani señaló hacia nosotros—. No sé de dónde sacaste esa idea, pero definitivamente no somos novios.

—Somos solo amigos. —Lo abracé por los hombros.

Vi una arruga formarse en la frente de Guto, como si estuviera procesando la información, y me pregunté si realmente había creído que Dani y yo éramos pareja.

—Es bueno saberlo. —Bulldog me guiñó el ojo, y mis mejillas se sonrojaron de nuevo.

Le había prometido a Deborah que no me acercaría a él, y realmente no iba a hacerlo, pero decidí disfrutar de los efectos que su coqueteo causaba en la expresión de Guto.

—¿Es tu primera vez en Campinas, Bulldog? —Caminé contoneándome seductoramente hacia ellos y me detuve frente a los dos.

—No, pero creo que esta puede ser la más interesante.

—Aléjate de la hija de Ricardo. —Guto puso la mano sobre el hombro de su asociado en un gesto claramente intimidante.

—No voy a morderla… bueno, a menos que ella quiera.

—Quizás me gusten las mordidas... —Me llevé la mano a los labios y solté una risita.

—Ven conmigo. —Guto tomó mi muñeca y me arrastró hacia la parte trasera del supermercado.

Solo me soltó cuando estuvimos frente a la puerta de una vieja oficina de administración. Me acordé de cuando era niña y jugaba allí entre las dos mesas mientras Guto y mi papá trabajaban, en los tiempos en que mi mamá estaba en la universidad.

—¿Qué crees que estás haciendo? —me preguntó con una voz firme y una mirada autoritaria.

—Estaba intentando hacer un amigo.

—¿Eso es lo que haces? ¿Provocas y vuelves loco a todo el mundo?

—No estaba provocando a Bulldog.

—A él puede que no.

—¿Esta conversación no es sobre él, o sí? —Le devolví la mirada desafiante, y al cruzarnos, sentí una chispa, como si nuestros ojos generaran un choque eléctrico.

Guto volvió a tomarme del brazo, empujó la vieja puerta hasta abrirla, y me llevó dentro antes de cerrarla detrás de nosotros. La sala estaba oscura, pero no necesitaba luz para saber que él estaba muy cerca de mí, porque su respiración se mezclaba con la mía. Era urgente, acelerada, y reflejaba toda su tensión.

Golpeó el interruptor y la luz se encendió. Cerré los ojos un instante por el impacto de la claridad. Al mirarnos de nuevo, una descarga recorrió mi cuerpo, dejándome sin aliento.

Sin decir palabra, Guto inclinó sus labios hacia los míos, y el hambre que experimenté fue incontrolable. Sus manos, firmes y fuertes, sujetaron mi cintura y me levantaron, sentándome sobre la vieja mesa donde solía trabajar.

Mientras el beso me envolvía, sentí sus manos deslizándose por mi cintura, apretando con fuerza mis muslos. Cada toque encendía mi piel, y podía sentir su deseo desbordarse en cada movimiento.

Me sujetó por la nuca, inclinando mi cabeza hacia un lado, y deslizó sus labios por mi cuello. Cuando sus dientes rozaron mi piel y dejó una marca, gemí suavemente.

Guto subió mi vestido hasta la cintura y se acomodó entre mis piernas. Presionó su erección contra mí, y mi gemido se perdió en sus labios que regresaban ansiosos a los míos.

Mi lengua buscaba la suya mientras rodeaba su cuello con mis brazos y deslizaba una mano por su nuca, enredando mis dedos en su cabello corto y suave.

Guto pasó la mano entre nuestros cuerpos y tocó mi vagina, por debajo de mi ropa interior. Me recosté sobre la mesa, moviéndome contra la madera vieja y polvorienta que crujió bajo mi peso. Rogué porque la música de la fiesta ocultara los sonidos que hacíamos.

—Rosi... —Guto apartó su boca de la mía para empezar a hablar.

—Quiero hacerlo —dije con determinación, sin darle espacio para que cambiara de idea.

Había esperado toda mi vida para perder la virginidad con ese hombre.

Se separó un poco, solo para bajar mi ropa interior; la deslizó por mis piernas y luego la guardó en su bolsillo. Mientras abría su pantalón y sacaba su enorme verga, Guto recorrió mi escote con la boca, empujando la tela con los dientes hasta poder atrapar mi pezón entre sus labios.

La expectativa me estaba consumiendo. Quería ser suya, quería que pasara ya. No tuve que esperar mucho, porque Guto frotó su verga contra mí y la colocó en mi entrada. Con una embestida firme, me penetró. Él no sabía que era virgen, y dudaba que hubiéramos llegado a ese punto si se lo hubiera contado. Sentí dolor y me aferré a sus hombros, pero me contuve para no gritar ni dejar que se diera cuenta. Sabía que dolería y estaba preparada para ello, pero estaba extasiada de que mi primera vez fuera con el hombre que amaba.

Volvió a besarme, y sus manos recorriendo mi cuerpo aumentaron mi excitación y disminuyeron el dolor. Guto gemía mucho, y escuchar su placer intensificaba el mío. Apretó mis muslos al eyacular, y sentí su semen llenándome con la fuerza de su deseo.

Sin salir de mí, Guto llevó una de sus manos a mi clítoris. Con movimientos circulares y presión, me estimuló, y entonces apreté sus hombros de nuevo, pero esta vez no fue por dolor. Me moví sobre él, frotando mis piernas contra las suyas, y una ola de sensaciones espantó el dolor y dejó mi cuerpo temblando.

—¡Maldición! —murmuró al salir de mí—. Perdí el control...

—Lo perdimos juntos —respondí con una sonrisa mientras buscaba algo para limpiarme.

—¿Sangre? —Guto frunció el ceño al mirar su verga.

—Creo que sí —respondí con una sonrisa incómoda.

—¿Estás menstruando?

—No.

—Rosi... —Abrió los ojos sorprendido cuando finalmente entendió—. ¿Eres virgen?

—Era —me encogí de hombros—. La sangre significa que ya no lo soy, al menos eso creo.

—¡La puta madre! —Pasó una mano por su cabello, despeinándolo casi hasta arrancárselo —. Le quité la virginidad a la hija de mi mejor amigo. ¿En qué estaba pensando? —Hablaba consigo mismo, pero cuando volvió a mirarme, su siguiente pregunta era claramente para mí—. ¿Tú y Daniel... nunca?

Negué con la cabeza.

—A Dani le gustan los hombres tanto como a mí.

Sacudió la cabeza, confundido, como si lo hubiera atropellado un camión, y caminó hacia un armario al fondo de la sala para tomar un paquete de toallitas húmedas. Se arrodilló entre mis piernas y comenzó a limpiarme.

—Rosi, perdóname. Yo... —Se atoró, claramente sin saber qué decir.

Tomé su rostro por la barbilla y lo obligué a mirarme.

—Guto, siempre quise que tú fueras el primero.

—No, Rosi. —Se puso de pie, tomando mis manos entre las suyas—. No debería haber sido así. Deberías haber perdido la virginidad con cariño y cuidado. No sobre una mesa vieja, en medio de un arrebato desesperado.

—Si te hubiera dicho que era virgen, ¿hubieras estado conmigo?

—No. Definitivamente no.

—Entonces no me arrepiento de cómo fue.

—Eso solo me hace sentir peor.

—No deberías sentirte mal. —Lo acerqué a mí, y Guto me besó con ternura antes de abrazarme con fuerza—. Te amo, Gutemberg.

—No deberías amarme, Rosi.

—No es como si fueras un hombre terrible.

—Después de lo que acabamos de hacer, lo dudo. Me comporté como un animal. No se trata así a una mujer, mucho menos a una virgen.

—Sé que la próxima vez me lo compensarás. —Deslicé mis dedos por su rostro, apartando los mechones de su cabello hacia atrás. Había algunos canosos, pero solo eran visibles de cerca.

—¿Próxima vez? —Abrió los ojos como platos.

—Sí, la próxima vez que estés conmigo.

—Rosi, eres solo una niña.

—No, Guto. —Froté mi pierna contra él—. Soy una mujer que esperó ser tuya.

—Voy a pudrirme en el infierno.

—No crees en eso. —Reí.

Me miró, y vi algo diferente en sus ojos que me hizo estremecer. Aún arrodillado frente a mí, Guto tomó mis piernas y las colocó sobre sus hombros. Su aliento cálido rozó mi vulva y enterré mis uñas en sus hombros mientras me movía contra él.

Me estremecí cuando sus manos se dirigieron a mi culo y tiró de mí hacia delante, enterrando su cara en mí. Su lengua tocó mi clítoris y eché la cabeza hacia atrás, regocijada. Si él creía que así merecía que me trataran, no iba a quejarme en absoluto.

Me retorcí cuando me introdujo un dedo; mi canal seguía dolorido, pero la lubricación hizo que no me causara molestias, sino placer. Sus labios envolvieron mi clítoris, su lengua lo rodeó, se burló de mí y me volvió loca. La presión y la temperatura, a veces caliente y a veces fría, me llevaron a experimentar algo que nunca podría hacer sola. Me acerqué a su cara, pidiendo más, mientras su lengua memorizaba la textura de mis labios vaginales. Me solté de los hombros de Guto y apoyé las manos en la mesa, inclinando mi cuerpo hacia atrás.

Cuando acabé esta vez, tuve que morderme el labio para no gritar. El placer era intenso y abrumador. Me sentía completamente impotente y todo mi cuerpo temblaba.

Un fuerte golpe en la puerta hizo que Guto se levantara y se alisara los pantalones.

—¡Oye, amigo! —Escuché a Dani del otro lado—. Odio ser un aguafiestas, pero tu padre está buscando a Guto. No sé qué están haciendo ahí, pero imagino que no es algo que quieras que tu padre vea.

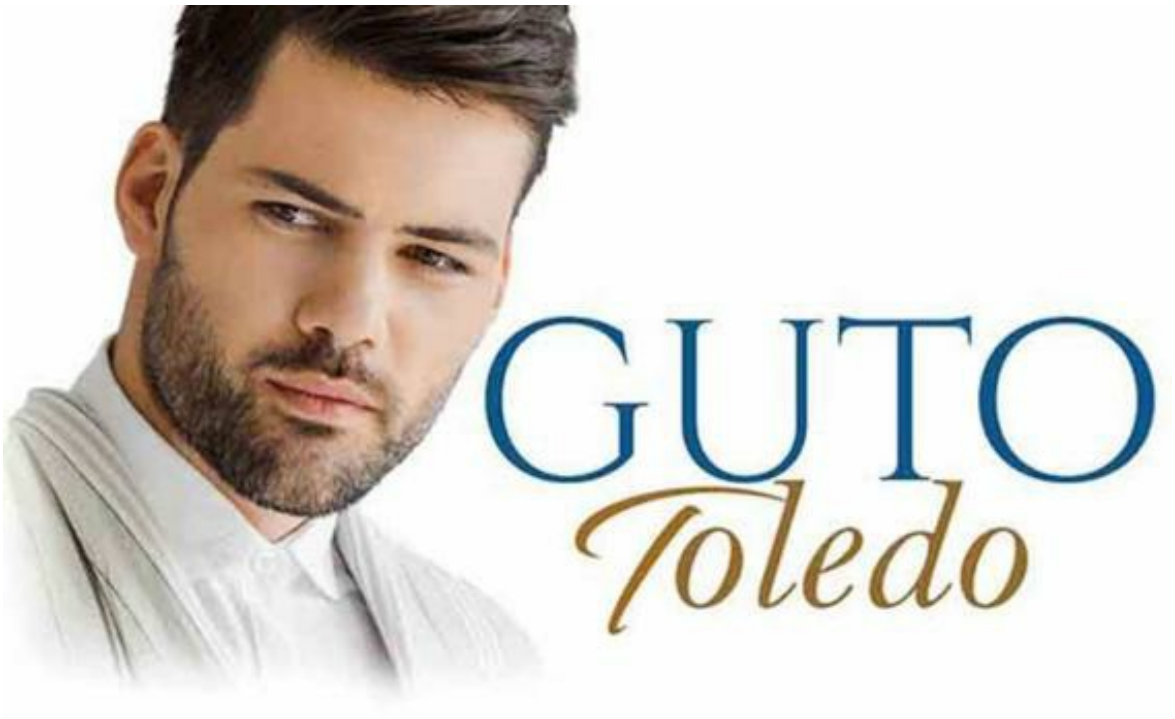
—Tengo que irme —dijo Guto, en tono firme.

—Solo si me das un beso más. —Le agarré de la muñeca y le obligué a mirarme.

Sonrió, me agarró la nuca y me dio un beso antes de salir por la puerta.

—¡Guto! —lo llamé, pero ya estaba lejos con mi tanga en el bolsillo.

Me daría un poco de vergüenza pasar el resto de la fiesta sin ella, pero sería un recordatorio muy excitante de lo que había pasado.


GUTO
Toledo

Capítulo 29

Llegué al coche después de la fiesta, en cuanto me despedí de Antonio y Ricardo. Intenté sonreír, parecer emocionado y concentrado. Escondí a todos que estaba a punto de estallar por dentro, pero cuando quedé solo, grité.

—Le quité la virginidad a la hija de mi mejor amigo —dije en voz alta lo que me había estado atormentando toda la noche.

Por las sonrisas que Rosi me dedicó el resto de la noche, supe que no era solo una fantasía mía. Metí la mano en mi bolsillo en busca de las llaves del coche y encontré un pequeño trozo de tela. Era su ropa interior, roja, pequeña, con el olor de sus partes íntimas. Esa era la prueba de que no había sido un sueño.

Había hecho todo lo posible por mantenerme alejado de ella durante semanas, pero nos encontramos por unos minutos en un evento público, y bastó un tipo coqueteando con ella para que perdiera por completo la razón. En un abrir y cerrar de ojos, la arrastré a una habitación sucia y vieja y me la cogí como un animal.

Era solo una niña virgen. ¡VIRGEN! Rosi tenía solo dieciocho años y la cogí sin ningún cuidado. Solo pensar en el dolor que pudo haber sentido por la forma brutal en la que actué, me daban ganas de darme un puñetazo en la cara.

Me había masturbado tantas veces pensando en ella, pero estar dentro de ella fue incomparable, y pensar en el placer que sentí, aunque fue un polvo desesperado, solo aumentaba mi culpa.

Sé que la próxima vez me lo compensarás... La voz de Rosi resonaba en mi cabeza. ¿Próxima? No debía haber una próxima. Yo era un monstruo que le había quitado la virginidad a una chica, no debía estar pensando en una segunda vez, pero lo estaba.

El sabor de su boca, el perfume de su cuerpo y la presión de su vagina harían que mis sueños fueran aún más reales.

—¡Maldita sea!

Era incorrecto, era muy incorrecto, pero la deseaba tanto. Además, Rosi no ayudaba, hacía

todo lo posible para que la deseara aún más.

Había probado lo prohibido y sería demasiado difícil alejarme. Evitar a Rosi parecía lo mejor, pero sabía que cuando nos volviéramos a ver, la chispa me contagiaría y podríamos acabar en un callejón otra vez.

Arranqué el coche porque tenía que irme de allí o empezarían a sospechar de mi demora. Hice todo lo posible por concentrarme en el tráfico mientras conducía hacia el apartamento que había alquilado. Mi mente estaba perdida, entre la culpa y el deseo.

Le había quitado la virginidad a Rosi; merecía un castigo más grande que un simple golpe en la cara. El hecho de que fuera virgen hacía que mi crimen fuera aún peor. Sentía que la había violado, que había destruido su pureza.

Rosi tenía solo dieciocho años, la mitad de mis treinta y seis. Estaba al comienzo de su vida y no tenía derecho a violarla como lo hice. Un oral no recompensaba el hecho de que le hubiera roto el himen; de hecho, lo empeoraba. No solo la había invadido con mi verga, también lo había hecho con mi lengua.

Dejé el coche en el garaje del edificio y subí al apartamento. Necesitaba una ducha. Tan pronto como me quité la ropa y entré al baño, tomé mi verga y la miré, había sangre en ella, sangre seca. *La sangre de Rosi...*

¿La habría lastimado demasiado? ¿Había sido tan brutal que transformé un momento que debería haber sido mágico para ella en algo terrible? Tragando saliva, me apoyé en la pared. Mis pensamientos me castigaban y eran crueles conmigo. Debí haberla protegido, no ser un monstruo para ella.

Era la primera vez que le quitaba la virginidad a una mujer, pero sabía que no debía haberlo hecho así. Mucho cariño y sin prisa era lo mínimo. La virginidad no se quita con un polvo, con algo tan bruto y hambriento como lo hice.

Sé que la próxima vez me lo compensarás... ¿Por qué seguía pensando en eso? Sacudí la cabeza, haciendo que el agua salpicara por todas partes. Estaba furioso. No habría una segunda vez, no podía volver a acostarme con Rosi, pero ¿era ese el único recuerdo que quería dejarle? Algo descuidado y apresurado, casi salvaje. Ese no era el hombre que solía ser, pero esa chica me volvía loco.

Te amo, Guto... ¿De verdad la amaba o solo era un capricho adolescente? No podía negar que ella era muy determinada. Me había hecho cruzar la línea del buen juicio y el resultado había sido que le quitara la virginidad como un animal.

Quería compensarla, hacerlo bien, dejar que tuviera sexo como debía ser. Con cuidado, con cariño, y con pasión. Sin embargo, eso no era fácil de resolver. No debí haber hecho nada con ella esa noche, para empezar. Rosi era hija de mi mejor amigo y no podía seguir olvidando eso.

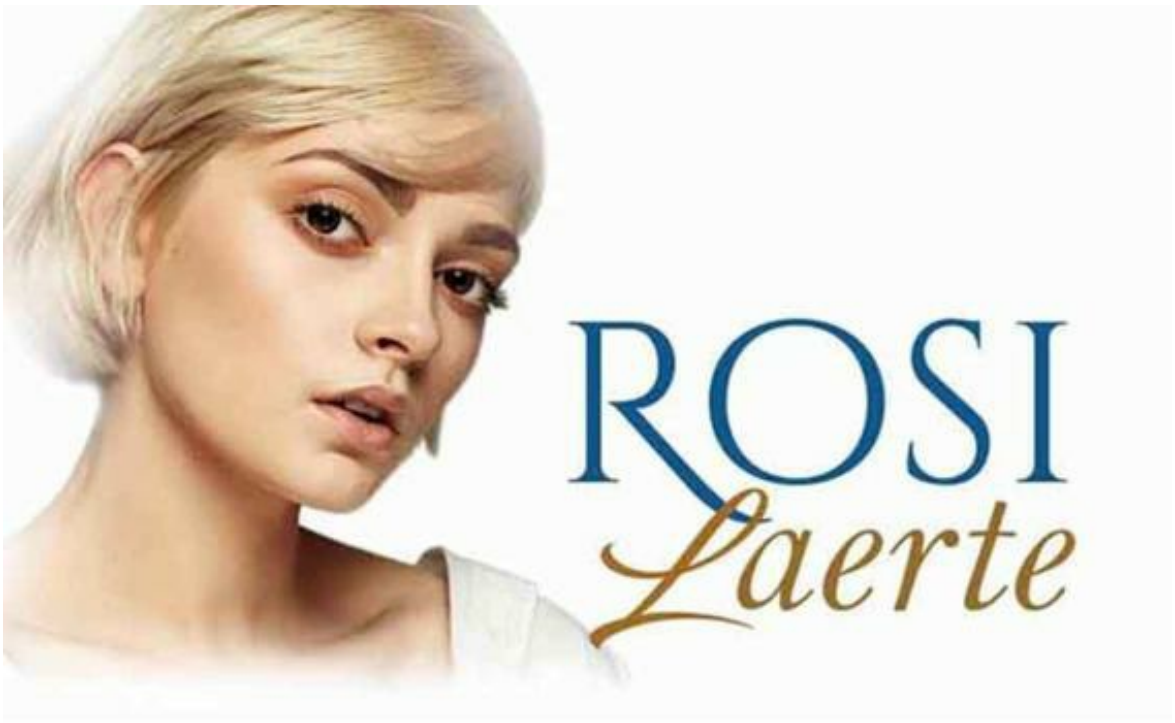
Entonces, ¿debería dejarla con ese recuerdo de un mal sexo hasta que conociera a otro tipo que la tratara como merecía? Golpeé la pared.

No es como si estuviera en un bar cualquiera y se acostara con el primer tipo que le comprara una bebida. Yo había sido el primero, el único; Rosi se había guardado para mí y experimentó eso.

Durante la ducha, era como si estuviera en una de esas películas en las que el diablo hablaba de un lado y el ángel del otro. El ángel me recordaba que Rosi era hija de mi mejor amigo, una chica de la que tenía que alejarme para no hacerle algo peor de lo que ya había hecho. Ese mismo ángel me maldecía, decía que debería estar preso por lo que había hecho. Pero el diablo... *Ah, él era convincente.* Me decía que tenía que ir a buscar a Rosi y darle la mejor noche de sexo de todas para arreglar el error que cometí con ella. No podía devolverle la virginidad a Rosi, pero podía darle placer, como merecía. Lo peor de todo es que quería escuchar al diablo, aunque sabía que llevar a Rosi a la cama solo empeoraría todo.

Errar una vez es humano, dos veces es estúpido... El ángel se burlaba, pero quizás tenía razón, porque salí del baño, me envolví en una toalla y busqué mi celular. Encontré el número de Rosi en mis contactos y le mandé un mensaje.

Necesito arreglar lo que te hice.


ROSI
Laerte

Capítulo 30

—¿Estás bien, Rosi? —Mi hermano me tocó el hombro y me volteé a mirarlo cuando llegamos a nuestra casa.

—¿Por qué no lo estaría? —Intenté no suspirar, mientras me sentía literalmente flotando.

—Estás riendo como una tonta.

—¡Ay, idiota, no me jodas! ¿No puedo estar feliz? Fue un día importante para papá.

—¡Sí! —gritó mi papá un poco más adelante—. Fue una gran noche. Esta marca propia de los supermercados nos va a traer mucho dinero a todos.

—El dinero está bien, pero tampoco lo es todo. —Mamá masajeó los hombros de mi papá cuando me di cuenta de que estaba intentando educarnos.

—Está bien... ¡Felicidades, papá! —Pasé por él y le di un beso en la mejilla antes de salir corriendo hacia mi cuarto.

Quería estar sola y poder desahogarme un poco, porque lo que había pasado entre Guto y yo era tan improbable que aún parecía un sueño. Cerré la puerta, me recosté en ella y puse mis manos en el pecho mientras susurraba entre suspiros emocionados.

Finalmente, Guto y yo habíamos tenido sexo. El hombre por el que tanto esperé, al fin me había quitado la virginidad.

Me quité el vestido para darme un baño y me di cuenta de que no llevaba mi tanga. Guto la tenía en el bolsillo y probablemente se la había quedado. Eso me hizo sonreír aún más. Era una parte de mí que él tendría.

Antes de entrar a la ducha, tomé mi celular y le mandé un mensaje a mi amiga Deborah.

Mi estado de virgen fue actualizado.

Ya era tarde y pensé que podría estar durmiendo, pero para mi sorpresa, Deborah respondió rápidamente.

¿Qué? ¿Cómo, Rosi?

Ya no soy virgen.

Pasó en la fiesta, en una habitación, bien estilo novela.

Se tardó una eternidad en responder y pensé que tal vez estaba procesando la información. ¿Acaso pensaba que iba a seguir virgen para siempre?

¿Tú y el Bulldog?

¡No, amiga!

No tuve nada con tu chico. Puedes estar tranquila.

¡Ah! ¿Entonces con quién fue?

¿Cómo que con quién? ¡Con Guto!

¿Con quién más crees que pudo haber sido?

No sé, Rosi. ¡Estás medio loca!

¡Dios! Tampoco es para tanto.

Ya había tenido la oportunidad de perder la virginidad antes, pero estaba esperando por Guto.

Pasó con él, tal como siempre quise que fuera.

¿Fue romántico?

No es como si él me hubiera sacado a cenar o me hubiera pagado un almuerzo.

No sé si entra en tu definición de romántico.

¿Te dolió mucho?

¡Un montón!

¡Dios, Rosi! ¡Qué horrible!

No, Deh. Fue bueno. Luego él me hizo un oral increíble.

A pesar de toda la urgencia, Guto me hizo llegar al orgasmo dos veces.

Estar en sus brazos fue mucho mejor de lo que imaginaba que sería.

Siempre soñé con ese momento y finalmente ocurrió.

Me alegra por ti. Es un momento que quedará marcado en tu vida.

Espero que tú y el Bulldog también lleguen a ese paso.

Él es ¡guau! Súper intenso.

¡Rosi!

Tengo que dormir ahora.

Está bien. Buenas noches.

Esperaba que Deborah no se hubiera molestado con mi broma sobre acostarme con el Bulldog. Estaba claro que no iba a involucrarme con él. No quería a nadie más que a Guto, pero usar los coqueteos del tipo a mi favor había resultado mucho mejor de lo que imaginaba.

Dejé el celular sobre la cama y me levanté para tomar un baño. Aunque Guto me había limpiado, sentía que aún quedaba semen de él dentro de mí.

—Ya no soy virgen —murmuré, dando un saltito de emoción dentro de la ducha.

A pesar del dolor, que sabía que iba a sentir, porque todos los relatos sobre perder la virginidad decían que dolía, había sido increíble. Sentir su cuerpo sobre el mío, su boca en la mía mientras me convertía en mujer, fue un sueño hecho realidad.

Abrí el grifo y dejé que el agua corriera por mi cuerpo mientras cerraba los ojos y revivía las imágenes de lo que había pasado entre nosotros. En el momento en que me tomó, justificó toda mi espera. Era como si mi cuerpo y alma pertenecieran a ese hombre.

Tomé un jabón íntimo y lavé mi vagina. Sentía algo de adormecimiento en mi canal, pero la sensación era un dulce recordatorio de que momentos antes Guto estuvo dentro de mí. Esperaba que en las siguientes veces no doliera tanto.

Cerré el grifo y me envolví en una toalla. Salí del baño secándome, tomé un pijama de mi armario y me lo puse antes de cepillarme los dientes y tirarme en la cama. Estaba ansiosa por dormir, porque mis sueños con Guto ahora serían mucho mejores con toda la información nueva que mi cuerpo había adquirido sobre el suyo.

Tomé mi celular mientras me acomodaba sobre las almohadas y me sobresalté al ver que tenía un mensaje de él.

Necesito arreglar lo que te hice.

Tragué saliva. *¿Arreglar?* ¿Estaba arrepentido de lo que pasó entre nosotros? Podría haber esperado hasta mañana para tirarme un balde de agua fría sobre mis suspiros enamorados.

Mi virginidad no es algo que se pueda arreglar, Guto.

Una vez perdida, no vuelve.

Seguí mirando el celular y la foto que él usaba, una de él sonriendo con una playa de fondo. Tal vez no lo fuera, pero para mí él era el hombre más guapo del mundo. Sufrí por anticipado mientras esperaba su respuesta.

Dejé que el celular resbalara de mis manos y cayera sobre la cama. Mirando al techo, me pregunté si él estaba arrepentido de lo que había pasado entre nosotros, y la respuesta era obvia, aunque muy incómoda.

El celular vibró y mi corazón casi se me salió del pecho. No era otro mensaje, me estaba llamando. Tuve que recuperar el aliento y me tomó unos segundos para contestar.

—Guto...

—Rosi, creí que era mejor llamarte que seguir mandando mensajes.

—Eh... —Mi garganta estaba seca y no sabía cómo reaccionar. Estaba lista para que destruyera el momento más mágico de mi vida con arrepentimientos y obstáculos, por eso sufrí por anticipado.

—Siento mucho lo que pasó.

—No digas eso. Di cualquier cosa, pero no me pidas perdón.

—Tengo que pedirlo. Actué impulsivamente y te quité la virginidad.

—¡Maldita sea, Guto! ¡Yo quería tener sexo! —grité sin preocuparme si alguien nos escuchaba—. ¿Crees que habría ido contigo si no lo quisiera? No tienes que lamentarte, porque yo no me voy a lamentar ni arrepentir. Lo hice contigo porque ansiaba que mi primera vez fuera contigo.

—Nunca había tenido sexo con una virgen, pero imagino que no es así como se le quita la virginidad a alguien. Necesito arreglarlo, no quiero que el sexo sea un mal recuerdo para ti.

Para mí no fue un mal recuerdo, pero algo me impulsó a no decirle eso antes de que me dijera lo que quería hacer.

—Quiero corregir lo que hice contigo, Rosi.

—¿Cómo?

—Haciéndolo bien.

Sentí un calor agradable en el pecho, una sensación que debían llamar alegría, y una sonrisa se formó en mis labios.

—¿Vamos a hacerlo de nuevo?

—¿Tú quieres? ¿Me dejarás hacerlo de la manera correcta?

—Sí, quiero mucho. —Intenté no mostrar lo emocionada que estaba y mantuve la voz neutra—. ¿Mañana?

—¿Puedes verme mañana?

—Sí. Diré que voy a dormir a casa de Daniel y te encuentro donde quieras.

—Te pasaré la dirección del restaurante y nos vemos allí.

¿Restaurante? ¿Guto estaba planeando una cita de verdad? Si esa llamada era un sueño, por favor, no quería despertar nunca.

—Te mando la dirección.

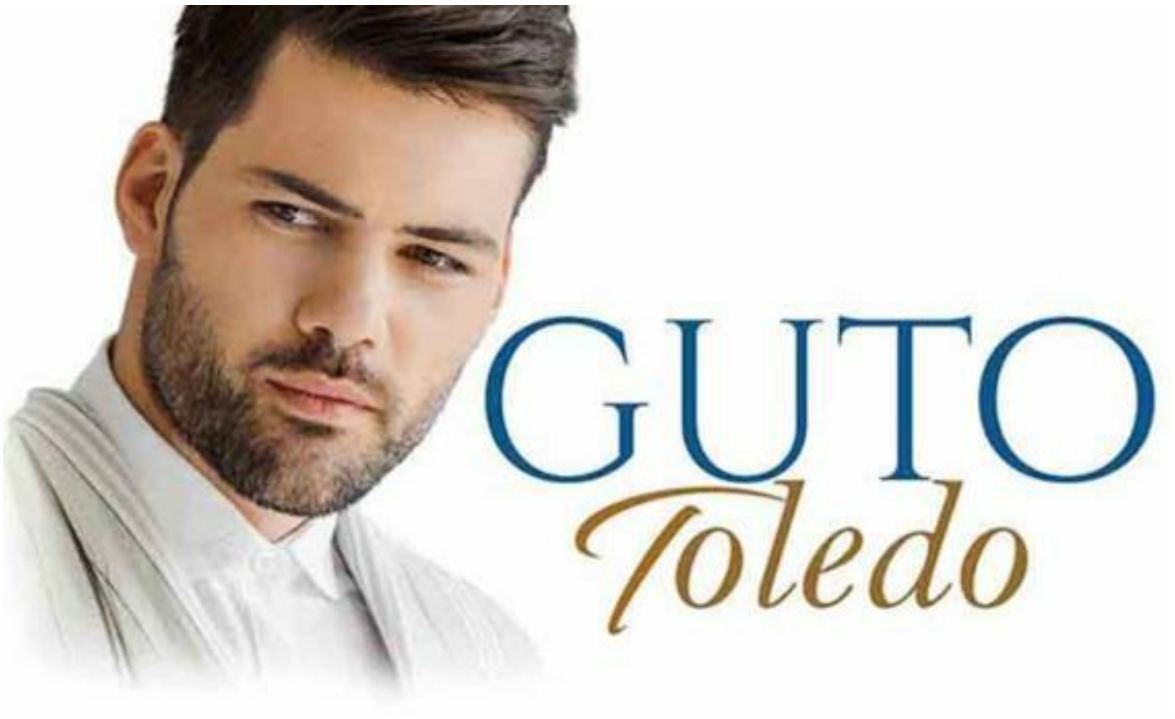
—Hecho.

—Hasta mañana, Rosi.

—Hasta mañana, Guto.

Colgó y yo me quedé con el celular en la mano, paralizada. Nunca imaginé que recibiría una propuesta como esa. Estaba feliz con la rápida aventura en la fiesta del supermercado y pensaba que era lo mejor que podría conseguir de él. Sin embargo, la imagen de hombre romántico y protector que siempre tuve de Guto permaneció.

No podía devolverme la virginidad, pero me daría una noche digna de una primera vez, y eso era todo lo que quería.


GUTO
Toledo

Capítulo 31

Finalmente, cedí al diablo creyendo que me estaba comportando como un ángel. Casi no dormí la noche después de la fiesta de lanzamiento de la marca propia de los supermercados. No podía sacar a Rosi de mi cabeza ni lo que había sucedido entre nosotros.

Imaginaba que mantendría acallado mi deseo por ella con pajas y sufrimiento autoinfligido, pero bastó una mecha para que arrastrara a la chica a una habitación y le arrebatara la virginidad sin contemplaciones.

No importaba cuántas veces ella me hubiera dicho que quería lo que pasó entre nosotros, yo seguía sintiéndome culpable, pero tenía la esperanza de corregir ese momento con ella. En el fondo, algo dentro de mí me decía que sería mucho más fácil aceptar que ambos queríamos lo mismo, porque Rosi se encargaba de dejarlo bien claro, pero mi razón y mi moral me decían que eso estaba muy mal.

Rosi tenía la mitad de mi edad y era la hija de mi mejor amigo. La había visto crecer, ¡llegué a cambiarle los pañales! Ricardo confiaba en mí para cuidar a su hija, pero ahí estaba yo, planeando cómo sería una noche de sexo con ella.

Solo una noche, me prometí a mí mismo, convencido de que cumpliría la promesa, aunque nunca había cumplido ninguna que me hice en relación a Rosimeire.

Saqué mi celular del bolsillo y le envié un mensaje con la dirección del restaurante al que la llevaría a cenar. Lo correcto sería ir a buscarla, pero ¿con qué cara iba a mirar a mi mejor amigo cuando llegara a su casa para sacar a su hija de su protección y llevarla a mi cama?

¿Con qué cara iba a mirar a mi mejor amigo? Ciertamente, no sería fácil enfrentarlo la próxima semana, pero ese era un asunto con el que tendría que preocuparme después.

Cuando esa noche terminara, me alejaría de Rosi de una vez por todas y dejaría de ser un estúpido cerca de ella.

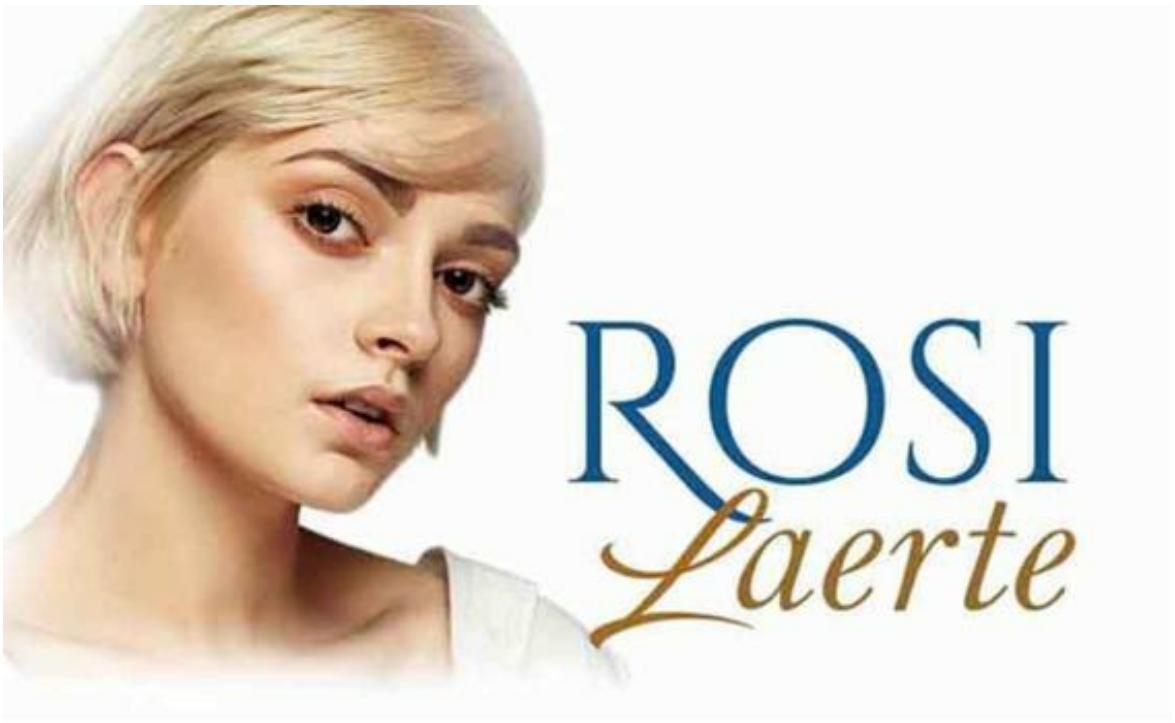
Me miré al espejo del pequeño cuarto del departamento que estaba alquilando y me peiné el cabello castaño, antes de ajustar los botones de la camisa blanca de mangas largas. Era el conflicto más angustiante saber que iba a salir con una mujer, la llevaría a la cama, pero, a pesar de todo, no podía pensar en ella como una mujer.

A pesar de haber estado soltero mucho tiempo, nunca fui de esos tipos groseros y mujeriegos. Siempre traté a las mujeres con el cariño y amor que se merecían, pero eso nunca me impidió meter la pata y, a veces, tomar decisiones terribles, como mi matrimonio con Olivia.

Quería tener una familia, hijos y una esposa a mi lado, una mujer que amara incondicionalmente y que también me amara, pero parecía que eso era algo que nunca tendría.

Tomé el blazer de mi traje y me eché algunas gotas de perfume en el cuello. Hacía tiempo que no me arreglaba de esa manera, que me miraba al espejo y me sentía atractivo.

Salí del cuarto y me quité la culpa. Ya me juzgaría por mis malas decisiones y por mi actitud impulsiva con Rosi después. Le había prometido una noche de sexo digna y eso era lo que le iba a dar.


ROSI
Laerte

Capítulo 32

Bajé del auto, con el celular deslizándose entre mis dedos. Estaba muy ansiosa, y el nerviosismo salía por mis poros en forma de un sudor frío.

Me despedí del conductor del servicio de transporte y pensé en lo mucho que quería que la autoescuela terminara pronto para poder tener mi propio auto.

Me dirigí hacia la entrada del restaurante, preguntándome si debía entrar o esperar allí, ya que Guto solo me había enviado la dirección, pero no me dio ninguna otra indicación. Estaba preocupada de que la ansiedad me jugara una mala pasada. Estaba allí, a punto de tener una cena romántica con Guto, pero eso parecía tan improbable que me costaba creer que estuviera sucediendo.

Miré la pantalla del celular y vi que no tenía ningún mensaje de él. Ya habían pasado varios minutos desde la hora acordada, y me imaginé que él podría estar dentro.

Sentí una mano cálida tocar el centro de mi espalda, y todo mi cuerpo se estremeció. Solté un gemido suave seguido de un suspiro, y estiré el cuerpo hacia arriba.

—Rosi.

—Guto.

—Perdón, me atrasé un poco. —Su voz sonó ronca, muy cerca de mi oído, y sonó más sexy que nunca.

—No hay problema.

—¿Entramos?

Asentí con la cabeza, y él entrelazó sus dedos con los míos. De la mano, para mi total deleite, Guto me llevó al interior del restaurante. Se acercó a la recepcionista, dio su nombre y la mujer nos dirigió hacia una mesa para dos en el fondo del salón.

—Que disfruten de la cena —dijo, antes de alejarse de nosotros.

—Gracias.

Guto me acercó una silla, luego dio la vuelta a la mesa para sentarse frente a mí. Era aún más romántico de lo que imaginaba.

Me quedé paralizada, solo mirándolo. Era la primera vez que me llevaban a una cena romántica, y más aún con Guto, lo hacía aún más especial. Estaba guapísimo, con un traje bien ajustado y la barba bien recortada, lo que lo hacía parecer diez años más joven de lo que era.

Tomamos el menú e hicimos nuestro pedido. Era un restaurante italiano, y comenzaríamos con una ensalada antes de la pasta como plato principal.

No dejaba de mirarlo, no podía evitarlo. Era como si quisiera asegurarme a cada momento de que él estaba allí conmigo.

—¿Te gusta el vino? —preguntó, haciéndome parpadear y salir del sueño para concentrarme en el momento.

—No suelo beber.

—¿Prefieres jugo o refresco?

—El vino está bien, pero alguno dulce.

—Hay un blanco suave que te va a gustar.

—Parece perfecto para mí.

Realmente, esto era una cita. En ningún momento Guto me mencionó que era mayor que yo o que era el mejor amigo de mi padre. Me miraba como una mujer, no como una niña, y eso me hacía sentir eufórica.

Hizo un gesto al camarero que se acercó a nosotros y anotó nuestros pedidos.

—¿Cómo va la autoescuela?

—Bien. —Tomé su mano, que estaba sobre la mesa, y Guto me sonrió—. Ya terminé toda la parte de la legislación y mañana tengo el examen.

—Eso está genial. —Colocó la otra mano sobre la mía, envolviéndola con la suya y acariciándola—. Pronto tendrás tu propio auto.

—Eso espero. —Sonrojada, usé la mano libre para meterme un mechón de cabello detrás de la oreja.

Daniel solía decir que era una chica rara, siempre tan decidida, pero a veces me ponía tímida sin motivo. Probablemente, era porque ese hombre despertaba todos mis sentidos.

—¿Me llevarás a donde vives?

—Tranquila, Rosi. —Estiró la mano, se inclinó sobre la mesa y tocó mi rostro, acariciando mi mejilla, lo que me hizo cerrar los ojos—. Nuestra noche apenas empieza. No te preocupes por eso ahora.

Para él era fácil decirlo, pero mi ansiedad me estaba volviendo loca. No podía esperar a que me tomara en sus brazos y pasáramos la noche juntos.

—Estoy ansiosa.

—A mi lado, no necesitas estarlo.

—A tu lado es cuando más lo estoy. —Reí, algo avergonzada.

—Entonces, necesitamos trabajar en eso.

—Sí...

El camarero volvió a nuestra mesa y colocó los platos frente a nosotros.

—Estás hermosa —murmuró Guto antes de alejarse, y mis mejillas se pusieron completamente rojas.

—Gracias. Tú también. No tienes idea de lo hermoso que siempre te he encontrado.

—Rosi, yo no...

Extendí mi dedo y toqué su labio con la punta, callándolo antes de que empezara a enumerar los obstáculos para que estuviéramos juntos. Ya conocía todos esos motivos de memoria y no me importaba en absoluto.

—Me prometiste esta noche.

—Te lo prometí.

—Olvida todo y piensa solo en nosotros dos.

—Está bien. —Tomó mi mano y la besó en el dorso.

—Te amo, Guto.

—No tienes idea... —Lo callé nuevamente.

—Creo que soy la persona más indicada para conocer mis sentimientos, ¿no crees?

—Tienes razón, Rosi. —Se acomodó en la silla y tomó los cubiertos para comer la ensalada.

Guto podía no creer en mis sentimientos, pero yo los entendía mejor que nadie, porque viví con ellos toda mi vida. Tal vez era virgen hasta la noche anterior, pero no era una tonta; siempre supe perfectamente lo que quería y a quién quería. Y a quien quería era a ese hombre frente a mí.

Virgen sí, pero muy decidida. Había guardado mi amor y mi cuerpo para él durante mucho tiempo.

Comimos la ensalada y probé el vino. Tomé unos sorbos y dejé la copa al lado del plato nuevamente.

—Está muy bueno.

—¿Te lo dije? —Sonrió, orgulloso—. Me encanta este restaurante.

—Espero que me traigas aquí más veces.

Guto no dijo nada, pero noté que sus mejillas se sonrojaron, como me sucedía a mí todo el tiempo cuando estaba con él. *¿Sería eso una señal de "tal vez"?*

Sabía que estaba soñando en grande, pero, ¿quién sabe? Tal vez él me haría su novia. No me importaba en lo más mínimo mantener nuestra relación en secreto.

El plato principal fue servido, y entre bocado y bocado intercambiábamos miradas y toques de mano. Estaba deseando que esos toques llegaran a otras partes de mi cuerpo.

—¿Qué tal la universidad, estás emocionada? —preguntó, y me di cuenta de que quería saber más sobre mí, sobre Rosi, y no solo sobre la hija del mejor amigo.

—Estoy en el primer semestre, creo que es un poco pronto para tener una opinión formada.

—¿Pero te gusta?

—Mucho. Aunque los textos son aburridos y sin sentido, pero como siempre fui buena lectora, me deshago de ellos rápido.

—¿Qué tipo de cosas te gusta leer?

—Novelas románticas. —Metí un ravioli en la boca y miré hacia otro lado, observando a la pareja que estaba en la mesa de atrás, para no parecer avergonzada.

—¿Esas cursis?

—No, las más eróticas y calientes... ¿Tú estudiaste Administración de Empresas, no? —Me apresuré a preguntar, porque quería desviar el tema. Conocía su licenciatura, porque siempre me empeñé en saberlo todo sobre Guto.

—Sí. —Se rió.

—¿De qué te ríes? ¿Qué tiene de divertido esa carrera?

—Nada. Me reí imaginando tu carita leyendo un romance erótico.

—¿Tienes algo contra eso?

—No. Solo que no era lo que esperaba.

—Mira, puede que no haya tenido sexo, pero lo imaginaba mucho.

—¿Con los personajes?

—No, contigo.

Guto tragó saliva, y fue su turno de desviar la mirada.

—Pero esta noche no voy a necesitar imaginar —dije con firmeza, recordándole la noche

que me había prometido.

—No, Rosi. Esta vez estaré allí de verdad —admitió, provocando que un escalofrío recorriera mi espalda.

Me perdí en su mirada mientras nos mirábamos fijamente. Finalmente, parecía que había dejado de lado las excusas y los obstáculos. Aquella noche, solo éramos nosotros dos y la realización de todos mis sueños.

—Se va a enfriar. —Clavó el tenedor en un ravioli de mi plato y lo llevó a mi boca.

Abrí los labios para que me sirviera. Debajo de la mesa, Guto puso su mano sobre mi muslo. Eso hizo que la posibilidad de que llegáramos a ser una pareja se volviera una imagen aún más viva en mi mente.

También le metí un ravioli en la boca para corresponder. Cuando me di cuenta, estábamos sirviéndonos mutuamente.

—Esto es tonto. —Rió.

—Esto es romántico —suspiré.

Guto apartó el plato vacío y se inclinó sobre la mesa para besar mis labios en un tierno besito.

—¿Quieres postre? —Acarició mi mentón.

—¿Y si yo soy tu postre?

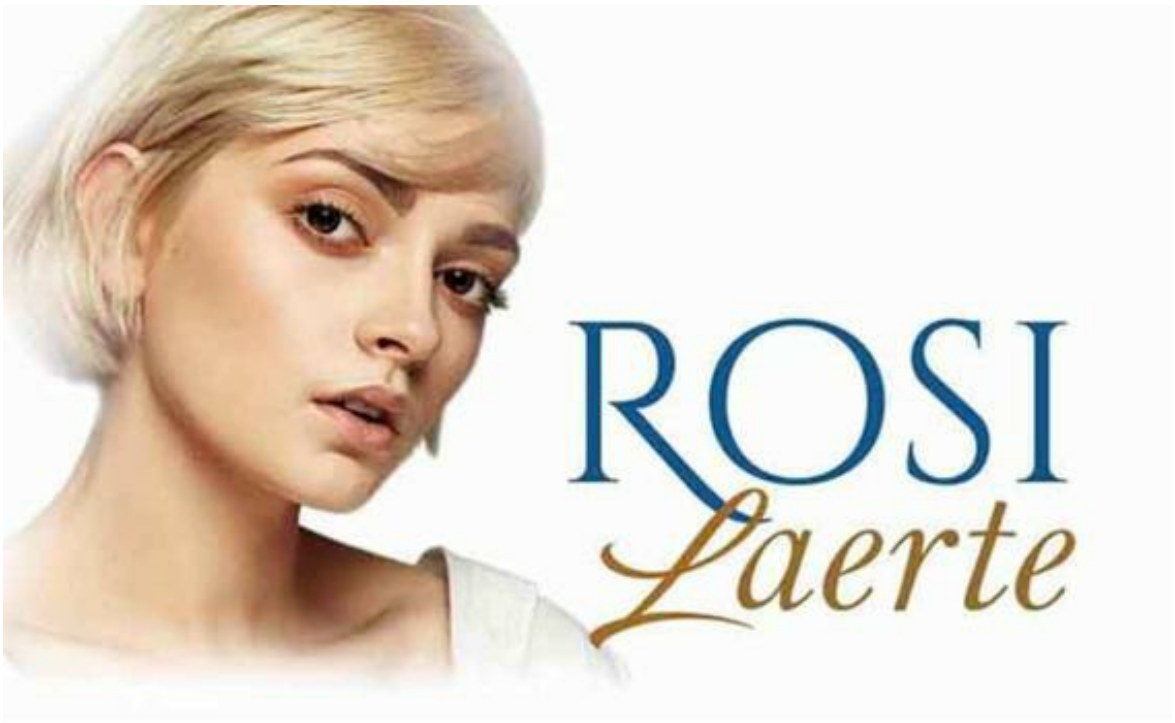
—¡Rosi!

—Lo intenté. —Me encogí de hombros, y él sonrió.

—¿Qué tal un pastel de chocolate?

—Suena bien. —Hizo un gesto al camarero y pidió dos.

Entrelacé mis dedos con los suyos sobre la mesa, y Guto me besó una vez más. Viviendo ese sueño, rogaba no despertar nunca.


ROSI
Laerte

Capítulo 33

Finalmente, salimos del restaurante y nos dirigimos hacia su auto. Aunque no habíamos tenido sexo, que era el objetivo de la noche, ya me sentía muy feliz. La cena con Guto, sin duda, había sido uno de los momentos más especiales de mi vida. Había soñado y planeado muchas veces este momento, pero nunca imaginé cuán feliz me haría realmente.

Guto no me miraba como si fuera alguien con quien tuviera que convivir, sino como si estuviera allí por mí.

Abrió la puerta del coche y esperó a que me acomodara en el asiento antes de dar la vuelta y tomar el volante.

Mi corazón volvió a latir con fuerza cuando arrancó el coche y tomamos la carretera. En pocos minutos, estaríamos solos, y no sería como en la fiesta, con la posibilidad de que mi padre o alguien más nos pillara; seríamos solo nosotros dos, con toda la calma y paciencia del mundo.

Coloqué una mano sobre su muslo y él apartó una del volante para tocar la mía.

Memoricé ese momento, guardándolo en mis recuerdos, junto con los otros que ya tenía de esa noche.

Mi corazón estaba caliente, latiendo con fuerza de expectativas, pero no podría estar más feliz. No quería pensar que podría ser solo esa noche; solo me preocupaba aprovecharla al máximo.

Para mi sorpresa, Guto estacionó en la entrada de un hotel. No un motel barato, sino un hotel de lujo con una gran recepción decorada con un enorme candelabro en la entrada.

—¡Wow! —exclamé en voz alta.

—Ven... —Guto abrió la puerta y me dio la mano, entrelazando sus dedos con los míos.

Fuimos directamente hacia la recepción hasta los ascensores, y me pareció extraño que Guto no tomara la llave ni nada.

—¿No tienes que hablar con el recepcionista primero? —pregunté.

—Ya estuve aquí hace un rato. La llave la tengo yo.

—Ah. —Sonreí sin gracia, mientras entraba al ascensor con él y Guto presionaba el botón para el último piso.

Salimos a un pasillo enorme y bien decorado, con acabados en yeso e iluminación empotrada, las paredes tenían una textura metálica y el suelo era claro y brillante. Seguimos a Guto hasta una puerta al final del largo pasillo. Sacó la llave del bolsillo y giró la perilla, dejándome ver lo que había dentro.

Abrí la boca varias veces, pero no pude emitir sonido, estaba completamente en shock. Imaginaba una noche romántica, pero no estaba preparada para aquello. Busqué la mirada de Guto y encontré su sonrisa antes de volver a mirar el cuarto. Había más velas y rosas de las que podía contar. Sobre los muebles, la mesa y hasta en la cabecera de la cama, había arreglos de rosas rojas, el suelo también estaba cubierto de pétalos, y las velas resaltaban sus llamas entre las flores. Guto ni siquiera necesitó encender la luz, porque había tantas velas que ofrecían una iluminación cálida y agradable.

—¡Guto, esto es increíble! —Finalmente pude decir, mientras le rodeaba el cuello con los brazos.

—Nada menos que lo que te mereces. —Me abrazó por la cintura.

Ya lo consideraba un hombre maravilloso, pero esa noche me di cuenta de que no había nadie más que quisiera que no fuera él.

Incliné la cabeza hacia atrás y subí los labios, pidiendo por los suyos. Guto me atendió, besándome. Fue un beso cariñoso, pero no menos intenso que los otros que habíamos compartido antes.

Subió una mano y tocó mi rostro, sosteniéndolo mientras profundizaba el beso. La sensación de su lengua tocando la mía era mágica, afrodisíaca y deliciosa. Me entregué a él como la primera vez, sin reservas ni miedo. Mi corazón ya era de Guto, pero ahora mi cuerpo también le pertenecía.

Toqué su nuca, sintiendo los vellos de su cuello erizados, y metí mis dedos en su cabello suave. De puntillas, frotaba mis labios contra los suyos, besándolo hasta quedarme sin aliento.

Dejé que mis manos cayeran y tomé la solapa de su blazer, lista para quitárselo, pero Guto apartó mis manos.

—Espera.

—¿Qué pasa? Por favor, no me digas que has cambiado de idea.

—Tranquila, Rosi. —Recorrió mis labios con el pulgar, dejándome paralizada—. Tenemos toda la noche.

—Podemos hacerlo de nuevo... y de nuevo.

—Así no funciona.

—¿Y cómo funciona?

—Tú me vas a mostrar.

—¿Yo? —Fruncí el ceño, confundida.

—Sí. —Tomó mi mano y me llevó a la cama.

Guto se sentó en el borde y me dejó de pie frente a él, entre sus piernas. Se quitó el blazer y la corbata, observándome.

—¿Qué quieres que te muestre? —Cruce los brazos, tímida.

—Quiero que te quites la ropa para mí y me digas cómo y dónde debo tocarte.

—Guto... —murmuré. Quería que me tomara y me lanzara a la cama, sin juegos. Aún sentía un gran miedo de que cambiara de opinión.

—Solo voy a tocar donde tú me digas, Rosi. —Cruzó los brazos.

Suspiré y él se rió de mi expresión de descontento, pero no pareció importarle.

—Son mis condiciones.

—No es justo.

—En la vida lidiamos con injusticias todo el tiempo, Rosi —dijo en tono serio, y supe que

no conseguiría nada de él si no entraba en su juego.

Intenté subir el vestido rápidamente para deshacerme de él, pero Guto tomó mi mano y me obligó a mirarlo nuevamente.

—Con calma.

—Está bien. —Suspiré profundamente.

Subí el vestido lentamente, pero solo pude levantar la falda, ya que los botones aún estaban cerrados en mi espalda.

—¿Puedes abrirlo para mí? —Me di la vuelta, señalando el primer botón justo debajo de mi nuca.

Guto se levantó y se puso detrás de mí.

—¿Este? —Sujeto el vestido.

—Sí. —Me estremecí al sentir sus frías y suaves manos sobre mi piel, provocándome un escalofrío.

Guto desabrochó los botones y siguió hasta que mi vestido quedó abierto. Tiré de una manga hacia un lado y señalé mi hombro.

—Bésame.

Guto acercó sus labios, los rozó sobre mi piel y dio un chupón leve pero largo que me hizo temblar las piernas.

—Aquí también. —Expuse el otro hombro.

Guto sostuvo el primero, usándolo de apoyo para mantenerme firme mientras besaba el otro. Pensé que recorrería mi espalda con sus labios, pero se quedó en el lugar que yo le había indicado. No sabía si podría soportar esa tortura.

Inclinando mi cabeza hacia un lado, tomé mi cabello y señalé mi cuello. Sin perder tiempo, Guto subió hasta allí y cerré los ojos, dejándome llevar por cada sensación que me provocaba.

Mientras besaba mi cuello, mordía y daba suaves chupetones, tiré de mi vestido y lo dejé

caer hasta mis pies, quedando solo con bragas y sujetador.

—¿Dónde más? —dijo al oído, y mi corazón se detuvo por un segundo.

—Abre mi sostén.

Guto pasó los dedos por debajo del cierre y los movió hasta que se abrió, pero no lo quitó, cumpliendo exactamente con lo que había pedido.

—Quítalo... —Tuve que controlarme para no gritar que quería que me tirara a la cama y me desnudara lo más rápido posible.

Sus dedos recorrieron mis hombros, hicieron pequeños círculos hasta meterse debajo de las tiras del sujetador. Lentamente, los deslizó por mis brazos hasta que cayeron de mis muñecas.

Me giré, de puntillas, quedando frente a él. Nuestros ojos se encontraron y vi un deseo tan grande en su mirada que aceleró el latido de mi pecho. De pie, mirándome, Guto me analizó, observando mis tetas y mis pezones, pero no se acercó a tocarlas.

Con mis manos recorrí la curvatura de mis senos, pasé por los pezones y seguí hasta donde encontré la parte superior de mi abdomen. Guto lamió sus labios, pero no me tocó.

—Mis pechos en tus manos.

—¿Y qué te parece mejor mi boca?

—Mejor aún. —Mi sonrisa traviesa fue suficiente para que él se inclinara y lamiera mi pezón, que se puso aún más duro con el estímulo.

Tomé una de sus manos y la llevé hasta el seno que quedaba libre. Guto lo apretó y lancé mi cabeza hacia atrás, gemí. Él chupó mi pezón, lo mordió, y me volvió loca. Quería más, mucho más, quería su boca en todo mi cuerpo.

Le tomé las manos y me las puse alrededor de la cintura.

—Quítame las bragas.

No dejó de chuparme los pechos para tirar del elástico de mis pequeñas y finas bragas de encaje y jugar con la tela, antes de bajármelas. Me di la vuelta para que terminara de deslizarse por mis muslos y finalmente quedé completamente desnuda delante de él. Me quité las bragas y

el vestido a patadas en algún rincón de la habitación antes de separar las piernas todo lo que pude.

—Ahora quiero tu boca aquí. —Puse mi dedo índice en mi clítoris.

Guto se arrodilló frente a mí y me sujetó la cintura con ambas manos antes de acercar su cara a mi vulva. Su aliento fue el primero en rozar mi intimidad y me estremecí de excitación, que se intensificó en mí como si hubiera echado alcohol a una hoguera. La expectación que precedió a su contacto me hizo desearle aún más.

—Será mejor en la cama, ¿puedo?

—Por supuesto...

Guto se levantó con los ojos pegados a los míos de nuevo y me tomó en brazos, sin apartar la mirada, y me tumbó en la cama sobre las almohadas, sobre la suave sábana y los pétalos de rosa.

Me separó las piernas, me agarró un pie, me quitó la sandalia, me besó el tobillo, la pantorrilla, la rodilla y la cara interna del muslo. Su aliento rozó mi piel sensible y me produjo escalofríos.

Guto me lamió la ingle, donde mi pierna se unía a mi cuerpo, y cuando por fin pensé que iba a hundir su boca en mi vagina, me agarró la otra pierna, reanudando el proceso. Con delicadeza, colocó mi sandalia en el suelo junto a la otra, me levantó el pie, me mordió la pierna y deslizó su lengua por el interior de mi muslo. Puse los ojos en blanco y mi cuerpo se recompuso, levanté la cabeza y me di un cabezazo contra las almohadas.

Antes de que Guto pudiera meter la boca donde se lo había pedido, yo ya estaba clavando las uñas en la sábana y delirando. El deseo que latía entre mis piernas era intenso y Guto había provocado un incendio que necesitaba apagar.

—Guto —gemí, agarrándolo del pelo y haciendo que me mirara.

—¿Lo quieres?

—Sí, por favor... —Me froté los muslos, pero no fue suficiente para calmar la necesidad que había creado allí.

Me subió las piernas por encima de los hombros, acercó su boca a mi sexo, sopló un aliento caliente que me retorció por dentro y me besó el vientre, haciéndome gemir de desesperación. No podía aguantar más.

—¡Guto!

Se rió suavemente y vi que se metía la mano en el bolsillo, sacaba algo, lo desenvolvía y se lo metía en la boca. Probablemente un caramelo, pero no era eso lo que quería verle chupar. Volvió a acercar su boca a mi sexo y su aliento refrescante y helado arrancó un grito desesperado de lo más profundo de mi garganta. El corazón ya no me cabía en el pecho de tanto saltar. La angustia y el ansia aumentaron la necesidad que siempre había tenido de él hasta niveles indescriptibles.

Finalmente, tras mucha desesperación, me presentó su lengua. Era refrescante, al igual que su aliento, y me retorcí aún más en la cama, sintiendo cosquilleos y pequeñas descargas mientras recorría los labios de mi vulva y subía de nuevo hasta encontrar mi clítoris. Guto lo rodeó con su boca y sentí que caía por una montaña rusa, sacudiendo todo dentro de mí. El escalofrío en el estómago, la adrenalina y la sensación de no tener el control de nada, así es exactamente como me hizo sentir y me encantó cada segundo de su lengua deslizándose por mi vulva y sus labios estimulando mi clítoris.

Cada vez que se detenía y soltaba su refrescante aliento sobre mí, yo gritaba salvajemente y hundía aún más los dedos en la sábana. Después de lo que me estaba haciendo, Guto no podía culparme por estropear la ropa de cama. Me tiró por un precipicio, solo para apoyarme en un mullido colchón.

Fue una locura abrumadora, intensa y el momento más placentero que he vivido nunca. Sin prisas, tocándome con devoción, me llevó a un orgasmo que me sacudió como un terremoto, trastocando mi equilibrio y mi percepción. Sentí que había llegado al final de la montaña rusa, pero, como el propio Guto había dicho, teníamos toda la noche.

Permanecí acostada en la cama durante unos segundos, sin fuerzas, sin aliento y sin equilibrio. Y él se quedó allí, mirándome fijamente y viendo cómo jadeaba.

En cuanto la habitación dejó de girar a mi alrededor, me senté en la cama y tiré de él por el cuello de la camisa. Lo acerqué a mí y exigí el derecho a sus labios. Su boca sabía a menta y supuse que se debía al caramelo que había utilizado para volverme loca.

En medio de la desesperación y la necesidad, jadeé. Con Guto arrodillado en la cama, me subí a su regazo y mi vulva, húmeda y aún palpitante por el orgasmo, se frotó contra el bulto que estiraba la tela de sus pantalones. Mordisqueé su boca y Guto me lamió los labios mientras sus manos recorrían mi cuerpo, redibujando cada una de mis curvas.

Mis dedos temblorosos tiraban de los botones de su camisa y mi impaciencia era tal que me veía arrancando alguno de ellos en cualquier momento. Eran tantos que tardé una eternidad en abrirle la camisa. Tiré de ella sobre sus hombros y bajé por sus brazos. No me importaba que tuviéramos toda la noche, mi deseo era arrancarle la ropa lo más rápido posible.

Abrí la hebilla del cinturón y tiré de él, haciendo que chasqueara contra el lateral de la cama. Bajé la cremallera y Guto me levantó de su regazo para poder quitarse los pantalones. Se deshizo de la prenda y de sus bóxers blancos.

—¿Tienes más caramelos? —Mi voz era temblorosa y me faltaba el aire, y el mero hecho de mirarlo hacía saltar chispas por todo mi cuerpo, casi como fuegos artificiales.

Guto se metió la mano en el bolsillo del pantalón y me dio uno. Lo saqué del papel y me lo metí en la boca. Chupé un poco, saboreando el dulzor y la menta, antes de agarrar la verga de Guto y metérmela en la boca, hambrienta y ansiosa. La audacia que llevaba dentro se había desatado por completo y quería devolverle parte del placer que me había dado, y mirar su verga rígida me hacía salivar.

—¡Cálmate! —gimió, agarrándome con fuerza del pelo y deteniendo mis movimientos—. Así. —Guió mis movimientos y volví a rodearle con mis labios.

Chupé a Guto, sintiendo su sabor mezclado con el refresco del caramelo. Era un deseo insano que me llevaba más allá de la racionalidad. Me deleitaba con su presencia en mi boca, queriendo más y más. A medida que me movía, Guto me dejaba aumentar la velocidad. De repente, sin embargo, volvió a detenerme.

Estaba a punto de preguntarle qué había pasado, pero volvió a subirme a su regazo y me colocó sobre su verga, sin meterla. Me froté contra su miembro palpitante. Había disfrutado del oral, pero estaba lejos de sentirme satisfecha.

—¿Preparada? —Guto me sujetó el mentón y no me dejó mirarlo más que a los ojos.

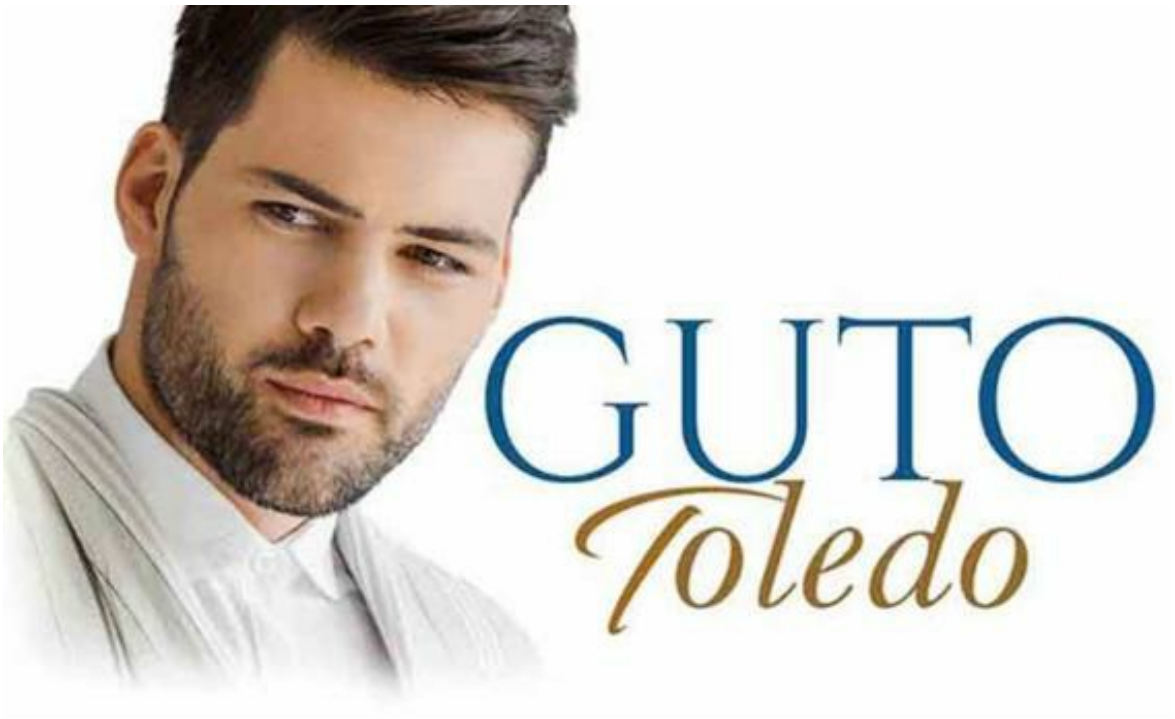
Me limité a mover la cabeza afirmativamente y metí las manos entre nuestros cuerpos,

sujetándolo para poder acomodarlo. Su verga me invadió y gemimos juntos, dejando que nuestro placer resonara por toda la habitación. Esta vez no hubo dolor, solo un placer inconmensurable. Estaba muy mojada y Guto se deslizó dentro de mí con facilidad. Me agarró las nalgas, sujetándolas con firmeza, y tiró de mí hacia abajo. La fricción me llevó a una parte de mí misma que no sabía que existía, me robó cualquier gota de racionalidad que aún pudiera haber en mi mente y me hizo experimentar lo inexplicable.

Me abracé a Guto y mis tetas, muy sensibles, se frotaron contra su pecho mientras subía y bajaba sobre su regazo, aumentando aún más mi placer. Me hizo caer hacia atrás y apoyé las manos en la cama con las palmas abiertas. Su boca volvió a mis tetas, alternando mordiscos y succiones entre ambos, y esto aumentó mi deseo de frotarme contra él. En esa posición, sentí cómo mi clítoris se estimulaba al contacto con su cuerpo. No tardé en ser arrastrada por una oleada de orgasmo aún más intensa que la provocada por el oral. Fue como si todo el aire hubiera sido succionado de la habitación. Cuando pude respirar de nuevo, llené mis pulmones de una sola vez.

Guto me enterró los dedos en el culo y me di cuenta de que sus músculos se habían endurecido, segundos antes de que su líquido caliente brotara dentro de mí. Sonreí al darme cuenta de que él también había acabado y apoyé la cabeza en su hombro, satisfecha y exhausta.

Sería difícil superar esa noche.


GUTO
Toledo

Capítulo 34

Mi corazón estaba raro, no sabía si esa era la mejor definición, pero fue la que encontré. Estaba culpablemente feliz. No debería haberme gustado tanto esa noche, pero me gustó.

Pasé los dedos por los mechones de su cabello corto y teñido de rubio. Rosi siempre tuvo una personalidad fuerte y decidida. Su cabello teñido era una de las pruebas de eso. Recordaba claramente el día, hace unos dos años, cuando salió de casa para ir al salón de belleza y regresó con el cabello rubio. Ricardo se volvió loco, pero tuvo que aceptar la decisión de su hija.

Nuestra relación no era como un cabello teñido y sería difícil que fuera aceptada con facilidad por mi mejor amigo.

La noche había sido increíble, pero no podía repetirse. Rosi estaba en la lista de mujeres con las que no podía estar, y lo que sentía no importaba. Ya había ido demasiado lejos. Tenerla desnuda en mis brazos, después de una noche de sexo, era algo que nunca debería haber pasado, pero esa sería la última mala decisión que tomaría con respecto a ella.

Después de salir de esa habitación, Rosi volvería a ser la hijita de mi mejor amigo y yo nunca más la tocaría.

—Rosi —la llamé suavemente, al apartar un mechón de su cabello que cubría su rostro apoyado en mi pecho.

Ya era de día, algunos rayos de sol entraban por las rendijas de la cortina. Aunque no quería romper la burbuja, Rosi debía ir a la universidad y yo tenía que trabajar.

Gruñó suavemente, pero no abrió los ojos ni se movió.

—Rosi —volví a llamarla, depositando un beso en su frente.

Abrió lentamente los ojos castaños y me miró sonriente.

—¡Buenos días! —Estiró el cuello para rozar sus labios con los míos y no rechacé el beso, debía hacerlo, pero no lo hice—. Fue la mejor noche que he tenido. —Se acurrucó más, apretando su cuerpo contra el mío.

No dije nada sobre su comentario, pero sin dudas, también había sido la mejor noche que

había tenido en los últimos años.

—Buenos días. Tenemos que levantarnos.

—No —gruñó, haciendo un puchero.

—Rosi, tienes que ir a la universidad y yo necesito trabajar. Aún tengo que pasar por casa, cambiarme de ropa. Ni siquiera sé qué hora es.

Intenté levantarme, pero ella dejó caer su peso sobre mi pecho, dificultando el movimiento.

—Quédate conmigo hoy.

—Sabes que no puedo. —La miré seriamente.

—Trabajas muy duro. Estoy segura de que no será un día que te perjudique.

—No es por eso, Rosi. Fue una noche. No podemos seguir haciendo esto.

—¿No te gustó? —Dejó que sus ojos se pusieran tristes.

—Sabes que no es eso.

—Me gustó a mí, te gustó a ti, no entiendo por qué no continuar. Algo tan bueno no debería ser prohibido.

—Pero lo es. —La aparté de encima de mí y me levanté, buscando mi pantalón para sacar el celular que debía estar dentro de él.

Saqué el teléfono del bolsillo y vi que aún eran las seis de la mañana, tenía tiempo de arreglarme y llegar al trabajo como si nada hubiera pasado.

Entré al baño, abrí la ducha y me sorprendí al darme cuenta de que Rosi había entrado al cubículo conmigo.

—Rosi. —Giré mi cuerpo y la miré. Probablemente ese había sido mi error, pues sus ojos decididos y su cuerpo desnudo eran una invitación directa a mi total perdición.

—Guto, no necesitamos parar.

—Sí necesitamos, Rosi. Esto no es un juego. Fue una noche, solo una. No soy el hombre adecuado para ti y, con el tiempo, lo entenderás.

—¿No lo quieres? —Pasó la mano por su pecho y mi boca se hizo agua, mi miembro, que ya estaba muy duro, se erectó aún más al mirar su cuerpo con lujuria.

—Solo fue la noche pasada, Rosi, no vamos a volver a hacerlo.

—Solo una vez más. —Se arrodilló frente a mí.

—Rosi, ¡no! —Sujeté su cabello, pero no pude evitar que acercara su boca a mi verga.

¿Por qué quería tanto algo que estaba tan prohibido?

—Déjame. —Pasó la lengua por sus labios de manera sexy y no pude resistir.

Con los dedos enterrados en su cabello, acerqué su cabeza a mí y pasé mi verga por sus labios. Debería ser un pervertido, porque me retorcí de placer con eso. Rosi envolvió mi verga con sus manos pequeñas y delicadas, recibiéndome dentro de su boca húmeda y caliente.

Me chupó con audacia. Era una niña con la osadía de una mujer y me volvía loco, en el mejor y peor sentido. Sus labios deslizándose por mi extensión me embriagaban con las sensaciones más deliciosas. Con la mano en su cabeza, la hacía moverse más rápido y me introducía más profundo, hasta tocar su garganta. Con su lengua, me provocó y me volvió loco hasta que me hizo acabar, llenando de semen su boca.

Rosi se levantó, limpiándose la comisura de los labios con la punta de los dedos y con una sonrisa traviesa que me provocó más allá de los límites.

—Eres muy terrible para ser virgen.

—Gracias a ti, ya no soy virgen.

—Bien recordado. —La tomé por la cintura y la hice girar.

La coloqué de espaldas a mí y ella se apoyó con las manos en el cristal de la ducha. Pegué mi cuerpo al suyo, acoplando su culo contra mí y la presioné contra el vidrio, haciendo que Rosi jadeara y gimiera. Acerqué mi boca a su oído y sus vellos se erizaron por el escalofrío que le provocaba. Estaba caliente, acababa de eyacular, y mi miembro ya estaba duro nuevamente. Esa

chica me volvía loco; cerca de ella, yo también era un joven impulsivo.

—Solo una vez más —murmuré en su oído, y ella tembló, frotando su culo contra mí.

—Una vez más... —Se movió en mí, incitándome a continuar, acabando con el poco de racionalidad que me quedaba.

Sujeté su cintura, la jalé hacia atrás y Rosi deslizó sus manos por el vidrio, dejando la marca húmeda de sus palmas. Subí una mano, tomé su cabello, lo enrollé y llevé su cabeza hacia mi hombro en el momento en que la penetré. Estaba mojada y excitada, y me deslicé con facilidad. Ella frotó su cuerpo contra el mío, moviéndose, y me volví salvaje por el placer. La culpa y las restricciones quedaron de lado mientras me movía dentro de ella, buscando de manera insensata e irresponsable el placer. Ambos jadeamos y la ducha se llenaba de vapor.

Salí de ella de un tirón y la sorprendí, dándola vuelta para que quedara frente a mí. Le levanté una pierna y la envolví alrededor de mi cintura. Cuando tomé la otra, quitándole el equilibrio, Rosi rodeó mi cuello y me abrazó con sus piernas y brazos.

Golpeé su espalda contra la pared del baño y la penetré nuevamente. Rosi buscó mis labios y devoré su boca en un beso hambriento mientras me movía dentro de ella con embestidas firmes. Nuestros cuerpos mojados se frotaban, y mi excitación era aún mayor.

Los gemidos de ella en mi oído a cada una de mis embestidas eran un deleite por sí solos. No pude contenerme por mucho más tiempo, todos mis músculos fueron paralizados por una fuerza más intensa que yo, y terminé llenándola de semen nuevamente. Sin embargo, seguí moviéndome, los gritos desquiciados de Rosi indicaban que pronto se unía a mí. Me di cuenta de que ella también había llegado cuando puso el peso de sus brazos sobre mis hombros y su pecho comenzó a subir y bajar con respiración frenética.

Esperé que ambos nos recuperáramos, para ponerla de nuevo en el suelo, pero Rosi siguió usando mi pecho como apoyo.

—No es posible que esto solo me haga bien a mí. —Colocó su mano sobre su pecho, que se movía acelerado.

—No se trata de que sea bueno o no, Rosi, sino de que sea correcto o incorrecto.

—Nada es incorrecto si nos hace felices.

—Ojalá las cosas fueran tan fáciles. —Bufé, metiendo la cabeza debajo del agua.

—¿No ves que eres tú quien está complicando todo, Guto?

—Tal vez algún día lo entiendas. —Pasé la mano por mi cabello mientras sentía el agua caer en gotas pequeñas por las palmas de mis manos.

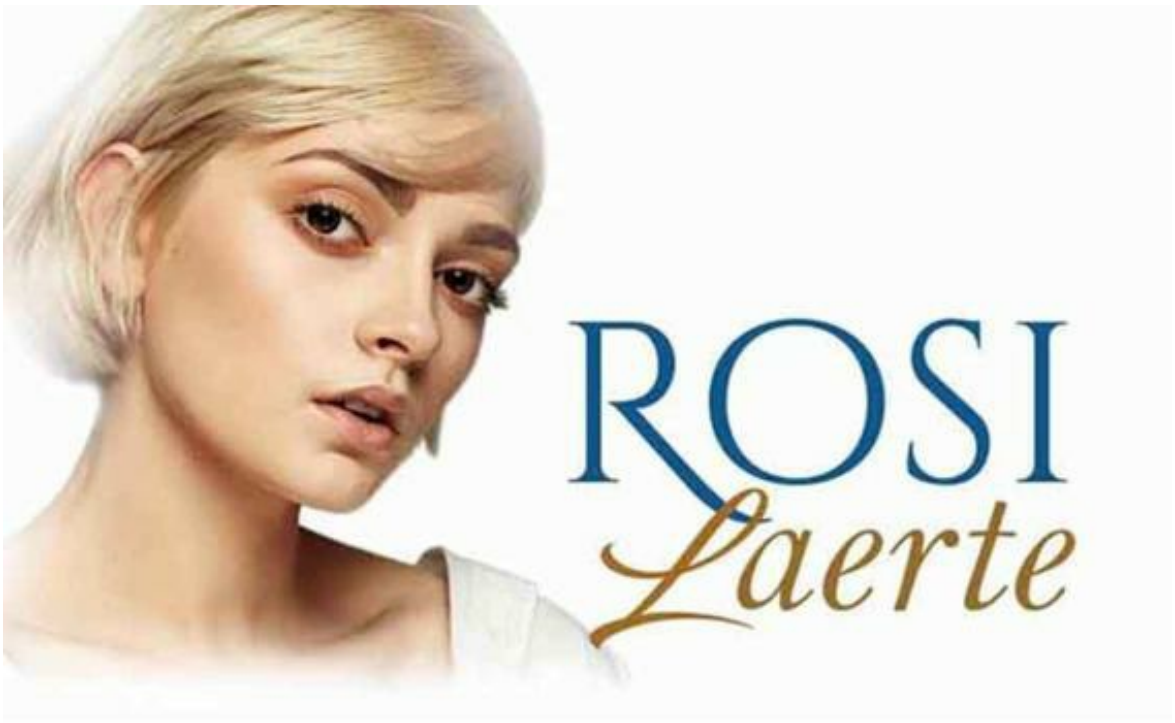
—Y que tú también entiendas que estoy aquí porque quiero estar contigo y que seguiré queriendo, no importa cuántos obstáculos pongas.

—Eres muy decidida.

—Tal vez esa sea una de mis mayores cualidades. —Sonrió mientras comenzaba a lavarse cuando salí de la ducha.

Me sequé y me vestí con mi traje, mientras Rosi se ponía la ropa limpia que había traído en su bolso. Estaba feliz de que hubiera pensado en ese detalle.

Bajamos y le entregué la llave del hotel. La dejaría en la universidad y todo lo que habíamos vivido en esa habitación debía quedarse ahí.


ROSI
Laerte

Capítulo 35

Tan pronto como Guto me dejó en el campus de la Universidad, corrí hacia el edificio donde tendría mi primera clase. Como él no pasaría el día conmigo, pensé que sería mejor no llegar demasiado tarde y verme obligada a quedarme fuera. Por mí, hubiéramos pasado todo el día en esa cama de hotel, pero ya estaba demasiado feliz por todo lo que había sucedido.

Guto había sido mío por toda una noche, sin ataduras, reservas ni culpas, y ese era un momento que guardaría para siempre en mi memoria.

—Disculpe, profesor —dije, avergonzada, al entrar en la sala y buscar un lugar al fondo.

Tan pronto como me acomodé y la clase retomó, saqué mi celular que tenía guardado en la bolsa. Había algunos mensajes de mi madre preguntando si había visto una de sus blusas y deseándome una buena clase, además de algunos de Daniel comentando sobre mi noche. Él sabía que me encontraría con Guto, y no solo lo aceptaba, sino que era mi coartada, ya que, para todos los efectos, yo estaba durmiendo en su casa. Respondí diciendo que nos encontraríamos más tarde y que le contaría todo. Después traté de concentrarme en la clase, o lo intenté, porque no podía dejar de pensar en Guto y en la noche que habíamos pasado juntos.

***

—¡Por fin te encontré! —El grito de Daniel casi me mata de un susto en la cafetería durante el receso entre clases.

—¡Dios! —Me llevé la mano al pecho, que parecía a punto de salirse de lo que saltaba—. Si quieres matarme de miedo, avísame antes.

—No es miedo si te aviso. —Tiró del banco del mostrador y se sentó a mi lado.

Negué con la cabeza, y él no paraba de burlarse de mí. *Buen amigo*, pensé con sarcasmo.

—¿Cómo fue?

—Increíble, mágico, indescriptible, romántico... Pon todos los adjetivos para describir la mejor noche de tu vida.

—¡Vaya! ¿Fue así de bueno? —Parecía impresionado.

—Fue mucho más que bueno. —Suspiré, aún más enamorada de lo que ya era. Esa noche, definitivamente, había cimentado mis sentimientos por Guto y los había hecho más sólidos.

—Quiero más detalles.

—¿Qué detalles?

—Todos los detalles. ¡Vamos, Rosi! No me esforcé por ayudarte para que no me contaras qué pasó.

—Ni siquiera me ayudaste, porque apuesto a que ninguno de mis padres te llamó para confirmar si realmente pasé la noche allí.

—No llamaron, pero si lo hubieran hecho, habría inventado una buena excusa para que creyeran que estuviste conmigo y no en la casa del mejor amigo de tu padre.

—¡Daniel!

—¿Dije alguna mentira? —Se encogió de hombros.

—No, pero no necesitas hablar de esa manera. —Me encogí, incómoda. En realidad, no quería que me recordara el mayor problema que Guto y yo teníamos que enfrentar juntos, y arruinar mi momento.

—Ahora cuéntame, ¿cómo fue? —Se giró para quedar frente a mí, alineado con el mostrador de piedra de la cafetería, y me dio unos golpecitos en el muslo. Estaba tan ansioso como una vieja chismosa.

—Me llevó a cenar a un restaurante elegante. Hablamos, me preguntó sobre mí, sobre las cosas que me gustan hacer. Además de hacerme probar vino blanco y servirme ravioles en la boca.

—¡Ah, qué lindo! ¿Puedo casarme con él?

—Qué bromista. —Hice un puchero y fruncí el ceño.

Daniel se rió y pasó su mano por el hombro, como si se estuviera echando hacia atrás un cabello largo que no tenía.

—¿Eso fue todo?

—No, se pone mejor. Me llevó a una habitación de hotel, y cuando llegamos, había más velas y arreglos de rosas rojas de los que podía contar.

—¡Ah, qué romántico!

—Fue muy romántico, sí.

—Y luego, se fueron a la cama y cogieron como conejos.

—Hubo toda una magia, algunos juegos previos, pero fue… ¡Wow!

—Estoy temblando solo de ver esa mirada que tienes. Ahora yo también quiero una noche con él.

—Ni lo sueñes.

—No me costaba intentar —dijo, en tono juguetón. Daniel siempre decía que Guto era demasiado mayor, no pensaba que ahora le interesaría.

—Conseguiste lo que tanto querías: el hombre es tuyo.

—Ah, no estoy tan segura de eso. —Me lamenté, inclinándome sobre el mostrador de piedra cuando la camarera dejó un vaso de jugo de naranja y un sándwich mixto frente a mí.

—¿Por qué dices eso, amiga? Luego soy yo el pesimista.

—Dijo que sería solo esa noche, Dani. Quería corregir la forma en que me desvirgó dándome una noche de sexo decente, y luego empezó con la cantaleta de la interminable lista de peros que tiene nuestra relación.

—Al menos, es sensato.

—¡Daniel!

—¿Qué pasa, amiga? Solo estoy diciendo la verdad.

—No tienes idea de cómo me sentí en sus brazos; no puede ser que algo tan bueno esté mal.

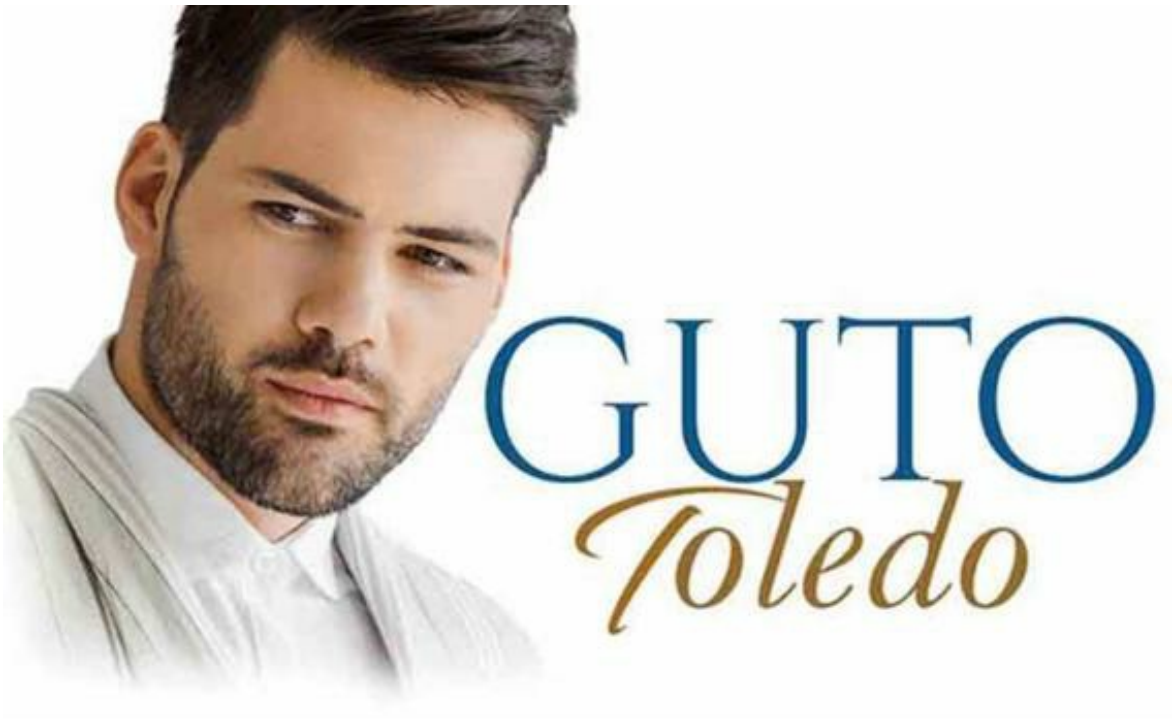
—¿Qué vas a hacer al respecto?

—Aún no lo sé, pero no hemos llegado tan lejos para que me dé por vencida ahora. Amo a ese hombre, Dani.

—Más que nadie, sé muy bien eso. Bueno, te deseo suerte.

—Gracias. —Sonreí, y mi mejor amigo me abrazó.

Ya había luchado mucho por Guto, y no estaba dispuesta a haber nadado tanto para morir en la orilla.


GUTO
Toledo

Capítulo 36

—¡Buenos días, Lena! —Pasé junto a mi escritorio, y ella levantó la cabeza del computador para saludarme.

—¡Buenos días, señor Gutemberg! Antonio llamó, pero como aún no había llegado, le dije que lo llamaría más tarde.

—Voy a responder algunos correos sobre los informes que pedí al área financiera y le devuelvo la llamada.

—¡Perfecto!

Abrí la puerta de mi oficina, pero antes de entrar, Ricardo apareció en mi camino y tragué saliva.

—¡Buenos días! ¿Dormiste un poco más hoy?

—No. —Sonreí forzadamente, sintiéndome completamente incómodo frente a mi mejor amigo. No era de esconder cosas de él, pero esta vez estaba ocultando mi mayor error.

—No sueles llegar tarde.

—Tuve algunas cosas que hacer por la mañana. —*Llevar a tu hija, que pasó la noche conmigo, a la universidad*, pensé en mi mente.

—¿Es algo sobre el divorcio?

—No. Olivia ya firmó los papeles y Lena los envió al abogado.

—¿Hay algo de lo que deba preocuparme?

Tragué nuevamente y negué con la cabeza, mintiéndole descaradamente a mi mejor amigo. Sí, había algo de lo que debía preocuparse, porque le había quitado la virginidad a su hija y quería seguir acostándome con ella.

Podría mentirme a mí mismo, decir que resistiría la tentación, que sería el amigo que Ricardo merecía, pero bastó con que Rosi se insinuara y ahí estábamos, teniendo sexo en la

ducha.

—¡Entonces a trabajar! Ese contrato con la AMontreal de Antonio fue muy bueno para nosotros, pero nos va a dar aún más trabajo. No olvides que después del almuerzo tenemos una reunión con la agencia de publicidad sobre la campaña.

—Estaré ahí. —Le hice un gesto con la mano y me escabullí hacia mi oficina.

Evité a Ricardo en cuanto tuve la oportunidad. Eso me hacía sentir un cobarde, pero simplemente no tenía el valor para seguir mirándolo como si nada estuviera pasando.

¿Por qué, de todos los hombres del mundo, ella tuvo que enamorarse de mí y volverse una obsesión de esa forma? Lo peor de todo es que, en el fondo, me gustaba mucho; no debería, era incorrecto, pero me gustaba.

La imagen que tenía de Rosi había cambiado, ya no podía verla como la niña que debía proteger. Se había convertido en una mujer deseable, que llenaba mi mente con pensamientos e imágenes eróticas.

Solté mi cuerpo en la silla y la dejé deslizarse hasta que el respaldo se detuvo contra la pared. Debería ser un hombre con una vida tranquila, pero siempre parecía encontrar problemas que me daban dolor de cabeza.

—¡Ah! —Golpeé mi mesa, haciendo que el portalápices saltara y algunas hojas volaran por la habitación.

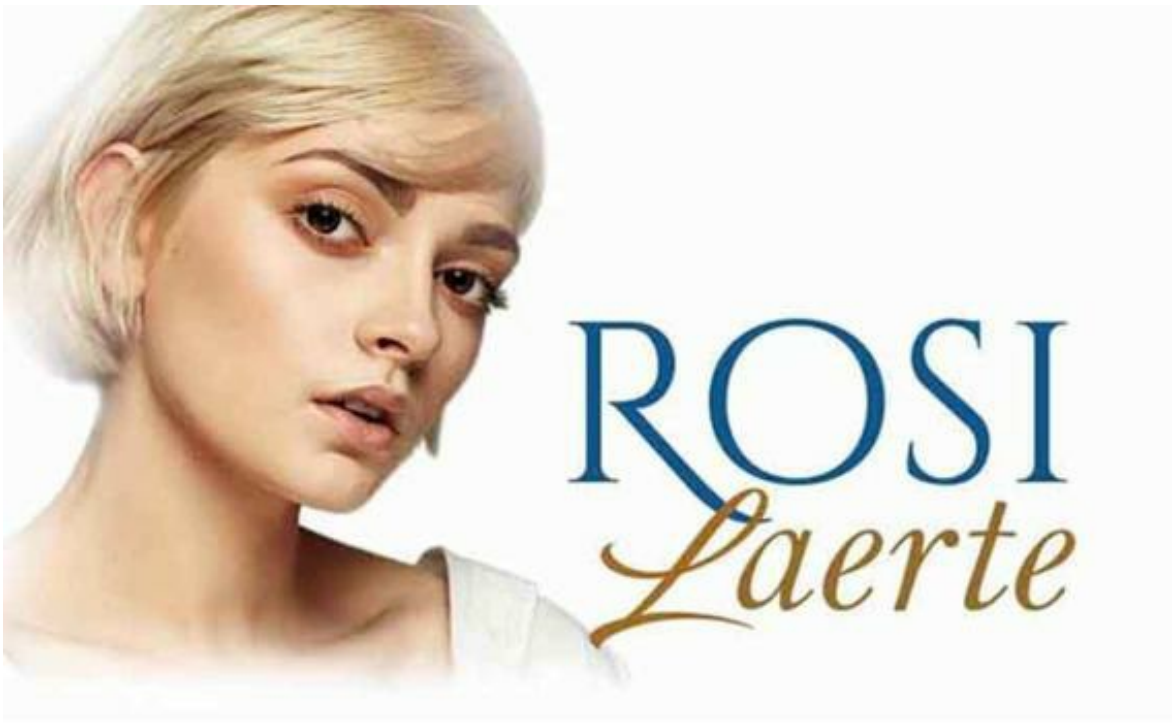
¿Por qué lo prohibido era tan seductor?

Cuanto más me decía a mí mismo que no debía involucrarme con Rosi, que por más bonita y sexy que fuera, no era una mujer para mí, más la deseaba. Cada vez que tomaba una decisión con ella, más me veía atrapado en mis propias trampas. La cena me había mostrado lo agradable que era su compañía y que, a pesar de su corta edad, era una mujer interesante e inteligente, que fácilmente me mantendría entretenido. Teníamos cosas en común además del deseo insano, nos gustaba la pasta, los colores oscuros...

Pensando en ella, mi mente no pudo evitar recordar lo que ocurrió entre nosotros la noche anterior. Ella me había dicho que le gustaban las novelas de romances eróticos y que me fantaseaba mientras leía. A pesar de todos los obstáculos, pensar en eso alimentaba fácilmente mi

imaginación.

Guto, no, me grité a mí mismo en pensamientos. Una noche de amor con ella era lo que había prometido y todo lo que podía tener. Para los dos, y para mantener mi amistad con su padre, no volvería a tocar a Rosi.


ROSI
Laerte

Capítulo 37

Regresé a casa al final de la tarde, después del examen de legislación de la autoescuela. La idea era comenzar las clases de conducción en unos días. Sin embargo, casi no me sentía emocionada con eso, ya que no podía dejar de pensar en Guto, en nosotros y en lo que era estar entre sus brazos. Juro que estuve a punto de ir hasta la oficina donde trabajaba con mi papá, pero, claro, lo pensé mejor y no hice algo tan impulsivo. Todo lo que no necesitaba era causar un lío y alejar a Guto.

Podría decir que no, pero las posibilidades de que mi papá estallara eran altas. Ya era mayor de edad, pero para él, siempre seguiría siendo su niñita. Guto y yo tendríamos que mantener esto en secreto, nuestro secreto.

Lo único que quería saber era cuándo nos veríamos de nuevo, porque ya me moría de ganas de sentirme entre sus brazos.

Una cosa tenía clara: después de la noche que pasamos juntos, jamás olvidaría a ese hombre.

Saqué el celular de mi bolsa y busqué su contacto en mi aplicación de mensajes. Escribí una frase simple y esperé su respuesta.

Te extraño.

Pero la respuesta no llegó... La había visto, pero no contestó, y eso me dejó el corazón en un puño. Guto me había dicho que no estábamos en una relación, que la noche anterior había sido solo eso, una noche, pero era mucho más fácil creer en eso cuando no lo creía realmente. Pensaba que cambiaría de opinión. *¿Estaba equivocada?*

Me di un baño, hice una actividad de la universidad y bajé a cenar con mi familia. Por la amplia sonrisa que mi papá llevaba, no debía tener idea de lo que estaba pasando entre Guto y yo.

—Buenas noches, princesa. —Me besó en la cabeza antes de irse a sentar junto a mi mamá —. ¿Cómo te fue en el examen de la autoescuela?

—Bien. —Sonreí forzadamente y me senté en el otro lado, junto a mi hermano, y tomé un

plato para servirme.

—Eso está genial.

—La administración dijo que tan pronto llegue el permiso, ya puedo empezar las clases en la calle.

—Mi niñita pronto tendrá su licencia. ¡Saquen los postes de la calle! —Intentó hacerlo en tono de broma, pero solo logró que me apretara los dientes.

—Ya no soy tu niñita, papá. —Bajé la mirada para evitar gruñir como un perro furioso.

—Siempre serás mi niñita, Rosi.

—¡Pero ya soy una mujer! —Empujé la silla hacia atrás y me levanté de golpe.

Mis padres se miraron, sin entender el motivo de mi actitud, pero ni siquiera me molesté en explicar lo inexplicable. Ellos no habían hecho nada, pero aun así, estaba tan molesta con mi papá. Lo único que quería era que él y Guto no fueran tan buenos amigos.

Dejé el plato y subí a mi cuarto sin pensarlo dos veces. Si seguía ahí, era probable que terminara diciendo algo de lo que luego me arrepentiría.

Cerré la puerta de mi cuarto y me senté en el suelo, cerca de la puerta del baño. Sabía que mi papá no era el villano, ya que ni siquiera sabía lo que estaba pasando, pero escuchar a Guto usar su amistad como excusa para no estar conmigo me molestaba mucho.

—¿Rosimeire? —Mi mamá golpeó la puerta y entró al ver que la dejé abierta.

—Estoy bien. —Me froté los ojos para quitar cualquier rastro de lágrimas.

—No, no lo estás. —También se sentó en el suelo a mi lado.

—Sí, estoy. —Tragué las lágrimas, luchando para no dejarlas salir.

—¿Crees que no conozco a mi hija?

—Estoy harta. ¡Ya no soy una niña!

—Rosi, querida... —Rodeó mis hombros con su brazo.

—¡Ni siquiera soy virgen! —Mordí mi lengua al darme cuenta de lo que acababa de decir, pero ya era tarde, las palabras ya habían escapado de mi boca.

—¿Con quién lo hiciste? —Sus ojos se abrieron sorprendidos.

—No importa. —Me encogí de hombros, sabiendo que si le contaba a mi mamá sobre Guto, la situación se complicaría aún más.

—¿Usaron preservativo?

Asentí con la cabeza. Era mentira, no lo usamos, pero confiaba en Guto y quería sentirlo completamente dentro de mí.

—¿Esto tiene algo que ver con Guto?

—No quiero hablar de eso, mamá. —Giré la cara, sabiendo que mi reacción podría interpretarse de muchas maneras, pero no diría nada más.

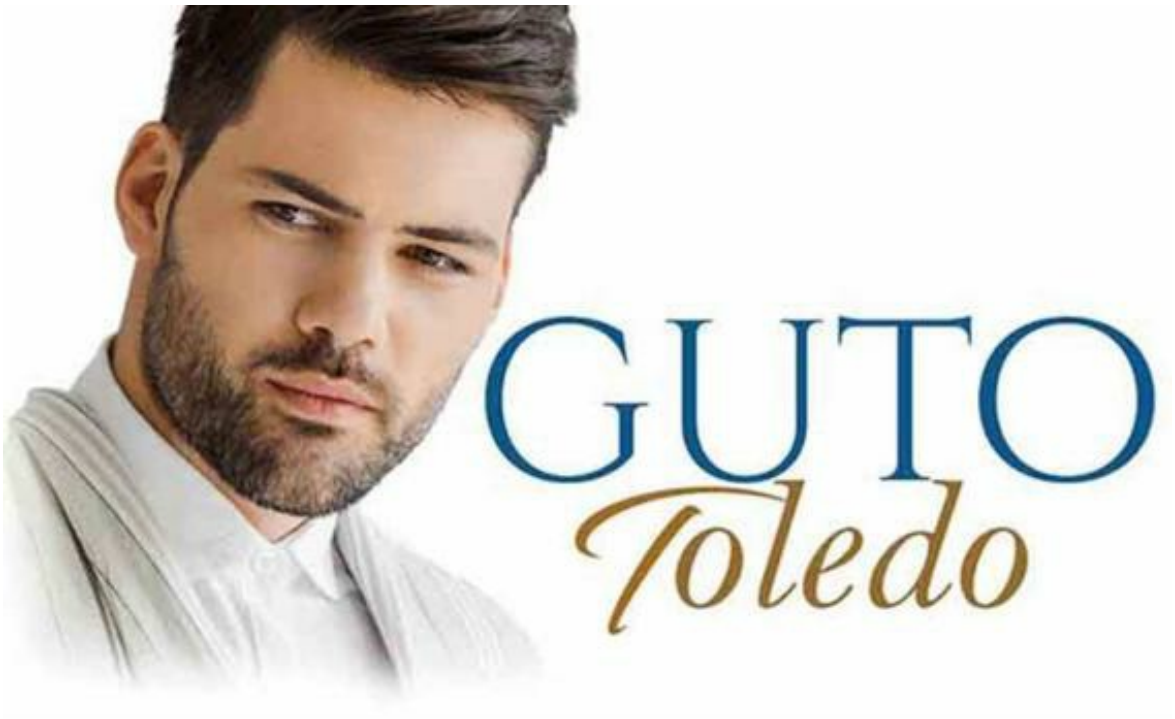
—Sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad?

—Quiero estar sola.

—Está bien, hija. —Se levantó—. Si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias, mamá.

La vi salir de mi cuarto y corrí a cerrar la puerta. Solo necesitaba un poco de tiempo para estar sola y poder dejar que la tristeza y la alegría que sentía se desbordaran por completo. Era como si, a cada paso que daba hacia Guto, la distancia entre nosotros se hiciera más grande.


GUTO
Toledo

Capítulo 38

Hice lo mejor que pude para mantenerme alejado de Rosi durante la semana. Resistía a cada mensaje suyo preguntando cómo estaba o diciéndome que me extrañaba. Mi mente me decía que era lo correcto, pero había una cosa que era un hecho: mi corazón pensaba de otra manera, y estaba seguro de que si respondía los mensajes de Rosi o la llamaba, terminaría cometiendo más errores.

No era de hierro, y esa mujer era mi talón de Aquiles. Había terminado mi matrimonio porque quería tener hijos. Debería estar concentrado en encontrar una esposa que me diera una familia y dejar de jugar con fuego, lidiando con la hija de mi mejor amigo.

Rosi y yo no podríamos tener una aventura, porque yo no era un hombre de aventuras. Me gustaban las relaciones de la manera correcta, ponerme un anillo en el dedo y decirle al mundo que estábamos juntos. Tal vez por eso siempre terminaba solo, abandonado en un rincón, sin ver cumplidos mis deseos.

Escuché un golpe en la puerta y, sin esperar mi respuesta, Ricardo entró. Dejé el celular, donde estaba mirando los mensajes de su hija, y apagué la pantalla para no ser pillado.

—Deja esos informes aburridos y vamos a almorzar.

—Estoy ocupado, hermano.

—¡Ah, no! Si hubiera sabido que este contrato con la AMontreal iba a dejar a mi mejor amigo tan atrapado, habría pensado mejor antes de firmarlo.

—Nada viene sin esfuerzo. —Forcé una sonrisa. La verdad era que estaba huyendo de él, pero no podía decirlo.

—Creo que ya nos hemos esforzado demasiado, hermano. Son más de veinte años de mucho esfuerzo. ¿De qué sirve plantar tantos árboles si no podemos cosechar sus frutos? Además, es solo un almuerzo, vas a regresar al mismo horario que cualquiera de nuestros empleados.

—Ricardo... —Pensaba en alguna excusa mejor para evitar salir con él, pero no encontré ninguna.

—Te invito, tacaño. ¿Sabías que no vas a tener alcancía en tu ataúd?

Reí por la cara que puso.

—Levanta ese culo de la silla y ven. —Hizo un gesto para que lo siguiera, y no pude inventar más excusas para quedarme.

—Está bien. —Metí el celular en el bolsillo y apagué la pantalla del computador antes de seguir a mi mejor amigo en una corta caminata hasta un restaurante de la esquina, donde nuestros empleados y los demás trabajadores del edificio solían almorzar.

Me serví en el buffet y me senté frente a mi amigo en uno de los extremos del restaurante. Un camarero se acercó y nos ofreció carne asada, y tomé unos medallones de pollo y algunas tiras de picanha.

Ricardo también se sirvió, pero en vez de comer, no dejaba de mirarme.

—¿Qué te pasa, Guto? Toda la semana con esa cara de culo. ¿Hay algún problema con el contrato con Antonio que no me estás contando?

—¿Qué? ¡No! Todo está bien con la AMontreal, nuestro proyecto va viento en popa y va a ser muy rentable, tanto para nosotros como para ellos.

—Entonces, ¿por qué esa cara de alguien que comió y no le gustó?

—Algunos problemas personales, pero nada de lo que debas preocuparte. No está afectando mi rendimiento en el trabajo, te lo aseguro. —Metí un medallón en la boca y comencé a masticarlo, esperando que mi amigo hiciera lo mismo. Quería que comiera más y hablara menos.

—Al carajo tu rendimiento en el trabajo. Sabes bien que no es eso lo que me preocupa. ¿¡Soy o no soy tu mejor amigo, maldita sea!? Cuéntame qué pasa. Puede que no tenga cómo ayudarte, pero siempre seré un buen hombro en el que apoyarte. Sé que dijiste que todo estaba resuelto, pero esa cara tiene que ver con Olivia y el divorcio, ¿no?

—No tiene nada que ver con Olivia. Es otra mujer. —Me mordí la lengua, sintiendo el sabor de la sangre en mi boca al darme cuenta de lo patético que estaba siendo. Ricardo siempre había sido mi mejor amigo, y me era muy fácil abrirme con él, pero esta vez no podía decirle nada.

—¿Otra mujer? —Abrió una sonrisa, entusiasmado. Quería ver si seguía con esa sonrisa y esa emoción en los ojos si supiera que se trataba de Rosi—. ¿Quién es?

—No es para mí, hermano. Es alguien que no puedo tener.

—¿Te estás metiendo con una mujer casada ahora, Guto? ¡Qué papelón! Tú nunca fuiste de esos, hermano.

—No te preocupes, no está casada. Ni siquiera tiene novio, como pensaba que tenía. —*Era virgen, hasta que perdí el control*; esa fue una información que guardé para mí.

—Entonces, ¿cuál es el problema? ¡Ve por ella! Ahora eres un hombre divorciado.

Me llevé la mano a la frente, sacudí la cabeza en negativa y sonreí para no llorar. Ricardo no tenía idea de que me refería a su hija.

—No puedo. No es para mí; aunque los dos estemos solteros, no puedo estar con ella.

—¿Por esos rollos religiosos raros? ¡Hay cada cosa!

—No. —Reí. Estaba tratando de adivinar, pero nunca se acercaría a la razón, porque jamás se le ocurriría que estaba completamente enamorado de Rosi.

Enamorado... Fue una definición que nunca había dado a mis sentimientos hasta ese momento, y ponerle un nombre me aterraba aún más.

—Entonces, ¿cuál es el maldito problema?

¡Ella es tu hija, mierda!, mi mente gritaba, pero mi boca permanecía en una sonrisa tensa e incómoda.

—Es más joven que yo.

—¿¡Y qué!? —Ricardo se rió a carcajadas, llamando la atención de todos los que estaban en el restaurante—. Margarida es más joven que yo, y a nadie le importó eso.

—¡Cinco años no son nada, idiota!

—Entonces, ¿cuál es la diferencia?

—Muchos años, más de cinco.

—¿No estás saliendo con una adolescente, verdad? Sabes que eso es cárcel.

—¿Qué? ¡No! ¡Claro que no! Ella ya es mayor de edad.

—Ah, entonces no hay de qué preocuparse.

—Sí, pero estoy decidido a sacarla de mi cabeza, y es lo mejor que puedo hacer.

—Tú sabrás. —Ricardo se encogió de hombros, como si me estuviera alentando a quedarme con la chica, pero si supiera que era Rosi, seguramente me estaría dando un golpe en la cara.

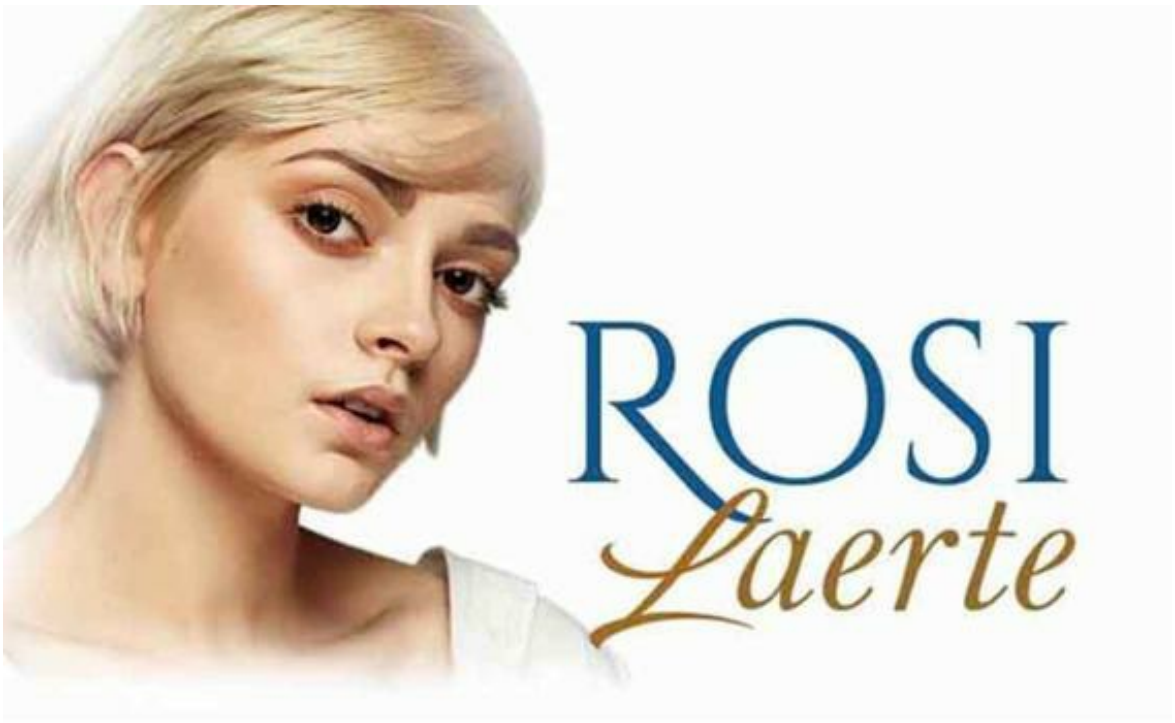
—Gracias.

—Pero si sigues con esa cara de mierda, voy a ser yo quien te pateé el culo.

—¡Tú lo has dicho, hermano! Ahora comamos, porque me invitaste a almorzar, no a quedarte amenazándome.

Se rió y nos concentramos en nuestros platos.

Ver a mi mejor amigo apoyándome sin saber por qué mujer me interesaba me angustiaba aún más. Si fuera cualquier otra chica de dieciocho años en mi cama, seguro que estaría a mi lado, apoyando mi decisión de quedarme con ella. Pero Rosi era su niña, y sabía que, en cuanto se enterara, me daría la espalda sin pensarlo dos veces.


ROSI
Laerte

Capítulo 39

Los días pasaban, uno tras otro, y cuanto más pensaba en Guto, en estar con él y en lo mucho que lo extrañaba, más él me ignoraba. Se estaba volviendo un experto en eso, porque ya ni siquiera veía mis mensajes.

Mi corazón estaba hecho pedazos, pero ni siquiera podía decir que él me había engañado y jugado conmigo, porque desde el principio, Guto había dejado claro que solo tendríamos esa noche. Sin embargo, era tan difícil aceptar eso cuando mi corazón era suyo, a pesar de que nuestra relación era tan complicada.

Cuanto más esperanza tenía de que algún día estuviéramos juntos, más sufría con la distancia. Guto pensaba que lo mejor era que estuviéramos lejos, pero, ¿acaso él no sufría pensando en mí, como yo lo hacía?

Tomé mi celular con la intención de llamar a Deborah, porque sabía lo que Dani me había dicho, y en ese momento quería a alguien que me diera esperanzas.

Vi su nombre parpadear en la pantalla. Era una señal, y contesté al primer toque.

—Rosi... —Su voz sonó llorosa al otro lado de la línea, y sentí un nudo en el pecho. Definitivamente no era el mejor momento para hablar de lo mucho que extrañaba a Guto.

—¿Qué pasa, Deborah? ¿Está todo bien? ¡Habla rápido, me estás poniendo nerviosa! —Me acomodé en la cama, tratando de escucharla mejor. Ella lloraba tanto que no sabía si estaba hablando o solo sollozando.

—Estoy confundida. Por favor, ayúdame.

—Tranquila, habla conmigo. Comienza desde el principio, haré todo lo posible por ayudarte. —No estaba pudiendo lidiar ni con mis propios problemas, pero no podía dejar de extender la mano a mi amiga.

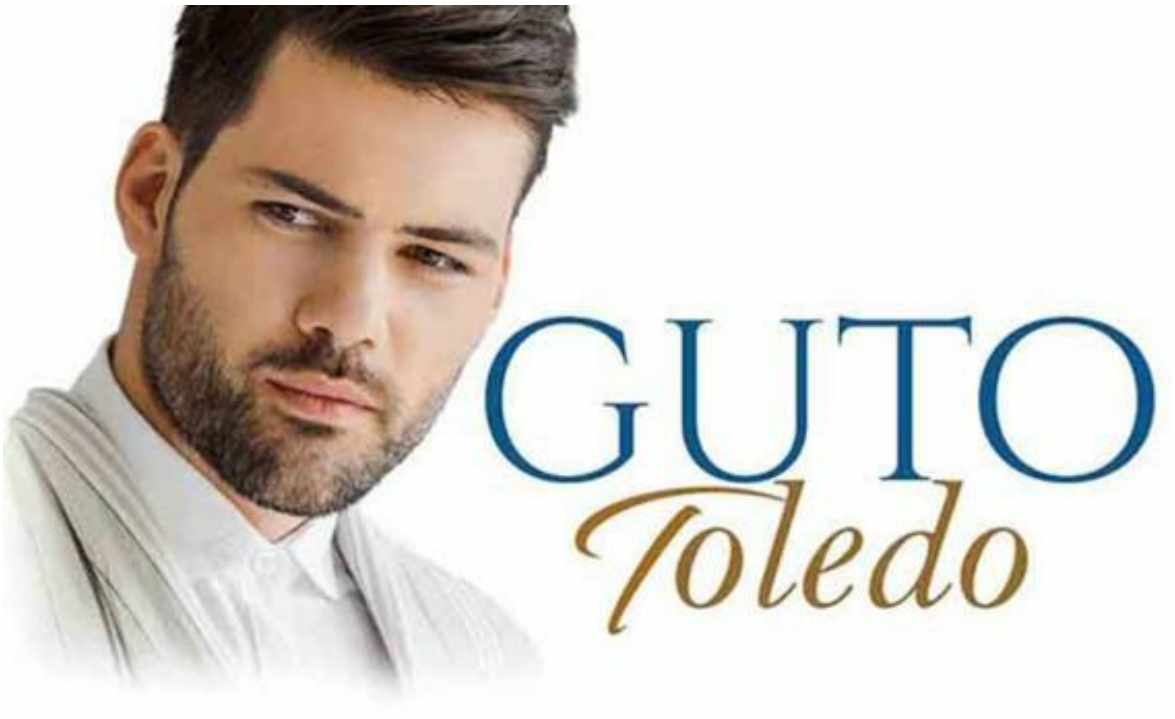
Me contó sobre su relación con Antonio, el Bulldog, que había conocido en la fiesta de los supermercados. Habló de lo que había pasado y de lo que aún no había pasado. Sin embargo, cuando estaba a punto de decirle que se lanzara y se entregara a los brazos de ese tipo tan guapo, Deborah me contó sobre la relación entre Antonio y su padre, enemigos declarados.

Yo que pensaba que mi situación era complicada. Mi amiga también estaba viviendo un amor prohibido.

Hice lo mejor que pude, aunque no sabía si estaba haciendo lo correcto, e intenté animar a Deborah a seguir lo que dictara su corazón. Al menos eso era lo que yo intentaba hacer, aunque mis experiencias se habían resuelto más en errores que en aciertos.

Pasamos horas al teléfono. Cuando ella colgó, fui al baño, me lavé los dientes y me preparé para dormir. Otro día más sin Guto. Debería haberme acostumbrado, pero no lo lograba.

¿Tendría que pasar el resto de mi vida solo soñando con tenerlo y conformándome con migajas de su atención?


GUTO
Toledo

Capítulo 40

Guto...

Me desperté con su voz resonando en mi mente y la imagen de sus labios dulces pronunciando mi nombre. Me estaba esforzando por alejarme de esa chica, pero el hueco en mi pecho y el dolor que causaba no me ayudaban.

Sus mensajes no pararon; tal vez si lo hubieran hecho, habría sido más fácil. Se acumulaban como no leídos y, cada vez que mi celular brillaba y su nombre aparecía en las notificaciones, sentía que mi corazón moría un poco más.

Era lo mejor para los dos, me decía a mí mismo cuando tenía ganas de sacar el maldito celular y llamarla. *Solo escuchar su voz, solo una vez más... ¡No!*

¿Por qué era tan difícil fingir que no me dolía tanto?

Era sábado y me levanté temprano. Ya no aguantaba más dormir y ser atormentado por los sueños con ella. Me puse unos shorts, una camiseta y unas zapatillas, y bajé al gimnasio del edificio. Hacer algo de ejercicio me haría bien. Mientras mi mente se concentrara en correr o levantar algunos pesos, no pensaría tanto en Rosi. O al menos eso intentaba hacerme creer.

Era incorrecto gustarme de ella. Era prohibido desearla. Cada vez que cerraba los ojos y su rostro o su cuerpo venían a mi mente, pensaba en esas frases y las repetía en mi cabeza como un mantra.

Llegué a soñar con situaciones diferentes, en cómo sería si no fuera tan mayor y el padre de ella no fuera mi mejor amigo. Ah, habría despertado ese sábado con ella en mis brazos. Habríamos dormido hasta tarde, luego la habría llevado a almorzar, una película por la tarde y, por la noche, regresaríamos a mi cama y haría el amor con ella hasta el amanecer.

Cuando me permitía fantasear así, solo empeoraba las cosas, porque deseaba vivir esa fantasía y no podía.

Coloqué mi botella de agua en un soporte de la caminadora y encendí la máquina. Ajusté mis audífonos con algo de rock a todo volumen y aumenté la velocidad de la caminadora a modo de carrera. Sudando y sin aliento, dejé que mi mente se liberara y mis pensamientos volvieron a

Rosi. Me peleaba conmigo mismo para pensar en otra cosa, para ver otra imagen. Hice todo lo posible por oscurecer mis recuerdos con Rosi, pero fracasé miserablemente en cada intento.

La noche que pasamos en el hotel pasaba frente a mí en destellos cada vez que parpadeaba. Solo podía pensar en las cagadas que había hecho.

La música se detuvo y vi que era una llamada. Tragué saliva al ver que era su número. Acerqué el dedo al botón rojo, a punto de colgar. Tenía que colgar, necesitaba hacerlo. Habría sido un error contestar. Sin embargo, mi corazón se apretó cuando traté de rechazarla y sentí que me faltaba el aire.

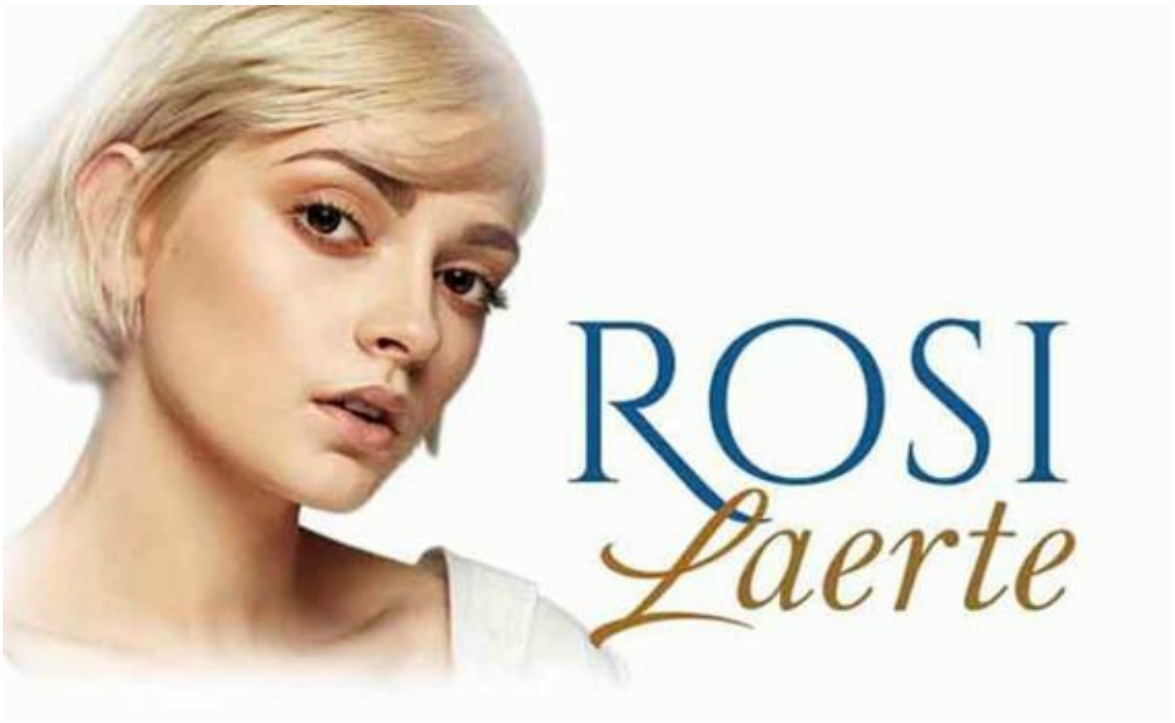
Salí de la caminadora y sostuve el celular entre mis dedos, viendo su nombre en la pantalla. Estaba haciendo todo lo posible, juro que lo estaba, pero ya no podía más. Si tuviera el poder de borrar lo que sentía, lo habría hecho. Luchar contra un sentimiento era lo peor del mundo. Estábamos manteniéndonos separados, pero aún sentía su cuerpo en el mío, y las llamadas y mensajes de Rosi solo confirmaban eso.

Que Ricardo me diera un puñetazo, lo merecía, porque ya no podía luchar más contra lo que sentía por la hija de él.

—¿Rosi? —contesté el teléfono, jadeando.

—Guto, qué bueno que contestaste. No quiero estar más lejos de ti, por favor, entiende que...

—Yo también necesito verte. Ven a mi departamento.


ROSI
Laerte

Capítulo 41

Con los dedos resbalosos, las piernas temblando y el corazón acelerado, estiré la mano y golpeé fuerte la puerta de su casa. Cuando Guto me pidió que fuera, no lo pensé ni dos veces; tomé mi bolso, llamé un coche de aplicación y allí estaba yo, ansiosa por mirarlo a los ojos.

Pasaron solo unos segundos hasta que él abrió la puerta, pero el tiempo parecía ir en cámara lenta y nunca había esperado tanto.

Guto abrió la puerta y casi me caigo al entrar, pero sus brazos me sujetaron. Me jaló, cerró la puerta con llave y me empujó contra la pared, todo tan rápido como un parpadeo. Respiré con dificultad cuando su pecho presionó el mío.

Levanté la cabeza y mis ojos se encontraron con los suyos. La forma en que Guto me miraba, con esa mirada de depredador y hambre, me erizó todos los pelos. Subí las manos y toqué su pecho desnudo, me di cuenta de que solo llevaba una toalla y tenía el cabello mojado, seguramente acababa de salir de la ducha.

Mis ojos recorrían los músculos de su pecho cuando Guto me tomó por el mentón y me obligó a mirarlo de nuevo. El fuego que vi en su mirada hizo que algo dentro de mí se revolviera y mis piernas perdieran por completo la fuerza. El asombro y la euforia explotaron en una ola de expectativa que me dejó más paralizada que sus manos sujetándome contra la pared. La locura de ese momento lo hacía aún más intenso. Mi deseo se sentía por toda la habitación, y el de él también, haciendo que mi vientre se retorciera.

—¿Solo una vez más?

Era imposible pensar con claridad; estaba tan atontada por él. Solo balbuceé lo que dijo, casi repitiéndolo.

—Una vez más. —Cedí a la impulsividad de frotar mis tetas contra su pecho.

Guto no esperó a que dijera más, apretó mi cintura con sus manos firmes y me empujó contra la pared. Levantó mi camiseta, metiendo los dedos por debajo del borde de la prenda, tocando mi piel y subiéndola. Levanté los brazos para que pudiera quitármela y la tiró lejos, dejándola caer por el suelo, pero no me importaba.

Lo miré y deslicé los dedos por su rostro, sintiendo la barba sin afeitar, grabando en mi memoria su textura para poder imaginarlo cada vez que cerrara los ojos. Toqué sus labios con el pulgar y metí la punta del dedo en su boca, forzando la apertura. Retiré la mano y sustituí mi dedo por mi lengua, que Guto chupó, llevándola hacia la suya. El beso feroz y hambriento demostró que él había pasado los días pensando en esto y no aguantaba más estar lejos. No lo juzgaba, pues yo, mejor que nadie, conocía ese sentimiento.

—Me vuelves loco —susurró, con los labios sobre los míos mientras sus manos recorrían mi abdomen, presionando mi piel, hasta llegar a mis pechos, aún cubiertos por el sujetador.

—No soy la única con ese poder —jadeé, soplando mi aliento en su oreja y Guto se estremeció, apretando mis tetas con más fuerza y arrancándome un pequeño grito.

Bajó la cabeza y lamió el valle entre mis pechos, mientras yo tiraba de su toalla, dejándola caer a nuestros pies. Desnudo, Guto subió una mano hasta mi nuca y con la otra me tomó de la cintura, separó mis piernas y presionó su verga dura contra mí. A pesar de que aún llevaba jeans, la presión sobre mi vagina me hizo cerrar los ojos y gemir más fuerte.

Lo empujé y él me tiró hacia su cuerpo por la cintura. Di un salto y él sujetó mis muslos, permitiéndome abrazarlo con las piernas. Conmigo aferrada a él, caminó hasta la cama.

Guto me acostó sobre la sábana y detuvo nuestro beso, frotando su barba sin afeitar contra mi cuello. Me estiré sobre la cama, deslizando mis pies por sus piernas mientras su boca encontraba el camino hacia mis pechos. Lamió el valle entre ellos mientras tiraba de mi cuerpo hacia adelante solo para quitarme el sujetador. Lo arrojó y no vi donde cayó, solo escuché el sonido.

Sus dedos recorrieron mi cuello hasta hundirse en mi cabello y tiró de mi cabeza hacia un lado, raspando sus dientes sobre mi piel, haciéndome jadear. Pensé que la secuencia de escalofríos terminaría, pero llevó su boca hasta mi oreja y su aliento caliente me volvió loca. Guto mordió el lóbulo de mi oreja mientras sus manos bajaban hasta rodear mi cintura. Froté mi cuerpo contra el suyo, con la tonta ilusión de que su calor podría calmar el fuego que había encendido en mí, pero solo lo aumentaba. Era como si él fuera alcohol y mi cuerpo un fuego, con el más mínimo contacto, las llamas se avivaban aún más. Era una locura, insana, y me hacía desear mucho más. Sus caricias, sus besos, y la fricción de su piel sobre la mía despertaban una sensación de deseo que se volvía fácilmente adictiva.

Escuché el sonido de la cremallera de mi jeans abriéndose y moví las caderas para

ayudarlo a quitarme la prenda que estaba tan ajustada a mi cuerpo. Levanté los pies y el tejido resbaló por mis piernas hasta caerse. Guto arañó mi pierna con los dientes y bajó la cabeza, mordiendo la parte interna de mi muslo y yo revolví los ojos ante la leve molestia y el placer tan intensos.

—¿Vas a dejarme solo con la ropa interior? —Sonreí, frotando una pierna contra la otra mientras lo miraba con picardía.

—¿Quieres que la quite? —Acercó su boca al encaje y se detuvo en el delicado tejido que cubría mi vulva.

Jadeé y gemí fuerte, mezclando placer y expectativa. El deseo que sentía por él era tan intenso que me dejaba completamente rendida.

—¿Qué crees tú? —Guiñé un ojo, tratando de mirar en otra dirección que no fueran sus ojos.

—Me vuelves loco, Rosi.

—Espero que sea en el buen sentido. —Deslicé mis manos por sus hombros, deteniéndome en su nuca.

—Creo que ya ni me importa. —Guto se lanzó sobre mí y mordió mi labio inferior, reclamando el derecho a besarme. Su beso estaba lleno de hambre y dominaba cada parte de mí.

Era una locura y quería más, mucho más.

Guto me arrancó las bragas, quitándomelas con mucha menos paciencia que con los pantalones, pero eso era exactamente lo que yo quería, no podía esperar más. Me agarró por la cintura y me subió a la cama hasta que mi espalda quedó apoyada en el cabecero, dejándome parcialmente sentada. Sin apartar su boca de la mía, se acomodó entre mis piernas y su verga encontró fácilmente su camino dentro de mí.

Gemimos juntos cuando empezó a moverse y rodeé sus hombros con mis brazos, pegando mi cuerpo al suyo para que el roce fuera más intenso. Eché la cabeza a un lado y él me mordió el cuello mientras sus manos, apoyadas en los costados de mi cuerpo, soportaban su peso.

Permaneció así unos minutos y me deleité con sus embestidas dentro y fuera de mí, pero Guto se bajó y se puso de rodillas en la cama, pero antes de que pudiera preguntarle qué pasaba,

me dio la vuelta.

—Date vuelta. —Se apoyó en el cabecero—. Eso es, perra… —Me da una palmada en el culo que me arranca un aullido.

Sin pensármelo dos veces, accedí a su petición, me agarré al cabecero y Guto subió por detrás de mí, uniendo nuestros cuerpos una vez más, tirando de mí hacia su pelvis. Giré sobre mí misma mientras Guto me penetraba. Mi placer se reflejó en los gemidos que resonaron por toda la habitación. Sus manos se deslizaron por mi culo, subieron por mi espalda y una me agarró del pelo, mientras la otra me sujetaba el hombro. Me tiró hacia atrás y me hizo sentarme sobre él. Mis movimientos se intensificaron mientras subía y bajaba sobre su verga.

La mano que había estado en mi hombro pasó entre mis piernas y me giré, apoyando la cabeza en su hombro sin dejar de moverme. Sentí los espasmos, mi vulva se retorcía mientras el placer se apoderaba de mí y bañaba cada una de mis células.

Desequilibrada e impotente, me desplomé sobre él, pero Guto siguió moviéndose hasta que eyaculó dentro de mí.

Permanecimos inmóviles durante unos segundos, jadeantes, mientras nos permitíamos escuchar únicamente los latidos del corazón y la respiración del otro

Me apoyó la barba en el hombro y me besó la nuca antes de levantarme de su regazo y ponerme en la cama.

—Tenemos que usar condones, Rosi, pero no pienso con claridad cuando estoy contigo.

—¿Quieres decir que vamos a hacerlo más a menudo? —Le toqué el pecho, haciendo un remolino en los pocos mechones de pelo negro que había.

—No deberíamos haberlo hecho la primera vez, pero aquí estamos. —Me acarició la mejilla y cerré los ojos, absorta en la dulce sensación de su tacto.

—Te deseo, Guto, y tú también me deseas, eso lo sé.

—Lo que queramos no importa.

—¿Y qué más debería importar?

—Tu padre... —empezó a decir, pero antes de que pudiera terminar la frase, me incliné sobre la cama y cubrí sus labios con los míos, haciéndole callar.

—Mi padre no necesita saberlo. Nadie necesita saberlo. No te pido que me pongas un anillo en el dedo, Guto, solo para estar conmigo.

—No soy un hombre de amoríos, Rosi. Ni siquiera tengo edad para tener citas secretas.

—Es la alternativa que tenemos, si prefieres que mi padre no lo sepa.

—Me castrará si se entera de que me estoy cogiendo a su niñita. —Guto me dedicó una sonrisa forzada y movió la cabeza negativamente. ¿Por qué le gustaba tanto echar cubos de agua fría sobre nuestros mejores momentos?

—Te amo, lo sabes. Nunca dejaría que mi padre te hiciera eso.

—No se trata de ti y de mí, Rosi, sino de tu padre y yo. La relación de décadas que he construido con él y que estoy tirando por la borda porque simplemente no puedo resistirme a ti.

—No tienes que tirar nada. —Me levanté y fui al baño a limpiarme—. No tienes que decirle a mi padre lo que pasa entre tú y yo.

—¿Y mentirle? —Guto apareció en la puerta del baño y me observó mientras me lavaba el semen que había vertido en mi interior.

—No mentir, solo omitir. Nunca te preguntará si te estás involucrando conmigo. Simplemente no dirás que lo estás.

—Rosi, no puedo mirar a tu padre con esa cara limpia y fingir que no pasa nada.

—Esfuérzate un poco más. —Me acerqué más a él, apoyé las manos en su pecho y le miré fijamente a los ojos con una mirada penetrante. Guto se estaba desvaneciendo y yo no iba a perder la oportunidad de convertir nuestro romance en algo real.

—Nosotros no...

—Deja de pensar en lo que los demás puedan decir de nosotros y dime si soy lo que quieres.

—No debería haberlo hecho, pero...

—Me deseas. —Una amplia sonrisa se formó en mis labios.

—Quiero estar contigo.

—Entonces quédate conmigo.

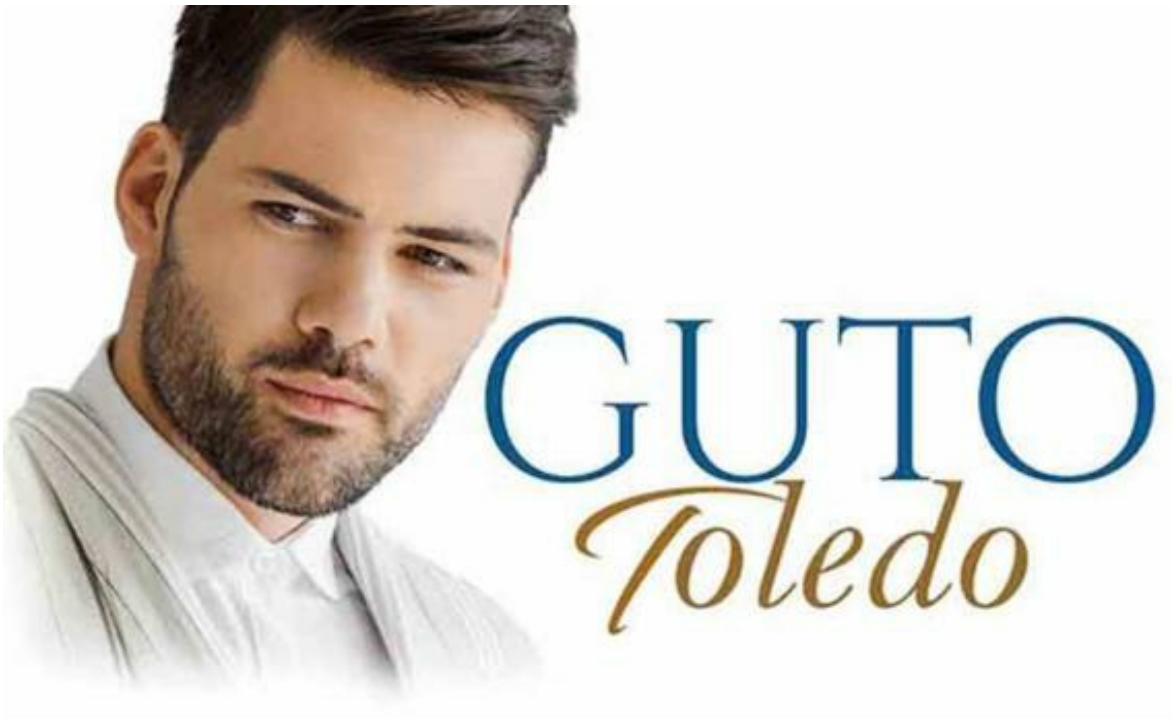
—Haces que quiera hacer cualquier estupidez por ti, Rosi.

—Pero te gusta.

—No puedo resistirme. —Me aprieta contra el lavabo del baño y me invadió un escalofrío provocado por el choque térmico del contacto entre su piel caliente y la fría encimera de mármol.

—No hay necesidad de resistirse. —Acerqué su boca a la mía y Guto volvió a devorar mis labios.

Me tomó en brazos y me llevó de vuelta a la cama, de donde no salimos hasta que ambos estábamos muertos de hambre.


GUTO
Toledo

Capítulo 42

La tomé de la mano y la atraje hacia mí, vestida solo con una de mis camisas. La acomodé en mis piernas mientras veíamos una película en la televisión.

Tenerla conmigo, a esa niña que había convertido en mujer, me hacía sentir feliz, mientras no pensara en los obstáculos que hacían que nuestro amor fuera prohibido.

—¡Ay! —dijo ella, girando el rostro y enterrándolo en mi pecho cuando la escena del filme se convirtió en una lucha violenta.

—¿No te gusta un poco de acción? —le pregunté.

—No cuando hay tanta sangre. ¿Cuántos tipos ha matado ya este protagonista? ¿Veinte?

—Creo que han sido muchos más que eso.

—¡Qué asco! —Hizo una mueca que me hizo reír.

La tomé por el cabello y lo aparté hacia atrás, observando mejor el contorno de su rostro. Toqué sus labios con los míos. Para ser sincero, no estaba prestando atención a la película, había puesto cualquier cosa de mi lista de recomendaciones, lo que realmente me interesaba era observar cómo Rosi reaccionaba a las escenas y se acurrucaba contra mi pecho.

—¿Quieres ver algo más? —le pregunté.

—Déjalo ahí. No quiero obligarte a ver una película de niñas.

—¿Qué sería una película de niñas? —Ajusté los ojos para observarla con más atención. Estaba curioso por conocer más sobre Rosi, la mujer, no la niña que había visto crecer.

—Esos romances cursis centrados en las parejas.

—¿Como los libros que lees?

—¡Ah, no! Esos están censurados. —Se rió y me hizo reír también.

—Qué traviesa, Rosi.

—Como si tú fueras un santo. —Me empujó por los hombros, haciendo que cayera hacia atrás contra el respaldo del sofá.

—Estás sacando conclusiones apresuradas sobre mí, señorita.

—¿Vas a decirme que nunca has visto una película porno en tu vida?

—Nunca es una palabra muy fuerte.

—¡Lo sabía! —Se giró hacia mí, me agarró de los hombros y me miró fijamente. Sentí un escalofrío recorrer toda mi columna. Esa chica me sacaba de quicio—. Pero ahora ya no tendré que imaginar.

—¿Por qué no?

—Como si no lo supieras.

—Rosi —la sujeté por los hombros—. Estuvimos toda la mañana en la cama, necesito que mi cuerpo descanse un poco. —Hice una mueca y ella se rió.

—No te estoy llamando de nuevo a la cama.

—¿Ah, no?

—No. —Se encogió de hombros.

Acercó su rostro al mío, pero antes de que nos besáramos, escuché el sonido de un celular. Se levantó de mi regazo y fue hacia su bolso, que estaba en el suelo cerca de la puerta. Probablemente había sido lo primero que se cayó cuando comenzamos a besarnos.

—Hola, mamá.

Me quedé sentado mientras ella se apoyaba en la pared de la sala para hablar por teléfono.

—¿Dónde estoy? —Hizo una pequeña pausa antes de responder a la pregunta de su madre y tragué saliva. Había hecho el esfuerzo de olvidar muchas cosas sobre Rosi mientras estábamos en mi cama, y una de ellas era que tenía una familia que se preocupaba por ella y que no sabían que había pasado el sábado conmigo—. Ah, mamá, se me olvidó decirte que saldría con una amiga. No es Deborah, no. Una que hice en la universidad, pero no la conoces.

A cada pausa que hacía, escuchando lo que Margarida decía al otro lado de la línea, me ponía más tenso.

—Sí, algún día te la presentaré. —Se giró hacia mí—. Acabamos de entrar al cine y voy a tener que colgar. Sí, me voy a tardar un poco en llegar a casa, pero no te preocupes, estoy bien. También te quiero, mamá. —Sonrió con malicia y yo negué con la cabeza.

Guardó el celular de vuelta en su bolso y se sentó a mi lado en el sofá. Puse mi brazo alrededor de sus hombros y la atraje hacia mí.

—¿Amiga de la universidad, eh?

—¿Qué querías que te dijera? ¿Mamá, estoy con Guto y estamos jugando a los doctores?

—¿Jugando a los doctores?

—¿No es una expresión para decir que estábamos teniendo sexo?

—Sí. —Me reí.

—No soy tan desactualizada con las expresiones de los viejos.

—¿Viejos? —Fruncí el ceño—. ¿A quién llamas viejo?

—A nadie. —Hizo la desentendida y yo mordí sus labios.

—Eres terrible, Rosi.

—Tal vez solo un poquito. —Hizo un gesto con la mano.

La volví a atraer hacia mi regazo y elegí otra película, una con menos violencia. Con ella en mis brazos, sentí un atisbo de culpa y una molestia incómoda, porque era tan feliz como nunca lo había sido durante mis años de matrimonio con Olivia, en los que ella me exigía mucho y me daba poco a cambio.

Por un momento, creí que podría encontrar el camino hacia la felicidad nuevamente, pero rechacé ese pensamiento. Lo que vivía con Rosi era tan erróneo que ni siquiera podía contárselo a otras personas, ella tenía que mentir cuando estaba conmigo, y sus padres jamás aceptarían nuestra relación. Yo ya era un hombre hecho, y ella no era más que una chica que recién comenzaba la vida.

Tenía que admitir que cada momento de felicidad que experimentaba era solo una ilusión.

—Tengo hambre de nuevo. —Se inclinó hacia un lado, atrayendo mi mirada, cuando la película terminó—. ¿Puedes pedir comida japonesa para nosotros?

—¿Te gusta el pescado crudo?

—¿Y a ti?

Hice una mueca y ella se rió.

—Entonces, ¿qué tal una pizza? —Se acomodó en el sofá para observarme mejor.

—Prefiero pizza.

—Claro, con la pizza no hay error. ¿Puedes pedir una?

—¿Por qué no la hacemos juntos?

—Mira, lo máximo que he hecho en mi vida fue una tarta de pollo y no sé si salió bien; mi mamá la comió para no hacerme sentir mal, ya sabes cómo es eso.

Me reí por su forma de decirlo. Había algo en Rosi que me encantaba tanto como me volvía loco: era sincera y genuina, quizás demasiado. Con ella, todo siempre era claro y directo, lo que me hacía vivir una verdadera montaña rusa.

—Yo sé hacerla. Tú puedes ser mi asistente.

—¿Desde cuándo sabes hacer pizza? —Abrió los ojos, sorprendida. En realidad, esa era una información sobre mí que no le había contado a nadie.

—Fui un hombre soltero durante mucho tiempo y necesitaba algo para ocupar mi tiempo libre. Terminé tomando un curso de pizzero. Fue bastante divertido.

—Me imagino que sí. Me gustaría hacer cosas así.

—Eres muy joven, Rosi. Aún tienes mucho por hacer. —Tomé su rostro por el mentón y la acerqué a mí, dándole un breve beso en los labios.

—Quiero hacerlo, pero prefiero hacerlo contigo. —Agarró mis manos y me jaló para que

me levantara del sofá.

—No sé si tengo todos los ingredientes que vamos a necesitar.

—Qué suerte que haya un Laerte en la esquina —dijo emocionada—. Voy a ponerme algo y podemos ir allá.

—Está bien.

Mientras Rosi recogía su ropa por el apartamento donde estaba viviendo, fui al armario, tomé una camiseta y unos pantalones cortos limpios para cambiarme antes de salir.

Por más equivocado que estuviera, esos momentos con Rosi me hacían sentirme entero. Ella completaba una parte de mí que ni siquiera sabía que me faltaba. Tal vez esa sensación venía del hecho de que sabía que no era una mujer que podría tener, y, terco como era, la quería muchísimo.

—¿Listo? —preguntó ella, deteniéndose en la puerta y moviendo el cuerpo de un lado a otro.

—Te vas a marear.

—Ya estoy acostumbrada. —Ajustó su cuerpo y se encogió de hombros.

—Vamos. —Pasé junto a ella y Rosi me siguió hasta la puerta.

Llegamos al ascensor y ella entrelazó sus dedos con los míos. Debería haber apartado la mano, separándola de mí mientras estábamos en público, caminando por la calle, pero no lo hice. Mantuve mi mano en la suya hasta que llegamos frente al supermercado.

Juro que no quería que eso sucediera. Hice todo lo posible para mantener a Rosi a distancia, pero fracasé. Y por más culpable que me sintiera, ya no tenía fuerzas para luchar contra su presencia en mi vida. Ni siquiera quería luchar. Salir a escondidas no debería ser una opción que siquiera considerara, pero Rosi tenía razón: ella quería y yo también. Por más equivocado que fuera salir con la hija de mi mejor amigo, con la mitad de mi edad, eso nos hacía felices.

Mi sonrisa y la de Rosi deberían ser suficientes para convencer al universo de que merecíamos una oportunidad.

—¿Harina de trigo? —Apareció frente a mí saltando, y casi me dio un infarto.

—Sí.

—¿Qué más necesitas?

—Levadura, aceite y lo que vamos a poner de relleno. ¿Prefieres pollo o pepperoni? —Miré por los estantes, moviendo la cabeza de un lado a otro, tratando de recordar en qué pasillo estaban los embutidos. Aunque ese supermercado era el que más frecuentaba por la cercanía con nuestra oficina, dejaba todo lo relacionado con la logística y organización al gerente.

—¿Pueden ser los dos? O sea, mitad y mitad. —Se puso de puntitas y me miró pensativa.

—Sí.

—Creo que vi un paquete de pollo ya desmenuzado en un congelador allá atrás. Voy a buscarlo. —Se dio la vuelta y asentí, moviendo la cabeza.

—¡Hola, señor Gutemberg! —Una de las empleadas pasó a mi lado y me saludó antes de ir a reponer más salsa de tomate en las estanterías.

—Hola. —Le sonreí e intenté parecer amable, aunque no recordaba su nombre. Había tantos empleados y yo solo tenía contacto con los gerentes.

—Guto, ¿cuál de estas marcas te parece mejor? —Levantó dos paquetes y señalé el de la izquierda.

Tragué saliva mientras la miraba. Había llevado a Rosi al supermercado, pero no había pensado en las consecuencias que esa simple exposición podría traer. ¿Y si alguien, aunque no lo quisiera, le contaba a Ricardo que nos había visto juntos? Rosi le había dicho a su mamá que estaba con una amiga. ¿Qué le diría a mi mejor amigo si me preguntaba por qué pasé la tarde del sábado con su hija?

Recordé una vieja frase: *quien no debe, no teme*. En mi caso, debía, y mucho.

—Creo que también necesitamos salsa de tomate, ¿no? —Rosi apareció a mi lado y, de forma instintiva, volví a sonreír. Su presencia me hacía olvidar las consecuencias. Rosi me hacía perder el miedo y ser irresponsable.

—Sí, necesitamos.

—Creo que eso es todo. —Tiró algunas cosas en el carrito frente a mí.

—Sí. —Sonreí y ella me devolvió la sonrisa. Tuve ganas de darle un beso en los labios. Seguramente, si no estuviéramos en uno de los supermercados de la cadena de su padre, la habría besado, pero me contuve. Sentí que Rosi también se contuvo, porque giró el rostro después de que nos quedamos mirándonos largo rato.

—¿Quieres algo más?

—Creo que voy a agarrar una caja de bombones.

—Yo voy a elegir un vino para los dos. —Me dirigí a la sección de bebidas mientras Rosi buscaba en el pasillo de chocolates.

Sabía que, mientras más momentos como ese pasara con Rosi, más difícil sería olvidarla, pero simplemente no podía alejarla, y ya no quería. Ya no tenía la edad para tener relaciones secretas, pero tendría que conformarme con una. La tendría en mi cama y en mi corazón, mientras manteníamos todo oculto de mi mejor amigo, su padre. Me sentía un hijo de puta, pero ya no tenía fuerzas para luchar contra lo que sentía por Rosi.

Recorrí las estanterías con la vista y encontré un vino tinto suave. A Rosi le gustaría ese. Lo puse en el carrito y ella apareció a mi lado con la caja de bombones.

—¡Listo! Podemos irnos ahora.

Fuimos a la caja y ella empezó a poner las compras en la cinta, mientras yo esperaba del otro lado para meterlas en las bolsas y pagar. Aunque el supermercado fuera mío, yo pagaba por mis compras como cualquier cliente, para evitar problemas con las finanzas y el inventario.

—Qué chica tan bonita —dijo la cajera a Rosi, mientras pasaba nuestras compras por el lector de códigos de barras.

—Gracias. —Rosi le sonrió, contenta con el elogio.

—¿Tu hija? —La cajera se giró hacia mí y me pregunté si no me conocía o simplemente me estaba confundiendo con Ricardo.

—¡No! —Rosi respondió rápidamente mientras yo me quedaba paralizado con la pregunta. Ella no era mi hija, pero podría serlo—. Soy su novia. —Rosi se infló para decirlo.

—Ah, disculpa. —La cajera se puso incómoda y sonrió de manera nerviosa.

—Tarjeta de débito, por favor. —Saqué mi tarjeta del bolsillo y la puse en la máquina, fingiendo que esa situación incómoda no había ocurrido.

Rosi me ayudó a terminar de poner los productos en las bolsas y salimos del supermercado juntos.

—¡Qué mujer más desubicada! —Resopló, tan pronto como nos alejamos un poco.

—Solo hizo una pregunta, Rosi... —Traté de no parecer molesto, pero en el fondo mi corazón latía fuerte y la angustia me comía por dentro. La pregunta inocente de la mujer había roto la burbuja que habíamos formado durante el día.

—¡Vaya! Para mí fue una falta de respeto.

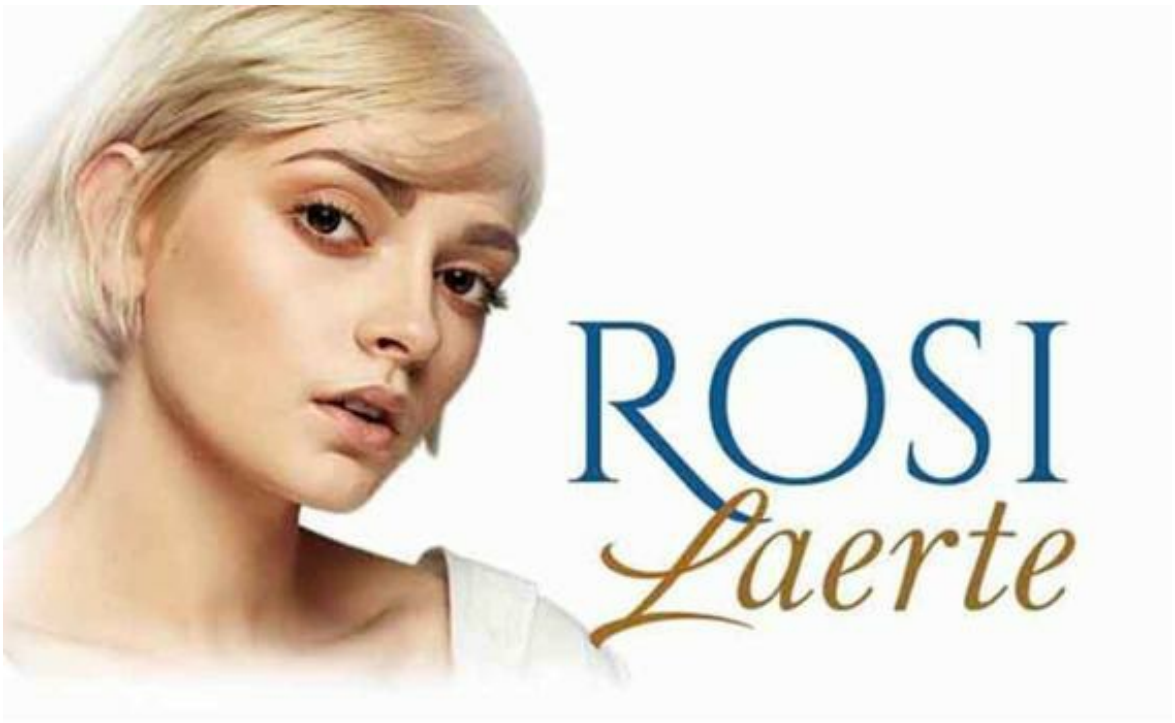
—No, podría ser tu padre.

—¡Pero no lo eres! —Vi un destello de rabia en sus ojos castaños y retrocedí al darme cuenta de su enojo—. Me pareció de muy mal gusto hacer esa pregunta.

—Deja de preocuparte por eso. Vamos a mi departamento.

Intenté borrar esa escena de mi memoria, porque sabía que más tarde me iba a torturar con ella.

Rosi no era mi hija, pero tenía la edad para serlo. Sin embargo, yo no tenía hijos. Ninguna mujer, ni el destino, me consideraba merecedor del derecho de ser padre, y al involucrarme con Rosi, parecía que me alejaba cada vez más de ese sueño.


ROSI
Laerte

Capítulo 43

Mi deseo era volver al supermercado y estrangular a esa cajera. ¿Por qué diablos había preguntado si Guto era mi padre? Por más que él dijera que todo estaba bien, que había sido una pregunta tonta, su expresión cerrada y la arruga de irritación en su rostro mostraban que, como mínimo, estaba molesto. Ya se creía demasiado viejo para mí; no necesitaba que nadie empeorara la situación.

Cuando puso las compras sobre la mesa, tomé su mano con la mía y lo hice mirarme.

—Guto?

—Sí. —Dejó las bolsas y su mirada se encontró con la mía.

—Te amo.

—No es el mejor momento para decir eso.

—Cualquier momento es bueno para decirle a la persona que amo lo que siento. —Subí mi mano por su brazo y la detuve en su rostro.

Guto besó mi palma y cerró los ojos. Estaba más molesto de lo que me habría gustado.

—Te castigas demasiado por lo que los demás piensan o pueden pensar.

—No los demás, tu papá... tu mamá...

—La cajera del supermercado no es mi mamá.

—Rosi, la situación no es tan simple como crees.

—Solo te veo complicando todo. Guto, solo a ti y a mí nos corresponde decidir lo que queremos. La opinión de los demás no importa. Porque, al final, solo nosotros sabemos lo que sentimos, y tenemos que aprender a lidiar con eso.

—¡Ay, muchacha! —Me tocó el rostro—. Ojalá tuviera tu determinación.

—Solo necesitas un poco más de valor.

—Creo que eso lo estás teniendo por los dos.

—Necesito compartir un poco de esta carga contigo. —Suspiré. No era fácil cuando él me evitaba todo el tiempo.

—Tenemos una pizza que hacer. —Se apartó de mí y yo resoplé.

Me di cuenta de que, aunque había aceptado nuestra relación, Guto aún luchaba contra ella, por miedo, por culpa y por otros sentimientos que quizás no entendiera. Pero yo iba a seguir ahí, luchando por nosotros y por no perderlo, hasta que él viera que estar juntos era más importante que la opinión de la cajera del supermercado o incluso que la de mi padre. Estaba segura de que algún día eso partiría de él; soñaba con el momento en que él luchara por nosotros.

—¿Me ayudas a hacer la pizza? —Me sonrió, decidido a cambiar de tema.

—Sí. —Fui a mi bolso a sacar una pinza para sujetarme el cabello y, cuando volví a la cocina, Guto me dio un delantal—. ¿Me das una mano? —Le mostré las tiras que deberían ir en mi cuello.

—Sí. —Guto se colocó detrás de mí y tomó las tiras del delantal, atándolas en mi cuello. Pero antes de alejarse, me dio un beso en la nuca, que me provocó un escalofrío.

Tomó un tazón y puso agua a hervir.

—¿Cuántas medidas de harina? —Abrí los armarios buscando una taza.

—Vamos a usar la mitad del saco, pero agregándola poco a poco. —Guto se quedó detrás de mí y me pasó el saco de harina.

Vertí un poco en el tazón y un polvo blanco se elevó, luego él echó un poco de agua tibia y el polvo de harina bajó.

—¿Qué tiene esa agua? —pregunté, porque lo había visto echar algunas cosas en ella.

—Sal, azúcar y levadura. Ponle un poco más de harina.

Asentí y giré el saco con cuidado, esta vez sin que se formara la nube blanca. Guto apartó el agua y tomó mis manos, metiéndolas en la harina húmeda. Me di cuenta de que era para mezclar y lo hice, guiada por sus dedos sobre los míos. Me apretó contra la mesa con su cuerpo y

sentí su erección contra mi culo mientras amasábamos la masa de la pizza. Eché el resto de la harina y Guto mezcló lo que quedaba de agua. Mis dedos estaban calientes, pero no pensaba que fuera por el contacto con la masa, sino por la fricción de sus manos.

—¿Te gusta esto? —Apretó mi mano contra la masa y su verga contra mi culo, y entendí la dualidad de su pregunta.

—Sí, me gusta mucho. —Me moví, frotando mi trasero contra él.

—Tienes que amasar bien la masa de la pizza. —La apretó, haciendo lo mismo con mi cuerpo contra la mesa, y por unos segundos me faltó el aire, pero creí que fue por la tensión de la proximidad.

—También es agradable ser aplastada —confesé, mientras fingía estar completamente concentrada en la tarea de preparar la pizza.

—¿Tú crees? —Se acercó a mi oído y me estremecí por completo.

Quizás Guto no sabía el poder que tenía para desestabilizarme y dejarme temblando.

—Lo creo. —Suspiré, apretando más su dedo que la masa.

Apretó aún más la masa, presionando mis dedos. Sus manos eran firmes, pesadas y grandes, cubriendo por completo las mías. La sensación de su toque y su cercanía era lo mejor del mundo. Quería que ese momento pasara lentamente para poder disfrutarlo al máximo.

Movíamos los dedos por la masa, mientras su verga bien dura frotaba contra mi culo, dejándome cada vez más excitada. La masa de la pizza se volvió más firme y uniforme, hasta que Guto dio un par de golpecitos en mi mano y me hizo detenerme.

—¿Qué pasa? —Moví la cabeza, mirándolo de reojo, frunciendo el ceño, pensando si había hecho algo mal.

—Ahora vamos a dejar que la masa repose por media hora. —La acomodó en un papel manteca sobre la mesa.

—¿Media hora, eh? —Me giré hacia Guto, envolviendo su cuello con mis manos cubiertas de harina.

—Sí. —Sonrió al notar la malicia en mi mirada.

Me encantó ese momento en el que, por un breve instante, podríamos ser una pareja común, sin la enorme lista de obstáculos.

Guto apartó mis brazos de sus hombros y me giró de espaldas a él otra vez, haciendo que me apoyara sobre la mesa de piedra de la cocina. Me manchó el cuello de harina y me besó la nuca. Un escalofrío me recorrió y el fuego que ardía en Guto aumentó aún más. Mordió y besó mi nuca varias veces, mientras sus manos recorrían mis curvas y llegaban a la base de mis jeans. Su mano encontró mi nalga con una palmada y puse los ojos en blanco, soltando un leve gemido de placer. Me moví contra él, pidiendo más.

Deslizó la mano hacia el frente de mi cuerpo y abrió el cierre de mis jeans, bajándolos hasta mis rodillas, haciendo lo mismo con mi ropa interior. Parcialmente desnuda, frotó el volumen de su pantalón contra mí. Puse los ojos en blanco y la excitación tan intensa me afectó, mi deseo por Guto era tan grande que parecía desbordar, quería más de él, mucho más.

Deslicé mis manos sobre la fría superficie de la mesa mientras escuchaba a Guto abrir su propio pantalón y pronto su erección tocó mi culo. Estaba muy excitado y me deseaba tanto como yo a él. Con una mano, sostuvo mi cabello, tirando de él con fuerza, y con la otra, agarró mi cintura mientras me penetraba sin calma ni ternura, aunque no sentí dolor ni incomodidad, ya que hacer la masa de pizza juntos había sido todo un juego previo.

Guto empujó mi cuerpo hacia adelante y, completamente rendida, me incliné sobre la mesa de piedra, presionando mis tetas contra la superficie rígida. Moví mi trasero contra su pelvis, pidiendo más, más profundo y más rápido, mientras él se movía dentro de mí, en un vaivén frenético.

Guto mordió mi hombro y me dio otra palmada en el culo, moviéndose más rápido hasta que nos llevó al límite. Su aliento caliente en mi oído y su lengua recorriendo mi cuello me volvían loca, la más dulce locura posible.

Apretó con más fuerza mi cintura y sentí su líquido llenar mi interior, pero continuó moviéndose, penetrándome, hasta que la tensión en mi vientre explotó en una ola de placer que me dejó sin fuerzas.

—No puedo dejar de querer tener sexo contigo cuando estás cerca, Rosi —dijo, jadeando contra mi nuca—. Esto es una locura.

—No hace falta que pares, Guto. —Lo empujé para quedarme frente a él, sin importarme el semen escurriéndose por mis piernas—. Me encanta tener sexo contigo y amo cada minuto que pasamos juntos.

—Rosi... —Antes de que comenzara a poner obstáculos, cubrí sus labios con la punta de mis dedos.

—¿Te gusta esto? —Señalé mi cuerpo.

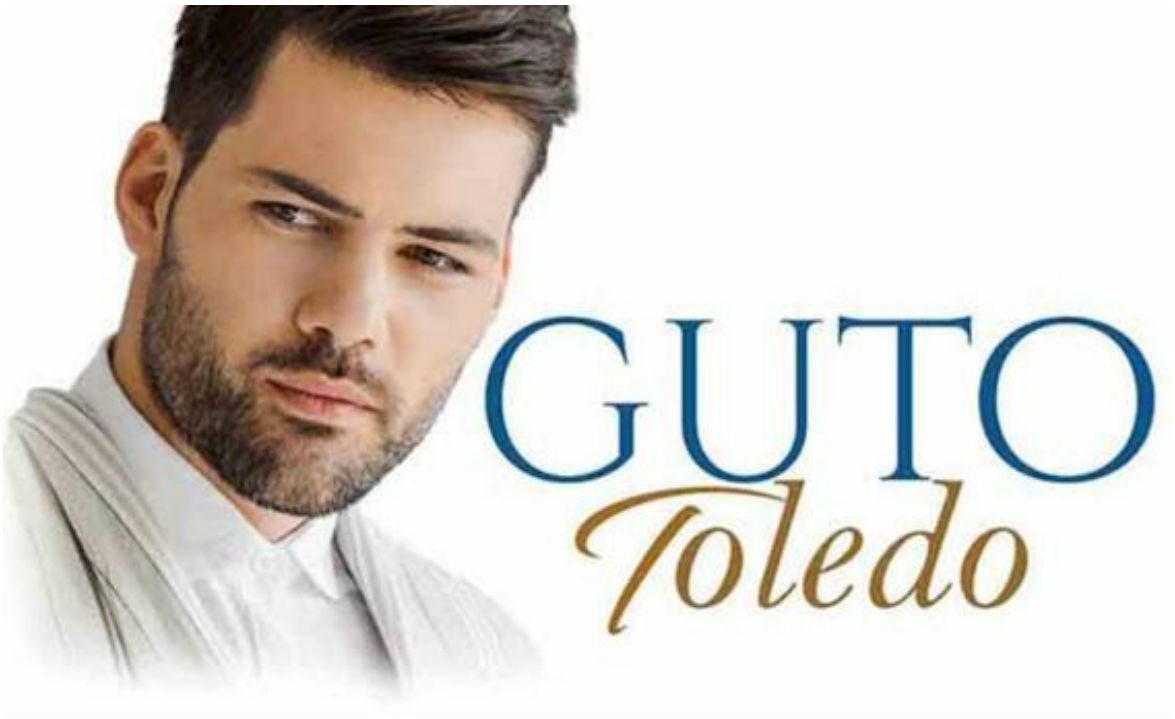
—Mucho más de lo que debería —confesó, con una expresión culpable.

—Entonces, a los dos nos gusta, y eso es lo que importa. No tenemos que dejar de lado lo que queremos solo porque los demás no estén de acuerdo. Soy adulta y estoy aquí por voluntad propia. No me sedujiste ni me obligaste a nada. Elegí estar contigo y cada vez que tuvimos sexo fue una decisión mía, y no me arrepiento de ninguna.

—Tienes mucha valentía, muchacha. —Sujetó mi rostro por el mentón y me dio un beso rápido.

—Lucho por lo que quiero. —Sonreí, acariciando su rostro. Ese hombre era alguien que siempre quise, y no iba a rendirme de luchar por él.

Me escapé de sus brazos y fui al baño a limpiarme, dejando a Guto pensativo mirando al vacío en la cocina.


GUTO
Toledo

Capítulo 44

Vi a Rosi alejarse y me quedé mirando tanto a ella como al vacío al mismo tiempo. En el fondo, en ese lugar donde no había miedo ni culpa, deseaba vivir ese momento con ella, entregarme al sentimiento que me hacía sentir más vivo que nunca. Anhelaba tener a la chica que me volvía loco tanto como ella me deseaba a mí, pero aún no podía simplemente disfrutar el momento sin sentirme culpable, quizás por miedo o por pura cobardía.

Mi matrimonio de cinco años había terminado porque Olivia y yo queríamos cosas diferentes, y tener un hijo no estaba en los planes de mi exesposa. Sin embargo, involucrarme con Rosi no ayudaba en nada. ¿Cómo pedir o esperar que esa chica, que apenas comenzaba su vida, cumpliera mi mayor sueño? Y si esperaba cinco o tal vez diez años... ¿Sería demasiado viejo para seguir el ritmo de un niño?

Aún estaba el tema de Ricardo, mi mejor amigo, y ese era el principal obstáculo que me impedía lanzarme de cabeza a una relación con una chica que tenía la mitad de mi edad. Porque Rosi no era cualquier niña, sino la hija de él. Ricardo podía ser una excelente persona en muchos aspectos, pero difícilmente aceptaría mi relación con su hija. No era algo fácil, y no podía quitarle la razón a mi mejor amigo. Si estuviera en su lugar, tampoco lo aceptaría tan fácilmente.

—¿Podemos preparar la pizza ahora? —preguntó Rosi, al salir del baño, con una enorme sonrisa que me contagió.

Su presencia era como el sol en mi vida, y mientras más tiempo pasábamos juntos, menos culpa sentía. Esto podría ser horrible, pero me permitía descansar mejor por la noche. Enamorarse de esa niña, al mismo tiempo que parecía ser mi mayor error, también se presentaba como mi mayor regalo.

—Voy al baño también, y luego la armamos —respondí, sonriéndole automáticamente. Hacía mucho tiempo que alguien no conseguía hacerme sonreír tanto.

—Está bien —dijo ella, sentándose en una silla alta, balanceando las piernas como lo hacía desde pequeña.

Pasé por su lado, le di un beso en la frente y fui al baño a lavarme las manos. Cuando regresé, Rosi seguía en el mismo lugar esperando por mí. Saltó de la silla y se acomodó el

delantal.

—¿Cómo montamos el relleno?

—Vamos a abrir la masa, y luego ponemos una capa de salsa de tomate.

Ella buscó la salsa entre las bolsas que habíamos traído del supermercado.

—Si no fueras administrador, podrías ser chef. Creo que tienes talento. —Me guiñó un ojo mientras vertía la salsa sobre la masa.

—Mi negocio son los números. La cocina es solo un hobby. Además, aún no la pruebas, puede estar horrible.

—Estoy segura de que, viniendo de ti, nada puede estar horrible. —Sonrió, y me quedé completamente desconcertado. Rosi tenía una habilidad increíble para dejarme sin palabras.

Terminamos de montar la pizza, con el relleno como a ella le gustaba, y la metí al horno. Mientras esperaba que se cocinara, abrí una botella de vino y serví una copa para cada uno. Rosi bebió algunos sorbos, y yo me perdí observando cómo sus labios se cerraban alrededor de la copa.

Ya no había forma de negarlo, era imposible esconder ese sentimiento. Estaba completamente enamorado de la hija de mi mejor amigo.

—Creo que ya está lista —dijo Rosi, levantándose de la mesa con un salto. Me dio un breve beso en los labios y se inclinó hacia el horno para observar mejor—. Huele delicioso.

—Apártate, que la voy a sacar —le dije, y ella dio unos pasos atrás. Tomé un trapo para sacar la bandeja del horno sin quemarme.

—Voy a poner la mesa —dijo, tomando platos y cubiertos y llevando las copas de vino.

Serví la pizza, poniendo una rebanada en su plato, y moví la silla para sentarme del otro lado de la mesa.

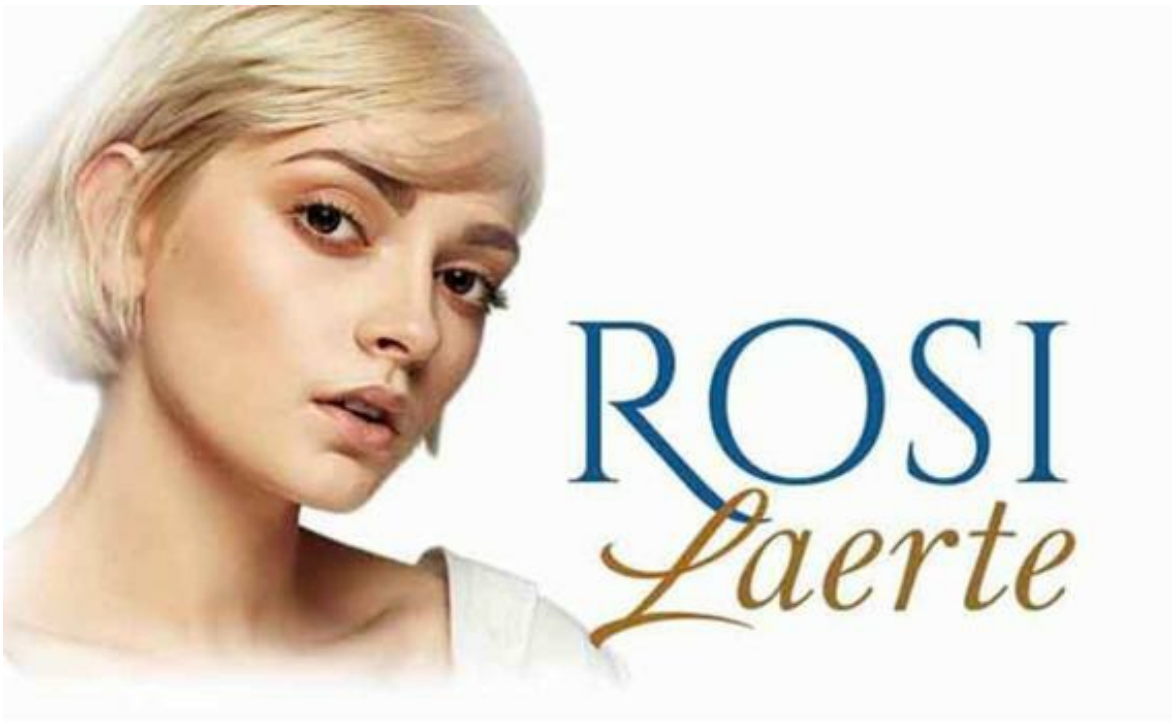
—¿Y bien? —Me tensé. Generalmente no me importaba la opinión de las personas, solo la de mi mejor amigo, pero la de Rosi parecía tener un peso enorme en ese momento.

—¡Hm.! —Cerró los ojos, respiró profundamente y suspiró—. Está deliciosa. La masa es

tan finita y crujiente. Pero no tenía dudas de que quedaría perfecta.

—¡Qué bueno! —Extendí la mano y le limpié un poco de salsa que le había caído en la comisura de los labios.

Rosi y yo estuvimos juntos el resto de la noche y hasta entrada la madrugada. Cuando Margarida volvió a llamar, ella ya se estaba yendo. En el fondo, quería pedirle que se quedara, que pasara la noche conmigo, pero sabía que no era posible. Ya estábamos mintiendo demasiado a sus padres, y todo se estaba convirtiendo en una bola de nieve. Solo esperaba que esa bomba tardara un poco más en estallar en nuestro rostro, porque, tarde o temprano, tendría que enfrentar a mi mejor amigo y contarle que Rosi y yo estábamos juntos.


ROSI
Laerte

Capítulo 45

La felicidad tenía varias definiciones, pero una de ellas era la que estaba viviendo con Guto. Había soñado durante años sobre cómo sería estar en los brazos de ese hombre y me sentía realizada. Finalmente, estábamos juntos.

—Parece que viste un pajarito verde —dijo Dani apareciendo frente a mí, lo que me sorprendió porque estaba completamente distraída, con la cabeza llena de recuerdos del maravilloso sábado que pasé con el hombre que amaba.

—Verde no, él es alto, tiene ojos y cabello castaño, una sonrisa que me desconcierta y un agarre...

—Está bien, Rosi, no hace falta que describas todas las cualidades físicas de Gutemberg. Ya sé que es un bombón.

Me encogí de hombros, haciendo un puchero, y Daniel se rió de mí.

—Pasaste toda la semana pasada de bajón y ahora parece que te sumergieron en purpurina, de lo brillante que estás.

—Tuve el mejor fin de semana de todos. Si hubiera sido mejor, solo habría faltado no tener que irme del departamento de él.

—¡Vaya! Por eso no atendiste ninguna de mis llamadas ni respondiste mis mensajes. ¿Te pusiste Hipoglós?

—¿Qué? —Fruncí el ceño sin entender a dónde quería llegar. A veces, me perdía completamente con las referencias de mi mejor amigo.

—Es una crema para rozaduras.

—¿Para qué me pondría eso?

—Porque probablemente te metió la verga con todo.

—¡Ah! —Mis mejillas se sonrojaron y desvié la mirada. Realmente, Guto y yo habíamos tenido mucho sexo el sábado, varias y varias veces—. Digamos que fue un día bastante movido

—dije, tirando el cabello hacia atrás, tratando de cambiar de tema.

—¿Y estuvo bueno? Quiero saber si es bueno en la cama. Porque muchos hombres grandes ni siquiera saben dónde queda el clítoris de una mujer.

—¡No es como si fuera un viejo, Dani!

—Es lo suficientemente viejo para ti.

—¡No empieces! —bufé—. Él sabe perfectamente dónde está mi clítoris. Ya lo descubrió con los dedos y hasta con la boca.

—¡Vaya! —Dani se abanicó como si tuviera calor—. Entonces, ¿están teniendo un romance ahora?

—Estamos saliendo... —respondí demasiado rápido, pero tragué saliva después de decirlo. Podría ser apresurado, pero Guto no me desmintió cuando dije que era su novia delante de la cajera del supermercado—. A escondidas —agregué, recordando la propuesta que había hecho yo misma, debido al miedo que tenía Guto de lo que mi padre pensara sobre nuestra relación.

Daniel comenzó a reír, retorciéndose como si estuviera teniendo una crisis, lo que hizo que mi expresión se cerrara aún más. No era para que él se riera, sino para que estuviera a mi lado.

—Ya no eres una adolescente, y mucho menos él, para estar saliendo a escondidas.

—Es complicado. —Desvié la mirada, mirando el suelo bajo mis pies.

—Imagino que sí. Espero que al final todo salga bien.

—Gracias. —Le sonreí levemente ante la primera muestra de apoyo de Daniel hacia mi relación con Guto. Finalmente debería haberse dado cuenta de que ya me había cansado de escuchar que no iba a funcionar.

—Si estás feliz, eso es lo que importa.

—¡Estoy muy feliz! —Mi sonrisa se amplió.

—¡Qué bueno! Vamos a almorzar porque tengo mucha hambre. —Extendió su brazo para que lo cruzara con el mío.

—Tengo ganas de comer la pasta de ese restaurante de Economía.

—Realmente estás animada, porque en un día normal no caminarías hasta allá ni aunque te pagaran.

—No te quejes y ven ya. —Lo jalé conmigo.

Caminábamos lado a lado por la acera de la ciudad universitaria, cuando me di cuenta de que mi mejor amigo estaba alternando el peso de un pie a otro. Dani solo caminaba de esa manera cuando quería decir algo pero no se atrevía.

—¿Qué pasa contigo? —Paré nuestra caminata y lo hice mirarme.

—¿Conmigo? —Hizo como si no supiera de qué hablaba—. No pasa nada.

—Ah, Daniel, sabes que te conozco muy bien, así que trata de soltarlo ya. Habla todo.

—Como si fuera tan fácil...

—¡Dani!

—Está bien. —Movió los ojos de un lado a otro, observando a las personas que pasaban cerca de nosotros, antes de cruzar los brazos y mirarme de nuevo—. Estoy saliendo con un chico.

—¡Ah, Dani, eso es genial! Me alegra mucho por ti. Finalmente encontraste a alguien y vas a dejar de estar agotando mi relación.

Torció los labios y me sacó la lengua. Me encogí de hombros, dejando claro que no me importaba la cara que puso.

—¿Y quién es el chico? ¿Cuánto llevan saliendo? —Lo jalé conmigo para que siguiéramos caminando hacia el edificio de Economía.

—No dije que estamos saliendo. No exageres, Rosi. Apenas nos conocemos desde hace unas dos semanas. Ni siquiera sé qué onda con él. Debes recordar que la última vez que intenté tener una relación, fue un desastre monumental. Hugo estaba más dentro del clóset que yo y ni siquiera se atrevía a salir con sus amigos, fue horrible.

—Tú tampoco tienes el valor de contárselo a tus padres, así que no puedes juzgar mucho al pobre tipo. Cada quien sabe dónde le aprieta el zapato.

—¿Ahora te convertiste en defensora de los débiles e indefensos?

—No, solo te recordaba algo importante.

—¡Está bien! Ya no importa, porque con Hugo ya no estamos. Ni siquiera sé por dónde anda.

—¡Lo que sea! —Tiré de su camisa—. Regresemos al tema actual, cuéntame más sobre él, porque tengo mucha curiosidad. ¿Quién es? ¿Dónde vive? ¿Es de tu clase de Derecho o un veterano que conociste?

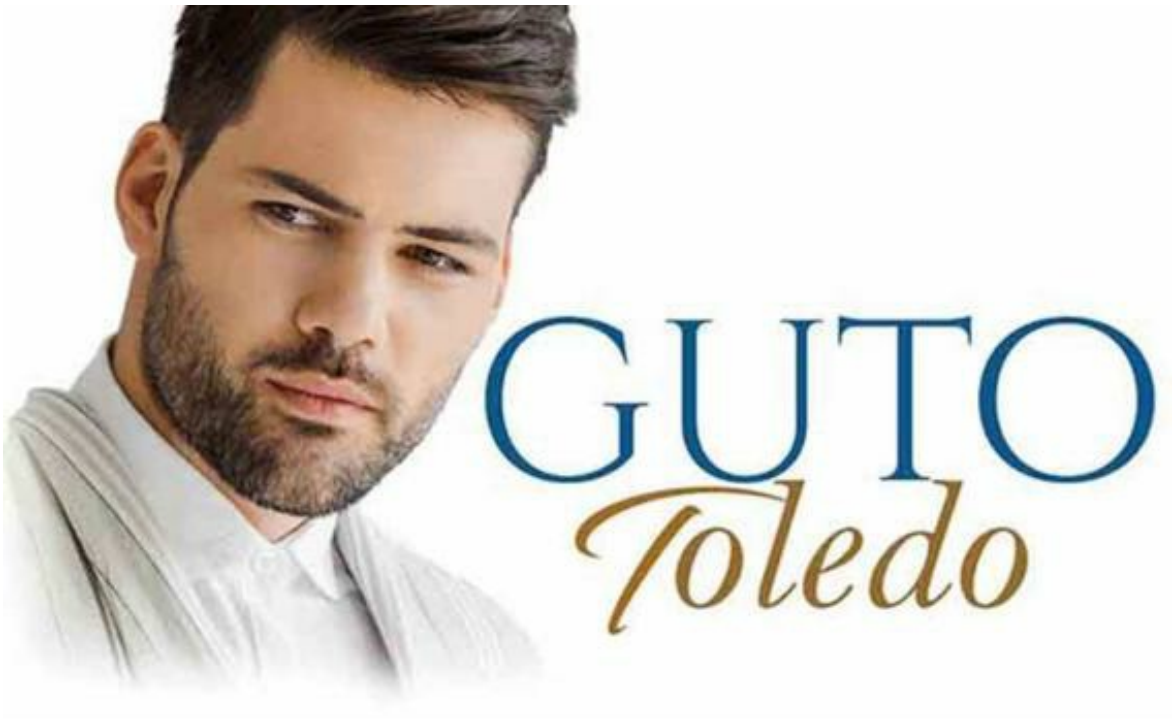
—¿Desde cuándo esto se convirtió en un interrogatorio?

—Cuéntame todo. Tú fuiste quien empezó a hablar, ahora estoy muy curiosa.

—Es un veterano, sí, y juega vóley en el equipo de la universidad.

—¡Vaya!

Seguimos caminando hasta el edificio y, durante todo el almuerzo, Dani habló sobre su nueva relación. Aunque él insistía en que solo estaban saliendo, la forma tan entusiasta con la que hablaba de ese chico me indicaba que tenían mucho más que una simple aventura. Dani se estaba convirtiendo en uno de esos casos en los que, al igual que yo, no tenían el valor de asumir una relación por miedo al juicio de los demás.


GUTO
Toledo

Capítulo 46

Ya que estaba en el infierno, me iba a quemar…, reí al pensar en eso mientras me tiraba en la silla de mi oficina. Estaba equivocado, me sentía culpable y estaba cometiendo una gran traición con mi mejor amigo, pero, culpándome o no, lo que estaba hecho no se podía corregir. Rosi y yo nos habíamos involucrado de una forma tan intensa que ya no podía controlarlo.

Ya me había hundido hasta el cuello, así que era el momento de lanzarme y disfrutar lo que estaba viviendo con ella, porque era bueno, demasiado bueno. No recordaba en mi vida haber tenido momentos en los que me sintiera tan vivo.

Había aceptado esa relación a escondidas y llevábamos casi dos semanas haciéndolo. La parte racional de mi mente ya no tenía fuerzas para gritarme y decirme lo mucho que estaba mal. Los besos, el calor, las caricias y los toques de Rosi habían enterrado todos los obstáculos bajo capas de placer y bienestar. Incluso mentirle a mi mejor amigo se había vuelto más fácil. Quería decir que me sentía pésimo por esto, pero cada vez que pensaba en Rosi, la culpa desaparecía, porque quería estar con ella.

Saqué mi celular del bolsillo y vi que tenía un mensaje de ella. Sonreí y sentí un calor extraño en el pecho, que hacía que mi corazón latiera diferente. *¿Pasión? Algunos dirían que sí.*

¿Cuándo nos vemos de nuevo? Ya te extraño.

Yo también.

¿Puedo ir allí más tarde?

Mejor no, tu papá está aquí.

Además, alguien puede verte entrando a mi oficina y hacer preguntas.

Ya han pasado dos días sin vernos.

Lo sé.

Te extraño.

Ven a mi departamento.

¿De noche?

Sí, pero no puedes quedarte mucho, porque tienes clase temprano.

No necesitas recordármelo, Guto. Ya lo sé.

No me vas a creer, pero soy una buena alumna y muy aplicada.

Estoy seguro de que sí.

Hasta luego.

Te esperaré allí.

Era irresponsable, pero la deseaba mucho. Anhelaba cada momento con Rosi. Simplemente no podía dejar de tenerlos.

Estaba viviendo un romance escondido como un adolescente, así pasaban mis días hasta que finalmente me armara de valor para enfrentar a mi mejor amigo y decirle que quería a su hija a mi lado. En el fondo, no era más que un gran cobarde, porque tenía miedo de perderlo. Nunca fui muy cercano a mi familia, pero Ricardo siempre fue más mi pariente que cualquiera de sangre. Pasaba meses sin contacto con mis parientes, pero sabía que con Ricardo no sería tan fácil.

Escuché un golpe en la puerta. Levanté la mirada del celular y vi a mi mejor amigo entrar en mi oficina.

—Guto, ¿cómo estás?

—Bien. —Puse mi mejor sonrisa falsa y traté de fingir que no estaba pasando nada.

—¡Qué bueno! Va a haber partido esta noche, y quería saber si no quieres ir a mi casa a verlo. Podemos hacer unos bocadillos y tomar unas cervezas, como en los viejos tiempos. Desde que estuviste unos días en mi casa, no has vuelto. Parece que viste un fantasma y estás huyendo.

—¿Qué fantasma ni qué nada? —Traté de cambiar de tema, pero la verdad era que estaba

huyendo.

—Te conozco bien, lo sabes.

—Ah, claro que lo sé, hermano. Eso del divorcio me tiene algo alterado.

—Lo imagino, pero ¿qué me dices? ¿Vamos a ver el partido?

—Hoy no puedo. —Tragué saliva al recordar el compromiso que tenía con Rosi y, honestamente, prefería pasar la noche con ella en mi cama que viendo el partido con Ricardo—. Tengo algunas cosas que hacer.

—Ah, sé que es un asunto serio, pero voy a ponerme en modo jefe. Estás trabajando demasiado, Guto. También necesitas relajarte, si no, vas a terminar explotando. Todos merecemos un descanso.

—No es trabajo.

—¿No? —Ricardo abrió los ojos como platos, y yo tragué en seco al darme cuenta del gran error que cometí.

Siempre le había contado todo a mi mejor amigo, sin preocuparme de esconder nada, así que las palabras se me escapaban sin pensarlo. Tendría que poner más atención.

—¿Tienes una cita para ver el partido con alguien más?

—Casi. —Traté de cambiar de tema, pero era pésimo mintiendo.

—¿Es una mujer, verdad? ¡Qué cabrón!

Me quedé parado, con una sonrisa forzada, sintiéndome un idiota. No sabía cómo salir de esta situación sin meter la pata aún más, sin una mentira preparada.

—Es solo una cita, hermano.

—¡Una gran cita! Para que prefieras sexo a ver el partido conmigo.

—Dudo que tú cambiarías a Margarita invitándote a la cama por quedarte en el sofá viendo el partido conmigo.

—Te pasaste, pero es una buena comparación. —Se rió, guiñándome un ojo—. Entonces, te contaré luego cómo terminó el partido.

—Gracias.

—¿Cuándo me la vas a presentar? ¿Es esa que te tenía tenso?

—Si esto se pone serio, te la presento. Por ahora, estoy viendo cómo va a funcionar. —Chasqueé los dedos e intenté parecer relajado, pero por dentro era un mar de nervios.

—Ojalá sea mejor para ti que lo que fue Olivia.

—Muchas gracias, Ricardo.

—Que tengas una excelente noche.

—Igualmente.

Ricardo salió de mi oficina, cerrando la puerta detrás de él, y dejé escapar un largo y profundo suspiro. Ahí estaba yo, haciendo lo que no quería hacer: mentirle a mi mejor amigo. Sin embargo, no veía otra alternativa. No quería perderlo.

Cuando llegó la hora de irme, junté mis cosas y casi corrí hacia el estacionamiento donde estaba mi auto. Rosi realmente me hacía sentir como un adolescente, porque nunca había sentido tanta ansiedad.

Conduje menos de cinco minutos y pronto llegué al garaje del edificio donde vivía. Subí en el elevador y, para mi sorpresa, al salir me encontré con Rosi parada frente a mi puerta, abrazando su bolso mientras miraba de un lado a otro, nerviosa. Sin embargo, cuando sus ojos se encontraron con los míos, su expresión se suavizó y la alegría llenó sus ojos.

—¡Guto! —dijo, corriendo hacia mí y lanzándose a mis brazos.

—Rosi. —Acaricié su cabello antes de alejar su rostro y besarla en los labios.

—Te extrañaba.

—Yo también.

Con una mano sosteniéndole la cintura, usé la otra para sacar la llave de mi pantalón y

abrir la puerta. La tomé de la mano y encendí la luz.

Rosi dejó caer su bolso al suelo y ni siquiera me molesté en cerrar la puerta con llave, solo la empujé con el pie. Mis labios encontraron los suyos, llenos de hambre, buscando su lengua con avidez. Era como si hubiéramos pasado años sin besarnos, no solo un par de días.

La senté en el sofá y me subí encima de ella, dejándola entre mis piernas. Bajé la cabeza y la miré a los ojos, antes de quitarme el saco y dejarlo sobre el respaldo del sofá. Rosi extendió las manos para desabrochar los botones de mi camisa, pero en esa posición sus dedos no llegaban a mi cuello. Me incliné sobre ella y tomé su boca nuevamente, saboreando su lengua y frotando mis labios sobre los suyos.

Sin calma, ayudé a sus dedos temblorosos a abrir los botones de mi camisa. Pronto, la prenda se unió a mi saco. Rosi deslizó sus dedos por mi pecho y abdomen, recorriendo mis músculos definidos hasta llegar a la hebilla de mi cinturón, que cedió con un poco más de facilidad. El sonido de la cremallera me hizo contener la respiración hasta que metió sus dedos delicados dentro de mi ropa interior y extrajo mi verga bien dura. Su mano la rodeó y solté un gemido de expectativa hasta que su boca cálida y húmeda la encontró. Me incliné hacia atrás cuando Rosi comenzó a succionar. Con su boca cada vez más hábil, dejé que guiara los movimientos y disfruté cada gota de esa deliciosa sensación.

Pasé la mano por su cabello y enrollé los hilos rubios entre mis dedos. Mi gesto la incentivó a ir más rápido, mientras su lengua me exploraba. Quería más, pero la interrumpí antes de llegar al clímax. Quería estar dentro de ella, sin esperar el tiempo necesario para otra erección después de haber gozado de esa forma. Me levanté del sofá y tomé su cintura, levantando su blusa. Pronto me deshice del resto de su ropa y la dejé desnuda, dándola vuelta y poniéndola de espaldas, con las manos apoyadas en el respaldo del sofá.

La mordí, lamí y besé su culo redondo antes de ponerme detrás de ella. Froté mi verga contra la entrada de su vagina, ya mojada, y Rosi empujó su culo contra mí, levantándolo aún más. Toqué su clítoris con la cabeza de mi verga y jugué un poco con él antes de penetrarla, haciéndola gemir. Era fácil ver que ella también estaba tan ansiosa por el sexo como yo.

Sujeté fuerte su culo, con una mano en cada nalga, mientras la penetraba despacio. Ella se movió, apretándose contra mí, y fue la señal que necesitaba para acelerar el ritmo. En esa posición, disfrutaba viendo cómo ella se entregaba completamente a mí mientras la penetraba sin pudor. En el ángulo en el que estaba, con su trasero bien empinado, podía ver su otro orificio y,

para ser sincero, sentí ganas de explorar esa parte de su cuerpo también, pero lo dejaría para otro momento.

Tomé su cabello y la obligué a apoyarse contra mi pecho, mientras con la otra mano sujetaba su cintura y la penetraba más profundo. Con cada embestida, saboreaba cómo su vagina envolvía y apretaba mi verga en contracciones involuntarias.

Rosi aumentó la fricción de nuestros cuerpos frotándose más contra mí, y no pude contener mi placer, dejando fluir el semen hacia ella mientras sacaba la mano de su cabello para estimular su clítoris y hacerla llegar al orgasmo junto conmigo.

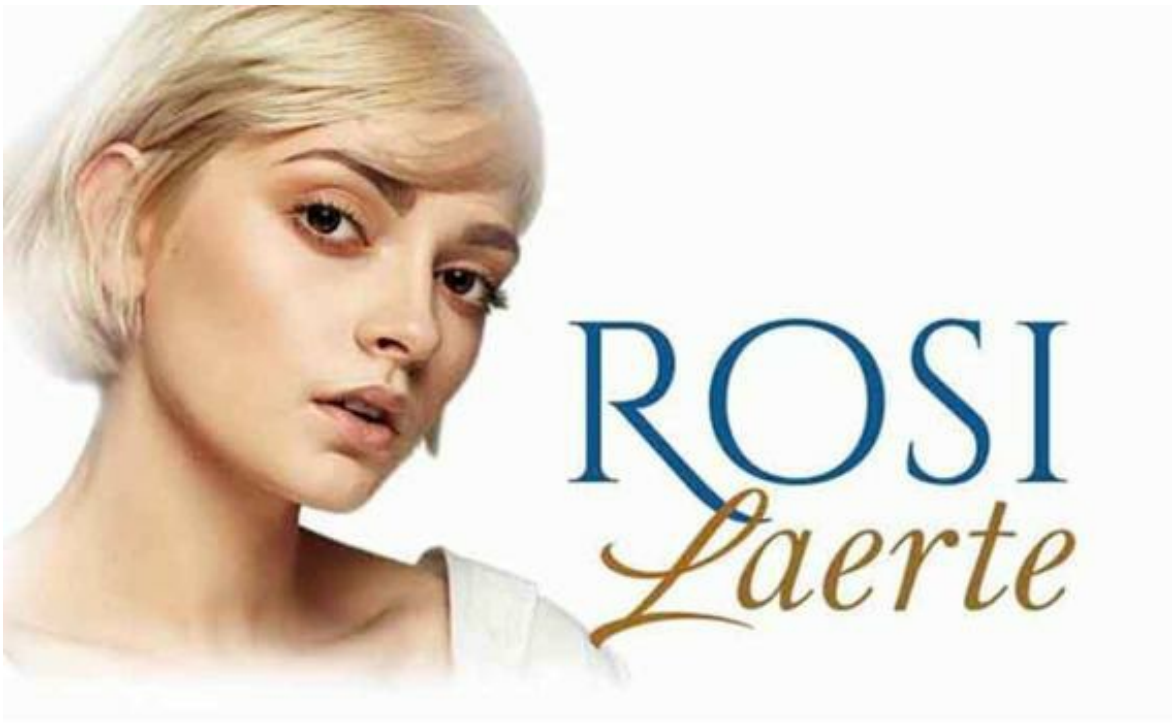
—También extrañaba esto —jadeó, recostándose sobre el sofá nuevamente.

—¿Cómo no extrañarte? —Besé su nuca mientras acariciaba su redondo culo, tan suave y sudoroso por el contacto con mi cuerpo.

—Espero que sea imposible. —Se rió, una risa deliciosa por la que cada vez me sentía más enamorado.

—Con seguridad lo es. —La giré y la levanté en mis brazos para llevarla al baño.

Habíamos tenido sexo sin condón, de nuevo. Eso se estaba convirtiendo en un pésimo hábito. Admito que buena parte de la culpa era mía, porque había tenido cuidado de no usarlo mientras intentaba embarazar a Olivia, pero con Rosi era diferente. Esperaba que ella estuviera usando anticonceptivos. Era algo de lo que tenía que hablar con ella después, cuando estuviéramos menos agotados y sudados.


ROSI
Laerte

Capítulo 47

Contaba los minutos de mis días para los momentos en que estaría con Guto. Por más que no pudiera gritar a los cuatro vientos que ese hombre era mío, no podía estar más feliz. En sus brazos, Guto me hacía sentir mujer, me deseaba, y la sensación de estar completa nunca había sido tan fuerte.

Cada momento con él era muy especial para mí y, con el tiempo, sentía que también lo era para él. Aunque nuestro amor fuera en secreto, Guto y yo estábamos felices.

—Te amo —dije, acariciando su rostro antes de robarle un último beso, justo antes de subirme al auto del conductor de la aplicación que había llamado para regresar a casa.

—Ten cuidado y avísame cuando llegues —me dijo, esperando a que me acomodara en el asiento trasero antes de cerrar la puerta.

Asentí antes de que el conductor arrancara. Sentía que Guto quería llevarme a casa, pero ambos sabíamos que, por ahora, no podía hacerlo sin levantar sospechas. Era mucho más fácil que mi excusa de estar en casa de Daniel funcionara, viajando de ida y vuelta en aplicación, como siempre hacía.

Sentada en el asiento trasero, me perdí en los recuerdos de la noche. El sexo urgente, la forma cariñosa en que me dio un baño y luego una conversación atenta sobre la universidad y mi curso de manejo. En esos momentos, que afortunadamente se volvían cada vez más frecuentes, Guto y yo parecíamos una pareja común, la que merecíamos ser.

Salí del auto cuando estacionó frente a mi casa y entré despacio, intentando hacer el mínimo ruido posible, ya que era más de la una de la mañana. Sin embargo, cuando pisé la sala, la luz se encendió, revelando a mi madre apoyada en la pared junto al aparador. *¿Habría estado esperando mucho tiempo?*

—¿Mamá? —Sentí una presión en el pecho y una bola formándose en mi garganta. Era imposible respirar y tragar.

—¿Qué hora es esta de llegar a casa, Rosimeire?

—Ah, mamá, estaba en casa de Daniel —dije con desinterés, tratando de no revelar la

mentira más obvia del mundo.

—¿Desde cuándo Daniel usa la misma loción después de afeitarse que tu padre? Ese chico ni barba tiene aún.

—¿Papá usa loción después de afeitarse? —pregunté, sonriendo nerviosamente.

—Él y Gutemberg usan la misma marca.

—Ah, Dani debe haberla comprado. —Me encogí de hombros, intentando pasar por ella, pero mi madre me agarró por el antebrazo y me arrastró hasta la cocina, donde pensé que tendríamos privacidad para hablar.

Pensaba en cómo convencerla de que me dejara dormir sin hacerme más preguntas, ya que nunca fui buena mintiéndole.

—¿Qué hacías con Gutemberg, Rosimeire?

—¿Con Guto? ¿Qué? No, mamá, hace tiempo que no lo veo.

—No me mientas, niña. —Me miró con la furia de un perro rabioso a punto de morderme la cara.

—Mamá, yo... es que... —tartamudeé, y me di cuenta de que ya me había enredado toda.

—¡Dímelo, Rosimeire! ¿Qué hacías con Gutemberg y por qué estás despeinada y oliendo a la loción que él usa?

—Mamá, es que...

—¡Rosimeire María Laerte!

—No se lo digas a papá —supliqué, encogiéndome. No sabía cómo escapar de su mirada sin decir la verdad.

—¡Oh, cielos! —Se llevó la mano a la boca, y su expresión era un cúmulo de asombro y sorpresa. Nunca la había visto con los ojos tan abiertos. Siempre fue una mujer muy centrada, que sabía lo que quería, una de las principales cualidades que heredé de ella. Pero lo que acababa de descubrir la había dejado perpleja—. Cuando dijiste que ya no eras virgen, ¿fue con él? —Su voz denotaba más sorpresa, y temí que mi madre tuviera un ataque al corazón en ese momento.

Podría haber mentido, pero tenía la sensación de que, sin importar lo que dijera, ella terminaría descubriendo la verdad. Puse las manos sobre mi cabeza, estaba perdida.

—¿Rosi?

—Sí, fue con él —susurré, con la esperanza de que no lo oyera, pero lo escuchó y se enfureció, pues vi su rostro tornarse rojo como esos dibujos caricaturescos de televisión. Casi salía humo de su cabeza.

—¿Ese hijo de pu...

—¡No, mamá! ¡Guto no me obligó a nada! Ya soy mayor de edad y quise cada una de las veces.

—Ahora entiendo todo. Tu papá llegó aquí diciendo que Guto no iría al partido porque estaba con una mujer. Y tú sales por la tarde y desapareces hasta ahora. ¡Estabas con él! Y tu papá se reía. ¡No sabía que el mejor amigo de él estaba acostándose con nuestra hija! ¿No tienes vergüenza, Rosimeire? Él es demasiado viejo para ti.

—¿Por qué tendría vergüenza? —la increpé, inflando el pecho—. Siempre he estado enamorada de él. Hasta ahora, y por lo que sé, siempre ha sido un hombre honrado e íntegro. Mi papá siempre le confió su vida. No tengo vergüenza, tengo orgullo.

—¡Ay, Dios mío! —Se masajeó las sienes mientras pensaba, intentando procesar lo que acababa de decir—. Tu papá no debería confiar tanto en él. Si fuera tan íntegro, no estaría acostándose con una niña.

—Mamá, basta. Solo tiene el doble de mi edad. ¿Y qué?

—¿Cómo que qué, Rosimeire? Él cambió tus pañales. Ya era adulto cuando naciste. Es un gran absurdo este involucramiento.

—Pensé que te preocupaba mi felicidad. Que me ibas a apoyar.

—Me preocupo, hija. Pensaba que Guto tendría juicio y que no dejaría que esto sucediera. Debería cortar esta tontería adolescente tuya y no llevarte a la cama. ¡Dios mío! —Pasó las manos por su cabello, empujándolo hacia atrás, casi arrancándoselo—. Voy a hablar con él. Esto no puede seguir pasando. Si tu papá se entera, va a volverse loco.

—¡No, mamá! —dejé que el grito saliera sin importarme el eco que causara—. No vas a hablar con Guto. Ha sido muy difícil convencerlo para llegar hasta aquí. Acepta que lo amo, por favor, y déjame ser feliz. —Sentí las lágrimas pesando en mis ojos y dejé que cayeran, sin preocuparme por mostrar mi debilidad. Quería que mi madre viera lo mucho que su falta de apoyo me dolía.

—Eres tan joven, Rosi.

—Cuando tenías mi edad, yo ya había nacido.

—Pero eran otros tiempos, querida. No tienes idea de las dificultades que tu papá y yo pasamos, además de la falta de apoyo de mi familia. Termina tu carrera y luego preocúpate por un novio. Tu vida podría ser mucho más fácil que la mía.

—No quiero que sea más fácil, mamá. Solo quiero ser feliz. Con todo mi corazón, soy muy feliz.

—Puede que solo sea una fantasía, querida.

—¿Te arrepientes, mamá, de haberte casado tan joven con mi papá?

Ella tragó saliva y vi que había tocado el punto exacto.

—Lo amaba y aún lo amo, pero tu papá no tenía el doble de mi edad.

—¿Y qué ley del universo dice que el amor de nuestra vida tiene que tener una edad cercana a la nuestra?

—Es lo común.

—Lo común no es una regla, mamá.

—Odio lo parecida que eres a mí. —Rió con pesar—. A veces desearía que no fueras tan determinada y llena de argumentos. Es tan difícil convencerte de hacer lo que yo creo que es correcto.

—Estoy siguiendo mi corazón, y él quiere a Guto.

—¿Sabes el lío que va a causar tu relación con él? Tu papá va a volverse loco. Si esto no funciona, nada será igual.

—Va a funcionar, lo siento.

—Ay, niña, aún te falta mucho por vivir. —Pasó su mano por mi cabello—. Solo quiero evitar que sufras.

—No siempre lo vas a lograr, mamá. —Bajé la guardia al darme cuenta de que ella estaba siendo un poco más tolerante. En el fondo, sabía que solo intentaba protegerme.

—Pero lo intento. Ese es mi deber como madre. Creo que sería mucho más fácil si te involucraras con alguien de tu edad, que está en el mismo camino que tú. Guto es un hombre hecho, ya se casó y acaba de divorciarse. Tiene un pasado que no necesitas cargar.

—Lo quiero, mamá, lo quiero todo, lo quiero a él. Lo amo. Incluso antes de que se casara, soñaba con el momento en que me hiciera mayor y él tuviera ojos para mí. Ahora los tiene. No sabes cuánto soy feliz. Quiero que esto dure para siempre. Quiero que él sea mío, así como yo soy suya.

—Si no te conociera tan bien, haría todo lo posible para que cambiaras de opinión. —Se inclinó, masajeando sus rodillas, y mostró cansancio antes de levantar la cabeza y mirarme de nuevo—. Pero te conozco, y sé que cuando pones algo en tu cabeza es imposible sacarlo. Lamentablemente, yo también soy así. Pero, hija, prepárate para una turbulencia, porque no soy solo yo quien no quiere verte con un hombre que podría ser tu padre.

—Espero que algún día cambies de opinión.

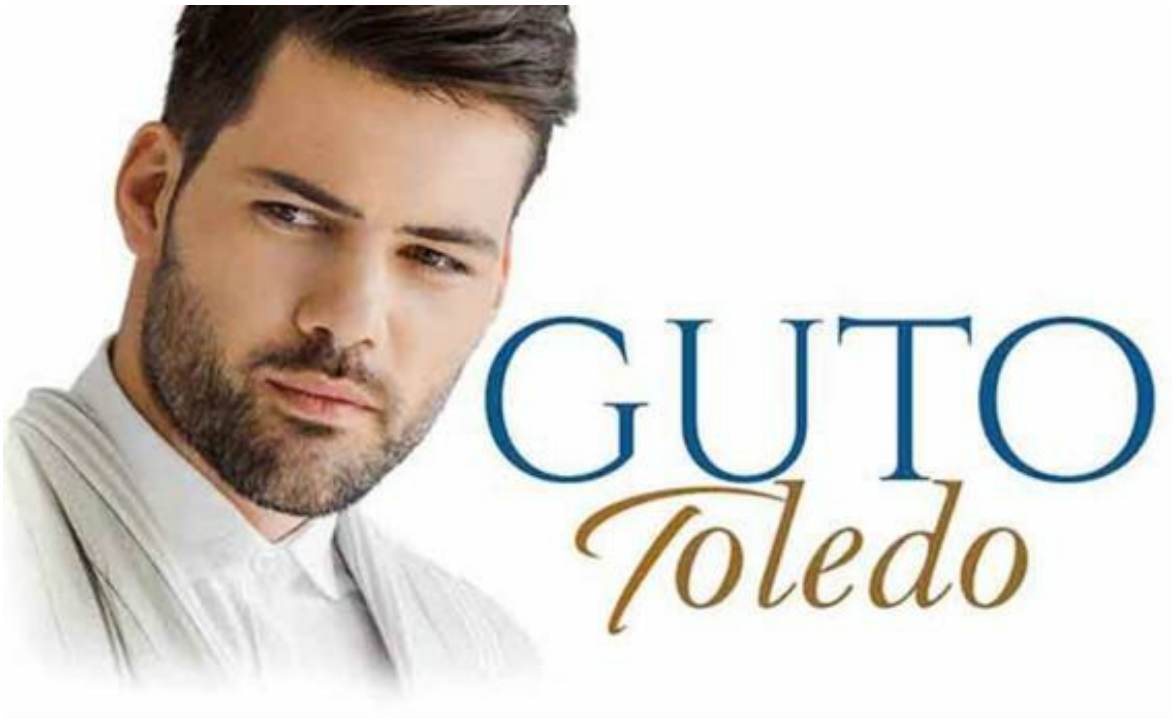
—Yo también.

Pensé en salir de la cocina, pero antes de que pudiera, mi madre me agarró por el hombro, haciéndome detener. La conversación aún no había terminado.

—Tu papá tiene que saberlo. Si esto sigue mucho más tiempo a sus espaldas, será peor.

—Se lo contaré. Solo dame un poco de tiempo, necesito hablar con Guto.

—No te alargues demasiado...


GUTO
Toledo

Capítulo 48

Estirado en mi sofá, pasaba los canales de la televisión sin prestarle atención a ninguno de ellos. El movimiento de mis dedos era automático mientras mis ojos vagaban por el techo blanco y mi mente se sumergía en pensamientos.

Había caído en los encantos de Rosi y, cuando estaba con ella, cerraba los ojos a las preocupaciones. Sin embargo, a veces, cuando quedaba solo de nuevo y su magia se disipaba, recordaba los problemas que nuestra relación podría traer para los dos. Algunas cosas en la vida no son como uno quiere, y mi relación con Rosi encajaba en esa categoría.

Mi celular vibró y vi que era un mensaje suyo diciéndome que ya estaba en la cama, acompañado de una foto en pijama. *Tan linda... Tan joven...*

Justo encima de su foto apareció una llamada. *¿Quién estaría llamándome a esa hora de la noche?* Reconocí el número y vi que era el dueño de AMontreal, quien había cerrado un gran contrato con los supermercados. Contesté, preocupado de que fuera algún problema que pudiera afectar mi negocio.

Lo último que necesitaba eran más problemas.

—Hola, Bulldog, ¿todo bien por ahí? —dije, sonando tranquilo y concentrado, como respondía otros llamados de trabajo.

—Hola, Guto. Todo en marcha. La empresa de transportes ya tiene los horarios alineados con la feria; es una buena colaboración. —Pareció resoplar del otro lado de la línea, porque la llamada chirrió un poco—. Estás animado.

—Sí. Digamos que… estoy sufriendo menos con ciertos temas personales y he dejado otros para preocuparme cuando llegue el momento.

—¿Con tu ex? ¿Estás disfrutando la vida de soltero?

Me sorprendió la pregunta tan personal para alguien que solo era un socio de negocios, y eso me hizo sentir algo molesto.

—¿Por qué tanta curiosidad? No me llamaste para saber cómo estoy.

—Perdón, no sé hacer eso. —Su voz cambió, adoptando un tono triste. Parecía molesto o incluso afligido. No era el único atormentado por problemas personales—. Mi padre falleció, descubrí algunas mentiras en mi vida, y la mujer en la que pensaba que podía confiar, ahora se está metiendo con otro. No tengo familia, me siento...

—Perdido. Bueno, mi familia está viva, pero nunca fuimos muy unidos, y sé cómo se siente estar solo. Mis condolencias por tu pérdida, Bulldog. Puedes contar conmigo.

Por accidente, toqué el control y la televisión se sintonizó en un canal adulto. Un gemido sonó en mi sala y me apresuré a apagar la televisión.

—Estás ocupado, luego hablamos.

¡Genial! Ahora el tipo pensaba que me había llamado en mitad de un polvo. Revolví los ojos; si estuviera con Rosi, jamás habría contestado.

—Relájate, todo está bien por aquí. ¿Dónde estás? —Intenté cambiar de tema. Mi vida sexual no era asunto de ese tipo. Explicar que había caído en un canal porno por accidente sería lo último que haría.

—Volviendo a casa.

—Maneja con cuidado y, si necesitas un tiempo para despejarte, puedo conseguirte un lugar donde quedarte. —Y ahí estaba, mi boca sin filtro. Ricardo decía que tenía un buen corazón y siempre intentaba ayudar a los demás, y eso era casi un impulso—. Todos tenemos problemas, lo que diferencia a los que sobreviven de los que no, es cómo los manejan.

Definitivamente, no estaba manejando bien los míos.

—Ya hice todo lo que no debía. Ahora tengo que afrontar las consecuencias. Gracias por escuchar, puedo manejarlo.

—Coincidencia o no, estoy en la misma situación que tú. Lo que se hizo, se hizo. Ahora, a lidiar con las consecuencias. Y Bulldog...

—¿Sí?

—No soy el mejor consejero, pero el tiempo ayuda a aliviar algunas cosas. Así que, tómate tu tiempo.

—Buenas noches. —Colgó la llamada, sin esperar mi respuesta.

El tiempo ayuda a aliviar algunas cosas… ¿Será cierto? Yo solo había repetido una frase que Ricardo me había dicho tantas veces. Sinceramente, confiaba mucho en la verdad de sus palabras.

Después de la llamada de Bulldog, me fui a la cama a dormir, o al menos intentarlo. Quería que alguna solución milagrosa apareciera en mis sueños para ayudarme con la situación con Rosi. Sin embargo, eso no ocurrió, y tampoco pude dormir.

***

Me desperté temprano y me dirigí a la empresa. Trabajar me hacía sentir útil, y podía concentrar mis pensamientos en los problemas que podía resolver y estaban bajo mi control.

Abrí un informe en Excel con las ganancias de la marca propia del supermercado en colaboración con AMontreal, presidida por Bulldog. Tendría una reunión con Ricardo por la mañana para discutir los números y analizarlos.

Imprimí algunos de los informes y me preparé para enfrentar a mi mejor amigo. Cada vez se me hacía más difícil mirarlo a los ojos, especialmente al recordar las noches que pasaba con su hija. Salir con Rosi en secreto no era cómodo, pero la comodidad me hacía postergar la situación. Sin embargo, tarde o temprano tendría que decirle a Ricardo la verdad y afrontar las consecuencias. Esperaba que el tiempo hiciera todo más fácil.

Con los informes en mano, salí de mi oficina y me dirigí a la de Ricardo. Su secretaria sonrió al verme pasar y movió la cabeza en señal de saludo, que respondí antes de golpear la puerta y esperar que mi mejor amigo me dejara entrar.

—¡Buenos días, Guto! —Ricardo me miró con una sonrisa enorme, de esas que me harían sonreír también, si no fuera porque el secreto que ocultaba me comía por dentro.

—¡Buenos días, Ricardo! Traje los informes para que hablemos de los números del proyecto de la marca propia. Como esperaba, está siendo bien recibido por los consumidores y tendremos una buena ganancia, ya que nuestro margen es mejor.

—¡Siéntate! —Apuntó a la silla frente a él—. ¿Cómo estuvo la noche ayer?

—Bien. ¿Ganó el São Paulo?

—¿Tan ocupado estabas que no tuviste tiempo de encender la televisión? Estás muy lujurioso, ¿eh, pillo? —Hizo una mueca y me reí—. Recuerdo cuando Margarida y yo estábamos de novios, antes de que quedara embarazada de Rosi; era una locura, pasábamos horas en la cama. Ahora, apenas aguanto una hora de sexo y ya estoy muerto.

—Aún puedes aguantar bastante. —Puse los informes sobre la mesa y me esforcé por mantener la sonrisa mientras trataba de cambiar de tema.

—Me las arreglo. Aprovechamos cuando las niñas no están mirando para tener algo de acción. Cuando seas padre lo entenderás; por ahora, disfruta del fuego.

Imagino que Ricardo no estaría muy contento de saber que hablaba del fuego que la hija de él tenía cuando estaba conmigo.

—Bueno, sobre los productos de la marca propia, creo que deberíamos considerar ampliarla, buscar asociarnos con pequeñas fábricas de productos de limpieza, para tener la marca Supermercados Laerte en productos como agua sanitaria, jabón en polvo y otros que la gente usa a diario.

—Guto, sabes que confío completamente en ti.

Moví la cabeza y tragué saliva.

—Sé que tomarás la mejor decisión para nuestro negocio, como siempre has hecho desde que éramos jóvenes. Reconozco que si estoy aquí hoy, sentado en esta silla elegante y con millones en mi cuenta, es gracias a ti.

—¡Gracias, amigo! —Me encogí aún más en la silla, completamente incómodo. Que Ricardo me recordara cuánto confiaba en mí solo hacía que la culpa pesara más en mis hombros.

Necesitaba decirle la verdad a mi mejor amigo. Mirarlo todos los días y fingir que nada pasaba se me hacía cada vez más difícil.

—Entonces, ¿en qué puedo ayudarte? ¿Ya has investigado algunas fábricas? Yo puedo hacerlo y pasarte algunos informes sobre productos y productividad para que puedas analizar cuál será la mejor inversión.

—Al igual que en AMontreal, tendremos que invertir en maquinaria para el empaquetado y etiquetado de los productos. Además, hay que pensar en toda la logística de transporte.

—Te ayudaré con lo que necesites. —Estiró la mano y me dio una palmadita en el hombro.

—Señora, no puede entrar ahí. —Escuché el grito de la secretaria de Ricardo y ambos nos volteamos a tiempo de ver a Olivia entrar en la sala sin previo aviso, pasando junto a la pobre secretaria.

—¿Qué haces aquí? —Empujé la silla y me puse de pie, gruñendo hacia mi exesposa. Una mujer que esperaba no volver a ver.

—Ahora entiendo por qué querías tanto el divorcio. Los hijos fueron solo una excusa. Querías quedarte libre para tu niñita.

—¿Qué dices, Olivia? —Fruncí el ceño y fingí sorpresa, aunque en el pecho sentí cómo se me apretaba el corazón. Me di cuenta de que la mentira que estaba contando se iba a revelar.

—¡Me dejaste por una niña que apenas ha salido de los pañales! ¿Cómo puedes?

—¿Niña? —preguntó Ricardo, sin comprender las insinuaciones de Olivia.

—¿No sabías que se está acostando con tu hija? —Se rió mientras sacaba un sobre de su bolso y lo lanzaba sobre el escritorio de mi mejor amigo.

Ricardo se quedó paralizado, mientras su mirada desconcertada se cruzaba con la mía.

—¿De dónde sacaste esa historia, Olivia? ¿Te volviste loca? —Intenté defenderme. No sabía cómo Olivia había sabido de mi relación con Rosi, pero mientras fueran solo insinuaciones, sería mi palabra contra la suya y esperaba que mi mejor amigo me creyera.

—¿Qué es esto? —Ricardo apretó los dientes y una arruga le apareció en la frente. Estaba molesto, y con razón. Temí lo que podría estar pasando por su mente, pero sabía que yo era el mayor culpable de que la situación hubiera llegado hasta este punto. Debería haber tenido el valor de contárselo antes.

—Olivia está loca. Vuelve a casa.

—¿Loca, eh? —Abrió el sobre y tiró las fotos sobre la mesa.

Tragué saliva y sentí que el suelo se abría bajo mis pies cuando miré cada una de las imágenes. Algunas fotos mostraban a Rosi entrando a mi departamento en diferentes días y con

ropa diferente. En algunas de ellas nos estábamos besando en el pasillo, en otras, borrosas y tomadas a través de la ventana, estábamos en medio del acto. Las fotos estaban desenfocadas, afortunadamente, pero no podía negar que éramos Rosi y yo.

—¿Qué mierda es esto? —Ricardo empujó las fotos fuera de la mesa, incapaz de seguir mirando. Ver a su pequeña niña en el sofá conmigo no era una imagen que quisiera recordar.

—¿Cómo conseguiste estas fotos, Olivia?

—Mi madre me dijo que había sido muy ingenua al aceptar el divorcio tan rápido. Me aconsejó contratar a un detective privado para vigilarte. Pensé que me querías, tenía esperanza de que, cuando te dieras cuenta del error que cometiste, volviéramos a estar juntos, pero no, me dejaste por una niña.

—No debiste haberme espiado. Te di la casa, te di dinero, ¿qué más querías de mí?

—Amor. —Presionó sus labios temblorosos, pero la fuerza no impidió que las lágrimas cayeran de sus ojos—. Me pediste que me casara contigo, pasamos cinco años juntos, pero nunca me dijiste que me amabas. Decías tanto que querías una familia, pero ¿cómo podrías tener una si ni siquiera eras capaz de amar a tu esposa? Pensé que al menos querías a tu mejor amigo, pero parece que tampoco.

—¡Pedófilo de mierda! —Ni siquiera me di cuenta de dónde vino el puñetazo, pero me dio de lleno, justo en el medio de la cara, haciéndome tambalear hacia atrás.

Por doloroso que fuera, merecía ese golpe.

—Ricardo, puedo explicarlo... —dije, mientras me masajeaba la zona afectada, buscando la mirada de mi mejor amigo, que estaba llena de furia.

—¿Explicar qué, desgraciado? ¿Que no querías ver el partido conmigo ayer porque ibas a pasar la noche cogiendo con mi hija? Por eso Rosi llegó tan tarde ayer, estaba contigo. ¿No te da vergüenza? Todo este tiempo, desde aquella conversación que tuvimos en el restaurante, era sobre mi hija...

Me quedé callado, ya no tenía respuestas. Ricardo conocía la verdad y nada de lo que dijera iba a calmar su furia. Olivia había elegido el peor momento para confrontarme, o tal vez el mejor para ella, ya que quería que mi mejor amigo supiera lo que estaba pasando entre Rosi y yo.

—No puedo creer que haya metido un pedófilo degenerado en mi casa, bajo el mismo techo que mi hija. ¿Qué hiciste con Rosi mientras estaba en mi casa?

—Nada, Ricardo, te lo juro.

—¡No te creo!

—Por favor, necesitas entender que...

—¡No voy a entender ni una mierda! ¡Sal de mi oficina!

—Ricardo, déjame explicarte.

—¡Sal de mi oficina! Debería llamar a la policía y meterte en una celda, cortarte los huevos para que nunca más toques a una niña.

—Ricardo, Rosi ya es mayor de edad. —Lo que dije no mejoró nada, pues la furia en sus ojos brilló aún más. Si mi mejor amigo tuviera algún instinto asesino, me habría matado en ese mismo momento. Probablemente merecía cualquier castigo que él decidiera darme, pues sabía lo mal que estaba involucrarme con Rosi y aún así lo hice.

—¡Lárgate de mi vista, Gutemberg! Me das asco, eres un lobo con piel de cordero.

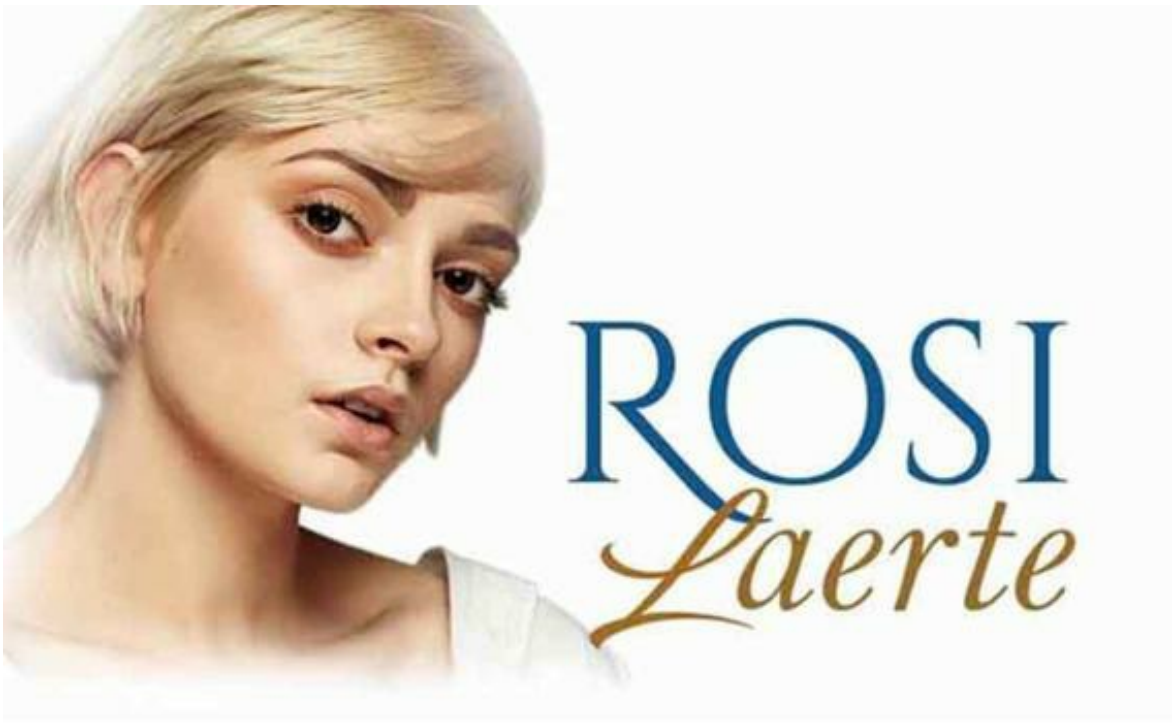
Quería decir que lo sentía, pero esas palabras eran inútiles en ese momento, no iban a arreglar mi relación con mi mejor amigo. Conocía lo suficiente a Ricardo como para saber que, en ese momento, no había nada que pudiera decir para que me perdonara.

—Quiero que estés lejos de mí y, sobre todo, de mi hija.

—Ricardo, escúchame...

—¿No oíste lo que te dije? ¡Quiero que estés lejos, carajo!

Me di la vuelta y pasé por al lado de mi exesposa, casi chocando con ella, de lo enfadado que estaba. Estaba fuera de control, pero sabía que no podía echarle toda la culpa a ella. Desde el momento en que comencé a involucrarme con Rosi, sabía que el día en que Ricardo lo descubriría iba a llegar, pero podría haber sido menos traumático si se lo hubiera contado.


ROSI
Laerte

Capítulo 49

Tuve examen durante toda la mañana en la universidad y me sorprendió la cantidad de llamadas perdidas de Guto cuando tomé mi celular al mediodía. Pensé que tal vez me extrañaba, pero era mucho para que me hubiera llamado tantas veces sabiendo que estaba en clase.

En cuanto subí al coche de Daniel para volver a casa, me acomodé en el asiento del copiloto y me puse el cinturón antes de devolver las llamadas de Guto. El teléfono sonó y él contestó al primer toque.

—Hola, Guto —dije con voz suave y el corazón ardiendo al saber que el hombre que amaba estaba al otro lado de la línea.

—Rosi... —El tono tenso de su voz al decir mi nombre fue como un balde de agua fría sobre mí. Habíamos avanzado tanto, no era momento para que Guto se echara atrás ahora.

—¿Qué pasa? —Hice un puchero, aunque sabía que no podía verlo.

Daniel se rió a mi lado y lo empujé para que se callara.

—Tu papá sabe de nosotros.

—¿Se lo contaste? ¿No estábamos saliendo a escondidas? —Dejé de respirar, sintiendo cómo se tensaban todos mis músculos.

—No le dije nada. Fue Olivia.

—¿Se lo contaste a ella?

—Claro que no, Rosi. Ella lo descubrió. Contrató un detective privado, quién sabe por qué, si yo la dejé más que cómoda con el acuerdo de divorcio. Lo peor es que tenía fotos de nosotros besándonos y de nosotros teniendo sexo en el sofá.

—¿Mi papá vio eso? —Me quedé helada.

—Lo vio.

—¿Y ahora?

—Está furioso conmigo, muy molesto. No me dejó decir ni una palabra ni dar ninguna explicación.

—¡Vaya! No imaginaba que él vería una foto nuestra. ¡Maldita sea! Tu ex es un verdadero infierno. —Sabía que insultar a su exmujer no iba a arreglar nada, pero fue Olivia quien armó todo este lío; la culpa era de ella que estuviéramos enfrentando este problema. Aunque dudaba mucho que ella se sintiera arrepentida de lo que hizo. Podría haberle dado el divorcio a Guto, pero no soltaba el hueso.

—¿Qué vamos a hacer?

Exhalé el aire que retenía en mis pulmones, obligándome a respirar de nuevo. No sería muriendo asfixiada como resolvería nuestro problema.

—Aún no lo sé. Tu papá no es fácil de manejar cuando está tan enojado. Llamé para que estuvieras preparada antes de llegar a casa.

—¿Qué crees que él puede hacer conmigo?

—¿Regañarte? No creo que haga más que eso. Ya me dio un buen puñetazo, me duele hasta ahora.

—¡Ay, Guto! Lo siento mucho.

—No te preocupes, puedo sobrevivir a un ojo morado. Solo avísame si necesitas algo. No sé cómo va a estar él cuando llegues a casa.

—Creo que para cuando llegue, ya habrá entendido que no tiene motivos para volverse loco de esa manera. Ya soy adulta y elegí estar contigo.

—No es así como te ve él, Rosi. Siempre serás la niña de tu papá, no importa el tiempo que pase.

—Pero mi papá tendrá que entender que te elegí a ti.

—Ojalá que sí. —Estaba tenso. Era la reacción que esperaba de él cuando mi papá descubriera sobre nosotros.

—Todo va a estar bien —prometí, aunque sin estar completamente segura de ello.

—Ojalá. Si necesitas algo, me avisas.

—Está bien, gracias. Te cuento qué pasó después que llegue a casa.

—Perfecto. ¿Me llamas después?

—Sí, claro.

—¡Genial! Besos, Rosi.

—Besos, Guto.

Colgó y yo me quedé sosteniendo el celular unos segundos mientras miraba por la ventana del coche de mi mejor amigo. La bomba había explotado antes de lo que imaginaba, y mi mayor miedo era que mi relación con Guto se viniera abajo. Estaba bien que mi papá me mirara mal un tiempo, mientras el hombre que amaba siguiera siendo mío.

—¿Qué pasó? —preguntó Dani, cuando se dio cuenta de que Guto ya no estaba al otro lado de la línea.

—Mi papá sabe. La maldita ex de Guto se lo contó.

—¡Qué mal! ¿Cómo lo sabía?

—Parece que contrató un detective privado, quien sacó fotos de nosotros juntos y todo lo demás. Se las mostró a mi papá, que hasta le dio un golpe a Guto.

—¿Y qué vas a hacer?

—Decirle a mi papá que es con Guto con quien quiero estar.

—¿Y si no lo acepta?

—Tiene que aceptarlo —aseguré con firmeza, tratando de ser optimista a pesar de lo desesperante de la situación.

Dani me miró de reojo, frunció los labios y volvió a fijarse en el tráfico. Era su manera de decirme que creía que las cosas no iban a ser tan fáciles como pensaba, pero necesitaba pensar en positivo, o acabaría perdiendo la calma.

Ya había enfrentado a mi mamá y le había hablado sobre lo que sentía por Guto, ahora era el turno de enfrentar a mi papá.

***

Dani me dejó en la entrada de mi casa y se inclinó para darme un beso en la mejilla.

—Buena suerte.

—Gracias.

—Estoy seguro de que la vas a necesitar.

Le saqué la lengua y salí del coche.

Era media tarde, y mi papá no llegaría hasta dentro de unas horas, así que tendría tiempo para prepararme para confrontarlo. Lo peor que podría hacer era gritarme, y tenía la capacidad de lidiar con eso, o al menos eso pensaba.

Entré a casa y solo vi a mi hermano y a una de las empleadas que estaban limpiando, así que subí a mi cuarto, me cambié de ropa y me preparé para ir a la autoescuela. Mientras tomaba mi clase de manejo, trataba de prepararme para lo que me esperaba más tarde.

Cuando volví de la autoescuela, encontré a mi papá y a mi mamá sentados en el sofá de la sala. Él tenía una expresión seria, y mi mamá le sostenía las manos como si intentara calmarlo.

—Rosimeire —llamó mi papá con voz firme, y tragué saliva.

Era el momento de enfrentarlos.

—¡Hola, papá! —Sonreí forzadamente y me acerqué a ellos, como si no supiera nada—. ¿Cómo les fue? La clase de la autoescuela estuvo genial. El instructor me enseñó a controlar el embrague en la pendiente. Estaba pensando que cuando tenga mi propio auto...

—Siéntate aquí. —Señaló el sofá con tono firme, interrumpiéndome.

—¿Qué pasa?

—Siéntate, Rosimeire. —La voz de mi mamá también era tensa. ¿Será que ella también estaba fingiendo que no sabía nada?

—Tengo tarea de la universidad, ¿podemos hablar en otro momento? —Di unos pasos hacia el lado; no debería estar evadiendo, pero fue más fuerte que yo.

—Siéntate. —Mi papá gritó de forma grave, y el sonido retumbó por toda la mansión, asustándome y haciéndome tomar asiento frente a ellos.

—Está bien. —Levanté las manos en señal de rendición.

—¿Desde cuándo estás abriendo las piernas para Gutemberg?

—No es así. Yo y él...

—Te hice una pregunta, Rosimeire —me interrumpió mi papá, sin dejarme terminar mi explicación. No recordaba haberlo visto tan molesto en mi vida.

Frente a él, en ese momento, me di cuenta de que había subestimado la rabia que mi papá podría sentir al enterarse de mi relación con Guto. Por la furia que emanaba, no era una rabia pasajera que desaparecería en pocos días.

—Responde a tu papá, Rosi.

Miré a mi mamá, con aire desolado. Una parte de mí confiaba en que ella estaría de mi lado, pero esa chispa de esperanza se apagó cuando vi que se ponía del lado de mi papá.

—La primera vez fue en la fiesta del supermercado.

—¿¡En la fiesta!? —Los ojos de mi papá se abrieron como platos. La sorpresa en su expresión aumentó, y me pregunté si habría sido mejor inventarme alguna historia, pero como Guto y yo no habíamos acordado nada, pensé que lo mejor sería contar la verdad.

—Antes de que pienses cualquier cosa de Guto, yo quise cada una de esas veces, lo quise mucho. No es culpa de él.

—¡Claro que es culpa de él! —Explotó mi papá, y su voz resonó como un terremoto, haciéndome estremecer—. Eres solo una niña. Nunca debió haberse aprovechado de ti. Tendrías que haberme contado desde la primera vez que pasó. Soy tu papá, mi deber es protegerte, pero en vez de eso trajiste un lobo a esta casa que se aprovechó de mi hija.

—¡Espérate, papá! No es nada de lo que piensas. Guto no se aprovechó de mí ni me abusó.

Yo lo quise, fue cien por ciento consensuado. Amo a Guto.

—Ni siquiera tienes edad para saber lo que es el amor.

—¡Tengo dieciocho años! —grité, con los ojos llenos de lágrimas. La ira se me desbordaba.

—¡Ves! Solo eres una niña.

—¡No, papá! Soy una mujer, soy adulta.

—No serás adulta mientras vivas bajo mi techo y yo pague tus cuentas.

Mi papá estaba fuera de sí. Siempre había sido muy amable conmigo, pero en ese momento sus palabras me dolieron como cuchillos afilados, cortando mi alma y parte de los sentimientos buenos que tenía por él. En ese momento solo sentía rabia.

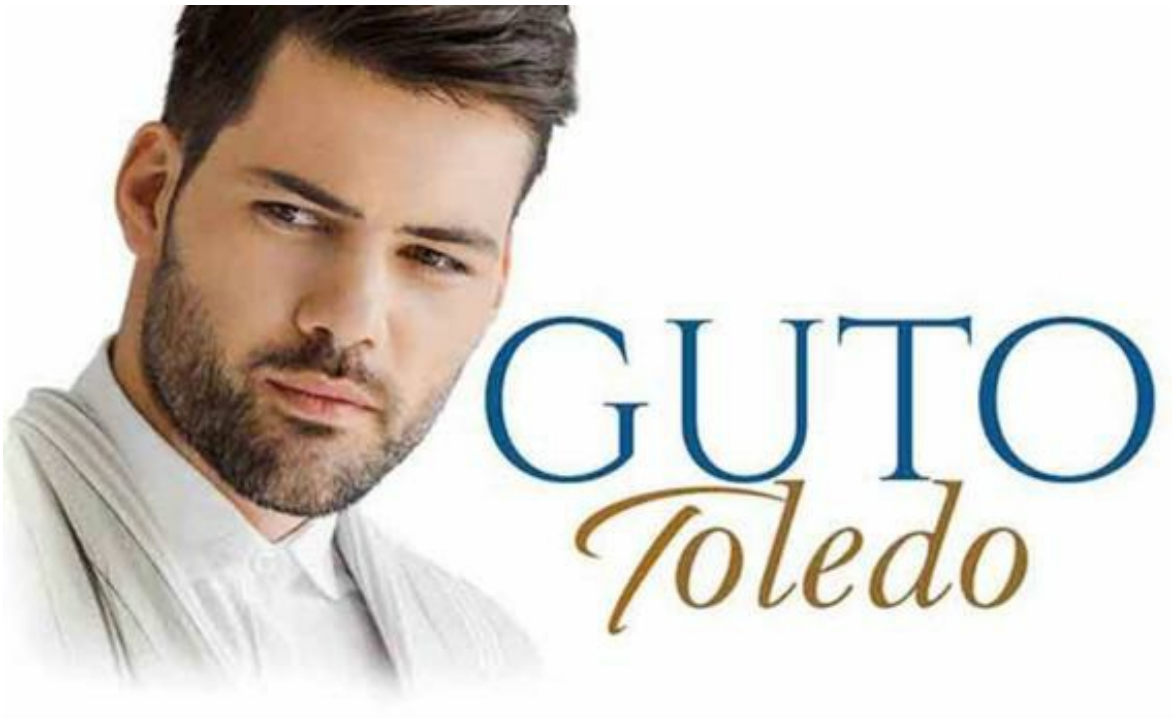
—A partir de ahora estás castigada, Rosimeire. Solo vas de la casa a la escuela, y si sé que fuiste a algún otro lugar, te las verás conmigo.

—¡No puedes hacer esto, papá!

—Oh, claro que sí. Soy tu papá y tienes que obedecerme.

Me levanté, bufando. No estaba dispuesta a seguir escuchando esas palabras. Le di la espalda y me fui hacia mi cuarto, sin importarme los gritos de mi papá, que me siguieron hasta que cerré la puerta con toda mi fuerza, casi arrancándola de las bisagras.

Lo único que me faltaba era que mi papá quisiera convertirme en prisionera en pleno siglo XXI, solo porque no estaba de acuerdo con el hombre que elegí.


GUTO
Toledo

Capítulo 50

Ricardo ya no me miraba a los ojos. Durante las semanas que pasaron, después de que se enteró de mi relación con su hija, mi mejor amigo no me dirigió ni una sola palabra. Confieso que esperaba que entrara en mi oficina y me dijera que nuestra sociedad había terminado, echándome de la empresa con una mano adelante y la otra atrás. Aunque no podía hacer eso, ya que ambos teníamos el 50% del negocio, era una actitud que esperaba, pues, aunque no tuviera ese derecho, había prohibido a Rosi verme.

Estaba angustiado, muriendo de ganas de verla, pero la parte racional de mí me decía que era mejor así. Haberse involucrado conmigo había sido un error, y el distanciamiento impuesto por Ricardo era una forma en la que el destino intentaba corregirlo.

Rosimeire nunca había sido una mujer para mí. La idealicé, viví un sueño, pero desde el principio supe que me traería problemas. Había perdido a Ricardo, la principal familia que tenía, y aún podía perder mucho más.

Lena, mi secretaria, tocó la puerta y entró cuando le di permiso. Avergonzada, la mujer de mediana edad se paró frente a mi escritorio y me miró fijamente.

—El señor Ricardo dijo que esto es trabajo suyo —comentó, dejando algunos informes sobre el escritorio.

—Ah, sí, gracias —balbuceé, sin moverme de la silla.

—Señor Gutemberg…

—Sí.

—Si me permite la intromisión, ¿ha pasado algo entre ustedes? Generalmente, era él quien traía estos papeles, pero últimamente ha estado pidiéndole a Vera y a mí que se los entreguemos.

—Sí, ha pasado algo, Lena, algo personal, pero prefiero no hablar al respecto.

—Está bien —asintió—. Espero que pronto se resuelvan, porque nadie en la empresa quiere verlos peleados.

También deseaba que pudiéramos arreglar las cosas, pero tenía poca o casi ninguna

esperanza de que eso sucediera. Había cometido un error irreparable con mi mejor amigo y no podía pedir que nuestra relación fuera como antes.

Mi celular vibró sobre la mesa, y una sonrisa involuntaria apareció en mis labios al ver que era un mensaje de Rosi.

Te extraño. Ya no aguanto más sin verte. Mi papá es un tirano.

Vamos a tener que aguantar un poco más.

¿Más? ¿Hasta cuándo? Hace casi un mes que no nos vemos.

Es mejor que no provoquemos más a tu papá.

¿No crees que ya estás muy grande para tenerle miedo a mi papá?

Rosi, solo estoy intentando no complicar más la situación.

¿No me extrañas?

Sí…

Entonces, ¿por qué no me dejas ir a verte?

Podrías meterte en problemas.

No me importa.

Deberías.

¿Hasta cuándo vas a seguir con esto?

Vamos a encontrar una solución.

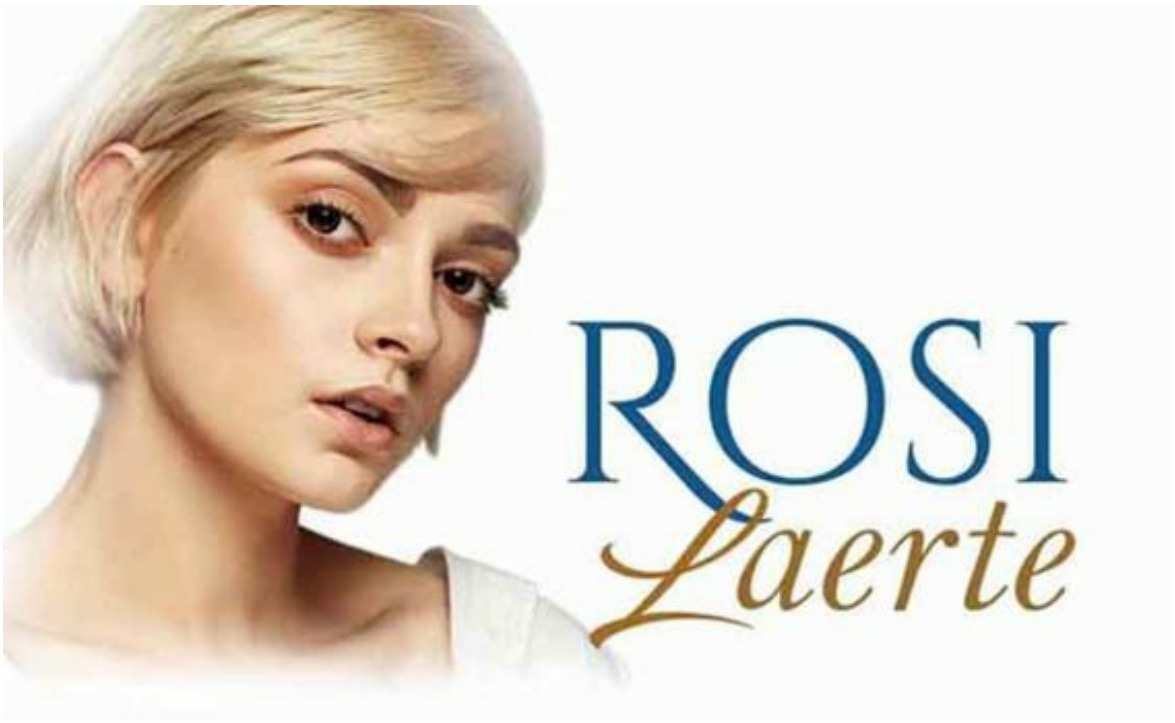
¿Cuándo?

Espero que pronto.

Guto, te amo.

Me quedé mirando el mensaje con el celular detenido en mis manos, pero no tuve el valor de responder. Olivia había dicho una verdad cuando me recordó que nunca le había dicho que la amaba; esa frase no solía salir de mis labios, ni siquiera recordaba si alguna vez se la había dicho a alguien. La única persona que amaba era mi mejor amigo, pero ya lo había perdido.

Por miedo y culpa, estaba dejando que él también me hiciera perder a Rosi. Así, el vacío en mi pecho se volvía cada vez más grande. De todos los altibajos que mi vida había tenido, ese fue el momento en el que me sentí más solo.


ROSI
Laerte

Capítulo 51

Me desperté con la cabeza y el estómago dando vueltas, como si me hubieran escupido desde un licuador en funcionamiento. Con las paredes del cuarto bailando, caminé hasta el baño, buscando apoyo en los muebles por el camino, y caí de rodillas frente al inodoro, vomitando todo lo que quedaba de la cena que había hecho sola en mi cuarto la noche anterior.

Era lo único que me faltaba, haber agarrado una virosis. Llevaba unos cinco días con un dolor de cabeza terrible que no me dejaba en paz y una náusea que me hacía vomitar todo por las mañanas. No recordaba ningún momento de mi vida en el que una gripe me hubiera afectado de esa forma. Sin embargo, la tristeza podría haber debilitado mi sistema inmunológico. Estaba atrapada en casa y llevaba semanas sin ver a Guto, me estaba volviendo loca.

¿Virosis? Me dio un sobresalto cuando una idea dio vuelta en mi cabeza. No entendía nada de medicina, pero había leído tantos romances en mi vida que sabía lo que esos síntomas podrían significar.

Me levanté del suelo del baño y corrí hasta el calendario que tenía en mi escritorio. Conté los días desde mi última menstruación y lo comparé con la fecha actual. Estaba con un retraso desde hacía una semana. El shock fue enorme. Había pasado más de un mes con una actividad sexual bastante activa con Guto, y ni él ni yo nos preocupamos por usar algún método anticonceptivo. El embarazo era una posibilidad.

Tomé mi celular y llamé a mi mejor amigo.

—¡Hola, Rapunzel! ¿Ya dejaste crecer el cabello?

—¿Qué?

—Ah, es que eres la chica atrapada en la torre. Tus padres no te dejan salir a ningún lado. Pensé que entenderías la referencia.

—¡Ah! Déjate de esas referencias. Quiero saber si puedes hacerme un favor.

—¿Qué?

—Necesito que compres una prueba de embarazo y la traigas.

—¿Qué? —El susto en su voz resonó por la línea—. ¿Estás jugando conmigo?

—¡No! ¿Por qué pensaría en jugar con algo así?

—No sé, eres algo loca. ¿Crees que estás embarazada?

—Retraso en la menstruación, dolor de cabeza y náuseas matutinas. Creo que sí. —Me senté al borde de la cama, balanceando los pies de un lado a otro.

—¿Estás perdiendo la cabeza?

—Prefiero esperar a estar segura antes de perderla.

—Yo estaría sufriendo un paro cardíaco.

—Menos mal que tú no te embarazas.

—Dios no le da alas a la serpiente.

—¿Vas a traer la prueba o no? Por favor, necesito saber. Desde que mi papá puso un guardia de seguridad detrás de mí, me siento como una criminal.

—Te la pasabas burlándote de Deborah, bien hecho.

—¡Ah, gracias!

—¿Has hablado con ella últimamente?

—Está viviendo una etapa difícil, como yo. Lo suyo con el Bulldog tampoco está nada fácil, pero tú sabes cómo es, Deborah no es de hablar mucho.

—Entiendo.

—Entonces, ¿vas a comprarme un test de embarazo?

—¿Para hacer el ridículo en la farmacia? Luego no digas que no hago nada por ti.

—Gracias, Dani.

—Voy para allá más tarde.

—Gracias.

Colgó la llamada y abrí el contacto de Guto. Quería llamarlo y contarle sobre mi sospecha. Sentí miedo durante los primeros diez minutos; no me había preparado ni había planeado ser madre, pero pronto apareció una sensación agradable que me hizo sonreír. Amaba a Guto y tener un bebé suyo me haría muy feliz. Tal vez ese bebé fuera una señal, el empujón del destino para que estuviéramos juntos.

Acaricié mi vientre mientras suspiraba.

Si realmente estaba embarazada, todo cambiaría.

Esperé con ansiedad hasta que Daniel apareció en la puerta de mi cuarto, sosteniendo una bolsita de la farmacia que quedaba en el camino entre mi casa y la suya.

—Buena suerte. —Me la entregó y corrí al baño. Mi ansiedad se desbordaba por los poros.

Aunque no había sido planeado, quería estar embarazada.

Me apoyé en la puerta del baño mientras esperaba el resultado de la prueba, que descansaba sobre la mesa de mármol del lavabo.

—¿Y? —Daniel golpeó la puerta del baño. Estaba tan ansioso como yo.

—Aún no lo sé.

—¡Míralo ya! Han pasado los tres minutos.

Tomé la tira de papel y conté las líneas. *¡Dos! ¡Estoy embarazada!*

Me tapé la boca con la mano para evitar que mi gritito se oyera por toda la casa. Salté de felicidad, celebrando sola. Tendría un hijo, un bebé de Guto, y seríamos una familia, como siempre lo quise y como él también lo deseaba.

—Ni siquiera has nacido y ya te quiero demasiado. —Abracé mi vientre, pensando en el bebé que crecía en mi interior.

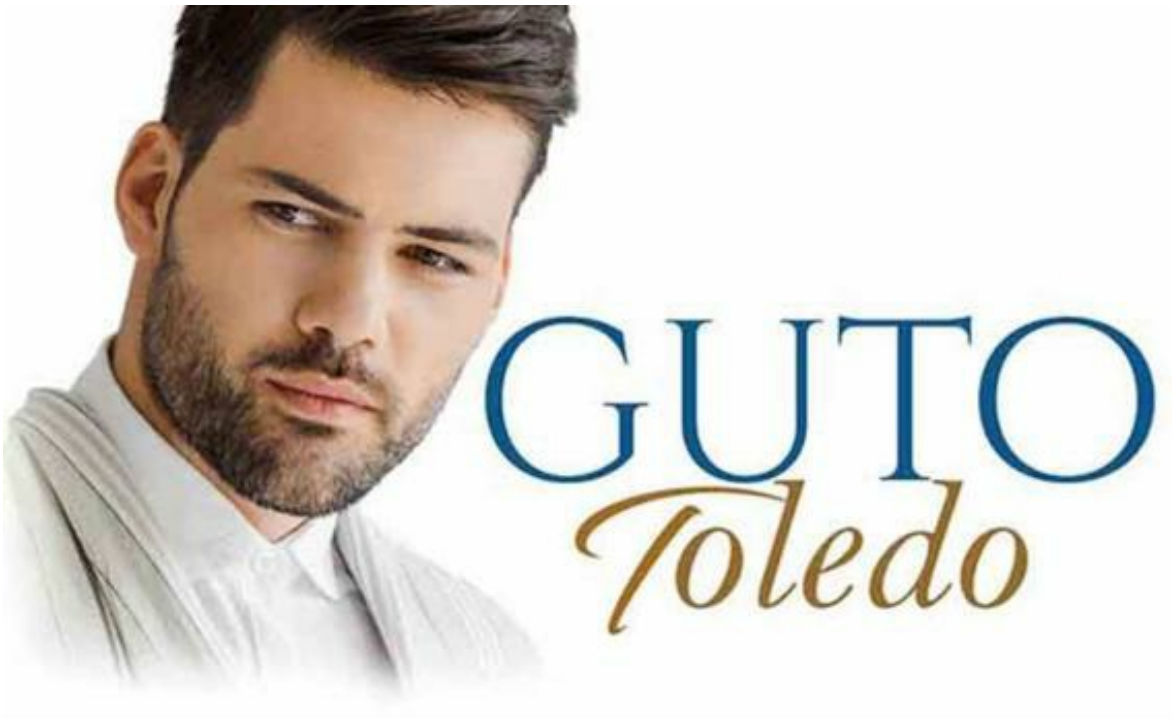
—¿Entonces? —preguntó Daniel cuando abrí la puerta del baño.

—¡Estoy embarazada!

—¡Vaya! Buena suerte. —Me abrazó.

—Gracias.

Dani se quedó conmigo un par de horas más y, cuando se fue, me senté en la cama y comencé a pensar en cómo le contaría a Guto. Podría llamarlo o mandarle un mensaje, pero esa era una noticia que debía dar personalmente.


GUTO
Toledo

Capítulo 52

Llegué del trabajo cansado, estresado, agotado. Con Ricardo tratándome así, hasta el ambiente en la sede de los supermercados Laerte me asfixiaba. No tenía a quién recurrir y me daba cuenta de que había cavado mi propia tumba.

Salí del ascensor al piso del departamento que alquilaba y metí la mano en el bolsillo buscando la llave. Quería llegar rápido y hundirme en el sofá, de donde no pensaba salir.

Me llevé un tremendo susto cuando vi el cabello corto y rubio y la sonrisa radiante de Rosi, y la encontré parada en la puerta.

—Rosi.

—Hola, Guto. —Sacó las manos de los bolsillos y me sonrió con cierto rubor.

—¿Qué haces aquí? Pensé que no ibas a desobedecer a tu padre.

—Tengo algo muy importante que contarte y tenía que ser en persona.

—¿Algo importante? —repetí, tratando de adivinar qué podría ser, pero no se me ocurría nada.

Rosi asintió con la cabeza.

—¿Puedo entrar?

—Claro. —Abrí la puerta y esperé a que ella pasara primero.

Tener a Rosi tan cerca despertaba en mí una necesidad de besarla que no podía controlar. El mes que pasamos separados fue cruel, y el deseo de tenerla entre mis brazos era incontrolable. Sin embargo, usé toda mi fuerza para mantener una distancia prudente mientras cerraba la puerta y nos encerraba dentro del pequeño departamento.

—¿Quieres algo? ¿Agua, refresco? Generalmente pido comida, ya que soy solo yo, pero si quieres puedo salir a comprar algo para ti.

—No hace falta que te preocupes, Guto.

—¿Y el guardia que tu padre puso para vigilarte?

—Él no está en mi casa por la noche, solo cuando salgo para la universidad. Solo despisté a todos y salí por la puerta de la cocina.

—Tu papá se va a volver loco.

—No me preocupa eso. Lo que tengo que decirte tenía que ser en persona.

—¿Qué es? —Tomé sus manos y la llevé conmigo al sofá.

Tocarla fue un error, porque la sensación me encendió. El deseo de besarla y de hacer el amor con Rosi era incontrolable.

—Guto... —Respiró hondo, como si tomara valor y meditara las palabras antes de hablar.

—¿Sí?

—Puede que no sea el momento, pero no lo planeé. Simplemente pasó.

—¿Estás hablando de lo nuestro?

—También, pero no solo de eso.

—Entonces, ¿qué fue, Rosi? —Elevé un poco el tono de voz, más de lo que debería, pero sus rodeos para decirme algo me estaban comenzando a irritar.

—Estoy embarazada, Guto.

—¿Em... em... embarazada? —repetí, sin poder procesar esa palabra. Sentía como si estuviera soñando.

—Sí. Llevo algunos días con síntomas y me hice una prueba casera hoy, que salió positiva.

—¿Estás hablando en serio? —No era el momento para estar incrédulo, pero después de tantos años esperando escuchar esa noticia, me costaba aceptar lo que me estaba diciendo.

—Sí. —Ella tomó mi mano y la puso sobre su vientre, que seguía igual de plano como lo recordaba—. Estoy embarazada y eres el único hombre con el que estuve, así que estoy segura de que es tuyo.

Aún atónito y sacudido, me arrodillé frente a ella en el sofá y besé su abdomen, dejando miles de besos sobre su panza.

—¿Voy a ser papá? —Busqué sus ojos con los míos, llenos de lágrimas por la emoción.

—Sí. —Ella acarició mi rostro y se inclinó hasta que sus labios tocaron los míos.

Esa noticia hizo que dejara de sentirme solo y desmoronó toda la culpa que cargaba. Rosi me quería, yo la quería, y tendríamos un hijo juntos. Saber que tendríamos un hijo me dio el valor que necesitaba para luchar por nosotros.

—Quédate aquí conmigo. —Acaricié su rostro, que me miraba con una expresión tranquila y llena de amor.

—Me quedaré. Que mi papá se vaya a la mierda. Volveré a casa más tarde, puedo lidiar con sus gritos y su cara de pocos amigos.

—No, Rosi. Quiero que te quedes aquí y que vengas a vivir conmigo.

—¿Vivir aquí?

—Solo por un tiempo, hasta que compre una casa nueva para nosotros.

Su sonrisa iluminó toda la sala.

—¿Te casarías conmigo?

—Claro. —Tomé sus manos y las besé. Quería tener un anillo en ese momento, pero por ahora esperaba que se conformara con mi promesa—. Me casaré contigo, Rosi.

—¿Y mi papá? Pensé que te importaba lo que él piense. Mi papá va a tener un infarto.

—Si el precio por tenerte a ti y a nuestro hijo es perder la amistad de tu padre, que así sea. Yo puedo lidiar con eso. Ricardo casi ni me mira. Tengo dos opciones: perderlo a él y a ti, o quedarme contigo. Elegí la equivocada durante demasiado tiempo.

—Voy a tener que volver a casa. No traigo nada conmigo, solo mi celular y la ropa que llevo puesta.

—Dime qué necesitas; podemos comprar todo nuevo.

—¿Así de fácil? —Se rió.

—Así de fácil. —Tomé su rostro y le di un rápido beso en los labios.

Con los años, había acumulado más dinero del que podría gastar en toda una vida. Podía permitirme una extravagancia de esas por mi felicidad. Sabía que desde el momento en que Rosi viniera a vivir conmigo, estaría comprando una pelea con Ricardo, una que podría ser eterna. Entendía que él estaba defendiendo a su hija, pero yo también tenía que luchar por mi hijo o hija, y por la familia que tendría con Rosi. Nuestra sociedad podía acabar, pero yo empezaría un nuevo negocio. Siempre fui bueno en eso y no le temía a comenzar desde cero.

—Para empezar, necesito ropa limpia para dormir y un cepillo de dientes. Afortunadamente, la mayoría de mis archivos de la universidad están en la nube, pero a mi computadora realmente sí que la voy a necesitar.

—Vamos al centro comercial. Compras lo que necesites por ahora y después vemos cómo conseguir lo que no puedas reemplazar.

—El centro comercial cierra a las diez, ¿no?

—Creo que sí. —Fruncí el ceño, sin entender su pregunta—. ¿Por qué?

—Son las seis y media. Tenemos tiempo. —Tomó el cuello de mi camisa con una sonrisa pícara en los labios—. Te he extrañado.

—Yo también. —Humedecí mis labios.

La atraje hacia mí y besé sus labios con fervor. Derribé todas las barreras que había puesto para no besar a Rosi como tanto deseaba. *Un mes sin su cuerpo, un mes sin su olor...* estaba muriendo de ganas de tenerla.

La tomé en brazos y la llevé al cuarto. La recosté sobre la cama, cuyas sábanas estaban revueltas, como las había dejado esa mañana, y me acerqué a ella como un león lanzándose sobre su presa. Desabroché mi camisa y me deshice de ella rápidamente, arrojándola a algún rincón de la habitación sin importarme dónde. Me incliné sobre Rosi y tomé su cuello, atrayéndola hacia mí hasta que nuestros labios se encontraron nuevamente. Su boca era tan dulce y sabrosa como la recordaba. Esta vez la tendría sin restricciones, sin miedo, sin culpa. Rosi era mi chica y ya no me importaba si era la hija de mi mejor amigo. Mi amistad con Ricardo ya se había roto.

Recorrí su rostro con mis labios, mordí su mentón y deslicé mi lengua por su cuello, provocando que se retorciera debajo de mí. Rosi me había conquistado, tocó una parte de mí que ni siquiera sabía que existía. Después de todo lo vivido, estaba dispuesto a luchar por ella con todas mis fuerzas.

Me acerqué a su oído y soplé un aliento caliente, solo para verla estremecerse, soltar leves gemidos de placer. Volví a besar su cuello, saboreando el dulce sabor de su piel y oliendo el perfume floral que llevaba. Mis caricias hacían que su pecho subiera y bajara más rápido.

Presioné mi verga bien dura contra ella, y su gemido de excitación me dio aún más ganas. El deseo de tenerla me consumía.

—Hace mucho tiempo —dije, con la boca cerca de su oído.

—Sí. Demasiado tiempo. —Deslizó sus dedos por mi pecho.

—Iré despacio después.

—Tendremos muchos días para ir despacio, mi amor. —Bajó las manos hasta la cremallera de mi pantalón y la abrió.

Le quité la blusa y los pantalones lo más rápido que pude, dejándola desnuda. Rosi hizo lo mismo conmigo, y pronto estábamos completamente desnudos, con mi cuerpo encima del suyo. Mi boca volvió a la suya con pasión y hambre, mientras nuestras lenguas se entrelazaban. Deslicé mis manos por sus piernas suaves y blancas, tomé su cintura y la penetré. Rosi enterró sus uñas en mis hombros y gimió más fuerte cuando aumenté la velocidad de mis movimientos y la fricción entre nuestros cuerpos. El sudor, el calor, el contacto piel con piel me calentaban aún más. La presión de su cuerpo contra el mío me hizo querer ir cada vez más rápido.

No tuve paciencia, mis movimientos eran casi salvajes. Quería el placer desenfrenado que ella me daba. Pero mis embestidas bruscas parecían hacerla sentir el mismo placer que yo. Cuando sus gemidos histéricos y las contracciones me indicaron que estaba cerca de su orgasmo, me dejé llevar por el momento y alcancé mi propio éxtasis, liberando mi semen dentro de ella.

Acaricié a mi mujer sin miedo, sin remordimientos, sin culpa. Tomé una decisión: hacerla mía, sin importar las consecuencias.


RICARDO
Laerte

Capítulo 53

—Margarida, ¿dónde está Rosi? —pregunté al ver que mi hija no estaba en su cuarto.

Acababa de llegar del trabajo, después de pasar otro día evitando a Gutemberg, y todo lo que quería era ver a mi hija en casa, a salvo. No sabía qué tipo de lavado de cerebro había hecho ese desgraciado con ella, al punto de que Rosimeire creyera que yo era el villano. Estaba arrepentido de haber confiado en Gutemberg y de haberlo metido en mi casa, exponiendo a mis hijos a un riesgo incalculable.

Lo primero que hice al llegar fue ir al cuarto de mi hija. Ella podía estar enojada conmigo, pero con el tiempo iba a entender que lo que estaba haciendo era por su bien.

No encontrarla fue un gran susto. Salí corriendo y busqué a mi esposa.

—¿Dónde está? —repetí, algo angustiado.

—¿Quién? —Margarida frunció el ceño, procesando mi pregunta. Ella también acababa de llegar del consultorio donde trabajaba como psicóloga.

—Rosimeire.

—No lo sé, solo vi a Rosi esta mañana. —Dejó la bolsa sobre el sofá y me miró con una expresión seria y pensativa.

Margarida había dejado claro que no aprobaba ninguna de las decisiones que tomaba como padre, pero no había cuestionado ninguna, al menos no hasta ese momento.

—¿No estará en casa de Daniel?

—¡Le dije que se quedara aquí! —Mostré los dientes. La furia me estaba consumiendo y me resultaba cada vez más difícil pensar racionalmente.

—Mi amor, sabes cómo es Rosi.

—Deberíamos haberle puesto límites a esa chica. Ahora mira en qué lío se metió.

—Ricardo, querido, creo que estás exagerando un poco.

—¿Exagerando? —exploté, dejando que mi grito retumbara en la casa—. No viste las fotos que yo vi. ¡Nuestra hija en los brazos de ese hijo de pu...! —Era tan pesado pensarlo que ni siquiera podía decir la palabra completa.

—¡No digas tonterías, Ricardo! No digas cosas de las que te vas a arrepentir. Nuestra hija ya tiene dieciocho años, no es una niña. Además, la misma Rosi dijo que no hubo abuso.

—Debió haberle lavado el cerebro. —Bufé.

—Conocemos muy bien a nuestra hija para saber que no le hacen la cabeza tan fácil.

—No puedo creer que estés del lado de ese tipo.

—Mi amor, estoy del lado de nuestra familia. Solo quiero que entiendas que tal vez estés equivocado.

—¡Tú estás equivocada! ¡Margarida, ¿dónde está Rosi?! —insistí con la misma pregunta, esperando una respuesta diferente.

Ella negó con la cabeza y salió de frente a mí, caminando hacia la entrada de la casa. Fui tras ella sin entender adónde quería ir y la vi acercarse al guardia de seguridad que había contratado para vigilar a mi hija. Estaba tan fuera de mí que no había pensado en lo más obvio, preguntar a la persona correcta.

—João César, ¿dónde está mi hija? —preguntó Margarida con tono autoritario.

—¿En su cuarto? —Tragó saliva y me di cuenta de que él tampoco lo sabía.

—Rosi salió y ni te diste cuenta. ¿Qué clase de seguridad eres? —Intenté acercarme a él, pero Margarida puso la mano sobre mi pecho, impidiéndome intentar golpear a un hombre que era el doble de grande que yo.

—Ese compañero de la universidad de ella estuvo aquí. El que tiene el cabello rizado y rubio como fideos.

—¿Daniel? —supuso Margarida.

—Sí, debe ser él. Pero estuvo poco tiempo y se fue solo.

—¿Y mi hija, dónde está? —Si no fuera por mi esposa con la mano sobre mi pecho, ya

habría perdido la cabeza hace rato.

—No la vi salir de la casa, señor.

—¿Ah, no la viste? Te voy a mostrar lo que no viste —gruñí como un perro rabioso.

—Vamos, Ricardo, entremos.

—¡Rosi...

—¿Por qué no empezamos por lo más sencillo? Llamemos a nuestra hija y le preguntamos dónde está. Seguir peleando con el guardia no va a hacer que ella aparezca.

—¡Lo voy a despedir! —La seguí, caminando con pasos pesados.

—Sí, despídelo, pero después de saber dónde está nuestra hija.

Margarida me llevó de vuelta al salón y me empujó al sofá, antes de abrir su bolso y sacar el celular.

Llamó y dejó sonar hasta que la llamada se cortó. Mi ansiedad aumentaba y las peores posibilidades cruzaban por mi mente. Si algo le pasaba a mi hija, no me haría responsable de mis reacciones.

Margarida volvió a llamar y, esta vez, Rosimeire contestó.

—Hola, hija, ¿dónde estás? Tu papá y yo estamos preocupados. Llegamos y esperábamos verte en casa. No deberías haber salido sin nuestro permiso. —Margarida dejó de hablar para escuchar a nuestra hija. Me irritaba no poder escuchar lo que Rosi decía al otro lado de la línea. Quería saber qué le decía a su madre.

Margarida abrió los ojos como platos y su expresión de asombro me dejó aún más inquieto.

—¿Qué pasa?

No me respondió, solo levantó la mano haciendo un gesto para que me callara.

—Rosi, no es así como tomas una decisión de este tipo. Sí, lo entiendo, pero deberíamos haber hablado antes de que salieras de casa.

—¿¡Salir de casa!? —grité, levantándome del sofá, y mi esposa me empujó de vuelta, callándome para escuchar lo que nuestra hija decía.

—Rosi, tener una familia no es sencillo.

¿Familia? Sin saber todo lo que estaban diciendo, mi estómago se retorcía de ansiedad.

—Está bien. Voy para allá... Sí, iré sola. Hasta luego. —Margarida colgó y me miró. Vi que, por lo que tardó en hablar, estaba buscando la mejor forma de darme la noticia.

—¿Dónde está?

—Con Guto.

—¡¿Qué mierda?! ¡Voy a buscar a esa niña y la voy a amarrar al pie de la cama!

—¡No vas a ir a ningún lado! Vas a empeorar las cosas, que ya están mucho más complicadas de lo que pensábamos. Rosi ya tiene dieciocho años, Ricardo. Tiene derecho a ir y venir, sin importar lo que queramos.

—Cuando regrese...

—No quiere regresar. Parece que se va a mudar con Guto.

—¿Cómo va a vivir con Guto? Este asunto ya se fue demasiado lejos. Hazla volver a casa antes de que pierda la paciencia.

—Ricardo, no es un simple "asunto". Ella está embarazada.

—¿¡Qué!?

Si tuviera el corazón débil, habría tenido un infarto ahí mismo.

—¿Esto es alguna broma, Margarida?

—No. Vamos a ser abuelos.

—¡Ahora sí que le arranco las pelotas a ese desgraciado! —Me levanté del sofá, pero mi esposa me empujó para que me sentara otra vez.

—¡Ricardo, basta! ¿No ves que esos arranques solo están empeorando las cosas? Es momento de escuchar lo que nuestra hija dijo. Ella ama a Guto.

—¿Ama? —Revolví los ojos, desconcertado.

Era mucho más fácil culpar a Guto por lo que pasaba que aceptar que mi hija realmente sentía algo por él. Peor aún, que él correspondiera ese sentimiento hasta el punto de embarazarla.

—Podría haberse enamorado de cualquier hombre mayor. Incluso de un profesor de la universidad, pero no de mi mejor amigo.

—Tú tampoco eras el hombre que mis padres soñaban para mí.

—Tus padres eran unos idiotas, no hay comparación.

—¿No? —Me miró fijamente y me encogí—. ¿No crees que estamos haciendo con Rosi lo mismo que mis padres hicieron conmigo?

Odiaba cuando mi esposa me hacía pensar así.

No respondí. Quería negar con firmeza, pero me faltaban argumentos para justificar mis actitudes. Pensar en mi pequeña con mi mejor amigo era una locura.

—Ricardo, escúchame. —Me miró profundamente—. Si sigues actuando así, no solo perderás a tu mejor amigo, también perderemos a Rosi. La historia se repetirá, porque, así como yo me alejé de mis padres, ella se alejará de nosotros, y sé que no quieres eso.

—¿Por qué Guto, Margarida? ¿Por qué? —Bajé la cabeza, masajeándome las sienes. La irritación se convirtió en confusión mientras pensaba en lo que mi esposa había dicho.

—No lo sé, amor. —Margarida se sentó a mi lado en el sofá y me abrazó los hombros—. Pero piensa en el lado positivo. Lo conocemos desde siempre. Sabes que es una buena persona, íntegra, esforzada, honesta. Puede que no sea la persona que soñábamos para Rosi, pero es una buena persona.

—Es demasiado mayor para ella.

—Pero sigue siendo un hombre guapo.

—¡Margarida! ¿No basta con que se haya acostado con mi hija, ahora mi esposa también

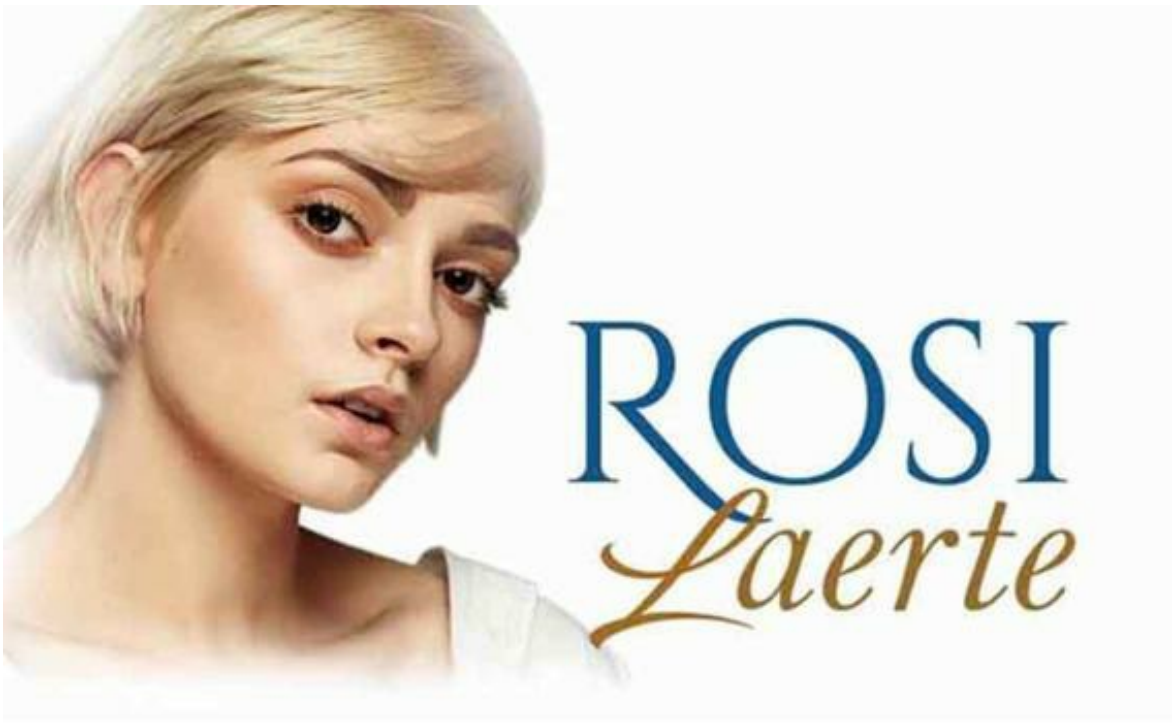
le va a coquetear?

—No seas exagerado, querido. Solo hice una observación.

—¿Esperas que acepte a Rosi con Guto como si no me importara?

—Independientemente de nuestra aceptación, Rosi va a quedarse con él, más aún ahora que está esperando un bebé. Nuestra opinión solo determinará si nos alejamos de nuestra hija o no. No quiero eso, Ricardo. Odiaría ver que la historia se repite.

Bajé la cabeza, mirando al suelo. Aunque veía la razón en las palabras de mi esposa, aún me resultaba difícil aceptar a mi hija y a mi mejor amigo como pareja.


ROSI
Laerte

Capítulo 54

Después de haberle contado a mi madre por teléfono que estaba embarazada y que iba a vivir con Guto, había tomado las riendas de mi vida y dejado claro a mis padres que me incliné por una decisión, y que me quedaría con el hombre que amaba. Ese mismo día, mi madre se reunió conmigo en el centro comercial y me entregó mi computadora, así como otras pertenencias importantes que tenía. No pregunté por mi padre, ni sabía qué pensaba sobre toda la situación. Solo de recordar el castigo y el guardia de seguridad que me había puesto, estaba segura de que no estaba contento. Esperaba que, al menos, con el tiempo, mi padre pudiera entender que mi decisión no era tan terrible como él pensaba.

Mi despertador no sonó y me desperté asustada, sentándome rápidamente en la cama. Tomé mi celular que estaba debajo de la almohada y vi la fecha. Sonreí aliviada al darme cuenta de que era sábado, por lo que mi alarma no me había despertado. Me estiré en la cama y me volví a asustar cuando noté que estaba vacía.

—¿Guto? —Miré hacia el lado, inclinando la cabeza, esperando verlo en el baño, pero no había señal de él.

Me levanté de la cama, me puse una de sus camisetas que estaba sobre la cabecera, y caminé hasta la ventana, abriendo una parte de la cortina para dejar que el sol entrara al cuarto. Después de las fotos incómodas que el detective de Olivia había tomado de nosotros, Guto y yo nos asegurábamos de mantener las cortinas cerradas. Además, habíamos iniciado una demanda por invasión de privacidad. Olivia, arrepentida o no, había firmado el divorcio y no tenía derecho a seguir espiando al hombre que ya no le pertenecía.

Ahora él era mío... ¡finalmente, mío!

Salí del cuarto, esperando encontrarlo en algún otro rincón del pequeño departamento donde vivíamos juntos. Para mi sorpresa, tan pronto como puse un pie fuera del cuarto, me encontré con un camino de pétalos rojos que llevaba hasta una mesa redonda con dos sillas. Suspiré al ver el ramo de rosas rojas entre dos platos de cerámica blanca. Vi a Guto detrás de la barra de la cocina, manipulando algo en la sartén.

—¿No deberías estar durmiendo? —me dijo, sin girarse.

—Me asusté cuando no te vi a mi lado.

—Estoy preparando nuestro desayuno.

—Huele delicioso. —Me acerqué, caminando descalza sobre los pétalos.

—¿Este ramo es para mí?

—¿Para quién más podría ser? —Sonrió travieso y yo le saqué la lengua.

Me incliné sobre la mesa y sentí el perfume de las flores. Estaba viviendo un sueño, mi versión de un cuento de hadas, donde estaba embarazada y viviendo con el hombre que siempre había amado. Sentí la suavidad de las rosas con las yemas de mis dedos, antes de rodear la mesa y sentarme en uno de los lados.

—Huevos revueltos y sándwich caliente. —Guto sirvió el desayuno, colocando el plato frente a mí y dándome un rápido beso antes de entregarme un vaso de jugo de naranja.

Estaba muy feliz y, por la forma en que brillaban sus ojos, sentía que él también lo estaba.

—Desayuno y flores. Por favor, no me despiertes de este sueño.

—Nunca. —Me besó antes de sentarse frente a mí.

Tomé un sorbo de jugo antes de comer un poco. Estaba delicioso, como todo lo que venía de Guto.

—¿Rosi?

—Sí. —Miré en su dirección.

—Te debo algo. —Buscó algo en el bolsillo de su bermuda y mi corazón dejó de latir. La ansiedad subió como una erupción.

—¿Qué? —Hice como si no supiera lo que esperaba.

Desde que me mudé con él y comenzamos una nueva rutina, yendo a la universidad y a la autoescuela mientras él trabajaba, había esperado el momento en que estuviéramos a solas y él me hiciera la propuesta.

Sacó una cajita de terciopelo y la puso sobre la mesa, abriéndola para mostrarme un par de anillos de compromiso.

—¿Te casarías conmigo?

—¡Es todo lo que siempre quise! —La felicidad que invadió mi cuerpo en ese momento era indescriptible. Estar con Guto y recibir su propuesta de matrimonio, era todo lo que había esperado en mi vida.

Rodeé la mesa y me senté en su regazo. Guto me abrazó, envolviendo mi cintura para evitar que cayera hacia atrás. Extendí la mano y él colocó el anillo, besando mis dedos.

—¿Rosi? —Su tono grave me estremeció por completo.

—¿Sí?

—Te amo.

Quise congelar ese momento mientras esas palabras salían de su boca. Pensé que tal vez nunca las escucharía, estaba lista para vivir así. Había amor en mí suficiente para los dos. Sin embargo, escuchar a Guto decirme que me amaba, era más que la realización de un sueño.

—Dímelo de nuevo. —Sujeté su rostro, poniendo una mano en cada una de sus mejillas.

—Te amo, Rosi. —Sonrió mientras acariciaba mi rostro y metía un mechón de mi cabello detrás de mi oreja—. Te amo, mi chica traviesa, que me dejó loco.

—Yo también te amo, Guto. Siempre te amé. —Toqué sus labios con los míos y el beso comenzó suave, tranquilo y apasionado. Mi lengua pidió paso a su boca y la encontró con delicadeza. Sin prisa y con cariño, nuestras lenguas danzaron, encontrando su propio ritmo mientras con mis manos recorría los hombros desnudos de Guto. Él estaba sin camiseta y pude tocar todos los músculos de su abdomen y pecho bien definidos.

Guto retiró las manos de mi cintura, apretó mis muslos y levantó la camiseta que llevaba puesta, quitándola de mí y dejándola caer al suelo.

Nuestro beso se volvió más urgente; busqué su lengua con más ansias mientras él me tocaba, recorriendo mi cuerpo con sus manos, calentándome con caricias y apretándome. Me froté contra él, sintiendo mi clítoris palpitar y lo presioné contra su verga durísima dentro de su

bermuda.

—¿No vas a terminar tu desayuno, mi prometida? —dijo, con la boca aún sobre la mía.

—Después... —Le mordí los labios, silenciándolo.

Él gimió y suspiró, dándome una palmada en el culo que amplió mi sonrisa.

Incliné la cabeza hacia un lado y Guto apartó mi cabello, empujándolo antes de morder mi cuello, lo que me hizo estremecerme completamente. Gemí, frotándome más contra él. El calor y la humedad eran cada vez más intensos en mi ropa interior. Ese hombre me volvía loca de muchas maneras, y el deseo que despertaba en mí era inmenso.

Metí una mano entre nuestros cuerpos y desabroché el velcro de su bermuda, extrayendo su verga de la ropa interior. Me bajé de su regazo y me arrodillé frente a él, bajando su bermuda y su ropa interior hasta dejarlas en el suelo.

Humedecí mis labios al salivar mientras observaba su miembro entre mis dedos. Guto me miró y, con una sonrisa en los labios, pasó sus manos por mi cabello, sujetándolo hacia atrás. Incliné la cabeza y soplé mi aliento caliente contra su glande, haciendo que Guto cerrara los ojos y se dejara llevar.

Me empujó la cabeza con algo de brutalidad, y obedeciendo su orden no verbal, envolví su verga con mi boca, deslizándola por su longitud hasta que tocó mi garganta. La envolví con mis manos y también la estimulé con los dedos, mientras con la boca y la lengua la chupaba, lamía y lo volvía loco. A medida que la tragaba, el deseo entre mis piernas se volvía más evidente. Mi cuerpo anhelaba el suyo con desesperación.

Dejé de chuparle la verga y comencé a lamer su glande. Con los ojos cerrados, observaba la expresión de placer en su rostro mientras lo besaba tan íntimamente.

—Siéntate en mí.

Su solicitud era una orden. Estaba ansiosa por unirnos. Me puse de pie y me quité la ropa interior mientras él me observaba. Luego me subí a su regazo, tomé su verga y lo coloqué dentro de mí, mientras me sentaba sobre él. Tiré mis brazos sobre sus hombros y me elevé lentamente, para luego bajar moviéndome sensualmente. Con mi boca en su oreja, dejé que escuchara cada uno de mis gemidos de placer.

Guto deslizó una mano por mi espalda, hasta colocar ambas en mis nalgas y hacerme mover más intensamente. Me movía en su regazo, con su miembro clavado en mí, y no podía dejar de mirarlo a los ojos. Hacer el amor con él era algo mágico, en grados que jamás podría explicar.

Le mordí la oreja, gimiendo al frotar mi clítoris contra su pelvis con cada uno de mis movimientos. Guto percibió mi placer y me apretó más contra su cuerpo. A cada embestida, deliraba con la avalancha de sensaciones que su verga dentro de mí podía causarme.

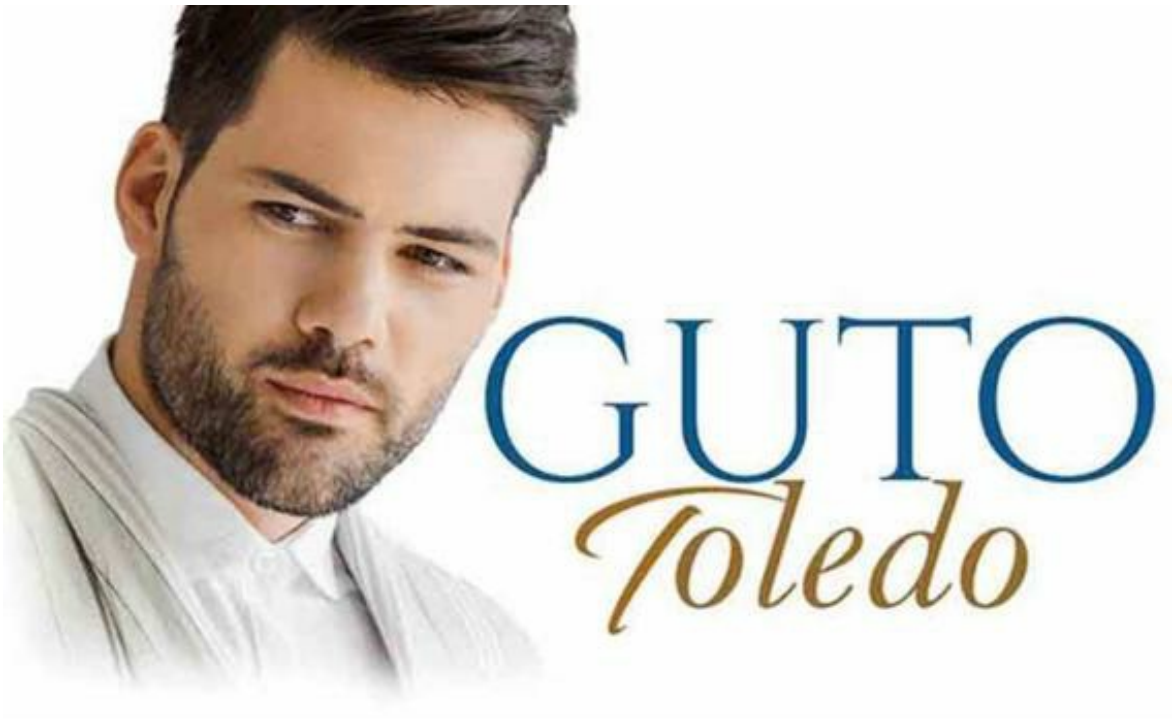
Clavé los dedos en su cabello y tiré de su cabeza hacia atrás para besarlo y morder su cuello. Me movía más y más, buscando el placer sin control. Solo mis instintos me guiaban. Mis pechos frotándose contra su pecho, en sincronía con mis caderas, me encendían aún más. Era increíble lo placentero que podía ser todo ese roce. Había cosas que no necesitaban ser entendidas, solo sentidas.

Guto me dio una palmada en el culo que me hizo arder, enterró los dedos en mi piel y aumentó la velocidad de los movimientos hasta llegar al clímax y yo me desplomé en sus brazos mientras alcanzaba el orgasmo.

—Te amo.

—Yo también te amo, mi niña. —Me besó la frente y luego los labios.

Después de hacer el amor, Guto me llevó al baño, tomamos una ducha y luego regresamos para terminar el desayuno. Pasamos la tarde juntos, haciendo planes y hablando sobre la boda. Ya habíamos decidido que yo continuaría en la universidad hasta que naciera el bebé, luego suspendería la matrícula durante un semestre para poder estar con él, y después volvería para terminar la carrera. Yo seguía soñando con tener mi propia agencia y Guto me apoyaba.


GUTO
Toledo

Capítulo 55

Dejé a Rosi en la universidad y seguí rumbo a la oficina. Quería mucho que ella siguiera con sus estudios; a pesar de tener el dinero necesario, era importante que forjara su propio futuro, pero no podía negar que sentía miedo. Había soñado con la vida que estaba viviendo con ella durante años, y la posibilidad de que algo le pasara a ella o a nuestro bebé me aterraba. Sin embargo, me esforzaba por no ser demasiado protector. Al final del día, regresaría con ella, y eso me motivaba todas las mañanas.

Finalmente, después de una serie de errores, estaba cerca de la vida de casado que siempre había querido tener.

—¡Buenos días, Lena! —saludé a mi secretaria al pasar por su lado.

—Señor... —Noté que quería decirme algo, pero en el momento en que abrí la puerta de mi oficina, las palabras se volvieron innecesarias.

—¿Ricardo?

Mi mejor amigo... bueno, mi ex mejor amigo, estaba sentado en mi silla, con los brazos cruzados sobre mi escritorio.

—Cierra la puerta —dijo, en un tono firme.

Obedecí, dejando afuera la mirada preocupada de Lena. ¿Qué podría hacerme? ¿Golpearme de nuevo? Podría recibir algunos golpes más o los que él creyera que merecía, solo para quedarme con Rosi.

—¿Cómo está mi hija?

—Bien.

—¿Está yendo a la universidad? Espero que no deje la carrera.

—No la va a dejar. La dejé en la universidad antes de venir para acá.

—Perfecto...

Confieso que me sorprendió verlo allí, hablando amigablemente conmigo. Después de que se enteró de lo que estaba pasando entre Rosi y yo, apenas me miraba y no se dirigía a mí ni para cuestiones extremadamente importantes del trabajo.

—Espero que la estés cuidando como se debe.

—Estoy haciendo lo mejor que puedo —aseguré, manteniéndome firme, aunque en mi corazón, una punzada me indicaba lo mucho que extrañaba a mi mejor amigo—. La cuido mejor que a mí mismo.

—Espero que sí, porque siempre fuiste pésimo cuidándote a ti mismo.

—Tal vez. —Sonreí de manera forzada.

—Extraño a mi hija y te odio por estar perdiéndola, aunque Margarida diga que la culpa es mía.

—No tienes por qué alejarte de ella, amigo.

—Mi hija ni siquiera me responde las llamadas. —Bufó, y vi un destello del antiguo Ricardo en su mirada, ese que no solo tenía dolor y rabia.

—Solo tiene miedo. Necesita que la aceptes, no que la critiques.

—¡Genial! Ahora te dedicas a dar consejos.

—No quería que se alejaran, ni que nosotros dos lo hiciéramos.

—Qué mala manera de demostrarlo.

—Hice lo mejor que pude. —Después de mucho tiempo cargando con la culpa, finalmente me había librado de ella—. No quería que lo hubieras descubierto de esa forma.

—¿Me lo ibas a contar?

—Esperaba que sí, pero confieso que me faltaba valor. —Me senté frente a Ricardo, arrastrando una silla. Él no se movió, y me di cuenta de que, por primera vez desde que Olivia arrojó las mierdas de fotos en aquella mesa, íbamos a hablar como en los viejos tiempos.

—Ella tiene dieciocho años, amigo.

—Lo sé. —Respiré hondo, decidido a abrirle mi corazón como solíamos hacerlo—. Créeme, intenté no involucrarme. Tan pronto como me di cuenta de lo que Rosi provocaba en mí, me fui de tu casa para evitar problemas, pero tú conoces a Rosi, cuando se le mete algo en la cabeza...

—...Nadie la detiene —completó mi frase, como en los viejos tiempos, y contuve una sonrisa.

—Cuando me di cuenta, ya estaba completamente involucrado y enamorado de ella.

—Pensar en ti acostándote con mi pequeña...

—¡No lo pienses! —me apresuré a interrumpirlo—. Son imágenes que no necesitas tener.

—Esas malditas fotos no ayudaron en nada.

—Olivia aún me va a pagar por eso.

—Deberías haberme contado.

—¿Eso habría evitado toda la ira y el golpe que me diste?

—Probablemente no.

—Lo imaginé.

—Cuando tu hijo nazca, lo vas a entender, Guto. Queremos protegerlos de todo, incluso de ellos mismos.

—Ya lo entiendo. —Aunque aún estuviera en el vientre de Rosi, ya amaba a ese bebé con toda la fuerza que tenía dentro de mí.

Ricardo sacó una tarjeta de presentación y la tiró en mi dirección.

—¿Qué es esto? —fruncí el ceño.

—El Xavier, que vive en la casa al lado de la mía, se va a mudar a Estados Unidos y está vendiendo la mansión. Espero que no vivas con mi hija y mi nieto en ese pequeño departamento para siempre. Las épocas de vacas flacas pasaron hace mucho tiempo, y además, me gustaría que vivieran cerca de nosotros.

No pude evitar sonreír al tomar la tarjeta y guardarla en el bolsillo.

—Voy a llamarlo.

—Genial. —Se levantó de mi silla y caminó hacia la puerta.

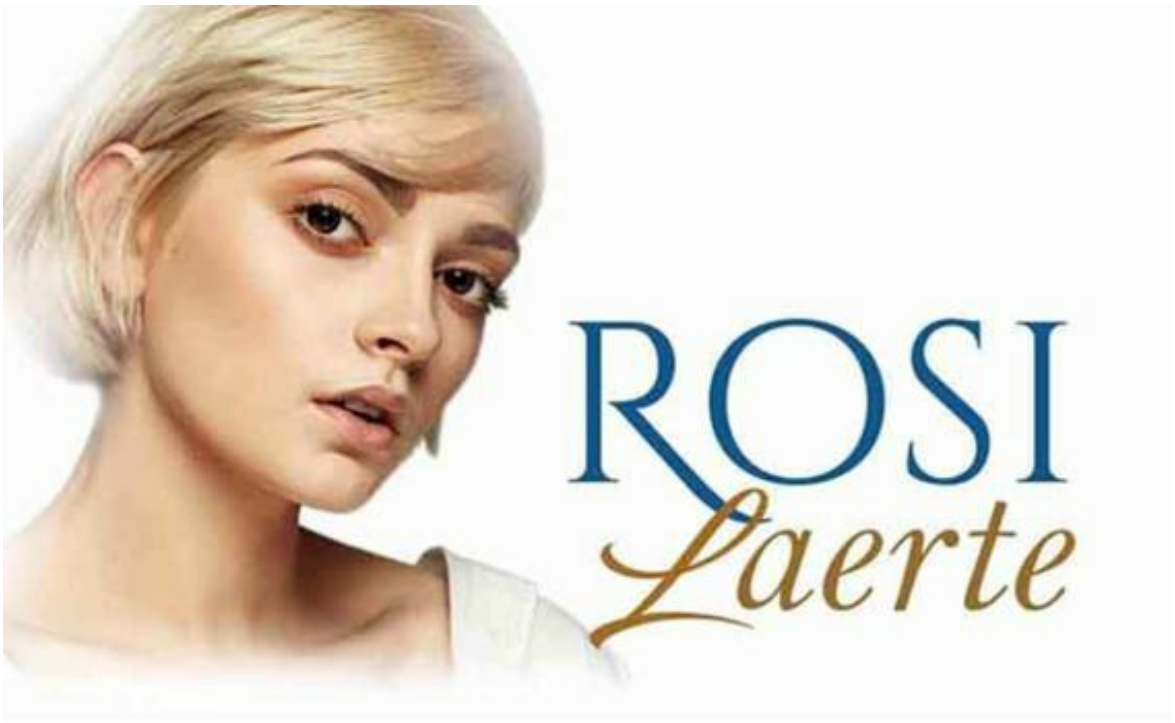
—Ricardo...

—¿Qué? —Se dio vuelta para mirarme.

—Voy a llevar a Rosi a la primera ecografía mañana en la tarde. ¿Quieres venir con nosotros?

—Claro. —Sonrió antes de salir de mi oficina, dejándome solo.

Ricardo tenía razón, todo se arreglaba con el tiempo, y supuse que eso también aplicaba a nuestra relación. Él necesitaba tiempo para perdonarme, pero tenía esperanzas de que nuestra relación al menos se acercara a lo que era antes. Mientras no lo hiciera pensar en su hija en mi cama, encontraríamos una nueva normalidad.


ROSI
Laerte

Capítulo 56

Me puse un poco de labial y tomé mi bolso sobre la cama, cuando escuché el sonido de la puerta abriéndose.

—Guto, qué bueno que llegaste —dije mientras caminaba hacia la sala y sonreía al verlo entrar—. Estoy un poco nerviosa…

Mi voz se apagó cuando mi padre apareció junto a él.

—¡Papá, no voy a volver a casa!

—Tranquila, Rosi —dijo Guto extendiéndome la mano, hablando en tono calmado—. Él solo vino a acompañarnos al examen.

—Quiero saber cómo está mi nieto —dijo mi padre, algo incómodo.

Miré a mi padre y luego a Guto varias veces. No parecían a punto de matarse, todo lo contrario. Después de que mi padre lo evitara tanto tiempo, imaginé que ya se estaban llevando mejor. Esperaba que sí, pero guardé la pregunta para más tarde, para no interrumpir el ambiente.

—¡Ay, papá! —No pude evitar abrazarlo.

—También te extrañaba, hija. —Me acarició el cabello mientras correspondía al abrazo—. ¿Estás bien? ¿Te estás alimentando bien?

—Como un dragón —dije, haciendo una mueca al separarme y él se rió.

—¿Y la universidad?

—Primer semestre concluido con éxito. La próxima semana tengo vacaciones y me ocuparé de los detalles del matrimonio.

—¿Matrimonio? —Mi padre miró la alianza de compromiso en mi mano, luego a Guto y después de nuevo a mí. Noté que no sabía que Guto me había pedido matrimonio.

—Es lo correcto —respondió Guto, sin demorarse.

—Sí. Es lo correcto. —La expresión de mi padre se suavizó un poco y casi vi una sonrisa.

—Vamos, o si no voy a llegar tarde a la consulta —dije, mientras pasaba entre ellos y me dirigía al pasillo.

Mi padre y mi prometido me siguieron hasta el auto de Guto. Durante el trayecto, yo sentada en el asiento de atrás, vi que los dos hablaban casi como antes. Conversaron sobre el tráfico, el clima y hasta sobre fútbol. Me di cuenta de que, a pesar de la rabia, mi padre amaba a Guto y lo extrañaba. Esperaba que su relación pudiera volver a ser lo que era antes.

Llegamos al consultorio de mi ginecóloga, quien ya conocía a Guto desde mi primera cita del mes pasado, pero se sorprendió al ver que había alguien más con nosotros.

—¿Él es…?

—¡Mi papá! —Le tomé la mano y la doctora sonrió.

—¿Primer nieto? —preguntó ella a mi padre, quien asintió—. Imagino que está ansioso.

—¡Así es! —dijo, acariciando mi cabeza y sonriendo.

Fui a un pequeño baño a prepararme para la ecografía y, cuando regresé, encontré a mi padre y a mi futuro esposo en la sala de examen. Los dos hombres más importantes de mi vida estaban juntos nuevamente y yo estaba segura de que todo saldría bien.

Me acosté en la camilla y la doctora aplicó el gel en mi barriga. Todos nos dirigimos al monitor del aparato cuando la doctora colocó el sensor sobre mi abdomen. Mi bebé aún era solo una pequeña mancha en mi útero, pero la felicidad que sentía era indescriptible.

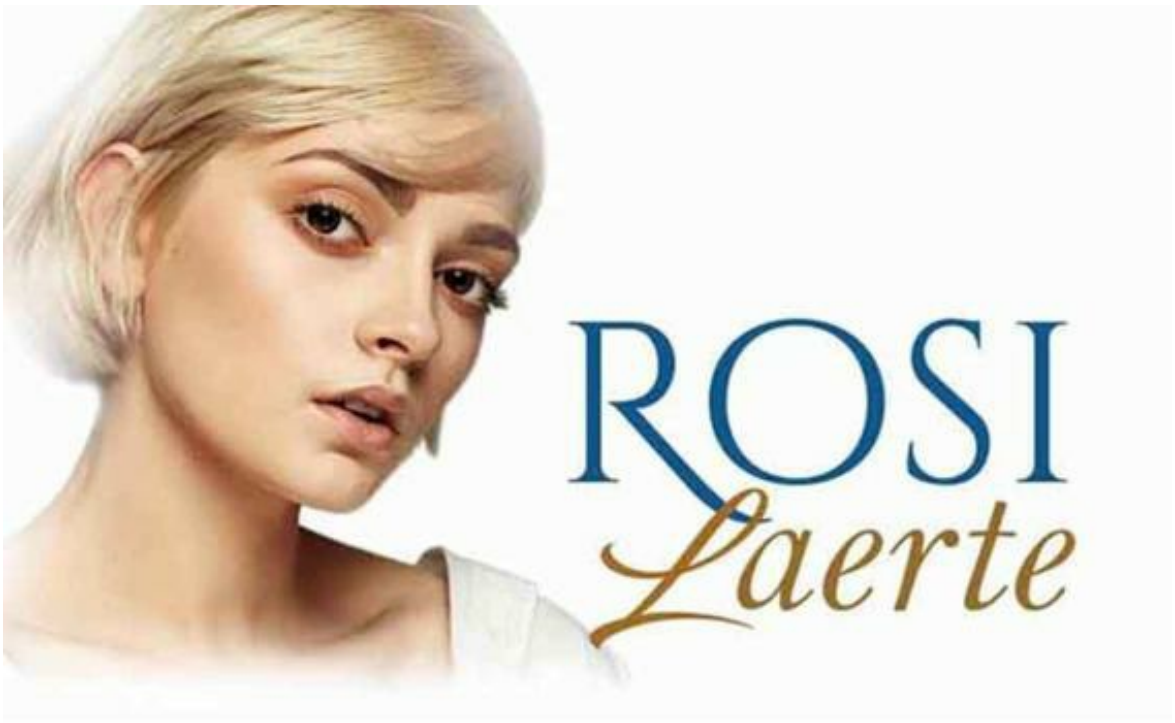
Guto me dio un beso en los labios y acarició mi rostro, ignorando la presencia de mi padre, que frunció el ceño y apartó la mirada. Aún necesitaría un tiempo para aceptar mi relación con Guto.

—¿Es niño o niña? —preguntó mi padre a la doctora, para desviar mi atención de Guto.

—Es muy temprano para saberlo —respondió la doctora, mientras me entregaba un pañuelo para limpiarme.

—A mí me da igual —dijo Guto, encogiéndose de hombros.

—Por mí, ojalá sea un niño —dijo mi padre, haciendo una mueca y todos nos reímos.


ROSI
Laerte

Capítulo 57

—¡Qué bueno que llegaste! —Tomé de la mano a mi mejor amigo y lo arrastré hacia dentro de la tienda.

—Pensé que me estabas tomando el pelo cuando me llamaste para acompañarte a elegir el vestido de novia.

—¡Claro que no! Eres mi mejor amigo.

—Podrías haber llamado a una chica.

—Sabes que la Deborah ni siquiera vive aquí y tú tienes un excelente gusto para la ropa.

—¡Eso es cierto! —Movió la cabeza, haciendo que los rizos de su cabello se movieran.

—Además, mi mamá vino. —Señalé hacia dentro de la tienda, donde ella estaba sentada en un puff, mirando el celular.

—¿Y qué tal? ¿Cómo va la vida de casada antes de casarse? —Caminó conmigo hacia las perchas donde estaban los vestidos de novia.

—¡Ah! —Suspiré al cerrar los ojos, pensando en las memorias de mi día a día con Guto, del cariño, del sexo y de toda la atención que él me daba—. Es tan perfecto, Dani. Mucho mejor de lo que imaginaba. Es tan cariñoso, tan amoroso, tan todo... Hasta mi papá va a tener que reconocer que no podría haber encontrado a un mejor hombre para mí.

Daniel pasó sus dedos por los vestidos de las perchas y eligió uno.

—¿Tu papá ya aceptó?

Se acercó con el vestido a mí y lo sostuvo cerca de mi cuerpo. Movió la cabeza en señal negativa y lo guardó de nuevo.

—Mi papá fue con nosotros a mi ecografía la semana pasada. Guto dijo que volvieron a hablar y que están mejor en el trabajo. Creo que con el tiempo, su relación va a volver a ser como antes.

—Eso es lo que todos esperamos.

—¡Sí! —Tomé un vestido—. ¿Qué opinas de este?

—¡Demasiado voluminoso! ¿Vas a parecer un tanque de gas en tu boda?

Negué con la cabeza y Daniel guardó el vestido.

—¿Y la exmujer loca de él? ¿Lograron deshacerse de ella después de lo que pasó? Eso de la detective estuvo muy raro.

—La bruja se arrepintió del divorcio y quería que volvieran. —Puse los ojos en blanco. Me incomodaba el solo pensar en ella.

—¿Y entonces?

—Está siendo procesada por invasión de privacidad, pero desapareció después de descubrir que estoy embarazada de Guto. Yo le voy a dar algo que ella nunca le quiso dar. —Acaricié mi barriga, pensando en el bebé que crecía dentro de mí.

—¿Y tú, cómo te sientes con este embarazo?

—Feliz. —Una enorme sonrisa se dibujó en mis labios—. Mi bebé aún no ha nacido y ya lo amo.

—Qué feliz me haces, amiga. —Me abrazó.

—¿Y tú? ¿Les contaste a tus padres que estás saliendo con alguien?

—No es una relación.

—Porque no lo admites.

—Aún estoy viendo qué va a pasar. —Se encogió de hombros—. Pero les conté a mis padres que soy gay.

—¿¡En serio!? —Mi grito resonó por la tienda, haciendo que las vendedoras nos miraran y movieran la cabeza en señal negativa.

—Mira el escándalo. —Daniel me miró mal.

—¿Cómo fue? ¿Reaccionaron bien?

—Ah, fue mejor de lo que esperaba. Creo que, en el fondo, siempre lo supieron.

—¡Qué bien, Dani! —Volví a abrazarlo—. Estoy tan feliz por ti.

—Gracias, amiga. Pero luego organizamos una cita de parejas, ahora tenemos que encontrar tu vestido de novia. —Pasó junto a mí y se dirigió a otro pasillo lleno de vestidos.

—¿Estás admitiendo que estás saliendo con alguien?

—Vamos a concentrarnos en tu vestido.

—Eso no quiere decir que vaya a dejar de preguntar.

—Vestido, Rosi. —Apuntó hacia las perchas y yo asentí.

Volví a examinar los vestidos y elegí uno entre los modelos.

—¿Qué te parece este?

—Ah, este es hermoso. ¿Por qué no lo pruebas?

Tomé el vestido y entré en uno de los probadores. Estuve allí unos minutos y salí para que mi mamá me ayudara a cerrarlo.

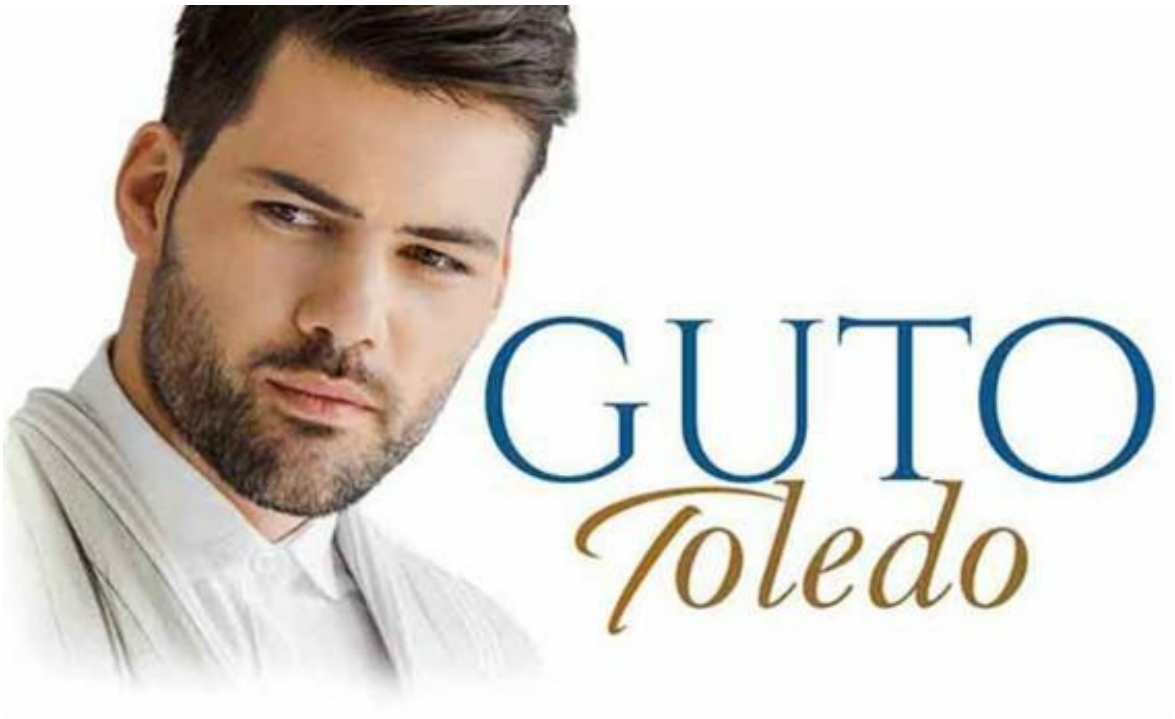
—¿Qué opinan? —pregunté, mientras me examinaba en el espejo detrás del puff, donde estaban sentados mi mamá y Dani.

—Te queda hermoso, querida. —Sus ojos brillaron.

—En este no pareces un globo. —Daniel se rió.

—Creo que me quedaré con este.

Miré una vez más el vestido, esperando que Guto se enamorara aún más de mí cuando me viera puesto. En unos meses sería su esposa, como siempre lo soñé.


GUTO
Toledo

Capítulo 58

Dos meses después...

Cuando me divorcié, imaginé que podrían pasar años antes de que volviera a subirme al altar. Ya había tomado una mala decisión una vez, no quería cometer el mismo error otra vez. Sin embargo, el destino tenía sus propios planes. Probablemente habría tenido miedo de elegir de nuevo, pero Rosi decidió por nosotros; me eligió a mí y me regaló el futuro con el que siempre soñé.

Algunos meses después de haber pensado que podría pasar el resto de mi vida solo, me encontraba nuevamente de pie frente a un juez de paz. Pero esta vez era diferente. No me estaba casando con esperanzas y un tiro al aire, en medio de tantos "quizá". Me estaba casando con certezas, con una mujer que me amaba hasta el punto de volverme loco, la única persona capaz de arrancarme un "te amo", porque de verdad la amaba, aquella que llevaba en su vientre al hijo que tanto había deseado.

La música cambió y me giré para verla entrar, tomada del brazo de Ricardo. Ella sonrió cuando sus ojos se encontraron con los míos y mis labios también se curvaron. Vestida de novia, con el cabello rubio un poco más largo de lo habitual, recogido en un hermoso peinado y una tiara brillante, estaba más hermosa que nunca.

Se detuvieron frente a mí y Ricardo me miró con una expresión seria.

—Te descuartizaré si no lo cuidas como es debido, empezando por tus pelotas.

—Lo sé.

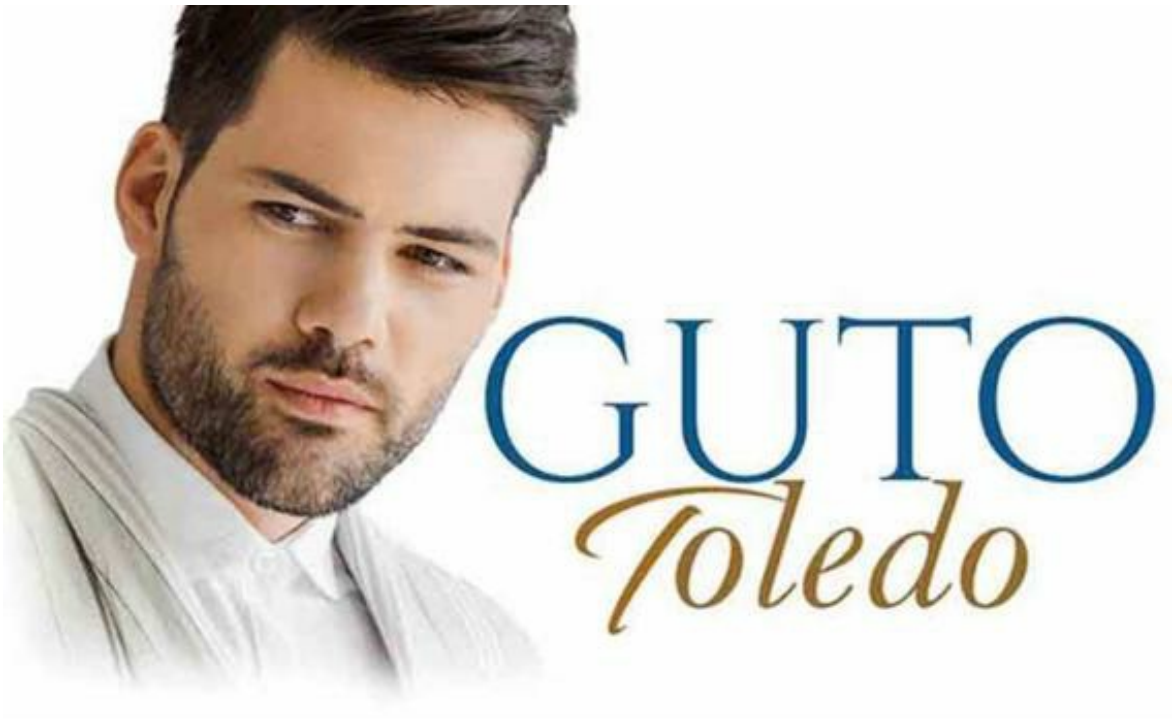
—Qué bueno.

—La cuidaré con mi vida, Ricardo.

—Cuento con eso. —Retiró su mano del brazo de su hija y me la entregó.

Me incliné y besé suavemente los dedos de Rosi.

Rosi acarició mi rostro con la otra mano y juntos caminamos hacia el altar. Estaba seguro de que, esta vez, sería para siempre.


GUTO
Toledo

Epílogo

Un año después...

Desperté con el dedo de Rosi tocándome y me senté en la cama. Había tenido un día agotador de trabajo y me había quedado dormido sin darme cuenta.

—¿Qué pasa, mi amor? —Busqué su cuerpo en la cama y acaricié su rostro.

—Está llorando. Hace como media hora que fui a verlo. Debe ser el pañal.

—Yo lo cambio.

—Gracias. —Rosi se movió en la cama y volvió a dormir.

Me levanté de la cama, pasé por la puerta y crucé el pasillo hacia la habitación de nuestro hijo, que estaba justo enfrente de la nuestra. Había seguido el consejo de Ricardo y comprado la mansión al lado de la suya. Mi esposa pensaba que la casa era demasiado grande, pero yo aún tenía esperanzas de aumentar la familia. Solo estaba esperando a que Rosi terminara la universidad para hablar sobre tener otro bebé.

Abrí la puerta y encontré a mi hijo de pie en la cuna, sosteniéndose de los barrotes mientras me miraba entrar. Encendí la luz más tenue del juego de lámparas del techo, dejando la habitación en penumbra para no sobreexcitarlo con el estímulo. Me acerqué a la cuna y él lloró más fuerte cuando se dio cuenta de que era yo.

—¡Hola, hijo! —Lo tomé en brazos y Gustavo dejó de llorar.

Rosi había elegido un nombre para él que combinaba con el mío. Según ella, era divertido. Como tenía una increíble habilidad para convencerme, no fue una sorpresa cuando me vi asintiendo.

Volvió a llorar y lo abracé. Cada vez que miraba a ese niño, entendía lo que era tener el corazón latiendo fuera del pecho. Él era la razón principal de mi vida.

Lo acosté sobre el cambiador y le besé la frente antes de abrir uno de los cajones del mueble y sacar un pañal limpio. Lo tomé en brazos, lo limpié y lo devolví a la cuna, pero en cuanto lo acomodé sobre la pequeña almohada y me alejé, mi hijo volvió a llorar.

—Duérmete, hijo.

Me miró desde la cuna de una manera que sabía que me afectaba, y lo volví a tomar en brazos.

—Sabes que tu mamá se va a enojar si te llevo a nuestra cama. Dice que te malacostumbro.

Siguió mirándome, y cuando me di cuenta, ya lo estaba llevando al cuarto. Lo acosté en la cama y lo acomodé entre Rosi y yo.

Rosi se despertó en cuanto él se acomodó a su lado.

—Guto, te dije que no trajeras a Gugu a nuestra cama. Después, no va a querer dormir en la cuna.

—Solo esta vez.

—Y en las próximas que llore. —Rosi se rió y me dio un beso corto—. Tienes el corazón blando con nuestro hijo.

—Solo quiere dormir con nosotros, Rosi. No es como si estuviera causando un desastre.

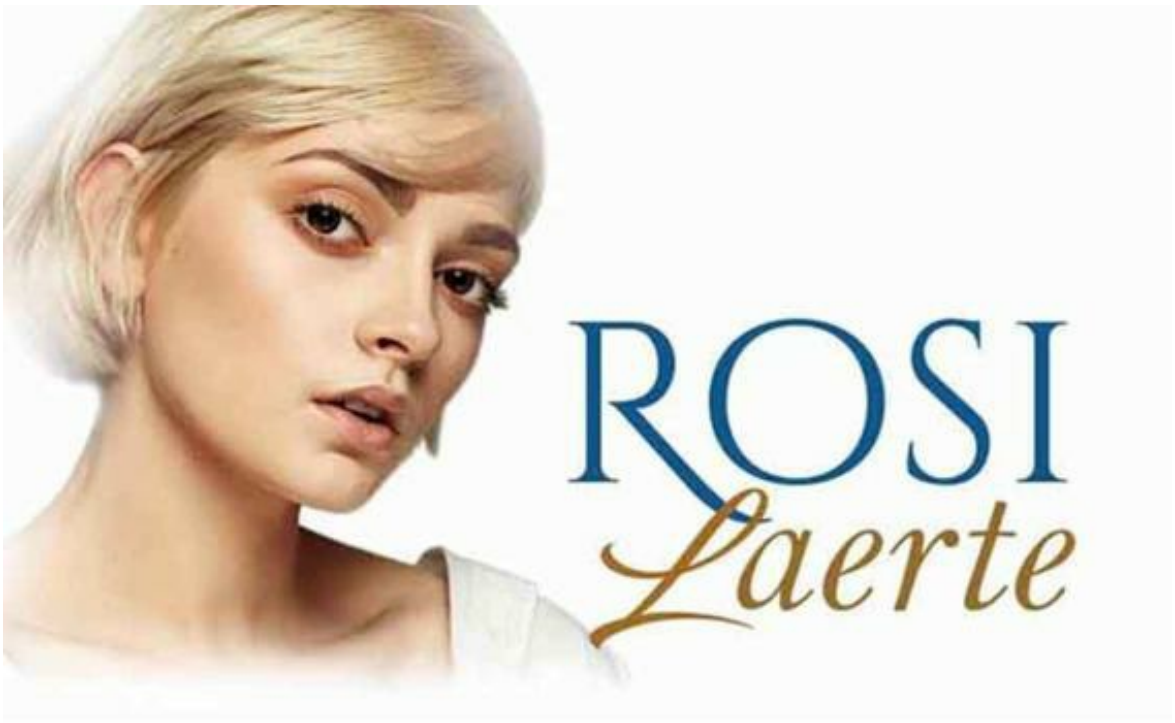
—Quiero ver qué pasa cuando entre al cuarto de noche y no quiera salir. ¿Cómo vamos a hacer para tener sexo?

—Nos las arreglamos. —Me encogí de hombros y ella se rió.

—Espero que sí.

—Por ahora, estoy pensando en tenerlos a los dos bien cerca de mí. —Pasé mi brazo por ellos y cerré los ojos, pero permanecí alerta para que nuestro hijo no se hiciera daño.

Sin duda, Rosi y nuestro hijo eran mi mayor alegría. Nunca pude prever que, al enamorarme de la hija de mi mejor amigo, encontraría el camino correcto para mi vida.


ROSI
Laerte

Bonus

Años después...

Me encantaba esa época del año en la que Guto, nuestros hijos y yo íbamos a la ciudad pequeña donde Deborah vivía con su familia. Era un respiro en medio del ajetreo diario de mi caótica agencia de publicidad, que ya era una referencia en marketing, y del trabajo de Guto al frente de la cadena de supermercados. En esos momentos, celebrábamos la familia y lo bien que nos hacía estar cerca de las personas que amábamos.

Llegamos a la ciudad para la Expo JarSul, que atraía turistas y emprendedores de todo Brasil. Era curioso cómo el mundo podía ser tan pequeño y cómo las pequeñas coincidencias nos acercaban. Deborah se había mudado lejos, y todo parecía indicar que nuestra amistad, construida a través de los libros, acabaría convirtiéndose solo en algo virtual. Sin embargo, la exitosa relación profesional de nuestros maridos, que unió la cadena de supermercados Laerte con AMontreal, permitió que nos reuniéramos nuevamente.

Llegamos a la entrada de la feria y Guto me pasó la mano de Gustavo antes de sacar su celular para atender una llamada. Esperé, sosteniendo a los niños de las manos, mientras su padre hablaba por teléfono.

—Sí, Ricardo, acabamos de llegar. Rosi y los niños están bien, tuvimos un buen viaje. Perfecto, amigo. Te llamo esta noche cuando estemos en casa del Bulldog. ¡Gracias, abrazo! Hasta luego.

Vi a Guto sonreír mientras hablaba con mi padre. A pesar de la turbulencia que sufrió su amistad con él cuando mi padre se enteró de nuestra relación, el tiempo demostró que ambos se querían y se necesitaban. Con el tiempo, mi padre aceptó que su mejor amigo también podía ser su yerno, y su amistad encontró una nueva normalidad.

—¿Qué quería mi papá?

—Solo saber si estamos bien. Te mandó un abrazo a ti y a los niños.

—¿El abuelo? —preguntó Guilherme, nuestro hijo menor, mientras tomaba la barra del pantalón de su padre, quien no dudó en levantarlo en brazos.

—Sí, el abuelo. —Guto acarició a nuestro hijo, mirándolo con devoción y amor. Estaba seguro de que no había nada en el mundo que amara más que a nuestros hijos.

—¡Ahí está Deborah! —Señalé, acelerando el paso para acercarme a ella. A pesar de que hablábamos mucho por teléfono y mensajes de texto, extrañaba mucho abrazar a mi amiga.

—¡Qué bueno verte! —Solté a Gustavo, dejándolo en los brazos de su padre, y lancé mis brazos alrededor de mi amiga, quien correspondió al abrazo.

—¡Por fin llegaste, Rosi!

—Estaba ansiosa por verte.

—Yo también. —Deborah señaló hacia una mesa en un stand con la marca de los supermercados Laerte.

Bulldog se acercó a nosotros, me saludó con un gesto de cabeza, y él y Guto se alejaron, jugando con los niños. Mi hijo mayor salió corriendo y terminó tropezando con un desnivel en el suelo. El padre lo levantó antes de que el niño comenzara a llorar.

—Mi marido es exagerado. Gugu se cae al suelo y ya lo está cargando en brazos. —Me reí mientras le mostraba la escena a Deborah. Ella solo movió la cabeza, mirando a su marido que le decía algo a Guto sobre mimar demasiado a los niños. A pesar de su corazón blando, Guto era un excelente padre.

—En cambio, el mío casi se ríe cuando el niño se cae al suelo. —Deborah se levantó de la silla mientras observaba a sus hijos, quienes también tropezaban mientras jugaban. A diferencia de mi marido, el de ella se reía de las caídas de los niños y los animaba a levantarse por sí mismos.

—Están adorables con esos jeans, camisas a cuadros y botas. —Suspiré observando a los seis hombres de nuestras vidas vestidos apropiadamente para el evento. Era raro ver a Guto lejos de su impecable traje y corbata alineada.

—A veces, ni creo que tengo una familia tan hermosa. Amorosa, saludable... —Deborah me miró y toqué sus manos sobre la mesa con complicidad—. Que estés aquí, a mi lado, sin tener que estar cuidando mi sombra.

—Hablando de eso, ¿qué pasó con Patrick? —pregunté al recordar al "sombra", como

había apodado al guardaespaldas que el padre de Deborah había puesto tras ella.

—Se puso en contacto apenas nació Marco Antonio. Estaba en el norte, conoció a alguien, se iba a casar. —Se encogió de hombros. Parecía un poco triste o quizás incómoda, y preferí no tocar más el tema. Después de todo lo que había descubierto sobre su propia vida, no la culpaba —. Ivan Klein no logró manchar su nombre, y eso es lo que importa.

—Hablando de giros inesperados, solo hay que mirar a mi papá y a los nietos. —Cambié de tema.

—El resentimiento de tener a su hija con su mejor amigo se olvidó de una vez por todas. Donde hay felicidad, no caben las dudas.

—Siempre tuve claro mi amor. Sabía que a mi padre no le iba a gustar, pero seguí mi corazón y no me arrepiento. —Miré a mi marido y a mis hijos. Por estar con ellos, haría todo de nuevo—. Aunque mi padre se sintió traicionado por su amigo y falló conmigo, entendió lo que quería. Estar con Guto me hacía feliz. Tomó su tiempo, pero lo aceptó y ahora nos apoya. Me gradué, tengo al marido con el que siempre soñé, y unos hijos que son mi alegría todos los días. Siento que estoy realizada.

Escuchamos gritos y moví la cabeza, buscando a mis hijos. Hablaba de mi marido, pero también había una parte sobreprotectora de mí que se desesperaba ante el primer signo de peligro. Mis ojos encontraron a los niños; estaban jugando al tira y afloja mientras los padres los observaban. Bulldog se divertía, pero en la expresión de Guto había una arruga de preocupación.

Mis hijos y los de Deborah tenían casi la misma edad. Esperaba que no se lastimaran, y confiaba en que Guto se encargara de ellos.

—No solo como madre y esposa, sino también profesionalmente. Mi agencia cada vez tiene más clientes satisfechos. —Tomé un vaso de jugo y bebí mientras volvía a concentrarme en mi amiga. Teníamos pocos momentos juntas, así que debía aprovechar ese—. ¿Has pensado en volver a la capital? La asociación entre nuestros maridos va lo suficientemente bien como para que salgas del interior.

—Este es mi hogar, donde debería estar, junto a Bulldog y nuestros pequeños. Como nuestros padres ya no están, mi marido y yo nos sentimos más cerca de ellos al quedarnos aquí.

—Confiesa, no quieres dejar la biblioteca. ¡Desapégate, Deborah! —Bromeé, recordando

la biblioteca que había construido en la ciudad, de la cual estaba tan enamorada.

—Sí, me encanta mi proyecto. De alguna manera, fue por él que todo sucedió. Amigos y enemigos salieron a la luz, y la verdad salió a la superficie.

—Me hizo recordar a la loca ex de Guto. La gente trata de hacer daño, y al final termina dándonos un empujón. —Me reí. Olivia había intentado perjudicarnos al mostrar esas fotos a mi padre, pero solo puso luz sobre una situación que tenía que resolverse.

Levanté mi vaso de jugo de naranja y esperé a que Deborah hiciera lo mismo.

—¡Un brindis por nuestra familia, por la vida!

—¡Y por los limones que se convirtieron en caipirinha!

Reí mientras chocábamos nuestros vasos antes de tomar un sorbo de la bebida.

El hijo menor de Deborah vino corriendo y la abrazó antes de que los otros hombres se acercaran a nosotros.

—Tienen hambre —dijo Guto, inclinándose para besarme en los labios.

—¡Acaban de comerse dos perritos calientes cada uno! —dijo Deborah a sus hijos—. ¿Quién quiere palomitas dulces?

—Yo quiero carne —dijo su hijo mayor, el que llevaba el nombre de su padre, Marco Antonio.

—Carnívoro como su papá. Vamos, voy a conseguir unos pinchos para nosotros. —Bulldog tomó la mano de su hijo y lo llevó hacia los puestos de comida.

Guto siguió con nuestros hijos detrás de Bulldog, y Deborah colocó al menor en su regazo. En momentos simples como ese, me daba cuenta de que no había nada mejor en el mundo que estar junto a aquellos que más importaban en nuestra vida.

Siguiendo nuestros corazones, podíamos alcanzar lo imposible, superar las barreras del amor prohibido y ser felices.

Acerca del autor

Jéssica Macedo, de 29 años, es brasileña y forma parte del ranking Forbes Brasil Under 30, el ranking de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte con su marido, su hija y tres gatos. Escribe para público infantil y adulto, fantasía, aventuras, romance y, sobre todo, literatura caliente, un auténtico fenómeno editorial entre los lectores.

Es una de las autoras más vendidas en Amazon en Brasil y Europa y sus libros están disponibles en seis idiomas. Jessica comenzó a escribir a los nueve años y se convirtió en autora a los 14 con el lanzamiento de su primer libro, "Vale das Sombras". Con más de 200 libros publicados, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Participó en la adaptación de una de sus novelas, “Eternamente Minha”, en un largometraje transmitido por la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autoras, en su mayoría mujeres, que integran el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

Descubre otros libros del autor en las redes sociales.

Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Sitio web del autor Amazon - https://www.amazon.fr/stores/J%C3%A9ssica-Macedo/author/B07FVVRC1X



Lea también:



Link: https://amzn.eu/d/7R5Esq7

Sinopsis:

Narcisista con complejo de dios, algunos me llaman así, pero la verdad es que soy excepcional en lo que hago. Haber nacido siendo un Vaughn me dio oportunidades, pero ser médico siempre fue mi vocación, mi destino. Salvo innumerables vidas como neurocirujano.

La medicina siempre ha sido mi propósito. Ganando premios y volviéndome destacado, creía que no necesitaba nada más para sentirme completo, hasta que mi hermano mayor regresó. Ver a John con sus hijos despertó en mí el deseo de convertirme en padre.

Millonario, estaba convencido de que podría cuidar muy bien de un niño solo. Sin embargo, en lugar de adoptar, quería un bebé con mi propio ADN y para lograrlo acudí a una clínica de reproducción asistida. Así fue como Karoline Denver se cruzó en mi camino.

Se suponía que ella sería solo una madre subrogada. No quería involucrarme con ninguna mujer. Karoline no era más que un medio para un fin: mi bebé. Sin embargo, la convivencia puede hacer que nada salga como estaba planeado.

Cumplir un contrato que yo mismo establecí será un desafío enorme.



Link: https://amzn.eu/d/6pWratf

Sinopsis:

Abandoné todo después de una gran decepción; dejé atrás mi vida y todas las comodidades que venían con la fortuna de la familia para salvar soldados en el campo de batalla. Me distancié, me aislé y me convertí en un hombre aún más frío de lo que ya era.

Pasaron años hasta que mi padre me llamó de vuelta. Estaba viejo, necesitaba jubilarse y quería que yo asumiera los negocios familiares. Me convertiría en el director del hospital y volvería a ejercer como cirujano cardiotorácico. Sin embargo, el pasado que me había hecho irme era el mismo que volvería a atormentarme.

Cristal Castilho era todo lo que quería evitar. Tras nuestra ruptura, ella hizo que perdiera la fe en las personas y me cerrara para siempre. Deseaba no volver a verla jamás, hasta que un día llegó al hospital con un grave problema en el corazón. Eso revolvió mi pasado e hizo que mi vida se diera vuelta.

La odiaba, pero descubrí que teníamos una hija juntos y que solo conocía la mitad de la historia. Yo era el culpable de todo lo que había pasado; cometí errores que podrían ser irreparables al confiar en quien no debía. Pero para poder redimirme, necesitaba salvarla.



Link: https://amzn.eu/d/6yDq9pe

Sinopsis:

Yo nunca sería padre...

Siempre dejé muy claro a mi esposa que tener un hijo no estaba en mis planes. Todo mi enfoque estaba en dirigir la empresa familiar, y no había tiempo ni espacio para dedicarme a un niño. Sin embargo, ella ignoró lo que le había repetido tantas veces y quedó embarazada. Jamás podría haber previsto que Grace moriría en un trágico accidente, dejándome con un recién nacido prematuro.

No quería a mi hijo, y ella solo deseaba una oportunidad para ser madre. En un primer momento, el odio fue instantáneo. Esa médica no tenía derecho a entrometerse en mi vida ni a cuestionar la forma en que estaba actuando. Por mí, habría sido despedida del hospital, pero, lamentablemente, la institución pertenecía a su familia.

Por más que quisiera deshacerme de ella y de la situación a toda costa, fue Jaqueline Vaughn quien me hizo ver que necesitaba redimirme con mi hijo y convertirme en un hombre mejor.

Redes sociales (del editor)

Sitio web del editor: https://grupoeditorialportal.com.br/

Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/

Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/

Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal